



Universidad Nacional
de General Sarmiento

DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES

Acreditación de la CONEAU (Res. N ° 2020/47)

Tesis para obtener el grado de
Doctor en Ciencias Sociales

Título

**La experiencia [y la costumbre] de convivir con la inflación en la
Argentina contemporánea
Prácticas económicas cotidianas, discursos y sentidos sociales en torno al aumento
de los precios**

Hernández, María Clara
Autora

Luzzi, Mariana
Directora

Diciembre de 2023



FORMULARIO "E" TESIS DE POSGRADO

Este formulario debe figurar con todos los datos completos a continuación de la portada del trabajo de Tesis. El ejemplar en papel que se entregue a la UByD debe estar firmado por las autoridades UNGS correspondientes.

Niveles de acceso al documento autorizados por el autor

El autor de la tesis puede elegir entre las siguientes posibilidades para autorizar a la UNGS a difundir el contenido de la tesis:

- a) Liberar el contenido de la tesis para acceso público.
- b) Liberar el contenido de la tesis solamente a la comunidad universitaria de la UNGS:
- c) Retener el contenido de la tesis por motivos de patentes, publicación y/o derechos de autor por un lapso de cinco años. **x**

a. Título completo del trabajo de Tesis:

La experiencia [y la costumbre] de convivir con la inflación en la Argentina contemporánea. Prácticas económicas cotidianas, discursos y sentidos sociales en torno al aumento de los precios

b. Presentado por (Apellido/s y Nombres completos del autor):
Hernández, María Clara

c. E-mail del autor: **mariaclaraher@gmail.com**

d. Estudiante del Posgrado (consignar el nombre completo del Posgrado): **Doctorado en Ciencias Sociales**

e. Institución o Instituciones que dictaron el Posgrado (consignar los nombres desarrollados y completos): **Universidad Nacional de General Sarmiento**

f. Para recibir el título de (consignar completo):

a) Grado académico que se obtiene: **Doctor**

b) Nombre del grado académico: **Doctorado en Ciencias Sociales**

g. Fecha de la defensa: 4 / 9 / 2024

día mes año

- h. Director de la Tesis (Apellidos y Nombres): **Dra. Luzzi, Mariana**
- i. Tutor de la Tesis (Apellidos y Nombres):-
- j. Colaboradores con el trabajo de Tesis:-
- k. Descripción física del trabajo de Tesis (cantidad total de páginas, imágenes, planos, videos, archivos digitales, etc.):
- 330 páginas
 - 3 imágenes
 - 2 mapas
- l. Alcance geográfico y/o temporal de la Tesis: **Argentina/2017-2020**
- m. Temas tratados en la Tesis (palabras claves):
Inflación- hogares- prácticas económicas- formas ordinarias de cálculo- culturas económicas
- n. Resumen en español (hasta 1000 caracteres):

En Argentina la presencia de la inflación se ha transformado en una característica persistente de la economía nacional. La misma ha resurgido como una cuestión problemática al menos durante la última década y media, siendo objeto de preocupación pública. Al mismo tiempo que desde la esfera política es enunciada como un asunto prioritario de los gobiernos, a diario las personas, los hogares, y las organizaciones aprenden a convivir con presencia.

En dicho marco y a partir de los lineamientos de la sociología económica, la presente tesis se interesa por la intersección entre dos dimensiones: inflación y vida cotidiana. El objetivo es analizar las particularidades que adoptan las prácticas económicas ordinarias -consumo, ahorro y crédito- de un conjunto de hogares ubicados en diferentes posiciones de la estructura social y pertenecientes a la ciudad de Bolívar -provincia de Buenos Aires-, en un marco de inflación creciente y sostenida como en el que atravesó Argentina en los años previos al desarrollo de la pandemia ocasionada por el COVID-19.

- o. Resumen en portugués (hasta 1000 caracteres):

Na Argentina, a presença da inflação tornou-se uma característica persistente da economia nacional. Reapareceu como uma questão problemática pelo menos na última década e meia, e tornou-se um assunto de preocupação pública. Ao mesmo tempo que a esfera política a transformou numa questão prioritária para os governos, as pessoas, as famílias e as organizações estão a aprender a conviver diariamente com a sua presença.

Neste contexto, e com base nas orientações da sociologia económica, esta tese interessa-se pela intersecção entre duas dimensões: a inflação e a vida quotidiana. O objetivo é analisar as particularidades adoptadas pelas práticas económicas ordinárias - consumo, poupança e crédito - de um grupo de agregados familiares situados em diferentes posições da estrutura social e pertencentes à cidade de Bolívar - província de Buenos Aires -, num quadro de inflação crescente e sustentada como a que a Argentina atravessou nos anos anteriores ao desenvolvimento da pandemia causada pela COVID-19.

p. Resumen en inglés (hasta 1000 caracteres):

In Argentina, inflation has become a persistent issue in the national economy. It has returned as a challenging matter at least during the last 15 years, and thus has become a public concern. Whilst from the political sphere it is declared as a priority matter to be battled by the government, people, households and organizations learn to coexist and deal with inflation in their everyday lives.

Drawing on economic sociology, this thesis is interested in the intersection between two dimensions: inflation and daily life. The objective is to analyze the particularities of the ordinary economic practices -consumption, savings, and credit- among low and middle-income households in Bolívar in the Buenos Aires province, in a context of rising and sustained inflation such as the one Argentina went through in the years before the COVID-19 pandemic.

q. Aprobado por (Apellidos y Nombres del Jurado):

Claudia Daniel , Federico Neiburg , Santiago Nardin

Firma y aclaración de la firma del Presidente del Jurado:



Claudia Daniel

Firma del autor de la tesis:



Resumen

En Argentina la presencia de la inflación se ha transformado en una característica persistente de la economía nacional. La misma ha resurgido como una cuestión problemática al menos durante la última década y media, siendo objeto de preocupación pública. Al mismo tiempo que desde la esfera política es enunciada como un asunto prioritario de los gobiernos, a diario las personas, los hogares, y las organizaciones aprenden a convivir con presencia.

En dicho marco, la presente tesis se interesa por la intersección entre dos dimensiones: inflación y vida cotidiana. El objetivo es analizar las particularidades que adoptan las prácticas económicas ordinarias de un conjunto de hogares ubicados en diferentes posiciones de la estructura social y pertenecientes a la ciudad de Bolívar -provincia de Buenos Aires-, en un marco de inflación creciente y sostenida como en el que atravesó Argentina en los años previos al desarrollo de la pandemia ocasionada por el COVID-19.

A partir de los lineamientos teóricos de la sociología económica contemporánea y por medio de una estrategia metodológica cualitativa, se reconstruyen las características que asumen las prácticas de consumo, ahorro y crédito que tienen lugar en las economías domésticas. Al mismo tiempo, se presta especial atención a las formas ordinarias de cálculo que sirven de base a las decisiones económicas y a los discursos que las personas consultadas elaboran en torno a la experiencia inflacionaria. Las técnicas de recolección de información escogidas han sido entrevistas en profundidad semi-estructuradas a hogares de sectores medios y populares. Las mismas se complementaron con entrevistas a comerciantes de diferentes rubros (principalmente aquellos vinculados al aprovisionamiento cotidiano de las economías domésticas) y observaciones en espacios de compras como supermercados y almacenes.

El período que recorre la investigación se extiende entre los años 2017 y principios del 2020. Al momento de iniciar el trabajo de campo, Argentina se ubicaba entre los tres países más inflacionarios de América Latina (CEPAL, 2019) y durante el mencionado lapso temporal, el Índice de Precios al Consumir (IPC) local se duplicó. Así, mientras que el año 2017 finalizó con un valor de 24,8%, en 2019 el mismo alcanzó el 53,8%. A esto se añade que a partir del año 2018, a la par del encarecimiento del costo de vida, se inicia una etapa de caída pronunciada del poder adquisitivo de los salarios que se profundizó a medida que avanzó la investigación.

Investigaciones previas centradas en casos empíricos específicos han evidenciado los modos concretos en que la presencia de la inflación ha afectado el funcionamiento de las economías domésticas y las marcas distintivas que han asumido entonces las prácticas económicas. Sin embargo, lo han hecho concentradas principalmente en los períodos mega e hiperinflacionarios que atravesó el país en el último cuarto del siglo XX. En ese sentido no ha habido quienes se interesen por indagar estos aspectos en situaciones de inflación creciente y en ascenso, que no alcanzan los niveles propios de las mega e hiperinflaciones o no dan lugar a crisis económicas profundas. A ello, estarán dedicados los esfuerzos de la presente tesis.

Palabras claves

Inflación- hogares- prácticas económicas- formas ordinarias de cálculo- culturas económicas

Abstract

In Argentina, inflation has become a persistent issue in the national economy. It has returned as a challenging matter at least during the last 15 years, and thus has become a public concern. Whilst from the political sphere it is declared as a priority matter to be battled by the government, people, households and organizations learn to coexist and deal with inflation in their everyday lives.

Within this context, this thesis is focused on the intersection between two dimensions: inflation and daily life. The objective is to analyze the particularities adopted by the ordinary economic practices in a group of households located in different positions of the social structure in the city of Bolívar -province of Buenos Aires-, in a context of growing and steady inflation such as the one Argentina experienced in the years before the development of the pandemic caused by COVID-19.

Based on the guidelines of contemporary economic sociology and employing a qualitative methodological strategy, this thesis reconstructs the characteristics assumed by consumption, savings, and credit practices that take place in domestic economies. At the same time, special consideration is given to the ordinary forms of calculation that serve as a basis for economic decisions and to the narratives that the interviewees draw up around the inflationary experience. The selected data collection techniques are semi-structured in-depth interviews with middle and low-income households, followed by interviews with vendors of different items (mainly those linked to the daily supplies of household economies) on the one hand and on the other hand observations in shopping spaces such as supermarkets and grocery stores.

The period covered by this research spans from 2017 to the beginning of 2020. At the time the fieldwork began, Argentina was among the three most inflationary countries in Latin America (ECLAC, 2019) and during the period covered by this research, the local Consumer Price Index (CPI) doubled. As a result, while the year 2017 ended with a CPI value of 24.8%, in 2019 it reached 53.8%. In addition, in 2018, along with the increase in the cost of living, a period of a pronounced drop in the purchasing power of salaries began, which deepened as the investigation progressed.

Key words

Inflation- households- economic practices- ordinary forms of calculation- economic cultures

Tabla de contenidos

Agradecimientos.....	11
Introducción.....	13
Mirar, interrogar y develar al hogar.....	22
Metodología.....	24
El trabajo de campo en una ciudad intermedia de la provincia de Buenos Aires	29
Sesgo de género en la muestra, sesgo de género en la gestión del hogar.....	35
Organización de la tesis y contenido de los capítulos.....	36
Capítulo 1: El consumo de los hogares, sus prácticas de compra.....	39
Presentación.....	39
Introducción	39
El trinomio hogar, compras, inflación	42
Recordando a Lita De Lazzari: la organización de las compras cotidianas	44
Comprar para tener y otras prácticas en el recuerdo. Las temporalidades del aprovisionamiento.....	50
Temporalidades de las compras y de los ingresos en los sectores populares: el sistema de fiado un eslabón fundamental.....	56
¿Cómo se paga aquello que se consume? Lógicas que rigen la asignación de los medios de pago.....	63
“No tomás dos veces la misma yerba” y las estrategias de los hogares para sostener el consumo.....	69
Las mujeres en la gestión de las compras, las mujeres en la gestión de la economía doméstica.....	78
Conclusión.....	83
Capítulo 2: Las prácticas de crédito de los hogares.....	86
Presentación.....	86
Descripción de la oferta de servicios de crédito disponibles en Bolívar y distribución de las entidades financieras.....	95
Los tiempos de la inflación, los tiempos de los hogares: racionalidades que rigen las	

prácticas de crédito.....	102
¿Cuántas cuotas? si no hay mucho “margen”, que sean pagables y sobre todo pocas.....	104
“Cuántas más cuotas nos den mejor”: las prácticas de crédito de los hogares de sectores medios.....	112
Bienes financiados y no financiados: las temporalidades del consumo orquestando las temporalidades del crédito.....	116
Funcionalidades del crédito: otras racionalidades que rigen estas prácticas.....	122
Reflexión breve: Mirar al hogar a través de sus prácticas de crédito.....	135
Conclusiones.....	136
Capítulo 3: Las prácticas de ahorro de los hogares.....	139
Presentación.....	139
Introducción.....	139
Las prácticas de ahorro en la Argentina: un recorrido histórico breve.....	142
La “realidad”, la materialidad de los ahorros y múltiples modos de dialogar con la inflación.....	151
Marcar, apartar y guardar (cuando se puede) dinero en pesos y en efectivo.....	151
No siempre lo que se ahorra es dinero: prácticas de ahorro no monetarias.....	158
Los dólares porque son dólares y los plazos fijos en la mano. Los sectores medios entre “proteger” el dinero y tenerlo disponible.....	162
Conclusiones.....	174
Capítulo 4: ¿De qué se habla cuando se habla de inflación?: los discursos de los hogares entre los “precios de referencia” y las “alusiones al dinero”.....	177
Presentación.....	177
Introducción.....	177
Los precios de referencia: desde la perspectiva del consumidor a la del analista de la realidad económica.....	181
El precio de los bienes esenciales como estrategia, problema y termómetro....	183
La nafta y el dólar protagonistas en la interpretación de la situación de las economías domésticas y en el análisis del contexto económico.....	190

El dinero en tiempos de inflación.....	198
Capítulo 5: Medidas caseras de inflación ¿cómo se dimensiona este fenómeno en la vida cotidiana?.....	213
Presentación.....	213
Introducción.....	213
El changuito, la libreta de fiado, el tanque de nafta y otros dispositivos como medidas caseras de inflación.....	218
Los precios se transforman también en medidas.....	227
Las temporalidades internas de los hogares como formas de medir.....	233
Otras medidas caseras: la estructura de los presupuestos domésticos.....	242
Conclusiones.....	246
Capítulo 6: Reflexiones acerca de la “cultura de la inflación” en la Argentina contemporánea (2017-2020).....	249
Presentación.....	249
Introducción.....	249
Recapitulando la literatura existente sobre las experiencias inflacionarias y la vida cotidiana.....	252
Inflación, incertidumbre y la construcción de imágenes de futuro.....	262
Inflación un fenómeno “normal” ¿o cómo se construye dicha normalidad en la vida cotidiana?.....	264
Ante un futuro incierto, la inflación es la certeza: la construcción de imágenes sobre el porvenir.....	274
Conclusiones.....	281
Reflexiones finales.....	284
Referencias bibliográficas.....	299
Fuentes.....	313
Artículos periodísticos.....	313
Informes.....	313
Páginas web consultadas.....	317
Anexo.....	319

Cuadro resumen de hogares entrevistados.....	319
Cuadro resumen de comercios entrevistados.....	325
Localización del partido de Bolívar en la provincia de Buenos Aires.....	326
Mapa de principales comercios, instituciones y servicios financieros.....	327
Ejemplos de folletos publicitarios utilizados durante las entrevistas.....	328

Agradecimientos

Mientras cursaba el “Seminario general”, una de las primeras materias del doctorado de la que participan generosamente diferentes investigadores e investigadoras compartiendo sus experiencias, uno de ellos dijo algo que guardé. No recuerdo exactamente sus palabras, pero la idea detrás de las mismas era que la tesis doctoral, ese proyecto que al principio a la mayoría nos parece difícil de materializar y que nos expone a la incertidumbre casi hasta el final, hay un momento en el que se concreta. Desde entonces, esa idea simple funcionó para mí, casi como la muletilla “elijo creer” que se popularizó entre los hinchas de la selección argentina durante el último mundial. Recién hoy, después de seis años dedicados a este trabajo de investigación, el cómo del proceso se volvió para mí inteligible y una parte fundamental de esta tarea sumamente desafiante ha sido el apoyo y el acompañamiento de aquellas personas e instituciones sin las que, sin dudas, no hubiese sido posible. A ellas me gustaría dedicarles estos agradecimientos.

Al CONICET, por otorgarme la beca que me permitió llevar adelante el proceso de investigación. Al Doctorado en Ciencias Sociales del IDES y a la Universidad Nacional de General Sarmiento, dos espacios fundamentales de trabajo y formación. A Silvio Feldman que me acompañó durante los primeros pasos de este camino. Y especialmente a Mariana Luzzi, mi directora, que aceptó este rol sin conocerme y desde entonces se transformó en un pilar central de mi proceso de aprendizaje y crecimiento como investigadora y también como docente. Gracias por la generosidad, la presencia, la guía, la lucidez de las lecturas y los comentarios y por brindarme infinitas oportunidades.

También a la Universidad Nacional de La Plata, mi primera casa de estudios y a quienes fueron parte de mi formación en ese espacio.

A las personas que integraron los PICT “El dólar en la economía argentina: una perspectiva sociológica” y “Economía de los hogares y expansión de las finanzas en la Argentina contemporánea. Un análisis multidimensional de actores, prácticas, dispositivos y organizaciones”. En esos espacios compartimos durante estos años el interés por la sociología económica y es a ellos a quienes debo agradecer gran parte de mi recorrido y crecimiento en esta área del conocimiento.

A las amigas tan queridas que la sociología me dio y que me llevo para siempre. Rosario Guzzo, Pilar Bossio y Sofía Oliverio, por todo lo compartido (la alegría infinita y también las crisis y angustias existenciales), por el apoyo incondicional, la confianza,

el cariño genuino, por ser sostén en tantos momentos, por alentarme siempre y confiar en mí potencial mucho más que yo misma. Porque no tengo dudas de que cada uno de los pasos que di en este recorrido, no hubiese sido igual sin ustedes, porque lo que crecimos y aprendimos juntas me hicieron quién soy hoy.

A Fernando Moyano, a quién me crucé en las Jornadas de CESE cuando los dos apenas empezábamos a andar por estos mundos y desde entonces se convirtió en compañero y amigo. Gracias por las charlas, los debates, el trabajo compartido y sobre todo por estar.

A mi mamá Adriana, por haber sido mi pilar indiscutido en esta vida y a mi papá José Luis. Gracias por darme impulso, por las oportunidades, por enseñarme a crecer y elegir en libertad y por apoyarme siempre en todas las formas posibles. Los extraño para siempre, todos los días. También a mis hermanos Pablo y Santiago, por la incondicionalidad y por ser equipo en los muchos momentos difíciles que nos tocó vivir.

A Diani, tía, amiga, compañera, sostén.

A mis amigas y hermanas de la vida, Sofía y Pilar.

A Sam, por el amor, por la paciencia infinita, por tener siempre la palabra justa, por el apoyo constante y por bajarme a tierra tantas veces como lo necesité.

Finalmente a todas las personas con las que conversé durante el trabajo de campo, por brindarme amorosamente su tiempo.

La experiencia [y la costumbre] de convivir con la inflación en la Argentina contemporánea

Prácticas económicas cotidianas, discursos y sentidos sociales en torno al aumento de los precios

Introducción

La presencia de la inflación no es un fenómeno novedoso en Argentina como tampoco lo era cincuenta años atrás. Si realizamos una mirada retrospectiva de “corto plazo”, rápidamente podremos advertir que el incremento persistente del costo de vida ha resurgido como una cuestión problemática, al menos, durante los últimos quince años. Luego del largo paréntesis que marcó la Convertibilidad¹, y tras su salida devaluatoria en el año 2002, la inflación volvió a ganar presencia en la escena pública. A partir del 2003, con la inauguración de un nuevo ciclo político y hasta el 2006, la media del Índice de precios al consumidor (IPC) fue inferior al 10% anual. Desde entonces, dicho promedio se mantuvo siempre por encima del 20% anual, y en 2014 alcanzó el 38% (CIFRA, 2015)². En los años que siguieron al recambio presidencial de 2015, momento en el que comenzó la investigación en que se basa este trabajo, este valor promedio

¹ Se conoce con dicho nombre al régimen que se inauguró en Argentina en el año 1991, tras la implementación de la Ley de Convertibilidad. La misma, promulgada el 27 de marzo, suponía, el establecimiento del dólar como moneda de curso legal en paridad cambiaria fija con el Austral (hasta entonces única moneda de curso legal) y el hecho de que la emisión monetaria dependía de la existencia de una equivalente reserva de dólares en el Banco Central. La paridad de 1 dólar estadounidense equivalente a 10.000 australes, fue reemplazada luego por 1 dólar igual a 1 peso convertible. Esta ley estuvo vigente hasta el 6 de enero de 2002, momento en que fue derogada. Al respecto véase Roig, A. (2016).

De acuerdo con Neiburg (2023), la “dolarización” como mecanismo de estabilización de la moneda fue justificada en primera instancia a través de la convicción de los expertos de que los argentinos piensan en dólares.

² Los datos presentes en dicho informe corresponden al INDEC para el período 2003-2006 y al IPC 9-provincias desde 2007 en adelante. Ello se debe al conflicto desatado en 2007 en torno de la veracidad de las estadísticas elaboradas por el INDEC, luego de que las autoridades del instituto fueran reemplazadas y se introdujeran modificaciones metodológicas en los modos de medición del IPC. En el marco de este fuerte cuestionamiento a la legitimidad de los datos producidos a partir de entonces, diferentes estimaciones del índice de precios comenzaron a basarse en mediciones alternativas, producidas tanto por organismos públicos provinciales, como por consultoras privadas. Tal es el caso del IPC nueve provincias (elaborado en base a los datos correspondientes a las ciudades de Jujuy, Neuquén, Salta, San Luis, Santa Fe/Rosario, Santa Rosa, Posadas, Rawson/Trelew, y Ushuaia) y elaborados por las Direcciones de Estadísticas de sus respectivas provincias) y el IPC Congreso, por mencionar algunos de ellos. Respecto del primero, las mencionadas direcciones provinciales continuaron calculando sus datos con la metodología implementada por el INDEC previo a las modificaciones introducidas a partir de 2007; lo que permite la comparación de las series. Para una comprensión acabada del conflicto véase Daniel y Lanata Briones (2019).

superó al 30%, y mientras el 2018 se inauguró con la expectativa³ de que la inflación alcanzaría un techo del 15% anual, el valor de cierre fue del 47,6% (INDEC, 2018). Por su parte el año 2019 superó estos porcentajes, arrojando el nivel de inflación más elevado de los últimos 28 años, cuya cifra fue de 53,8% (INDEC, 2019). Al momento de concluir la escritura de esta tesis, el IPC había alcanzado un nuevo récord, cerrando el año 2022 con un incremento interanual del índice de precios al consumidor del 94,8% (INDEC, 2023).

Hasta acá la colección de números porcentuales que hemos recuperado permiten advertir a simple vista como se ha acelerado la carrera ascendente de los precios en los últimos años. Ahora bien, sintetizada en el IPC, la inflación en Argentina -de la mano de la persistencia y la contundencia de su presencia- constituye un problema central de la esfera pública y política; un fenómeno que por décadas ha ocupado a gobiernos y a economistas en el debate acerca de su naturaleza y en la búsqueda de mecanismos para combatirla (Neiburg, 2008; Heredia, 2015); y, a la par, un desafío para quienes conviven a diario con su presencia.

En relación a esta última dimensión, resulta ineludible el hecho de que la inflación afecta de manera directa las vidas económicas de las personas y de los hogares en un abanico de direcciones. Entre ellas, el poder de compra de los ingresos suele verse trastocado y -en consecuencia- también la estructura de gastos y los presupuestos sobre los que se ordenan las economías domésticas. Lo mismo ocurre con el modo en que se toman decisiones económicas en el corto, el mediano y el largo plazo. En torno de estas cuestiones que ponen el foco en el cruce entre inflación y vida cotidiana, es posible desplegar una serie de interrogantes: ¿Qué particularidades asumen las prácticas económicas ordinarias ante una inflación en ascenso? ¿Cuáles son las formas ordinarias de cálculo que sustentan las decisiones económicas de los hogares? ¿Que formas adquieren estos fenómenos para quienes se ubican en diferentes posiciones de la estructura social? ¿Cuáles son los efectos de la convivencia prolongada con la inflación? ¿Que tipo de discursos elaboran las personas para referirse a este fenómeno? A dar respuesta a estas preguntas están abocados los esfuerzos de la presente tesis.

³ Moreno (2020), analiza la incorporación de metas de inflación como parte de la política monetaria presentada en 2016 por el entonces presidente del Banco Central, Federico Sturzenegger. Allí, se cita el discurso pronunciado por el mandatario en septiembre de dicho año en la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL), quien señala que el IPC se ubicaría en torno del 25% en 2016, el 15% en 2017, el 10% en 2018 y el 5% en 2019 (p. 208)

Claro está que la historia de Argentina y los argentinos con la inflación no se reduce a lo ocurrido durante las últimas dos décadas. La segunda mitad de la década del 40' ha sido apuntada como el momento en que en América Latina se dio impulso a los debates en torno a la inflación (Moreno, 2020: 132). Para el caso puntual de Argentina, Berrotarán, Gilbert, Rougieur y Tenewicki (2006) sostienen que el año 1948 marcó un punto de inflexión “entre lo que se pensó era una inflación inducida por el mercado mundial y la que se consideró de origen principalmente interno” (p.43). Hasta entonces, “el incremento del costo de vida era considerado un fenómeno coyuntural, de causas principalmente exógenas, que no había despertado en las elites dirigentes más que una atención transitoria” (Heredia, 2015: 78). No obstante, a medida que sus niveles internacionales se estabilizaron tras la Segunda Guerra Mundial y los precios internos no cedían, se apuntó a las dinámicas asociadas a la marcha y al desenvolvimiento de la economía local. Considerando como un bloque el período que se inicia en la segunda posguerra hasta comienzos de la década del 70', “la tasa de inflación de la Argentina promedió el 25% anual. Con un pico menor de 3,8% en 1954, durante el peronismo, y uno mayor, excepcional del 113% en 1959” (Raport, 2010: 6).

En ese marco, a las clásicas interpretaciones monetaristas que habían dominado las lecturas⁴ de los expertos en la materia así como de las elites dirigentes, se sumaron las explicaciones keynesianas. No obstante, desde ciertos espacios académicos y políticos locales se sostenía que estas interpretaciones respondían y se adecuaban mejor a las economías de los países desarrollados. Así, la intelectualidad latinoamericana arribó “a la formulación de una tercera teoría, la de la inflación estructural⁵, identificada como típica de los países en vías de desarrollo.” (Berrotarán, et. al., 2006 p.45). Desde esta perspectiva, “más que mirar el gasto público, la emisión monetaria y la inflación (como proponían los enfoques monetarios), los estructuralistas centraban su atención en el balance de pagos, el desequilibrio cíclico entre exportaciones e importaciones y la puja distributiva por el ingreso entre distintos sectores.⁶” (Heredia, 2015: 83).

⁴ Acerca de los debates entre las corrientes citadas véase Berrotarán, et.al. (2006); Cáceres y Jiménez (1983) Heymann (1986); Pinto Santa Cruz (1962); Schuldt (1973).

⁵ Véase Olivera (1960; 1967); Noyola Vazquez (1957); Diamand (1972); Sunkel (1996), por mencionar solo algunos de ellos.

⁶ Para profundizar en torno de este debate y de aquellas interpretaciones que también desde la economía política incorporaron la variable de la puja de intereses entre grupos para explicar las causas y los efectos de las experiencias inflacionarias latinoamericanas véase Hirschman (1980); Schuldt, (1973); Castillo, (2013).

Las décadas del 50' y del 60' fueron escenario de un debate polarizado⁷ a nivel regional entre ambas corrientes, en un contexto en el que “la Argentina ya se perfilaba como candidata seria al récord mundial de inflación sostenida en el siglo XX” (Gerchunoff y Lach, 1998: 321). Al mismo tiempo, como señala Neiburg (2005), principalmente a partir de los años 60', se asistió a “una verdadera proliferación de indicadores de medición de precios” (p.121), que acompañaban el lugar cada más preponderante que ocupaban los especialistas en economía. Sin embargo, de acuerdo con la interpretación de Heredia “sería un error suponer que, para especialistas y autoridades de la época, la inflación era el principal problema argentino (...) la cuestión era nada más ni nada menos que definir el proyecto de desarrollo nacional” (p. 80).

La década del 1970 supuso un punto de inflexión en este sentido y, “de ser una preocupación menor circunscrita a ciertos círculos, la inflación fue escalando y con su incremento logró conquistar el centro de la atención pública y política⁸” (Heredia 2018: 240). Por entonces, los precios dieron un salto hacia valores superiores al 100% anual, que alcanzaron el 300% en 1975 tras el “Rodrigazo⁹”. Como puntualizan Daniel y Heredia (2019), en este marco los objetivos de estabilización concentraron el accionar de las autoridades públicas, dejando atrás otras problemáticas como el desarrollo y la distribución. No obstante, desde ese momento y hasta 1991, “la inflación del país permaneció en un promedio de tres dígitos por año, los períodos de estabilidad fueron cortos, y los valores anuales nunca inferiores al 90%” (Heredia, 2015: 74). Los años 1989 y 1990 marcaron un punto de quiebre definitivo en la historia nacional en relación

⁷ Daniel y Heredia (2019), analizan cómo La Nación y Clarín -los dos diarios más importantes del país- encarnaron entonces las dos perspectivas en conflicto. El primero de ellos recuperó la postura liberal colocando al Estado como principal responsable del desorden monetario. Por su parte el segundo, cercano al planteo desarrollista, retrató a la inflación como el resultado de una estructura productiva subdesarrollada.

⁸ La autora sostiene que durante el último cuarto del siglo XX tanto en Argentina como en otros países del mundo, la inflación fue el “terreno donde se jugó la reformulación del orden capitalista de posguerra” (p. 240). A medida que la inflación en ascenso se iba transformando en termómetro de la crisis y las dificultades para resolverla eran imputadas al accionar del Estado y las autoridades políticas precedentes, este fenómeno fue instalándose como “inaccesible a la comprensión y la intervención de las mayorías y de sus representantes” (2018, p.241) y la política económica antiinflacionaria se transformó en el ámbito por excelencia de los expertos independientes. En sus investigaciones (2015; 2018) sostuvo que “el viraje hacia políticas públicas promercado no sólo se inició con la violencia de la dictadura instaurada en 1976, sino que se asentó en una particular construcción y tratamiento del problema de la inflación” (2018, p.243), y se abocó a reconstruir los “experimentos” que entre las décadas de 1970 y 1980 se sucedieron con este fin.

⁹ De acuerdo con Mónaco y Benitez (2019), se conoce como Rodrigazo a las medidas tomadas a principios de 1975 por el entonces Ministro de Economía Celestino Rodrigo. “Consistió en producir una fuerte devaluación para corregir el desequilibrio de la balanza de pagos y un incremento de las tarifas públicas para mejorar la situación fiscal. Estas medidas, principalmente causaron una fuerte caída del salario real (...)” (p.101)

al fenómeno inflacionario. Por entonces, la economía entró en un espiral hiperinflacionario, el IPC arrojó porcentajes que superaron al 3000% y sus incrementos mensuales se ubicaron por encima de las tres cifras.

Como señala Serafin (2022), en gran parte del mundo capitalista occidental a medida que la inflación fue desapareciendo como problema entre las décadas de 1970 y 1980, lo hizo también el interés sociológico en indagar este fenómeno. Pese al carácter reconocidamente social de la inflación, se dejó a los economistas la tarea de develarla (Nayme Novelli, 2005). Para la etapa previa, el trabajo del sociólogo británico John Goldthorpe (1978) fue señalado como una contribución fundamental a las teorías sociológicas de la inflación¹⁰ (Nayme Novelli, 2005; Block, 2022). De acuerdo con la lectura realizada por Nayme Novelli (2005), el autor propone analizar a la inflación como la manifestación de las divisiones sociales y los conflictos inherentes a la economía capitalista en un contexto histórico determinado. En este sentido, el origen de la inflación se encontraría en el conflicto distributivo disputado principalmente entre capitalistas y trabajadores. Sin embargo, sostiene Block (2022), su aporte fue rápidamente olvidado y los sociólogos se abocaron a pensar otras cuestiones.

Por el contrario, en países de Latinoamérica en los que “el aumento de los precios ha sido un desafío permanente (...) y los episodios de hiperinflación que han padecido sus habitantes han alcanzado notoriedad mundial” (Elena, 2023: 6), desde distintos enfoques y ramas de las ciencias sociales se continuaron produciendo trabajos abocados a la materia durante un tiempo más. Una referencia ineludible en términos de teoría sociopolítica fue el realizado por Hirschman (1980), quién analizó el fenómeno inflacionario en relación con la estructura social y política y con los modos de canalizar los conflictos entre los grupos sociales, sus fracciones y entre estos y el Estado.

Asimismo, una serie de investigaciones interesadas en casos empíricos específicos se gestaron al calor de las mega e hiperinflaciones del último cuarto del siglo XX y/o se interesaron exclusivamente en dichos períodos. Aquí, la inflación apareció tematizada en función de sus efectos sobre las prácticas económicas y sobre las representaciones ordinarias de la economía. Una preocupación transversal a estos trabajos fue la de analizar las experiencias de las personas y los hogares, principalmente a través de las estrategias desplegadas para navegar el contexto inflacionario. A esto se añaden las referencias a los modos en que la experiencia inflacionaria trastocó los

¹⁰ Para profundizar los debates y los aportes realizados por la teoría sociológica a la comprensión de las causas y los efectos de la inflación véase Nayme Novelli (2005).

modos de vivir el presente y las proyecciones a futuro de los grupos sociales. Otro de los aspectos abordados han sido los discursos en torno de la crisis económica, política y social que proliferaron entonces en los diferentes contextos nacionales.

Para el caso de Brasil, en *Intensified consumption* (2002) Maureen O'Dougherty recuperó las vivencias de un conjunto de hogares paulistas de clase media durante los hiperinflacionarios años 80' y principios de los 90'. Allí la autora reconstruyó las estrategias y tácticas que los hogares en cuestión ponían en marcha de forma cotidiana para sostener el consumo en un contexto de deterioro acelerado de sus ingresos. La "fiebre consumista", asociada a la necesidad de desprenderse rápidamente del dinero y convertirlo en bienes, formó parte de los recursos empleados para protegerse de la pérdida de poder adquisitivo. Esta premisa guió también las prácticas de ahorro e inversión. Atenta también a los discursos que circulaban en ese marco, la autora destacó la insistencia en los efectos perjudiciales que tenían para para la economía y para la sociedad en su conjunto aquellas tácticas empleadas para "salvarse" de la inflación.

Prácticas similares fueron descritas en los trabajos de Sigal y Kessler (1997) y Spitta (1988) para el caso de Argentina. Estos se concentraron también en los efectos de las experiencias megas e hiperinflacionarias sobre los comportamientos económicos. En ambos casos se apuntó a la proliferación de hábitos y prácticas especulativas entre la población local, guiados por la premisa de proteger el valor del dinero y por los intentos de obtener beneficios del contexto de inestabilidad económica. En dicho sentido, Spitta puntualizó la mentalidad inflacionaria y el arraigo local de una cultura de la inflación a nivel microeconómico que, al mismo tiempo que produjo beneficios individuales a corto plazo, condujo a alimentar el proceso inflacionario. Por su parte, Sigal y Kessler hablaron de la existencia de una "racionalidad inflacionista" que expresaba el dilema entre el interés individual y el "bienestar" general y la resultante emergencia de imágenes compartidas entre la población local que "hacían responsables de la crisis a todos los argentinos" (p.185). En relación a ello, se enfocaron en los efectos políticos de dicha construcción imaginaria que operaba a nivel de las representaciones sociales. De acuerdo con los autores, la idea predominante de que la que la responsabilidad por la decadencia del país era resultado del individualismo y el egoísmo natural de los argentinos, crea la imagen de una "guerra de todos contra todos" propia de una sociedad

incapacitada para ordenarse a sí misma y que demanda la intervención de un control exterior capaz de llevar adelante esa tarea.¹¹

Interesada por también por la dimensión de las consecuencias políticas, en un trabajo inédito Inés Gonzalez Bombal (1991) se concentró en las consecuencias políticas de la hiperinflación, sosteniendo que el temor a la desorganización y al descalabro social causado por la misma resultó fundamental para comprender “el consenso social casi indiscutido hacia las reformas” que tuvieron lugar durante los posteriores gobiernos de Menem. Asimismo, a diferencia del planteo de Spitta, desde su perspectiva los episodios hiperinflacionarios no bastaron para la consolidación de una cultura derivada de su presencia.

Años más tarde, en la primera década del siglo XXI, es posible identificar un relativo renacimiento del interés por la inflación que estuvo centrado principalmente en el rol del conocimiento experto y en la consolidación del fenómeno como un problema público prioritario. Aquí encontramos los aportes de Federico Neiburg (2005, 2006, 2008), quién abordó de forma comparada las experiencias inflacionarias que atravesaron Brasil y Argentina durante la segunda mitad del siglo XX, prestando atención a la participación de los profesionales de la economía en el surgimiento de culturas económicas asociadas a la inestabilidad monetaria. A ello se añaden las contribuciones de Mariana Heredia (2015; 2018) quién, desde una perspectiva sociohistórica, analizó la sucesión de políticas públicas de combate a la inflación que se implementaron en Argentina en las décadas previas a la Convertibilidad. De acuerdo con la autora, a la par de dichos “experimentos antiinflacionarios” los economistas lograron monopolizar el juicio legítimo en la materia. Siguiendo esta preocupación por la “entronización” de la inflación en la arena pública y a partir del seguimiento de las publicaciones del diario Clarín y La Nación entre 1950 y 1990, Daniel y Heredia (2019) recuperaron los modos en que este fenómeno fue conceptualizado y presentado, el tipo de acciones puestas en marcha por parte de distintos actores sociales (colectivos e individuales) para hacerle frente y/o defenderse y las estrategias de estabilización económica implementadas por los gobiernos.

¹¹ Al respecto se exploya Kessler (2015) en una entrevista que le realizan Pablo F. Semán y Cecilia Ferraudi Curto: “La crisis híperinflacionaria de 1989-1990 se responde con la idea de un país, una economía desordenada y que alguien debía ordenar. La legitimidad social del ajuste menemista de primer momento hasta 1995, se asienta en la idea de una sociedad desordenada, una economía desordenada, y la propuesta de un orden no necesariamente autoritario, a diferencia del pasado. También lo que tiene (...) de novedoso la hiperinflación es que por primera vez (casi primera vez), una crisis económica radical no se lleva puesto el sistema político, no pone en juego la democracia; y eso es una diferencia respecto del pasado (aún frente a crisis de menor importancia). (p. 109).

Este grupo de trabajos coincidió en señalar que la consolidación de los números (estadísticas, indexadores) y de los expertos en economía como actores claves de la escena pública y política, no se limitaron a aportar nuevos términos y formas de interpretar a la inflación sino que transformaron por completo los modos en que las sociedades actuaron frente a la escalada de los precios (Daniel y Heredia, 2019: 7).

Por último, los trabajos Daniel (2013) y Daniel y Lanata Briones (2019) también abordaron una dimensión fundamental, interesadas en el desarrollo histórico de instrumentos técnicos dedicados a medir la inflación, así como en los debates y controversias públicas surgidos alrededor de los mismos.

Se ha puntualizado en repetidas oportunidades que desde los años 1980 la sociología económica ha recuperado el interés por ciertos tópicos que previamente habían permanecido bajo dominio exclusivo de los economistas. No obstante, tal como señala Serafin (2022) en las últimas décadas la inflación no ha recibido una atención prioritaria o central como sí lo han hecho, por ejemplo, los mercados financieros, el crédito o el consumo. Algo similar podríamos señalar específicamente para el caso de Argentina donde, pese a la importancia y la contundencia que ha adquirido el largo período inflacionario, la producción académica al respecto ha sido relativamente escasa (aun si notoriamente más profusa que en el resto del mundo), ha estado acotada a ciertos períodos y temáticas y, salvo excepciones, no se ha inscripto en la tradición de la sociología económica.

De acuerdo a lo que recapitulamos antes, a grandes rasgos podríamos distinguir, por un lado, entre aquellos trabajos que se concentraron en los períodos de crisis aguda como los años mega e hiperinflacionarios, ya sea interesados en los efectos de la inestabilidad económica sobre los comportamientos ordinarios y/o -sobre todo- en sus consecuencias socio-políticas. Y, por el otro, entre quiénes más recientemente y desde una perspectiva socio-histórica apuntaron a analizar el derrotero que condujo a la inflación a posicionarse como un problema público y político de primer orden y los modos en que marcó los debates y los planes de acción de los expertos en economía. En esa dirección, no ha habido trabajos que dediquen sus esfuerzos a indagar qué ocurre a nivel de las prácticas económicas concretas de los actores sociales en períodos caracterizados por la presencia de una inflación persistente y en ascenso que no desemboca en un situaciones de colapso económico profundo. En ese sentido, se trata de una dimensión que requiere ser indagada.

A ello debemos añadir que para el caso de Argentina la referencia temporal de las investigaciones que abordaron estos tópicos han sido principalmente los años en que el IPC se ubicó por encima de las tres cifras, llegando a alcanzar los mencionados récords superiores al 3000% anual. Frente a ello, es importante construir una mirada que recupere que es lo que ocurre con dichas prácticas monetarias en tiempos en que la inflación adopta una presencia temporal sostenida y cuyos niveles se encuentran contenidos dentro de ciertos límites. No buscamos sostener aquí que la principal variable para comprender el impacto de la inflación es su magnitud estadística. Sin embargo es importante tener en cuenta que mientras que los niveles que alcanzó el fenómeno fueron considerablemente elevados en relación a parámetros internacionales¹², los mismos no resultan comparables con los valores a los que escaló el IPC en la década de 1980.

Si se tiene en cuenta lo ya señalado por Sigal y Kessler (1997) acerca de la excepcionalidad de las experiencias hiperinflacionarias, esta distinción cobra mayor relevancia. De acuerdo con los autores, lo que diferencia a la hiperinflación de la inflación (aún siendo esta elevada), no es meramente una cuestión cuantitativa, sino también cualitativa. La hiperinflación es entonces una experiencia única “que afecta el fundamento mismo de las interacciones sociales, disminuye la previsibilidad de las relaciones entre agentes económicos y bienes, la incoherencia de los sistemas de equivalencia entre los bienes se generaliza y la autoridad pública se desvanece. (...) una coyuntura inflacionista disuelve elementos básicos de la cohesión social y desarticula modalidades preexistentes de comportamiento colectivo” (p. 157). De allí que es posible sospechar que los valiosos hallazgos realizados por quienes abordaron estos períodos de profundo descalabro económico y desarticulación social, si bien aportan pistas o líneas de indagación interesantes, no necesariamente puedan ser extrapolados para comprender los modos y los sentidos en que la inflación condiciona las prácticas económicas ordinarias de las personas y, más en general, las experiencias de convivencia cotidiana con ese fenómeno.

Así, esta tesis se propone realizar una contribución a la producción de conocimiento sobre la inflación y sus efectos poniendo el foco en el cruce de dos

¹² De acuerdo con un informe elaborado por la CEPAL (2021), Argentina forma parte de la categoría de países con inflación crónica, junto con Venezuela, Haití y Suriname (p. 72). Desde el inicio del propio trabajo de campo, el país se ubicó entre las tres economías más inflacionarias de América Latina y el Caribe, mientras que el resto de los países presentaban tasas de inflación anual ubicadas por debajo de los dos dígitos (CEPAL, 2019).

dimensiones: inflación y vida cotidiana. El objetivo general de la misma consiste en analizar los modos en que se configuran los repertorios de prácticas económicas de hogares ubicados en distintas posiciones dentro de la estructura social en un contexto marcado por la presencia de una inflación sostenida y en ascenso. Nos preguntamos específicamente por las características que asumen en dicho contexto las prácticas económicas ordinarias de los hogares, es decir las distintas formas de consumo, ahorro y financiamiento que estos emplean. Asimismo, nos interesamos por los discursos que sus miembros elaboran en torno de tales prácticas, de los usos del dinero en general y de la experiencia de convivencia con el fenómeno inflacionario a lo largo del tiempo. Esto supone prestar atención particular a los modos en que el fenómeno inflacionario aparece referenciado en los relatos de las personas y también a cómo estos se articulan con la pluralidad de formas ordinarias de cálculo que sostienen las decisiones económicas y en buena medida traducen en términos prácticos la experiencia de la inflación. Por último, la tesis se propone caracterizar hasta dónde y de qué maneras la inflación persistente contribuye a moldear localmente una cierta cultura de la economía, es decir un cierto modo socialmente producido de hacer y pensar la economía, en términos ordinarios, asociados con la inflación.

Mirar, interrogar y develar al hogar

Los hogares son las unidades de análisis en las que la investigación pone el foco. El interés por abordar estos espacios acompaña la relevancia que han adquirido los mismos como objeto de estudio para la sociología económica. Como destacó Viviana Zelizer (2008), en las últimas décadas y más específicamente a partir de los años 1980, la disciplina ha atravesado un proceso de renovación cuyos esfuerzos han estado dirigidos a producir “descripciones y explicaciones de la actividad económica realmente alternativas y basadas en lo social” (Zelizer, 2008: 97-98). El aporte de la autora en este proceso ha sido fundamental para comprender que “los fenómenos monetarios consisten en y dependen de prácticas sociales” (p.105). Al mismo tiempo, ello ha contribuido a ampliar los horizontes de indagación de la disciplina para incluir nuevos temas y espacios. Así emergió la inquietud por los procesos mercantiles de pequeña escala, por las prácticas económicas cotidianas y por las microfinanzas, entre otras temáticas, que llevaron a considerar y a legitimar a los hogares como espacios de observación.

Estos últimos, caracterizados como “sitios de intensa actividad económica” (Zelizer, 2008: 99) han sido revalorizados en tanto fuentes inagotables de construcción de significados en torno de las prácticas económicas y de producción de dineros específicos en función de las redes de relaciones y los sistemas simbólicos de los que participan sus miembros (Zelizer, 2011). En relación a ello, Zelizer (2009) ha utilizado la categoría de *trabajo relacional* para referir a los esfuerzos permanentes que realizan las personas para lograr la adecuación entre actividades económicas y relaciones íntimas que son constitutivas de los espacios domésticos.

Teniendo esto en cuenta, el interés por analizar a los hogares permite acceder a las particularidades que asumen las prácticas económicas y monetarias en estos sitios y, al mismo tiempo, comprender cómo estos se configuran. La presente tesis se propone entonces también realizar un aporte en esta segunda dirección. El trabajo busca contribuir, en primer lugar, a “desarmar una noción que entendía al hogar como una unidad homogénea” (Cosacov, 2022: 7). Y ello a partir de considerar que “aún cuando, por definición, se trata de una unidad (...) cementada por afectos, lazos familiares y de mutua necesidad, es un ámbito de lucha y conflicto” (Jelin, 1983:1).

En segundo lugar y de forma complementaria, se apunta también contra aquella idea que concibe a los hogares hogar como espacios perfectamente definidos, dotados de márgenes externos claramente identificables. Como puntualizó también Jelin (2010) “la realidad es más confusa y borrosa, ya que los hogares y las familias no siempre tienen una definición explícita y clara de sus límites, de quién está adentro y de quién queda fuera, ni de quien llevará a cabo las distintas actividades o cómo se van a organizar los recursos (p. 80).

Con esta pretensión, seguimos el impulso de Olcón Kubicka y Halawa (2018) quienes proponen reemplazar el sustantivo *house* por el verbo *householding* a fin de desestimar la idea de los hogares “cosas estables, funcionales y limitadas” (p.95) que solo poseen un exterior. Lo que se busca es abordarlos como procesos en curso, producto de múltiples relaciones sociales y acuerdos frágiles cuya existencia no puede ser concebida de modo estático ni darse por sentada. El objetivo último es el de comprender cómo efectivamente funciona, se produce y reproduce esta unidad compleja y en permanente movimiento que comprende al hogar.

Metodología

El trabajo de campo del que se nutre la investigación se llevó a cabo desde finales del año 2017 hasta comienzos del año 2020. Las técnicas de recolección y análisis de la información escogida se hallan inscriptas en el paradigma interpretativo y responden a una estrategia metodológica cualitativa (Vasilachis de Gialdino, 1992). Este tipo de enfoque “se interesa por la vida de las personas, por sus perspectivas subjetivas, por sus historias, por sus comportamientos, por sus experiencias, por sus interacciones, por sus acciones, por sus sentidos, e interpreta a todos ellos de forma situada” (Vasilachis de Gialdino, 2006: 33). En esa dirección, se ajusta a los objetivos de la investigación enfocados en comprender los modos de hacer, de calcular, de razonar y de nombrar que despliegan las personas; los cuales resultan accesibles únicamente a quien investiga por medio del diálogo y la observación de las actividades de la vida cotidiana. La primera técnica escogida ha sido la entrevista en profundidad, útil a los fines de “acceder a la perspectiva de los actores, para conocer cómo ellos interpretan sus experiencias en sus propios términos” (Piovani, 2007: 220). Al tratarse de una técnica “orientada por el investigador y sus intereses, pero abierta al desarrollo que la interacción con el sujeto de estudio genere (...) [propicia] un espacio fértil para la incorporación de nuevas temáticas y para la propia reflexión del investigador (Adamini, 2014: 125).

Se realizaron entrevistas semi-estructuradas a un total de 50 hogares ubicados en diferentes posiciones en la estructura social, con características variadas en cuanto a su composición y a la etapa del ciclo vital en la que se encontraban. El muestreo escogido ha sido no probabilístico intencional, basado en los criterios teóricos que guían la investigación. En función del interés por indagar las formas de organización de las economías domésticas, se buscó contactar a aquellas personas encargadas de gestionar las finanzas cotidianas. Ello dio como resultado una proporción altamente preponderante de respondentes mujeres. De los 50 hogares consultados, sólo en cuatro oportunidades puntuales las entrevistas fueron respondidas exclusivamente por hombres (entre ellos encontramos un hogar monoparental con jefatura masculina y dos hogares unipersonales). En otras oportunidades, los hombres participaron de los encuentros aportando una voz secundaria a la de las mujeres o simplemente presenciando por momentos la conversación. En la enorme mayoría de los casos fueron las mujeres quienes asumieron o fueron colocadas en la posición de ser las encargadas de encabezar la conversación sobre la economía del hogar.

A fin de identificar y ordenar a los hogares en términos de sus características socioeconómicas retomamos en primer lugar el planteo teórico presente en Dalle (2016) y Sautú et.al. (2020) acerca de la definición de la estructura de clases sociales. Como criterio principal se ha considerado la posición ocupacional, en este caso, del Principal Sostén Económico del hogar (PSH). Como señalaron Sautu et. al (2007), “las ocupaciones son el nexo entre la estructura socio-económica y la clase en tanto definen condiciones de existencia, posibilidades de acceso a ciertos recursos y niveles de retribución y consumo” (p. 2). En el esquema que presenta Dalle (2016) para describir la estructura de clases en la Argentina contemporánea, los criterios utilizados para identificar los grupos ocupacionales son la relación con los medios de producción, el nivel de autoridad en la ocupación y el tipo de calificación laboral. El modo en que los diferentes grupos ocupacionales así identificados se distribuyen en el esquema compuesto por cinco posiciones de clase ha servido esta investigación como guía para la identificación empírica de la posición socioeconómica de los hogares que constituyen nuestra muestra. En segundo lugar se prestó atención a las credenciales educativas con las que contaban los miembros de los hogares. Aquí el nivel educativo formal alcanzado por el PSH ha sido considerado como variable proxy del nivel socioeconómico.

A los fines de completar la caracterización de los hogares, también se han considerado algunos componentes o elementos que pueden ser incluidos dentro de lo que la literatura considera como “estilos de vida” insertos en las clases sociales (Dalle, 2016; Sautu, et.al. 2020). Como señalan los autores haciendo énfasis en la importancia de distinguir entre ambos aspectos,

mientras las clases establecen las condiciones básicas de existencia, los estilos de vida son las maneras de comportarse, de consumir, los modos de interpretar experiencias, ideas y símbolos y significados culturales. Mientras el dominio de las clases es la economía y las relaciones sociales, el de los estilos de vida está asentado en los usos y consumos, en los lazos sociales y familiares y en los saberes regulados por las pautas y modelos culturales desarrollados en el seno de las clases sociales. Clases sociales y estilos de vida tienen una relación simbiótica, una alta correspondencia (Sautu, et. al. 2020: 41).

En relación a este segundo punto, se prestó atención principalmente a aspectos vinculados a la residencia y al consumo; entre ellos se dio un lugar central al régimen de tenencia de las viviendas (fuesen estas propias, alquiladas, prestadas o usurpadas), así

como a la ubicación de las mismas. La incorporación de hogares con características socioeconómicas diversas no tiene por objetivo construir una comparación de las particularidades que asumen las prácticas y los discursos económicos tomando como eje del análisis un criterio de clase social. En cambio, la propuesta ha sido la de comprender el abanico de tales prácticas y discursos a partir del caso de hogares que ocupan diferentes posiciones en la estructura social.

El guión de entrevistas empleado estuvo ordenado por un conjunto de núcleos temáticos. En primer lugar, se abordaron aspectos vinculados a la composición, a las características socioeconómicas de los hogares y a la organización/distribución de las actividades doméstica. En segundo lugar, se realizaron preguntas relativas a las particularidades que asumían las diferentes prácticas económicas que eran objeto de interés central de la investigación (modalidades de consumo, ahorro y crédito). Por último, se incluyeron una serie de interrogantes o disparadores de carácter más general que buscaban captar percepciones sobre la marcha de la economía doméstica e identificar aspectos que las personas entrevistadas consideraran de relevancia, preocupantes y/o problemáticos en relación a a la misma; se abordó también la construcción de proyecciones o imágenes de futuro al respecto. Siempre que fue posible, los hogares fueron entrevistados en dos oportunidades, en una búsqueda por profundizar la conversación y captar transformaciones de los discursos y las prácticas económicas en cuestión a medida que se profundizaban los rasgos sobresalientes del período (aceleración de la inflación y caída pronunciada de los salarios).

Dada la centralidad que adquiere la cuestión de los precios para la investigación y ante antecedentes que subrayaban las dificultades que supone memorizar dicha información en contextos de inestabilidad económica (Behrend, 1966; 1978; Sigal y Kessler; 1997), como parte de las entrevistas se decidió incorporar una herramienta que tenía por objetivo facilitar la conversación y encontrar matices en los relatos. A las personas entrevistadas se les ofrecieron una serie de folletos publicitarios pertenecientes a diferentes supermercados locales, distribuidos en distintos momentos, cuyas fechas de publicación (de entre un año y un año y medio de antigüedad) habían sido previamente borradas. El ejercicio sobre el que versaba la propuesta era el de observar dichos folletos a fin de identificar aquellos productos que consumían y/o que habían dejado de consumir, cada uno de los cuales figuraba allí con sus respectivos precios. Finalmente, la pregunta con la que cerraba el ejercicio era la de determinar la fecha estimada a la que los entrevistados consideraban que correspondían los mismos. Este ejercicio fue

de gran utilidad a fin de profundizar la conversación sobre la temática de los precios y exponer con mayor detalle los conocimientos con los que contaban las personas entrevistadas al respecto¹³. También permitió acceder espontáneamente a ciertas formas de organización de las compras, a las lógicas de consumo y aportó elementos interesantes para comprender los modos en que se experimentan las temporalidades asociadas a la inflación.

De forma simultánea a los hogares, fueron entrevistados también un total de 20 comerciantes pertenecientes a diferentes rubros (almacenes de barrio, minimercados, supermercados, panaderías, fiambrería, verdulería, librería, zapatería, farmacia, compañías proveedoras de tarjetas de crédito, financiera y comercio de venta de electrodomésticos y artículos para el hogar). El objetivo de introducir estas voces ha sido el de complementar la mirada sobre la organización de las economías domésticas incorporando la perspectiva de quienes son sus principales proveedores en el aprovisionamiento cotidiano. En estos casos, las entrevistas se centraron en las características de la clientela, los hábitos de consumo, las modalidades de compra y/o acceso a servicios, los métodos de pago utilizados (entre ellos los sistemas e instrumentos de crédito), el tipo de consultas y/o conversaciones que pudieran identificar como más frecuentes, e incluso los cambios y/o transformaciones de estos aspectos mencionados a lo largo del tiempo.

Asimismo en algunos de estos espacios compra, principalmente los dedicados al aprovisionamiento, fue posible la realización de observaciones que otorgaron acceso directo a sus dinámicas de funcionamiento, interacciones, diálogos e intercambios con clientes y proveedores. En el caso particular de los supermercados, además de las visitas en días regulares, uno de los momentos elegidos para las observaciones fueron aquellos días en que tuvo lugar la promoción del 50% de descuento con la tarjeta Visa del Banco

¹³ Interesada en las particularidades formas de cálculo aritmético que utilizan las personas en su vida cotidiana, Lave (1984) puntualizó el lugar central que adquiriría el entorno en la configuración de las operaciones de cálculo. Al estudiar los modos en que un grupo de adultos norteamericanos sacaban diferentes cuentas mientras realizaban sus compras en el supermercado, la autora sostuvo que al ser colocados en los espacios de compras con los que estaban familiarizados y frente ciertos productos en particular, las personas eran capaces de generar mucha más información dichos productos de la que previo a ello sostenían conocer o recordar.

Para el caso que hemos expuesto aquí sucedió algo similar. Sin encontrarse directamente en el supermercado, las personas entrevistadas respondieron a la presencia de los folletos trayendo a colación información muy completa sobre los productos que allí figuraban, sobre sus precios actuales y sobre los propios espacios de compra. Elementos que, en general, no surgieron directamente al consultarles si recordaban el valor de aquello que solían consumir.

Provincia¹⁴. La misma fue señalada en varios de los hogares consultados, principalmente entre los de sectores medios, como parte de sus estrategias de organización del aprovisionamiento.

Otra de las tareas realizadas en este marco fue el mapeo y georeferenciación de los principales comercios e instituciones financieras que se encontraban disponibles en Bolívar durante el despliegue de la investigación. Se señalaron especialmente aquellos referidos por las personas entrevistadas, en una búsqueda por visualizar en el espacio la existencia de circuitos específicos definidos por las prácticas económicas de los hogares.

Por último fueron recopiladas y analizadas diversas fuentes a fin de contextualizar el análisis. Entre ellas, diferentes series de datos estadísticos permitieron recuperar aspectos macroeconómicos de relevancia para el período que abarca la investigación. Tal es el caso de los informes técnicos del INDEC respecto de la evolución del índice de precios y del índice de salarios. También las infografías producidas por el Módulo de Política Económica del Observatorio de Políticas Públicas de la Universidad Nacional de Avellaneda (UNDAV). Otras fuentes estadísticas resultaron útiles para analizar las prácticas económicas de los hogares. Tal es el caso de la Encuesta Nacional de Gasto de los Hogares producida por el INDEC y del Informe de Inclusión Financiera elaborado por el Banco Central de la República Argentina (BCRA).

Como mencionamos antes, el trabajo de campo se llevó a cabo entre fines del año 2017 y principios del 2020. Durante ese período el ascenso de la inflación fue una condición permanente. Mientras que el 2017 finalizó con un aumento interanual del IPC que se ubicó en 24,8%, en 2019 dicho valor alcanzó el 53,8%. En ese sentido, las condiciones del inicio distaron de aquellas que encontramos hacia el final del campo. A ello se sumó otro elemento de gran relevancia para comprender el funcionamiento de las economías domésticas en dicho período. Al poner en relación datos extraídos del INDEC respecto de la evolución del índice de salarios registrados y la evolución del IPC es posible ver que a la par de la aceleración de la inflación, se profundiza también la pérdida de adquisitivo de los ingresos. Luego del año 2017, donde el aumento de los

¹⁴ Esta promoción funcionó de manera periódica entre los años 2017 y 2019. La misma suponía que quienes realizaran sus compras con tarjetas de débito o crédito Visa del Banco Provincia en supermercados adheridos y los días indicados (dos miércoles de cada mes), obtendrían un 50% de descuento con un tope de reintegro de \$1500. El tope de reintegro fue actualizado durante el tiempo de vigencia de la promoción para alcanzar un máximo de \$2000.

salarios fue de 27,4% y se ubicó tres puntos porcentuales por encima de una inflación, en 2018 las condiciones fueron muy diferentes. El IPC para dicho año cerró en 47,6%, mientras que la evolución de los salarios fue de 27,6%, ubicándose veinte puntos porcentuales por debajo de la inflación. Por su parte, al mes de diciembre de 2019 una variación de los salarios de 40,3% supuso una pérdida de 13,5% frente al IPC. En relación a ello, es importante considerar que la convivencia con la inflación, su impacto sobre las dinámicas de las economías de los hogares y las particularidades que asuman sus prácticas económicas ordinarias, no será igual en un marco de pérdida acelerada del poder adquisitivo de los ingresos, como el que evidencia el período en cuestión, frente a otros períodos, también inflacionarios, en los que los aumentos de los salarios acompañan o incluso de ubican por encima de la evolución del IPC¹⁵.

Por último cabe señalar que la propia investigación no estuvo exenta de los obstáculos que supuso la situación de excepcionalidad y emergencia causada por el COVID-19. La puesta en vigencia de medidas de Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO) imposibilitaron una última salida a campo que estaba prevista para el 2020. Allí se esperaba concretar nuevos encuentros con los hogares ya consultados, principalmente aquellos a los que fue posible visitar solo en una oportunidad.

Asimismo, y más relevante que las limitaciones prácticas a la realización del trabajo de campo, el desarrollo de la pandemia afectó profundamente las condiciones de vida de los hogares¹⁶, principalmente sus economías y sus modos de organización, en un contexto generalizado de caída del empleo y disminución de los ingresos. En ese sentido, consideramos que las dinámicas generadas en tal contexto de excepcionalidad y las transformaciones que le sucedieron requieren ser abordadas en su especificidad

El trabajo de campo en una ciudad intermedia de la provincia de Buenos Aires

El espacio escogido para llevar a cabo el trabajo de campo es la ciudad de San Carlos de Bolívar ubicada en el centro norte de la provincia de Buenos Aires, a 334 km de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA). Se trata de la ciudad cabecera del partido de Bolívar que, de acuerdo con los datos proporcionados por el INDEC (2010), contaba

¹⁵ Al respecto es posible consultar la información proporcionada por el CEPED (2022) acerca de la evolución de salario real en dólares. Disponible en: www.ceped-data.shinyapps.io/

¹⁶ Según un informe realizado por el INDEC (2020), sobre el impacto de la COVID-19 en los hogares del Gran Buenos Aires, casi la mitad (49,3) de los hogares relevados, “manifestó haber tenido una caída en el monto total de sus ingresos respecto a la situación previa a la pandemia. (p.7).

con 26.242 habitantes¹⁷. Según la categorización ofrecida por Di Nucci y Linares (2016), esto la ubica dentro de la categoría de ciudades pequeñas, es decir, aquellas cuyo número de habitantes oscila entre los 20.000 y los 50.000.

El interés por estudiar las prácticas económicas de un conjunto hogares pertenecientes a una ciudad chica constituye uno de los aportes centrales de la propia investigación. Al prestar atención a los trabajos que desde la sociología local y de manera reciente se interesaron por las prácticas económicas ordinarias, es posible advertir que lo han hecho centrados principalmente en espacios geográficos de mayor concentración poblacional, como el AMBA u otras grandes aglomeraciones urbanas¹⁸. (Assusa, Freyre y Merino, 2019, Cosacov, 2022; Wilkis, 2021). A esto se añade una preocupación predominante por las condiciones en que se desenvuelven las economías de los sectores populares. (Figueiro, 2013; Fumero y Hadad, 2017; Hornes, 2020; Partenio y Wilkis, 2010; Partenio, 2022; Roig, 2015; Wilkis, 2013). En ese sentido, las investigaciones se enfocan en hogares que navegan en el marco de infraestructuras económicas y financieras cuyas características difieren de las que analizamos aquí.

Asimismo, en los casos puntuales de quiénes problematizaron los efectos de la inflación sobre los comportamientos y las prácticas económicas cotidianas para los período de crisis agudas, también han estado enfocados en analizar dichas prácticas de manera general, sin contar con un anclaje territorial específico y/o se han concentrado en la ciudad de Bs As o su área metropolitana (Spitta, 1988; Sigal y Kessler, 1997)

En ese sentido, es poco lo que sabemos respecto del funcionamiento de las economías domésticas más allá de lo que ocurre en las grandes ciudades. Aspecto que constituye un déficit importante si consideramos, como señalan Manzano y Velasquez

¹⁷ En 2022, durante la etapa de escritura de la tesis, tuvo lugar en Argentina en Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas realizado por el INDEC. No obstante, al momento de concluir con esta tarea no se hallaban aún disponibles los datos correspondientes a la cantidad de habitantes por localidad. Para el caso del partido de Bolívar, que incluye además a las localidades de Urdampilleta, Pirovano, Hale, Juan Franciso Ibarra, Paula, Mariano Unzué y Villa Lynch Pueyrredón, el recuento poblacional arrojó en 2022 un total de 37.592 habitantes, frente a los 34.190 registrados en 2010; lo que implicó un crecimiento del 10%. Disponible en: INDEC (2023) [Cuadro 1. Total del país. Total de población, variación absoluta y variación relativa, por jurisdicción. Años 2010 y 2022](#)

¹⁸ Gabriel Noel (2020) en su investigación sobre las transformaciones sociales que experimentó la ciudad balnearia de Villa Gesell y los debates morales e identitarios generados en torno a ello durante el período 2007-2014, ha subrayado este aspecto como una característica sobresaliente de la producción sociológica y antropológica local de las últimas décadas. De acuerdo con el autor el AMBA “pese a su centralidad, extensión y peso específico no deja de ser un caso enormemente singular que no puede ser generalizado al resto de Argentina y probablemente ni siquiera al de los otros grandes conglomerados urbanos” (p. 39). Su interés por una localidad de tamaño intermedio, tal como ha clasificado a Villa Gesell, le ha permitido advertir la relativa ausencia de ciudades de estas características en las agendas de investigación de las ciencias sociales. Aspecto que, de acuerdo con el autor, no es exclusivo de la academia local sino que se repite en otras latitudes.

(2015) a partir de los datos del censo de 2010, que alrededor de un tercio de la población del país se distribuye en espacios urbanos y rurales de menos de 50.000 habitantes¹⁹. Si se tiene en cuenta que este tipo de localidades pequeñas son espacios menos estudiados y, al mismo tiempo, relevantes en cuanto al lugar que ocupan en la distribución de la población, resulta un aporte interesante producir miradas empíricamente fundadas que contribuyan a comprender las dinámicas que asume en ellos la vida social. En este punto, diferencias cuantitativas como el tamaño y/o la densidad poblacional, invitan a pensar qué características sociales significativas emergen al modificar la escala sobre la que se basa el análisis. Recordemos aquí la insistencia de Simmel (2014) en atender “las consecuencias sociológicas cualitativas de la causa cuantitativa” (p.140); aspecto que el autor destaca a la hora de pensar a los grupos sociales, su estructura, sus modos de diferenciación y socialización. De acuerdo con su planteo, la cantidad es un factor fundamental a la hora de comprender el tipo de relaciones que se entablan entre los miembros de un grupo, los condicionamientos recíprocos a nivel de las acciones y las formas de convivencia que pueden desarrollarse. A la luz de este aporte, por un lado, resulta interesante pensar qué aspectos de las prácticas económicas de los hogares se vinculan con las especificidades que presentan las ciudades pequeñas. Y, al mismo tiempo, dichas prácticas económicas se transforman en una excusa para develar algunas de las dinámicas que presentan estos espacios con características económicas, sociodemográficas, y urbanas particulares.

A través de los capítulos, principalmente aquellos dedicados a las prácticas de consumo y crédito, que permitieron recorrer o caracterizar espacios a partir del desplazamiento de las personas entrevistadas, se buscó aportar al lector elementos que le permitieran adentrarse y/o imaginar la ciudad. No obstante, y de forma breve, adelantamos aquí algunos aspectos complementarios que resultan relevantes a la comprensión del propio objeto de investigación.

Bolívar es una típica localidad agrícola ganadera de la región pampeana²⁰. Posee una planta urbana que se compone de un cuadrado de dieciséis cuadras por dieciséis

¹⁹ Los autores adoptan la misma clasificación que Di Nucci y Linares, delimitando a las ciudades pequeñas entre los 20.000 y los 50.000 habitantes. No obstante, al momento de analizar la distribución poblacional, reúnen en una misma categoría a la población dispersa, a la población rural aglomerada en núcleos de menos de 2.000 habitantes, a los pueblos grandes (2.000 a 20.000) y a las ciudades pequeñas (20.000 a 50.000).

²⁰ El sector primario, principalmente la ganadería y luego agricultura, representan entre el 60% y el 80% del valor agregado total de la economía local. Asimismo, el desarrollo industrial es escaso y se concentra en pequeñas y medianas empresas de tipo familiar. La participación de este sector en la totalidad de valor agregado local es menor al 20%, lo que lo ubica entre los municipios con menor presencia de la industria manufacturera de la provincia. (Dirección Provincial de Estudios y Proyecciones Económicas, 2012).

cuadras, atravesado por ocho avenidas principales y rodeado por otras ocho. No obstante, la trama urbana se ha expandido considerablemente y numerosos barrios se extienden más allá de dichos límites. Similar a muchas otras localidades pequeñas, junto a la plaza central se ubica el denominado Centro Cívico que reúne algunas de las principales instituciones, como el municipio, el Registro Civil, el Banco de la Provincia de Buenos Aires y la delegación policial. En las cuadras aledañas se ubican también los comercios más importantes, incluidos los supermercados más concurridos. Dos de ellos pertenecen a una firma zonal (Supermercados Actual); luego se encuentra la Cooperativa Obrera y, por último, Día que es el único perteneciente a una cadena internacional. A estos se suman otros supermercados y minimercados distribuidos por el resto de la ciudad.²¹

En relación a la infraestructura financiera, en el territorio operan seis sucursales bancarias que corresponden a dos bancos públicos (el Banco de la Nación Argentina y Banco Provincia de Buenos Aires), tres bancos privados (Santander Río, Galicia, y Macro) y un banco cooperativo (CrediCoop); todas ellas se encuentran en el centro comercial de la ciudad. Esta presencia bancaria indica que el promedio de sucursales bancarias en relación a la cantidad de habitantes se encuentra muy por encima del promedio nacional. Al considerar los datos del censo realizado en octubre de 2022 para el partido de Bolívar y la información del BCRA sobre la distribución de entidades financieras en dicho momento, se advierte que el partido contaba entonces con un promedio de 2,7 sucursales bancarias por cada 10.000 adultos mayores de 15 años²². Promedio que se ubicaba entonces en 1,6% para el total del país. Más allá de este indicador, es posible suponer que la oferta crediticia destinada a los hogares se encuentra menos diversificada, si se la compara con localidades que poseen una mayor densidad poblacional.

²¹ Un aspecto a señalar es que, al momento en que se realizó el trabajo de campo, Bolívar no contaba con hipermercados o supermercados mayoristas; siendo los más cercanos los que se encontraban aproximadamente a 100 km de distancia, en la ciudad de Olavarría o en Pehuajó desde 2019. En el mes de julio de 2022, cuando ya se había cerrado el trabajo de campo, la cadena argentina de autoservicios mayoristas Diarco, inauguró una sucursal en Bolívar, ubicada sobre la ruta 226, a aproximadamente 5 km del centro de la ciudad. Tampoco existían entonces centros comerciales o shoppings en la localidad. Fue en abril del año 2021 que se inauguró “La Perla”, un pequeño centro comercial en el centro de la ciudad, que ofrece una variedad de locales multimarcas.

²² El promedio ha sido calculado considerando el número de habitantes adultos mayores de 15 años correspondientes al partido de Bolívar (29.771) y la cantidad de sucursales bancarias disponibles en dicho territorio (8). Como se mencionó antes, los datos del último censo para la localidad de San Carlos de Bolívar no se hallaban aún disponibles al momento de finalizar con la escritura de la tesis.

Otro punto de relevancia que aporta a la comprensión de la organización de las económicas domésticas de algunos de los hogares consultados, principalmente de los de sectores medios, es que si bien la ciudad cuenta con un Centro Regional Universitario (CRUB) en el que es posible realizar estudios superiores que dependen de distintas universidades nacionales -como la Universidad Nacional de la Plata o la Universidad Nacional del Centro-, el hecho de que la oferta académica disponible sea reducida, implica que muchos jóvenes, principalmente de sectores medios, se trasladen a ciudades de mayor tamaño en su mayoría dentro de la provincia de Buenos Aires, como CABA, La Plata, Tandil, Olavarría, Mar del Plata, Azul, etc., para cursar dichos estudios.

Las características mencionadas son algunas de las que sin dudas permiten distinguir a Bolívar de otros espacios como las ciudades grandes e incluso las intermedias, tanto por su economía, por su trama urbana, por la oferta comercial y financiera, así como por el acceso a distintos tipos de infraestructura y servicios. No obstante, son estas mismas particularidades las que la asemejan a aquellas localidades que poseen dimensiones similares en cuanto a la cantidad de sus habitantes, que ocupan un lugar análogo en la estructura productiva, una ubicación parecida en el territorio, etc. En ese sentido, un aspecto no menor a considerar es que el haber elegido esta ciudad en particular ha estado atravesado por el hecho de yo, autora de este trabajo, nací, crecí y viví en Bolívar hasta que, tras finalizar mis estudios en la escuela secundaria, me trasladé a La Plata para cursar la carrera de Sociología.

El hecho de haber crecido allí y que parte de mi familia aún resida en Bolívar, lugar al que vuelvo y volví periódicamente durante el tiempo en que realicé el trabajo de campo, merece una reflexión, al menos sintética, respecto de mi rol como investigadora en este espacio en particular. Por un lado, es ineludible mencionar que hubo una serie de elementos e informaciones claves a los que fue posible acceder con mayor facilidad por el hecho de conocer el territorio, de haberlo recorrido y habitado por años, primero como bolivarense y luego como socióloga e investigadora. Esta ciudad fue también el espacio que elegí entre 2015 y 2016 para estudiar la participación de un conjunto de emprendedores locales en el Banco Popular de la Buena Fe (BPBF)²³, a fin de realizar la tesina que me dio el título de Licenciada en Sociología. Así, los temas vinculados al dinero, a las prácticas económicas, y el escenario local me volvían a convocar. Con este telón de fondo, la comprensión del modo en que funciona la trama urbana, la forma en

²³ El BPBF fue un programa estatal de microcréditos creado en el año 2003 y puesto en funcionamiento bajo la órbita del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación.

que ciertos parámetros socioeconómicos se distribuyen en el espacio, la posibilidad de identificar comercios centrales para determinados rubros, así como la ausencia de otros, son aspectos que estuvieron directamente disponibles. Información que luego se complementó, nutrió y actualizó a partir del material de las entrevistas y las observaciones.

Por otro lado, contar con estas condiciones de partida me permitió acceder más fácilmente a las redes de relaciones sociales que fueron conformando mi propio campo. Como la sociología económica ha puntualizado, investigaciones como la que he llevado a cabo “evocan cuestiones acentuadamente íntimas, como la gestión de nuestras economías, asuntos que son arduos para ser investigados, que ocasionan incomodidad, que difícilmente son tratados abiertamente incluso entre mejores amigos, y que, sin embargo, estructuran las vidas individuales y colectivas” (Neiburg, 2008: 15). Teniendo esto en cuenta y sin pretender romantizar una experiencia que no estuvo exenta de las mencionadas dificultades, es posible pensar que el hecho de tener una raíz local me abrió el acceso al campo y permitió que, en la mayoría de los casos, las personas entrevistadas aceptaran conversar, a veces en más de una oportunidad, sobre la intimidad de sus economías. Las redes, los vínculos construidos previamente, así como el hecho de que no solo yo como investigadora contaba con información respecto de mis entrevistados, sino que también estos tenían o podían tener acceso a información sobre mí, fueron claves en ese sentido. Incluso, hubo quienes habían colaborado durante mi investigación sobre “El banquito” (BPBF), y volvieron a hacerlo en esta oportunidad.

Al mismo tiempo, el haber estado residiendo fuera de Bolívar por un largo tiempo (casi diez años), parece haber cumplido también su rol, aportando un equilibrio necesario entre cercanía y distancia que facilitó el despliegue de la estrategia metodológica sin mayores resistencias. Por un lado, porque quienes amable y generosamente me compartieron sus experiencias, lo hicieron dándole un lugar a mi práctica como socióloga. Por el otro, porque en lo personal me permitió de algún modo, como señaló Lins Ribeiro (1998), “descotidianizar” un escenario que me era por demás familiar. En ese sentido, sin ser totalmente ajena a la “conciencia práctica²⁴” local, el

²⁴ Lins Ribeiro (1989) retoma la noción de conciencia práctica propuesta por Giddens. De acuerdo con su lectura, la misma implica que “los agentes sociales, en su contexto cotidiano, dejan de monitorear activamente distintas fuentes de información. Estas entran en el desarrollo de las acciones de los actores como supuestos, como lo dado (...) [aspecto que está viene dado por] la rutinización de los encuentros sociales en el cotidiano de los agentes sociales (p.195).

hecho de que Bolívar no ha formado parte permanente de mi vida cotidiana por largo tiempo, ayudó a la tarea de distanciamiento, extrañamiento o desnaturalización.

Sesgo de género en la muestra, sesgo de género en la gestión del hogar

Como señalamos antes, para el caso de la propia muestra las mujeres aparecieron en la enorme mayoría de los casos como las “voces autorizadas” para explayarse sobre la organización de las economías domésticas. Sin ser novedoso, este aspecto adquirió mayor relevancia a medida que en las entrevistas se puso de manifiesto cómo se distribuían las tareas vinculadas al funcionamiento y la organización cotidiana de las economías domésticas, evidenciado una vez más que “la vida de los hogares está atravesada por la producción social de relaciones desiguales entre los géneros” (Luzzi, 2022: 9). Estos modos desiguales en que hombres y mujeres encarnan la gestión de los hogares (Esquivel, Faur, y Jelin, 2012; Faur, 2014; Faur y Pereyra, 2018), en paralelo a su participación también desigual en el mercado de trabajo (Cerruti, 2000; Faur, 2006; Faur y Tizziani, 2017) son aspectos que han sido abordados en profundidad por las ciencias sociales locales que propusieron lecturas desde una perspectiva feminista; y de los que hemos encontrado numerosos ejemplos en el propio campo. Asimismo, otra línea de trabajos, principalmente enmarcados en la antropología y la sociología económica, han analizado cómo las relaciones, distinciones y desigualdades de género que operan en el espacio de la economía cotidiana atraviesan los modos en que se gestiona y significa el dinero y las dinámicas de endeudamiento. (Kreutzer, 2004; Guerin, 2008; Partenio y Wilkis, 2011; Villarreal, 2010). En el cruce de estos interrogantes y teniendo como marco los efectos de la pandemia, recientemente se ha analizado también “el rol de las mujeres en la gestión monetaria del cuidado y, en particular, en la de los endeudamientos” (Luzzi, 2022: 10). Lo que han advertido estos trabajos centrados en las experiencias de mujeres de sectores medios y populares en Argentina, es justamente que no solo el cuidado, sino también las responsabilidades en torno de la gestión del dinero (incluido el endeudamiento) necesario para garantizarlo, involucra desigualmente a dichas mujeres (Cosacov, 2022; Partenio 2022; Luzzi, 2022). Sin ser uno de los objetivos centrales de la investigación que hemos llevado a cabo, en el análisis que propone la tesis estas dimensiones vinculadas a las desigualdades originadas en dinámicas de género intrahogar están presentes, en tanto elementos que el propio campo puso en valor. Es importante tener en cuenta que el incremento de la

inflación y su impacto en la pérdida de poder adquisitivo de los salarios, son fenómenos que contribuyen a intensificar las mencionadas desigualdades, en tanto su presencia conlleva mayores esfuerzos físicos y mentales en la gestión de recursos y la realización de ciertas tareas (como por ejemplo, el tiempo dedicado a las compras, la organización de los presupuestos, el manejo del dinero doméstico, por mencionar solo algunos) encarnadas en gran medida por las mujeres.

Organización de la tesis y contenido de los capítulos

La tesis se encuentra estructurada en dos grandes partes. El primero de ellos compuesto por los capítulos 1 a 3, está dedicado a analizar las particularidades que adoptan las prácticas de consumo, crédito y ahorro que llevan a cabo los hogares en diálogo directo con la presencia de la inflación y con los desafíos que la misma supone. El segundo apartado integrado por los capítulos 4 a 6, se interesa por reconstruir y analizar otro conjunto de dimensiones asociadas a la experiencia de convivencia con el fenómeno inflacionario que tienen que ver con los modos en que se nombra a dicho fenómeno en los discursos ordinarios, con la proliferación de “formas caseras” de medir o dotar de dimensiones específicas a la evolución de la inflación y con las particularidades que asume la “cultura económica” propia del período analizado en relación con la inflación.

En el capítulo 1 se analizan las características que asumen las prácticas de consumo de los hogares bajo estudio, poniendo especial atención en aquellas destinadas al aprovisionamiento cotidiano. Se reconstruyen las rutinas e itinerarios que dichas compras involucran, teniendo en cuenta las temporalidades que las rigen, los espacios que recorren y las decisiones y cálculos que intervienen, incluidos los diferentes medios de pago empleados para costearlas. En el marco de estas compras, se analizan también las estrategias puestas en juego por los hogares con el fin de “sostener el consumo”, frente a la pérdida de poder adquisitivo de los ingresos.

En el capítulo 2 el objeto de indagación son las prácticas de crédito que integran los repertorios financieros de los hogares en cuestión. Para ello, en primer lugar, se reconstruye la oferta de servicios financieros dirigidos a las economías domésticas que operan en Bolívar en el período analizado; así como también el acceso y la utilización de los diferentes instrumentos de crédito por parte de los hogares bajo estudio. Y, en segundo lugar, se reponen las calculabilidades, racionalidades y temporalidades que

rigen las decisiones en torno al crédito, así como las dimensiones de las mismas y sus transformaciones que se hallan en relación con la presencia de la inflación.

El capítulo 3 propone un recorrido por las prácticas de ahorro. Allí, se analizan las diferentes situaciones de los hogares consultados en relación a estas prácticas, las particularidades que asumen en cuanto a sus materialidades, sus temporalidades y las racionalidades que las sustentan. Todas estas dimensiones son analizadas prestando atención al modo en que dialogan con la presencia y la evolución de la inflación. No obstante, partimos de considerar que si este fenómeno resulta una clave interpretativa fundamental para comprender las formas específicas que asumen las prácticas de ahorro, las mismas no pueden ser comprendidas si se parte de considerar que el principio por excelencia que las rige en un contexto inflacionario es aquel que se enfoca en salvaguardar el dinero de su depreciación.

Por su parte, en el capítulo 4 el objetivo es dar una respuesta a una pregunta acerca de los modos en que en los discursos cotidianos se hace referencia al fenómeno de aumento generalizado de los precios de la economía. El interés por esta dimensión es un emergente del desarrollo del propio trabajo de campo, donde resultó particularmente interesante que la categoría inflación, ampliamente difundida en el espacio público, no era utilizada por las personas para hacer referencia a la presencia de este fenómeno y/o para interpretar sus repertorios de decisiones y prácticas económicas cotidianas en relación al mismo.

Al igual que ocurrió con la categoría inflación en los discursos ordinarios que versan sobre las prácticas económicas domésticas, tampoco resultaron frecuentes e las referencias a la evolución del IPC cuando se trataba de dar cuenta del modo en que evolucionaban los precios y de la consecuente pérdida de poder adquisitivo de los ingresos. Pese a la notable resonancia pública que posee este índice y al hecho de que su valor es objeto de difusión y de debate, no sólo en el ámbito de los expertos en economía, sino también de los principales medios de comunicación orientados al público lego, el mismo no adquiría centralidad en los discursos de los hogares consultados. En cambio, emergieron allí un conjunto de unidades de medida, que hemos acordado llamar “medidas caseras de inflación” y que permiten transformar a la inflación en un fenómeno aprehensible, mensurable, dotado de dimensiones concretas para quiénes conviven con ella en su vida diaria. El capítulo 5 se aboca entonces a reconstruir las particularidades de estas formas ordinarias de cálculo.

Por último, y con la pretensión de reunir las reflexiones volcadas a lo largo de la tesis, el capítulo 6 aborda la pregunta acerca de las particularidades que asumen las culturas económicas de los hogares en un contexto de ascenso sostenido del IPC como el que atraviesa el país en el período bajo análisis. El interés central es el de recuperar aquellos hábitos, racionalidades, prácticas y representaciones que se han desarrollado en torno a la convivencia con este fenómeno. Para ello, en primer lugar, se recuperan las principales ideas que dan forma al debate acerca de las culturas económicas. Luego, se listan las contribuciones de aquellas investigaciones que, interesadas principalmente en las experiencias inflacionarias y/o hiperinflacionarias de Argentina y de otros países como Alemania, Brasil, México, etc., le dieron lugar en sus reflexiones al cruce entre inflación y vida cotidiana. Finalmente, se analizan los rasgos que pueden ser identificados como parte de las culturas económicas de los hogares bajo estudio, prestando atención a los modos en que navegan la inestabilidad económica, al lugar que ocupa la incertidumbre -rasgo que ha sido identificado en varias de las investigaciones como propio de los contextos inflacionarios- y a las imágenes de futuro que se construyen en este marco.

Capítulo 1: El consumo de los hogares, sus prácticas de compra

Presentación

En el presente capítulo nos concentraremos en las características que asumen las prácticas de consumo de los hogares, dedicando especial atención a aquellas destinadas al aprovisionamiento diario. Es posible imaginar que, en contextos inflacionarios, el consumo constituye una de las principales variables de ajuste que accionan los hogares, o incluso –como señaló O’Dougherty (2002)- un resquicio en el cual es posible desarrollar mecanismos para contrarrestar el deterioro de los ingresos. En este sentido, lo que nos interesa preguntarnos es cómo se configuran las rutinas e itinerarios de compras, quiénes las llevan a cabo, qué espacios involucran, cuáles son los cálculos y decisiones que intervienen y cómo se transforman los hábitos y prácticas de consumo. También haremos algunas referencias a las prácticas y estrategias que despliegan los comercios, en tanto complemento que nos ayudará a comprender las particularidades que asumen las prácticas de los hogares.

Introducción

Era un miércoles de septiembre de 2018. Esa mañana me encontraba haciendo observaciones en uno de los supermercados más grandes de la ciudad como parte de mi trabajo de campo. Era uno de los días de promoción del 50% con la tarjeta Visa del Banco Provincia²⁵, por lo que esperaba encontrar una mayor cantidad de gente que la habitual abocada a la tarea de las compras. Según me habían contado algunas de las personas entrevistadas, cuando comenzaron las promociones los supermercados eran un “mundo de gente”, “una locura”, lo que dificultaba el tránsito y la tarea de encontrar ciertos productos que se agotaban rápidamente. Sabía también que esa efervescencia

²⁵ Como mencionamos en la introducción, esta promoción estuvo vigente de manera periódica entre 2017 y 2019. Quienes realizaban sus compras con tarjeta de débito o crédito Visa del Banco Provincia los días indicados (dos miércoles de cada mes) y en determinados supermercados, obtenían un 50% de descuento con un tope de reintegro de \$1500. Aquellos que optaban por pagar “con débito” debían contar con los \$3000 al momento de la compra y esperar un lapso de tres semanas aproximadamente para recibir la restitución de la mitad del dinero. Por su parte, el uso de la tarjeta de crédito estaba habilitado para compras en un único pago. Durante la vigencia de la promoción, el tope de reintegro fue actualizado a un máximo de \$2000.

Si tomamos como referencia de los montos mencionados el valor de la canasta básica alimentaria elaborada por el INDEC, en diciembre de 2017 la misma establecía una cifra de \$2150,29 por adulto equivalente. Por su parte, en diciembre de 2018 y diciembre de 2019 dichos montos habían ascendido a \$3300,17 y \$5043,41 respectivamente.

inicial había ido disminuyendo con el paso del tiempo (o distribuyéndose “mejor” durante los dos días mensuales que duraba la promoción). Ese día, si bien había cierta concurrencia, el supermercado estaba bastante despejado. Mientras recorría las góndolas, escuché que dos mujeres de alrededor de sesenta años conversaban acerca de los precios. Me acerqué y pude reconocer a una de ellas, una docente jubilada de la escuela en la que yo había cursado la primaria. Miriam le decía a su interlocutora “Yo volví al Plusbelle²⁶, como en las peores épocas” y esta asentía con un comentario acerca de lo caros que costaban los productos de perfumería.

Esta escena resulta muy sugerente para comenzar a desentrañar los modos en que fenómenos como la inflación se imprimen en la vida diaria de las economías domésticas. En primer lugar, porque refiere al consumo cotidiano y los desafíos que enfrentan los hogares para responder a los aumentos de precios. Es posible imaginar que las prácticas de consumo son una de las principales variables de ajuste que se accionan en momentos en que los presupuestos se vuelven más "apretados". O incluso se transforman en un resquicio a partir del cual es posible desarrollar estrategias y mecanismos tendientes a contrarrestar el deterioro de los ingresos (Sigal y Kessler, 1997; O'Dougherty 2002; Neiburg, 2008). La escena retratada bien podría representar ambos aspectos. En segundo lugar, porque aparecen los precios como depositarios de cierta atención y como tema de conversación de los encuentros cotidianos. Y, por último, por el hecho de que para Miriam cambiar la marca de un producto por otro más económico no era algo nuevo, sino un elemento que le permitía conectar diferentes momentos de su biografía en los que la situación económica se había vuelto apremiante.

Dentro de la gran variedad de prácticas de consumo que tienen lugar en el marco de los hogares, aquellas destinadas al aprovisionamiento diario ocupan un lugar primordial y se vuelven centrales para comprender cómo es experimentada la inflación. Estas prácticas se encuentran entre las más fundamentales que realizan las personas para organizar sus economías familiares, garantizar el funcionamiento del hogar y la reproducción de cada uno de sus miembros. Independientemente de las características socioeconómicas que presentan los hogares, en todos ellos nos encontramos con una serie de actos de compra orientados en tal dirección.

²⁶ Plusbelle es una marca de shampo y acondicionador para el cabello que se caracteriza por sus precios bajos y por ofrecer productos que se comercializan en envases de tamaño familiar.

En este sentido, la Encuesta Nacional de Gasto de los Hogares²⁷ correspondiente al período 2017-2018, en su informe de gastos muestra que los hogares argentinos destinan en promedio un 22,7% de sus gastos a las compras vinculadas a la alimentación; categoría que representa el mayor porcentaje en la estructura total de los gastos. A ella le siguen los gastos asociados a la vivienda, los servicios básicos y los combustibles que comprenden el 14, 5% del gasto total. Los resultados del informe muestran también que a medida que aumenta el nivel educativo del hogar, los gastos referidos a la alimentación disminuyen su peso, aunque permanecen ocupando el primer lugar dentro de la totalidad. Mientras los hogares que presentan un nivel educativo bajo destinan el 29% de sus gastos a esta categoría, quienes poseen un nivel educativo medio y alto reducen este porcentaje a 22,7% y 18,4% respectivamente. Asimismo, si la estructura de dichos gastos es analizada por quintiles de ingresos, como se presenta en el Informe de ingresos de la mencionada encuesta, vemos que entre los hogares que se ubican en el primer quintil, más de un tercio del gasto se destina a la categoría alimentos y bebidas no alcohólicas, mientras que entre los hogares del cuarto y quinto quintil esos porcentajes son del 21,1% y 15,7% respectivamente. Como contrapartida, los gastos de estos ascienden en otros rubros como Educación y Restaurantes y hoteles.

Panigo et. al, (2016), han señalado que el fenómeno inflacionario impacta de manera desigual en los hogares en función del peso que representan las diferentes categorías de bienes en la composición de los gastos. Así, para el caso particular que nos ocupa en este capítulo, cuando se producen aumentos en los precios de los alimentos, es importante tener en cuenta que “la repercusión no será homogénea, sino que afectará de manera mucho más intensa a los hogares cuya estructura de consumo dependa en mayor medida de la evolución de los precios de estos rubros” (p. 31). En este sentido, es relevante considerar cómo se ha comportado el IPC correspondiente a esta categoría (*alimentos y bebidas no alcohólicas*, según la clasificación del INDEC) en relación al IPC general para el periodo que la investigación recorre. De acuerdo a las estadísticas elaboradas por el organismo, a diferencia del año 2017 donde los alimentos y bebidas no alcohólicas alcanzaron una variación interanual en torno del 20% en relación a una inflación del 24,8%, en 2018 y 2019 los precios de estos bienes treparon por encima del IPC total. En 2018, frente a una inflación del 47,6%, los alimentos

²⁷ La Encuesta Nacional de Gasto de los Hogares es una encuesta realizada por el INDEC, cuyo objetivo es registrar la composición de los ingresos y los gastos de los hogares argentinos. La última edición de la misma fue llevada a cabo entre 2017 y 2018.

alcanzaron un aumento acumulado del 51,2%; y en 2019 la relación fue de 53,8% para el IPC general y 56,8% para los alimentos y bebidas no alcohólicas.

Todos estos puntos señalados otorgan relevancia a las compras cotidianas al momento de pensar las complejidades y heterogeneidades que supone la experiencia de convivir con la inflación. Con este objetivo, en las páginas que siguen nos detendremos en el discurso que los miembros de los hogares consultados elaboran sobre dichas compras. A partir de él, nos proponemos recuperar cómo se configuran estas prácticas, incluyendo una pregunta por las rutinas e itinerarios que las compras involucran, los espacios que recorren, las calculabilidades, y decisiones que intervienen, las temporalidades que les son constitutivas y los actores que participan de ellas. Abordaremos también aspectos vinculados a las transformaciones que experimentan estas prácticas y los hábitos de consumo en una situación de aceleración inflacionaria.

El trinomio hogar, compras, inflación

En términos socio-demográficos el hogar ha sido definido como un “grupo de personas, parientes o no, que viven bajo un mismo techo de acuerdo con un régimen familiar, es decir, que comparten sus gastos de comida” (INDEC, s/f). Esta definición de hogar y el recorte estático que la misma supone repara en dos dimensiones: compartir la vivienda y compartir la subsistencia. Las compras para el aprovisionamiento diario pueden ser pensadas en estrecha relación con este concepto, en tanto permiten acceder a las formas prácticas en que los gastos destinados a la alimentación se materializan en la cotidianidad de los hogares. Además de ello, dichas compras aportan un sinfín de elementos para interrogarnos acerca de “¿qué es un hogar en la práctica?” (Olcón Kubicka y Halawa, 2018). La preocupación por pensar la dimensión procesual del hogar ha sido planteada en trabajos clásicos como el de Mary Douglas (1991). La autora se centra en la intersección entre aspectos materiales, simbólicos y morales que define como constitutivos del hogar en su carácter de bien colectivo. De acuerdo con su planteo, este representa una “organización del espacio en el tiempo” (p. 294) que recorta una “comunidad virtual” (p.305). El énfasis está puesto en la regularidad que el hogar supone en torno de la continuidad de los ciclos de la vida cotidiana y también en las dimensiones morales que las personas que habitan y componen un hogar depositan en él. Esta idea de continuidad no implica, sin embargo, asumir que el hogar funciona como una unidad estable, indivisible y solidaria en las que las relaciones entre los

miembros pueden darse por sentadas (Guyer, 1981; Olcón Kubicka y Halawa, 2018). En este sentido, la pretensión es seguir a los hogares en su devenir constante, como entidad[es] mucho más fluida[s], que puede[n] incluir o excluir a las personas dependiendo de los encuadres cambiantes que ellos u otros movilizan (Olcón Kubicka y Halawa, 2015, p. 10).

Teniendo en cuenta lo dicho y la potencialidad de las compras cotidianas como medios para descubrir relaciones sociales (Miller, 1999), dichas compras permiten abordar múltiples dimensiones constitutivas del hogar, incluidas su composición, sus dinámicas, los vínculos que se entablan entre sus miembros -e incluso con otros hogares-. Como señala Motta (2014), las prácticas involucradas en las economías domésticas funcionan como una ventana a las formas en que se entrelazan las muchas dimensiones de la vida social: economía, prácticas familiares, relaciones de género, moralidad, espacialidad y temporalidad (p.122). El concepto de dinero de la casa²⁸ que propone la autora, otorgando especificidad a aquel que participa de las gestiones domésticas, es de gran utilidad para pensar la conjunción de estas dimensiones. Las compras cotidianas son centrales en la organización de los gastos y la distribución de los ingresos al interior de los hogares, y, en torno de ellas, se establecen jerarquías y distinciones respecto de los usos del dinero.

Asimismo, estas compras definen roles y formas de gestionar el tiempo, de modo que quién se encarga de “ir a comprar” no necesariamente es quién aporta el dinero y este último, no por ello, es quién toma las decisiones respecto de qué y cómo se compra. Por su parte, los contextos inflacionarios complejizan tales decisiones y, en algunos casos, implican explicitar, revisar, y renegociar los acuerdos y supuestos que las rigen. Al mismo tiempo, parte de las estrategias corrientes que aplican los hogares en la convivencia con la pérdida de poder adquisitivo de sus ingresos gira en torno a estas prácticas de compra. Como mostraremos más adelante, las mismas constituyen un elemento crucial que rige gran parte de la experiencia inflacionaria en el marco de la vida cotidiana. En este sentido, a partir de aquí nos abocaremos a explorar en su diálogo conjunto el trinomio compras, hogar e inflación.

²⁸ El concepto de casa sirve de base al análisis que la autora ofrece. Allí, nuevamente los aspectos físicos (materiales) y sociales que se integran en la casa son considerados en su relación recíproca y en su permanente movimiento y transformación.

Recordando a Lita De Lazzari: la organización de las compras cotidianas

“Ya no quedan muchas cosas de las compras y yo soy la que tiene el dinero porque en nuestra economía hogareña se me entrega todo a mí. Soy quien administra” decía Rosario Bléfari en su *Diario del Dinero*²⁹ (2020) y sus palabras bien pueden representar el relato de la mayoría de las entrevistadas. “Las mujeres son los principales agentes en la gestión de la casa, el cuidado y los intercambios del día a día.” (Motta, 2014, p.125), y las compras se encuentran entre las numerosas tareas propias de dicha gestión que les conciernen casi de manera exclusiva. Salvo excepciones menores, donde hombres y mujeres participan de manera conjunta de dicha tarea, se trata de actividades altamente feminizadas, tanto para el caso de los sectores populares como de los sectores medios. Asimismo, son las mujeres quienes llevan a cabo y/o organizan las tareas domésticas emparentadas con estas compras como la preparación de los alimentos, la limpieza y el mantenimiento del hogar. Así, quienes cocinan o planifican la comida diaria son quienes llevan la “cuenta” de qué hace falta, organizan la periodicidad de dichas compras, gestionan el dinero y definen los circuitos a partir de los cuales obtener aquello que se necesita.

La espacialidad es una de las dimensiones centrales a la hora de analizar estas prácticas y los contextos inflacionarios la vuelven particularmente relevante. Los actos de compra presentes en los relatos se entrelazan entre sí configurando itinerarios en los que se combinan diferentes comercios y espacios, al tiempo que se excluyen otros. Así, las compras no se realizan en un único lugar, sino que implican un recorrido por varios de ellos que han sido seleccionados sobre la base de ciertos criterios, entre los que las diferencias en los precios ocupan un lugar central. O’Dougherty (2002) denominó “efecto hormiga” a estas “investigaciones de mercado” cotidianas que cobran relevancia ante situaciones inflacionarias. En ellas, la elección de los espacios de compras no descansa simplemente en la reputación general de precios que puedan poseer los comercios, sino en seleccionar una serie de estos tras comparar diferentes artículos o rubros de productos. Detrás de ello, se encuentra la premisa de que los precios no solo aumentan reiteradamente, sino que también varían de un comercio a otro; de modo que

²⁹ *Diario del Dinero* fue la última obra literaria publicada por la cantante, actriz y escritora argentina Rosario Bléfari. Allí, en un formato similar al de un diario íntimo, ofrece un retrato de la vida y la presencia del dinero en la cotidianeidad, en relación a la economía del hogar, y a los diferentes vínculos y ámbitos que cultivó a lo largo de su vida.

a las decisiones respecto de qué comprar, se les añade la atención puesta acerca de dónde hacerlo.

Así, la tarea de comparación se integra como parte de la arquitectura de las compras ante la presencia de la inflación. En algunos casos, es presentada directamente como una búsqueda de aminorar el impacto que los aumentos suponen para los presupuestos domésticos ajustados. En otros, se trata de una dimensión que está presente al momento de comprar, incluso a modo de referencia en aquellas situaciones en las que no se la pone en práctica.

“Parezco Lita de Lazzari”³⁰, dice Victoria riéndose y recordando al famoso “Camine señora, camine”, “busque precios”, que se había popularizado a fines de los inflacionarios años 80’. Con 31 años, Victoria era una niña en el contexto en que se difundió esta referencia. Sin embargo, varias décadas después, la misma parece tener aún vigencia como parte del imaginario y de la vida práctica de los argentinos. En julio de 2018, unos meses antes del encuentro con Victoria, en una entrevista radial con la emisora Cadena 3 de la ciudad de Córdoba, el entonces presidente Mauricio Macri afirmaba: “la gente tiene que caminar, mirar, porque en este momento de devaluación hay más menos un 30% en los precios”. Este era el consejo que el primer mandatario daba a la población frente al avance de la inflación, que ya a mitad de dicho año, obligaba al gobierno a rever las metas anuales previstas en un 15%. Sin los tecnicismos, estas referencias aparecían de manera análoga en los discursos de las entrevistadas. Así seguía Victoria:

Los sueldos no han aumentado en relación, cada vez te alcanza para menos. Por eso, hoy en día, no es como antes que ibas y comprabas más general en el supermercado, porque es como que ahora te tenés que andar fijando porque capaz que en una tarde, entre una cosa y otra, acá y allá tenés de ahorro \$50 o \$70. Ya no podés hacer la compra en un lugar y no fijarte. Igual yo creo que la gente hoy en día vas al supermercado y todo el mundo está fijándose en la góndola lo que valen las cosas (Victoria, 31 años, empleada administrativa municipal, febrero de 2019)

Es difícil en este momento ir a realizar las compras porque todo aumenta, todo está caro, el dinero no te alcanza entonces tenés que recorrer, recorrer y recorrer para conseguir, dentro de todo, los mejores precios (...) antes lo hacía, pero no tanto,

³⁰ Lita de Lazzari fue la presidenta de la Liga de Amas de casa, consumidores y usuarios desde principios de la década de 1980 y se integró a la escena pública tras sus apariciones en televisión dando consejos sobre consumo y economía doméstica.

pero ahora sí o sí lo tengo que hacer porque si no la economía, la plata no rinde, la economía de la casa no va. (Mercedes, 61 años, docente jubilada. Primer encuentro, diciembre de 2017)

Así, recorrer comercios y comparar precios condensa más de un aspecto. Por un lado, la vigilancia en torno a la dispersión de estos precios y la posibilidad de obtener una diferencia en el gasto. Y, por el otro, la necesidad de hacer rendir unos ingresos corrientes que van quedando rezagados en relación a los aumentos en los niveles de inflación³¹. Ahora bien, esta no es una tarea que se lleva a cabo cada vez que se realizan las compras. Una vez que los itinerarios han sido recortados, los recorridos se repiten. En ese sentido, no hay un énfasis constante en la variabilidad y la dispersión³² de los precios entre los comercios, que obligue a reevaluar a diario las opciones. Como muestran los relatos, a menudo se visitan los mismos lugares. De este modo, cuando determinados comercios han sido adoptados como espacios habituales de compra, la comparación de precios se traslada al interior de los mismos, donde cobran relevancia, por ejemplo, las ofertas que se ofrecen. Las promociones asociadas a diferentes medios de pago también intervienen en el recorte. Los descuentos que proponen las tarjetas -de crédito y de débito- definen días y lugares específicos para las compras:

Yo tengo en el Facebook super Actual y Día, cuando veo las ofertas, no de pavadas...el otro día vi yerba Playadito a \$62 y fui y siempre encontrás alguna oferta más. Después voy a Día y compro las ofertas de Día y paso por la Coope y compro las ofertas de la Coope, porque ya sé en qué supermercado...por ejemplo en Actual está barato todo lo que es galletitas, yerba, fideos, en la

³¹ Como se expone en la introducción de la tesis, de acuerdo con la información proporcionada por el INDEC el período considerado en este análisis presenta la particularidad de que tanto para el año 2018 como 2019 la evolución del IPC trepó muy por encima de la evolución del índice total de los salarios. Y la brecha se expande más aún si se considera la estimación que realiza el organismo respecto de los salarios de los trabajadores no registrados del sector privado. Tomando como referencia al mes de diciembre, para el año 2018 el índice total de salarios presentó una variación del 29,7% (30,4% para los trabajadores registrados y 27,2% para el sector privado no registrado), frente al 47,6% que arrojó el IPC. En 2019 los salarios totales variaron un 40,9% (43,8% el sector registrado y 29,5% el no registrado) que ante el 53,8% que arrojó el índice de precios al consumidor supone -en promedio- una pérdida de poder adquisitivo en torno de los 13 puntos porcentuales.

³² Prácticas como estas no son nuevas en los repertorios económicos desplegados por los hogares en contextos de aumentos de precios. Como mencionamos antes, O'Dougherty (2002) las definió a partir del llamado “efecto hormiga” durante las crisis inflacionaria e hiperinflacionaria que atravesó Brasil entre 1981 y 1993. Por su parte, Sigal y Kessler (1997) reconstruyeron estrategias similares en el marco de la hiperinflación argentina de 1989. Sin embargo, las prácticas que aquí abordamos se enmarcan en un contexto que lejos está de la vertiginosidad que describen los autores, propia de un “trastorno de mercado” de características y consecuencias mucho más severas. En el caso que analizamos, si bien hay una atención centrada en los precios, los itinerarios y recorridos adquieren cierta permanencia y los miembros de los hogares no re-evalúan permanentemente sus opciones.

Coope lo que es de perfumería y en Día tenés los lácteos, de todo tenés. Está bueno porque miras las ofertas en el Facebook y a veces tenés que fijarte...porque dice oferta y (*hace un gesto indicando que no siempre es así*) y si, tenés que fijarte, yo soy así (risas) (Eugenia, 43 años, docente. Primer encuentro, enero de 2018).

El hecho de que en Bolívar los principales supermercados se encuentren a pocas cuadras de distancia entre sí, facilita la tarea de recorrido. El centro de la ciudad, donde se ubican, es la zona con mayor circulación de personas y el lugar de paso obligado para realizar trámites y gestiones bancarias, incluida la extracción de dinero de los cajeros automáticos. Si imaginamos el recorrido que realiza Eugenia desde su hogar, hacia los tres supermercados que visita, vemos que en esas nueve cuadras, encuentra a su paso el Banco Provincia, donde cobra su sueldo como docente de escuela primaria, la parroquia, el municipio, la comisaría, el Registro Civil, las oficinas de Acción Social, la cámara comercial, así como la mayoría de los principales comercios.

Una vez recortados, estos itinerarios de compras permanecen abiertos y diferentes comercios pueden entrar o salir de manera ocasional o permanente de su órbita. Dado que Bolívar es una ciudad chica y la oferta de supermercados es acotada, hay ciertas consideraciones generales respecto de cómo se organizan los precios en los diferentes comercios que forman parte del imaginario y que son empleadas en las decisiones de compra de muchos de estos hogares. Mónica tiene 52 años, es empleada doméstica y cuidadora de adultos mayores a domicilio. La casa que alquila junto a su pareja se ubica en un barrio alejado de la planta urbana, separado de ésta por la Ruta Nacional 226. Por sus trabajos, durante la semana Mónica se traslada unos 4 kilómetros hacia el centro en bicicleta y en esos recorridos realiza las compras en los supermercados. Los fines de semana son la excepción, ya que opta por comprar en la despensa del barrio, a consideración de que es más caro, pero más práctico que trasladarse. Esto me comenta respecto de cómo organiza sus itinerarios de compras:

E: ¿Y vas siempre al mismo super?

M: No, no, no. Me los recorro digamos. Al único que no he pisado es a ningún Actual, me manejo siempre con algún chino o Día o la Coope, al Actual no. Sé que tiene los precios un poquito más caros, esa es una de las razones y otra que no...viste cuando no te llama ir ahí...así que bueno, veo, si una cosa está más barata en el chino voy ahí, si está más barata en la Coope, voy ahí...me manejo así, hoy está todo muy complicado así que hay que buscar precio.

E: ¿Y la despensa de barrio vas?

M: Sí, pero para comprar cosas de apuro, o un fin de semana que vos no sabes bien que hacer de comer y que no querés ir hasta el centro, andas toda la semana, queda bastante lejos y nos manejamos en bici, así que vos decís, bueno el fin de semana me quedo acá y me arreglo con lo que compro acá que sabes que es un poquito más caro pero bueno. (Mónica, 52 años, empleada doméstica y cuidadora de adultos mayores a domicilio. Octubre de 2019).

Además de las etiquetas generales que se imprimen sobre determinados comercios y que operan incluyendo unos y excluyendo otros, un elemento que participa directamente en la configuración y modificación de los itinerarios, es el hecho de que la información en torno de los precios de los bienes de consumo circula cotidianamente y se transforma en una temática recurrente de conversación³³ en redes informales de amigos, familiares, vecinos y compañeros de trabajo; lo que parece intensificarse al compás del avance de la inflación. La escala local de una ciudad, con una planta urbana perfectamente simétrica de dieciséis cuadras por dieciséis cuadras, cuyos principales comercios se distribuyen aún en un radio mucho más acotado, permite que la información que pueda interesar a quienes residen en un extremo de la ciudad, pueda hacerlo también a quienes lo hacen en el extremo opuesto.

Al momento de mi encuentro con Victoria -a quien mencioné al comienzo de este apartado-, hacía pocos meses que ella y su pareja se habían mudado desde el centro a un barrio en las afueras, tras haber salido sorteados para una de las viviendas terminadas del programa PROCREAR³⁴. Victoria era la encargada de las compras cotidianas, que aún realizaba en los mismos comercios que previo a la mudanza. Conservaba su trabajo como administrativa contable en la municipalidad, de modo que diariamente circulaba por la zona céntrica, y la información que compartía con sus amigas respecto de los precios era empleada a diario en sus decisiones de compra.

³³ Este aspecto ha sido señalado por investigaciones que abordaron los impactos de la inflación en diferentes contextos. Walter Benjamín (1928) en su “Viaje por la inflación alemana” de las primeras décadas del siglo XX, señaló la pérdida de libertad de conversación que se producía entonces al primar la preocupación por los precios. Algo similar señalaron Sigal y Kessler (1997) para los años mega e hiperinflacionarios en Argentina. Por su parte, Wilkis y Foulkes (2022), sobre la base de una encuesta realizada a 800 casos del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) en julio de 2022, señalaron que el 82,6% personas encuestadas afirmaban que el aumento de precios se ha vuelto un “tópico que altera lo doméstico” (p. 4), dada la preponderancia que ha adquirido al interior de las familias. De acuerdo con los autores, este punto resulta transversal a la experiencia de convivir con la presencia de la inflación.

³⁴ El Programa de Crédito Argentino del Bicentenario para la Vivienda Única Familiar (ProCreAr) es un programa que fue puesto en marcha en el año 2012 por el gobierno nacional de Argentina, con la finalidad de otorgar créditos hipotecarios con subsidio estatal, para la construcción, compra y/o refacción de viviendas.

Voy mucho al Día porque las cosas están más baratas o de oferta y demás y también voy a Marano, eso me quedó la costumbre porque como yo estaba allá iba mucho entonces es como que ya de sé algunos precios y demás y a veces voy a los chinos, depende de que sea. Lo que pasa es que nosotras tenemos con las chicas, con mis amigas, fijate que el shampoo está barato acá, nos mandamos mensajes (risas). Entonces es como que sí, voy a todos lados, o está barato allá esto, barato que haga una diferencia ¿me entendés? ponele el papel higiénico y las servilletas es un clásico de Día o en la Coope los shampoo que capaz tenés por envase \$50 de diferencia ponele, entonces bueno, fijate que está barato acá, allá. (Victoria, 31 años, empleada administrativa municipal. Enero de 2019)

La presencia de la inflación pone de manifiesto la utilidad práctica que se atribuye a este tipo de información y son los espacios cotidianos, habitados por otros con intereses y situaciones económicas similares, el lugar donde encontrarla. Este punto es particularmente interesante porque instala una pregunta que abordaron Sigal y Kessler (1997) respecto de la naturaleza de la información que se emplea en la toma de decisiones cotidianas, quiénes la movilizan y cuáles son los medios a través de los cuales circula. Así, la atención está puesta principalmente en las informaciones ordinarias y volátiles que recorren redes de contactos estrechos y que son integradas a las prácticas y valoradas positivamente en el día a día de los hogares. Zulema y Mónica ofrecen también ejemplos en sus relatos:

A mí, por ejemplo, me pasan al celular las ofertas de Actual o de Día o mi compañera de trabajo dice: viste que allá en la Tres de febrero en la verdulería hay tres kilos de tomates a \$50. Entonces arrancamos para allá, es el boca a boca o a veces las propagandas que te mandan los super. (Zulema, 51 años, auxiliar de limpieza. Febrero de 2019)

Por ahí con mis amigas...en la diaria, así que nos juntamos y nos decimos, tocamos por supuesto los temas de los disparates que están las cosas y ellas te dicen, por ejemplo: yo fui a comprar ayer a la Coope que hasta tal día esta de oferta tal producto. O vas viendo vos, por ejemplo, yo voy y miro mucho cuando voy a comprar. (Mónica, 52 años, empleada doméstica y ciudadora de adultos mayores a domicilio. Octubre de 2019)

Claro está que este interés más minucioso en los precios y las modalidades de compra que implican visitar de manera habitual dos o tres supermercados, emergen con mayor intensidad cuando la inflación se hace sentir sobre el poder adquisitivo de los ingresos. Recortar un itinerario supone establecer distinciones entre los comercios y los

espacios, jerarquizarlos y asignarles funciones específicas. La compra “chica”, la compra “grande”, la compra organizada y la de último momento, lo indispensable, lo básico, lo que se obtiene “en el barrio” y “fuera del barrio”, son algunas de las categorías que organizan y delimitan la forma concreta que adquieren estas prácticas.

Comprar para tener y otras prácticas en el recuerdo. Las temporalidades del aprovisionamiento

Las temporalidades y la espacialidad de las compras son dos dimensiones que confluyen y se vinculan directa, aunque no únicamente, con las temporalidades de los ingresos. La periodicidad con la que los hogares reciben los diferentes dineros que componen sus presupuestos, en estrecha relación con el modo en que los obtienen, son factores que intervienen en la asignación de estos dineros domésticos a diferentes categorías de gastos. Cuando o cada cuánto se compra, así como dónde se lo hace, depende en cierta medida de ello. La combinación de ingresos fijos y variables (salarios, ganancias, jubilaciones, beneficios sociales) y la alternancia en la periodicidad de los mismos (diarios, semanales, quincenales y mensuales) son el denominador común en la enorme mayoría de los hogares consultados. Allí donde se cuenta con al menos un ingreso fijo, este se suele asignar en primera instancia a la cobertura de aquellos gastos que responden al mismo patrón, es decir aquellos compromisos que los hogares afrontan todos los meses. Mientras que las compras para el aprovisionamiento diario aparecen asociadas a los ingresos variables y a aquellos cuya periodicidad es más frecuente.

El hogar de Pilar y Julián es un ejemplo de un modo de organización de la economía doméstica que surge de esta combinación en las modalidades de ingreso. Pilar tiene 47 años, y tres hijas. Vive con su marido y la menor de ellas en una casa que alquila a pocas cuadras del centro de la ciudad. Tiene un cargo como docente rural que desempeña por la mañana y durante la tarde es empleada de un comercio de ropa para niños. Su marido realiza viajes a la ciudad de Buenos Aires en los que traslada pasajeros y hace trámites y mandados por encargo. Sus hijas mayores viven allí desde que se fueron a estudiar hace ya unos años. Cuando me reuní con Pilar por primera vez en diciembre de 2017, ella fue muy enfática al señalar que la economía de su hogar había atravesado recientemente un proceso de reorganización que implicó, entre otras cosas, comenzar a registrar los gastos fijos. Sin profundizar al respecto, me comentó que la desorganización en el manejo del dinero les había traído problemas como la

acumulación de algunas deudas. Por ello, unos meses atrás, decidió ordenar el presupuesto familiar y desde entonces tiene un cuaderno en el que anota todos los gastos y pagos que realiza mensualmente.

“Ni bien ya cobro el sueldo y Julián empieza a traer, ya empiezo a pagar los alquileres, todo, arranco a pagar todo, trato de que al 10 pueda tener todo pago. Es mi prioridad eso”, me dice. Los gastos fijos de este hogar se multiplican por dos a razón de que se le añaden los del departamento de Buenos Aires en el que viven sus hijas. Y lo mismo ocurre con parte de las compras para aprovisionamiento, dado que entre ambos hogares además de dinero, circulan también bienes de consumo, como por ejemplo la carne. Dado que su precio es considerablemente más económico en Bolívar, Pilar compra para ambas casas y Julián se encarga de trasladar los paquetes en alguno de sus tres viajes semanales a CABA. Esta característica que presenta el hogar de Pilar se repite en muchos otros, en su mayoría de sectores medios, en los que los hijxs migran hacia otras ciudades, (CABA y La Plata principalmente, pero también Tandil, Olavarría, Azul, Mar del Plata, etc.) para cursar sus estudios terciarios y/o universitarios. La idea de “configuración de casas” que recupera Motta (2014) resulta muy útil para indagar en este aspecto. De acuerdo con la autora, dicha configuración es resultado de las relaciones que se establecen entre diferentes casas, en tanto unidades a la vez discretas y dependientes entre sí, y cuyas posiciones dependen del lugar que ocupan cada una en relación a otras. Si pensamos sencillamente en el tipo de configuración que se genera en hogares como el de Pilar y Julian y otros análogos, vemos que los lazos de parentesco -vínculos de filiación en este caso- juega un rol central al definir la relación entre ambas casas. Los ingresos que sostienen ambas economías domésticas se originan en su mayoría en la casa de los padres dado que las hijas, en su condición de estudiantes, han ingresado recientemente y de forma parcial al mercado laboral; motivo por el cual, sus ingresos les permiten solventar una parte minoritaria de los gastos. Así, desde la casa de origen hacia la de las hijas, circula dinero y también bienes de consumo que son enviados periódicamente. En este sentido, al mismo tiempo que Pilar realiza las compras de su hogar va armando los paquetes que serán enviados a Buenos Aires; lo que resulta también una estrategia para hacer rendir el dinero disponible y lograr sostener ambas economías³⁵.

³⁵ Asimismo, si ampliamos el ángulo de visión de esta configuración de casas, vemos que otras casas participan, aunque de forma intermitente, realizando aportes económicos al sustento cotidiano de la casa de las hijas. La casa que conforman los abuelos maternos -los padres de Pilar- es un ejemplo, dado que estos contribuyen al flujo de dinero y bienes que circulan hacia CABA; lo que resulta también en un

El modo en que se organizan las compras cotidianas descansa en las cantidades variables de dinero que ingresan a partir de los viajes que realiza Julián. Se trata de “ir al mismo ritmo que la combi, comprando”, me dice Pilar.

Antes hacíamos una compra grande o dos compras grandes y teníamos guardado ahora nos parece mejor así, porque como nosotros tenemos dos sueldos fijos pero el resto ingresa cada vez que viaja mi marido, entonces es más fácil pagar todo con los sueldos fijos, los gastos fijos y después ir al mismo ritmo que la combi, comprando. Entonces hacemos como esa organización que es más fácil, bah, nos resulta más fácil. (...) Antes yo iba al super y compraba mucho en realidad, en relación al llenado del chango, era lleno y guardaba y traía mucha leche por ejemplo y ahora no, voy comprando lo que más o menos voy consumiendo en ese momento y de a poco. (Pilar, 47 años, docente y empleada de comercio. Primer encuentro, enero de 2018)

Así, al igual que en el caso de muchos hogares cuyos miembros se desempeñan de forma independiente o en empleos sin regímenes de salario fijo, **la marcha del aprovisionamiento cotidiano se ajusta a las cantidades de dinero que ingresan y al ritmo que lo hacen.** Este tipo de lógica parece cobrar particular relevancia ante la presencia de la inflación, cuando el costo de los diferentes bienes y servicios que consumen los hogares crece a una velocidad mayor de la que lo hacen los ingresos. Frente a otro tipo de gastos cuyo ajuste resulta menos flexible, en algunos casos el consumo cotidiano presenta la posibilidad de poder ser adaptado a los recursos disponibles. Un aspecto que destaca Pilar, y que se repite en los discursos, es que gran parte de los hogares reducen el tamaño de sus compras, al mismo tiempo que aumentan la frecuencia de las mismas. Así, las compras mensuales o quincenales son a menudo reemplazadas por compras “en función de la necesidad” (Ema, nutricionista, 34 años. Febrero de 2018). El stockeo de productos se vuelve una práctica más bien excepcional y las visitas al supermercado responden a un horizonte temporal que se expresa semanal o incluso diariamente.

Las observaciones que realizan los comerciantes con los que conversé durante el trabajo de campo confirman la preponderancia de estas lógicas. En septiembre de 2018 me reuní con Camila, cajera de uno de los supermercados grandes que hay en la ciudad. Ella había ingresado a trabajar allí hacía un poco más de un año y sostenía que en ese

aporte indirecto a la economía de Pilar y Julián en tanto contribuye a aliviar gastos que, de lo contrario, recaerían exclusivamente sobre ellos. Si bien no se pretende profundizar aquí en este aspecto, es interesante que el mismo sea señalado, en tanto se trata de una modalidad que se repite entre aquellos hogares que se dividen a razón de la partida de los hijos bajo circunstancias específicas.

lapso temporal podía identificar cambios significativos en las modalidades de compra de los clientes:

Cuando entré a trabajar muchas capaz se llevaban un carro de mercadería, se lo llevaban (...) Hoy son pocas las personas que se llevan el carro lleno. Entran, se llevan lo que consumen en el momento y hay veces que van dos o tres veces al día la misma persona, y se llevan de a una o dos cosas. (Camila, cajera de supermercado Día. Septiembre de 2019).

Asimismo, Camila traía al discurso el modo en que ella gestionaba las compras del hogar que comparte con su madre, evidenciando aspectos muy similares a los que encontré entre los hogares entrevistados. Cuando ingresó a trabajar al supermercado, sacó por primera vez una tarjeta de crédito propia y en los primeros meses utilizó este recurso para costear el supermercado, optando por los planes de financiación que las mismas ofrecían:

Hasta que te das cuenta no sirve (...) le digo: mamá, estoy pagando dos meses lo que nos comimos en la semana que lo saqué, osea...te das cuenta. Lo que opté hoy por hacer, en vez de hacer una compra más grande, me voy llevando lo que hay de oferta, como yo vengo todos los días, así que me llevo lo que consumo en el día o las ofertas del día y listo. (Camila, cajera de supermercado Día. Septiembre de 2019).

La práctica de adaptar las compras a una temporalidad asociada a un consumo más inmediato no es exclusiva de aquellos casos donde los ingresos con los que se costean las compras son variables. En el hogar de Ema, entre la multiplicidad de ingresos que componen el presupuesto doméstico, es su salario municipal como nutricionista de los Centros de Atención Primaria de la Salud locales, el que se destina a las compras cotidianas. Lo mismo ocurre en el hogar de Soledad. Ella es martillera pública y sus ingresos varían considerablemente mes a mes, dependiendo de si surge alguna nueva venta o propiedad para alquilar, “hay meses que cobras mucho y meses que no cobras nada”, me dice. Así, tanto las compras como los gastos fijos del hogar se organizan en función del salario de su marido, empleado administrativo de las oficinas de Bomberos Voluntarios. En su caso también ha optado por reemplazar las compras de “carro lleno” por visitas más frecuentes y orquestadas por las demandas más inmediatas.

Mi marido tiene un sueldo normal [en referencia a un sueldo fijo] y de ahí se hacen las compras, generalmente hoy no suelo ir al supermercado mucho, no suelo ir mucho, por ahí antes se iba más, voy solamente a lo esencial, lo que hace falta y

nada más, no es como antes que ibas ahí y llenabas el carrito, ¡no! (Soledad, 38 años, martillera pública por cuenta propia. Marzo de 2019)

Los compras se achican, se proyectan sobre la inmediatez o sobre un plazo temporal más corto de lo acostumbrado. Al mismo tiempo, como vemos para los casos de Ema y Soledad, se independizan incluso de la temporalidad de unos ingresos que permanecen mensualizados y estables.

Ahora bien, hay una dimensión de ese reajuste que parece estar conectada directamente con lo que se espera que pueda ocurrir con el resto de los gastos que tendrán lugar en el futuro inmediato. Y es aquí donde la presencia de la inflación cobra significación. Como señala Roig (2015) “una de las características del gasto es la imposibilidad de ser movilizado en el futuro, es una pérdida en el sentido radical de la palabra, es irreversible” (p. 201). De modo que lo que se gasta hoy no estará disponible para emplearlo luego. Ahora bien, como sabemos, la inflación genera una menor previsibilidad en torno de la evolución del valor de los bienes y servicios. En el marco de los presupuestos domésticos, esto puede suponer cierta dificultad para conectar aquellos gastos que tienen lugar en el presente con los gastos que el futuro inmediato traerá aparejados. Como señalaron Sigal y Kessler (1997), de aquello de lo que se suele tener certeza es del hecho de que en el mediano plazo la inflación seguirá su curso, y por ende ciertos consumos podrán volverse más onerosos.

En este marco, parece cobrar sentido **la modalidad de aumentar la frecuencia de las compras, achicarlas y acercarlas temporalmente**; lo que no implica necesariamente que al cabo del mes se habrá comprado o gastado menos. No es esta la lógica ni la finalidad que rige la reorganización de dichas compras y los modos de asignación del dinero. El quid de la cuestión parece estar en el hecho de ir comprometiendo de a poco y en menores cantidades el dinero a disposición; lo que habilita la posibilidad de ajustar el consumo en caso de ser necesario. **Así, el proceso de convertir los dineros en determinados bienes, en lugar de acelerarse se fracciona y ralentiza.** En esta tarea, bajo la forma de la anticipación, emergen además los *ritmos temporales internos* que producen los hogares que, en ciertas ocasiones como la que exploramos aquí, son producto de la interacción con ciertas presiones externas (Douglas, 1991). Considerar la inflación es fundamental para comprender las temporalidades específicas que producen los hogares en contextos marcados por la presencia de este fenómeno. Como veremos además en el cuarto capítulo dichas temporalidades son centrales en los discursos que las personas producen acerca de la

inflación, cuando buscan poner de manifiesto los modos en que experimentan la convivencia con la misma.

Mercedes tiene 61 años, es docente jubilada y vive junto al menor de sus siete hijos en una casa que alquilan desde hace cuatro años. Los gastos fijos del hogar y los de aprovisionamiento se solventan en mayor medida con la jubilación y la pensión que cobra ella. Si bien los gastos se comparten y su hijo “ayuda”, el hecho de que no posea un ingreso fijo hace que la economía se organice a partir de los ingresos de Mercedes. Para ella, considerar los inminentes aumentos de precios como parámetro para transformar su dinero en bienes de manera anticipada, resulta inviable. ¡Eso de comprar para guardar para todo el mes no va! me dice. “Porque o sea, no te rinde la plata, no te alcanza, no es que vos decís, compro total tengo (...) si especulo de esa forma yo...no llego ni al 20. (Segundo encuentro, septiembre de 2018)

Esto supone una diferencia significativa con las lógicas propias de los episodios hiperinflacionarios que se expresan en una intensificación del consumo (Heredia, 2015; Neiburg, 2008³⁶, O'Dougherty, 2002; Sigal y Kessler, 1997). Frente a precios que cambian varias veces en un mismo día, impera “el mandato desprenderse lo más rápido posible de la moneda local (...) [de modo que] muchas familias adoptan la costumbre de hacer todas sus compras ni bien reciben sus salarios” (Heredia, 2015, p. 135). En un contexto de inflación en aumento, pero contenida dentro de ciertos límites como el que analizo aquí, la pérdida de poder adquisitivo que la inflación genera sobre el dinero no se vuelve palpable de manera concreta en lapsos de tiempo tan estrechamente acotados. Los cambios abruptos en los precios de algunos bienes básicos para la canasta familiar, que ocurrían de la tarde a la mañana y que los entrevistados aún recuerdan, no tienen un correlato directo con la situación actual.

Así, en el discurso sobre las compras, la atención está puesta en los aumentos de precios, pero no con la misma intensidad en el efecto que estos tienen sobre el dinero. El hecho de ir comprando y gastando a medida que se va necesitando, deja a la mano por más tiempo un dinero que, de ser necesario, podrá ser movilizado para otros fines. Los incrementos tarifarios³⁷ de los servicios básicos como la luz y el gas, por ejemplo,

³⁶ El autor hace referencia a los modos en que la intensificación del consumo propias de los períodos de elevada inflación se pone de manifiesto en la disposición del espacio al interior de las viviendas. Allí señala el caso de los hogares de clase media de la ciudad de Río de Janeiro durante la década de los 80', en los que se incrementaba la utilización de artefactos eléctricos como freezers y heladeras para el almacenaje de alimentos.

³⁷ De acuerdo con la información proporcionada por el INDEC en los informes correspondientes al IPC para los años 2017, 2018 y 2019, los incrementos de precios de la categoría “Vivienda, agua, electricidad, gas y otros combustibles acumularon incrementos interanuales del 55,6%, 45,7% y 39,4%

supusieron la llegada de boletas con aumentos porcentuales por encima de las tres cifras. En el relato de Lucrecia aparece una referencia clara a las dificultades de prever que se generan en torno de estos aumentos de precios. “Hace algunos años, de luz, gas, teléfono sabíamos más o menos lo que venía y vos tenías la plata guardada. Hoy no” (Primer encuentro, enero de 2018). Como resultado, para muchos hogares es necesario también reestructurar la modalidades de pago –comenzar a pagar en cuotas y de forma mensual aquello que se pagaba bimestralmente-, así como reasignar los diferentes dineros que componen los presupuestos.

Temporalidades de las compras y de los ingresos en los sectores populares: el sistema de fiado un eslabón fundamental

En el caso de los hogares de sectores populares con volúmenes más ajustados de ingresos y temporalidades más variadas e inestables, la inmediatez y el día a día son una constante en el modo en que se organizan las compras para el aprovisionamiento diario y los itinerarios adquieren ciertas particularidades. Los ingresos regulares de estos hogares (ya sean provenientes del salario de alguno de sus miembros o de los beneficios de la seguridad social), suelen estar destinados casi en su totalidad al pago de compromisos previos (tarjetas de créditos, créditos personales, alquileres, servicios,

respectivamente -tomando como referencia el mes de diciembre para cada uno de los casos-; lo que supone un total acumulado de 140, 7%. Si esto se compara con el porcentaje acumulado para el IPC general durante el mismo período, los incrementos de dicha categoría se ubicaron 14,5% por encima del mismo que alcanzó 126,2% de incremento.

Asimismo, para el caso puntual de servicios como el gas, la electricidad y el agua, los aumentos percibidos por los usuarios se ubicaron muy por encima de esos porcentajes en el marco de la “recomposición tarifaria” puesta en marcha en 2016. Como señala Moreno (2020), este proceso integró un conjunto de medidas orientadas a reducir el déficit fiscal, e implicó la puesta en marcha una agresiva política de reducción de subsidios a empresas privadas que proveían servicios en las mencionadas áreas. La quita de la “asistencia” estatal fue trasladada automáticamente a los usuarios de los mismos. De acuerdo con un informe producido por el Observatorio de políticas públicas de la Universidad Nacional de Avellaneda, dicho proceso “fue el más abrupto de la historia argentina, por su magnitud y velocidad de ejecución.” (Octubre de 2018, p.3). De acuerdo con el análisis de la evolución de los costos de los servicios presentado en dicho informe, que toma como referencia el período 2016-2018, mientras que la electricidad se incrementó en un 976%, para el caso del gas natural el porcentaje se ubicó en 1037%.

En este marco, el 30 de mayo de 2018 fue sancionada por el Congreso de la Nación la ley 27.443, la cual declaraba la Emergencia Tarifaria hasta el 31 de diciembre de 2019 y determinaba que a partir del 1° de noviembre de 2017 y para los años 2018 y 2019 el aumento las tarifas de energía eléctrica, gas natural y agua no debían superar el Coeficiente de Variación Salarial. Dicha Ley fue vetada por el Poder Ejecutivo Nacional a partir de un DNU publicado en el Boletín Oficial el 1 de junio de 2018. Disponible en:

<http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/310000-314999/311007/norma.htm>

Un año más tarde, en abril de 2019, el gobierno nacional implementó un paquete de medidas que incluyó el congelamiento de las tarifas de electricidad, gas y transporte público para el corriente año. El documento publicado por Presidencia de la Nación se encuentra disponible en el siguiente enlace.

<https://www.universidad.com.ar/macri-oficializo-las-medidas-anticrisis-descuentos-congelamiento-de-tarifas-y-precios-cuidados>

etc.). En el caso de las compras para aprovisionamiento, parte de estas descansan en el sistema de crédito “cara a cara” (Avanza et.al., 2010) que se conoce comúnmente como fiado. Esto transforma a los comercios más chicos como almacenes y despensas barriales³⁸ en un enclave central de estas economías, en las que, la dinámica del consumo, incluidos los consumos diarios, está vinculada y depende en gran medida de la dinámica del endeudamiento (Figuero, 2013; Jelin, 1984; Roig, 2015; Villarreal, 2010; Wilkis, 2013, 2015, 2021)

Aldana tiene 30 años y dos hijos en edad escolar. Vive junto a ellos y su marido en un barrio de casas municipales que se conformó hace unos tres años aproximadamente. “Esta casa es mía, me la gané, salí sorteada por el municipio que empezó a anotar personas que no podían pagar más un alquiler”, me dice. Sabe que en algún momento deberán empezar a pagar las cuotas por la vivienda, pero desconoce cuándo será, así como el monto de dinero a pagar. “Supuestamente son 30 cuotas, supuestamente, porque no han informado y no se sabe de cuánto”. Pese a la información incompleta con la que cuenta, sostiene que seguramente serán cuotas mínimas frente a lo costosos que resultan los alquileres y destaca la seguridad de saber que de allí no será desalojada. “Ponele que un alquiler que tenés que conseguir \$5000 \$4000 y los tenés que tener si o si porque te sacan. En cambio, de esta casa no porque esta casa ponele, ya es tuya directamente”.

Por la mañana, desde hace cinco años, Aldana trabaja como ordenanza municipal, algunas tardes de la semana realiza tareas domésticas en una vivienda particular, y además se desempeña como niñera en un tercer turno diario. Su marido trabaja “en negro” como ayudante de herrería y cobra semanalmente una determinada cantidad de dinero, que puede variar en función de la demanda de trabajo y de la situación económica también inestable de su hermano que es quién lo “subcontrata” para el trabajo. Desde hace pocos meses, vive con ellos la hermana de Aldana -que se encuentra desempleada- junto a tres de sus cinco hijos. Los dos mayores están a cargo de la madre de ambas y residen en una vivienda rural que les fue concedida a préstamo por el municipio local. Al igual que en el caso de muchos otros hogares, la economía de esta familia funciona a partir de la combinación de ingresos que mencionamos antes.

Ponele, al supermercado yo hace años que no voy, más o menos hará dos años o tres que no logro ir al supermercado (...) yo compro el día a día.

³⁸ En el caso de los hogares de sectores medios, quienes realizan la mayoría de las compras para el aprovisionamiento diario en los supermercados, estos comercios más chicos y de cercanía juegan un rol secundario asociado principalmente a necesidades puntuales y de último momento.

E: ¿Y dónde haces compras para el día a día?

A: Y a veces en las despensas del barrio. A veces saco fiado, tengo a la tía de mi marido a la vuelta de mi casa que tiene negocio y sacamos fiado.

E: ¿Y por mes sacan?

A: Por sábado, o sea yo saco de lunes a viernes y el sábado se paga. (...) sacás de lunes a sábado todos los días, a veces se me va como \$1000 y lo básico que sacamos, ponele si un día no tenemos para comer, se saca un fideo blanco y un queso y se come fideos blancos y ya el fideo ponele que está a \$30, más un poquito de queso, lo general sacamos o a veces sacamos leche para ella [*en referencia a su hija*] o azúcar. Y yo a veces no miro pero si vos te pones a mirar si yo me pongo a sacar la cuenta, todos los días estamos sacando un fideo, fideo a la mañana, fideo a la noche, fideo a la mañana, fideo a la noche, hasta el viernes. Es como para ir al supermercado, pero el supermercado igual no me sirve tampoco tanto porque para hacer la compra del mes te gastas como \$2000 \$3000 tenés que tener la plata y a veces uno no puede.

E: ¿Y por qué pagan los sábados? ¿Les ingresa plata ese día?

A: Porque los sábados mi marido es el día que cobra. Mi marido trabaja de lunes a sábado y todos los sábados le pagan, entonces el sábado vamos, por ahí entregamos una parte que tratamos que sea a veces todo, pero ya te digo, a veces al sacar todos los días fideos, queso, un purecito de tomates, todo eso se va, \$800, \$1000, pero ya te digo, tratamos de pagar los sábados todo lo que se pueda y cosa que nos quede plata durante la semana, para...que no es mucho, \$1500 hoy en día no es mucho. Pero a veces que se yo dejamos un poco de plata porque tenemos que comprar a Uma, en el barrio no venden masitas entonces y tengo que ir a Lauca a lo que es a buscarle masitas sin Tacc³⁹. Por ahí pasa una emergencia y tenemos que guardar algo de plata (Aldana, 30 años, ordenanza municipal y empleada doméstica. Enero de 2019)

El relato de Aldana expone dinámicas que se repiten en las economías domésticas de los hogares de sectores populares. La mencionada precariedad e inestabilidad de parte de sus ingresos, hace del aprovisionamiento una cuestión que se

³⁹ La hija de Aldana padece una enfermedad crónica denominada celiaquía cuyo tratamiento requiere de una dieta estricta libre de gluten. Esto incluye a productos que contienen trigo, cebada, centeno y también avena (Tacc). En el caso de este último cereal, si bien no contiene naturalmente dicha proteína, en Argentina las condiciones de almacenamiento lo exponen a riesgos de contaminación cruzada. Como señaló Aldana durante nuestro encuentro, el hecho de que su hija posea esta enfermedad es un desafío para la organización de la economía doméstica de su hogar. Esto se debe a que, por un lado, muchos de los productos que no contienen TACC son significativamente más caros que el resto y no están disponibles en todos los comercios; menos aún en los comercios chicos de barrio. Por el otro, en determinadas ocasiones requiere de la elaboración de menús diferenciados.

resuelve en el día a día. El dinero con el que afrontan estos gastos ingresa una vez a la semana y muchas veces no alcanza para cubrirlos en su totalidad. Por ello, el sistema de fiado se vuelve clave para mantener activa la rueda del consumo. Se trata de una estrategia que “responde a las condiciones de familias con ingresos inestables, pero con necesidades de gasto constante”. (Gutiérrez, et. al., 2022: 145)

Este sistema habilita acuerdos variables con los comerciantes que se adaptan a los ritmos en que se obtienen los ingresos. Además, el pago de una parte de lo adeudado y no de su totalidad permite renovar el crédito y con él, la posibilidad de consumo. Disponer de cierto margen para decidir cuándo y cómo pagar -saldando parte de la deuda y dejando el resto a cuenta-, permite también reservar una parte del efectivo para aquellos consumos que no pueden resolverse mediante este sistema. Para estos hogares, el crédito en sus diferentes formas y modalidades es constitutivo del gasto, dado que, frente a presupuestos en los que el “debe” supera al “haber” y, por ende, los ingresos que resultan insuficientes para costear las diferentes consumos, el dinero suele ser utilizado incluso antes de ser obtenido (Jelin, 1984). En ese sentido, el modo de prever o garantizar el consumo cotidiano que se pone en juego tiene que ver directamente con asegurar que el acceso al crédito se encuentre siempre disponible.

A estos aspectos se añaden la cercanía espacial de los comercios a las viviendas, los lazos de proximidad con los comerciantes y las estrategias de venta que estos emplean, permeadas también por los escasos recursos monetarios de parte de su clientela. Así, los huevos pueden comprarse por docena, pero también por unidad, y es posible solicitar una gran variedad de productos fraccionados en pequeñas cantidades. Estas modalidades de comercialización y crédito, que son el resultado de la conjugación de una serie “de lógicas mercantiles con relaciones de confianza basadas mayoritariamente en los vínculos de vecindad” (Figueiro, 2018: 415) se vuelven fundamentales para mantener los delicados equilibrios sobre los que se asienta la reproducción de estas economías domésticas. En algunos casos, el consumo cotidiano se sustenta por completo en esta práctica y, en otros, se trata de un recurso al que se echa mano cuando se agota el dinero disponible y es preciso esperar al próximo cobro.

No obstante, estas prácticas de crédito que forman parte fundamental de la cotidianeidad de hogares como el de Aldana, acarrear también ciertas dificultades para quienes dependen de su utilización. En primer lugar, se encuentran los precios más elevados que deben abonarse para acceder a los bienes. “El sobre costo se manifiesta como el precio pagado para paliar la inestabilidad de los ingresos y la financiación del

consumo” (Gutiérrez, et. al, 2022: 145). En segundo lugar, ocurre que parte del dinero que ingresa a estos hogares es permanentemente absorbido por la necesidad de saldar las deudas contraídas a fin de mantener los créditos disponibles. De este modo, saldar la “cuenta” -o parte de ella- supone nuevamente la ausencia de efectivo y la necesidad de volver a endeudarse. A esto se añaden los precios más elevados que muchas veces poseen estos comercios que, por una diferencia de escala, no pueden competir con los precios y las ofertas que ofrecen los supermercados. En tercer lugar, se presentan las dificultades derivadas del contexto inflacionario, como el hecho de que, frente al aumento sostenido de los precios, parte de los comerciantes optan por colocar el importe a los productos al momento del pago y no de la compra. Así, como señala Roig (2015), se generan “deudas en bienes consumidos” que se traducen en términos monetarios al momento de abonar. De este modo, la cantidad de dinero adeudada al final de cada ciclo resulta incierta hasta que se realiza el pago y ello se vuelve más complejo aún ante el vaivén de unos ingresos poco estables.

En cuarto lugar, ocurre que en la rueda de renovar y mantener el crédito no siempre basta con saldar lo adeudado o cumplir con el pago a término. Así, los clientes no sólo son evaluados por el modo en que gestionan sus compromisos de deuda, sino también por cómo “manejan” sus prácticas de compra en general. Desde el año 2001, Silvia tiene una despensa ubicada en una de las avenidas que limita la planta urbana de la ciudad. Frente a la despensa, tras las vías del tren, se extienden los barrios de Villa Palma y San Cristóbal⁴⁰. El comercio es pequeño y los rubros que comercializa son almacén y panadería. Desde sus inicios, Silvia ha conservado el sistema de venta a fiado, y destaca la importancia que tiene para aquellos hogares cuyos ingresos corren por detrás de sus gastos. “Hoy la gente cobra y hacé de cuenta que llega hasta el 15 porque no le alcanza más la plata, entonces tengo el fiado (...) la gente lo necesita”, me dice. Sin embargo, con el paso del tiempo, ha ido ajustando y acotando este sistema a determinados clientes, a los que considera como “meritorios” de dicha “ayuda”:

He dejado el fiado exclusivamente para los clientes que me vienen a comprar todos los santos días porque hay gente que compra en los supermercados y después cuando no tiene, te viene a la despensa de barrio entonces yo a ese cliente le digo: perdóname, ¡no! (...) Yo tengo que aguantar el fiado a la gente que tengo hace 20 años, el otro día vino una y me compraba...y se ve que el 27 ya no tenía plata entonces venía el 27, el

⁴⁰ Los nombres de los barrios son ficticios a fin de preservar el anonimato.

28, hasta el 2, el 3, el 4 que cobraba. Bueno, me pagaba pero también me daba como bronca porque yo la veía pasar todos los demás días en una motito con las bolsas del supermercado. Entonces si yo te ayudo en un momento, entonces vos cuando tenés plata te vas a otro lado y después me venís a pedir fiado, entonces el otro día vino (...) ay le digo, mira, vos me vas a perdonar, quiero que me entiendas, no es el problema tuyo, es el mío, vos me has pagado siempre, pero vos tenés que ir a sacar fiado donde vos todos los meses comprás, ahí donde vos vas todos los días, ahí...a donde vos vayas...porque yo el poco fiado que tengo lo tengo que aguantar para mi hermana, para clientes que tengo de toda una vida, desde que abrí el negocio hace 20 años, a esa gente no le puedo decir que no. (Silvia, dueña de almacén 4. Segundo encuentro Octubre de 2019)

En el discurso de Silvia, moralidades y cálculos económicos se cruzan y la posibilidad del pago diferido es vedada a los compradores ocasionales y a quiénes acuden a la despensa solo cuando se agotaron otros recursos como el efectivo disponible. Al mismo tiempo, el cupo de fiado disponible no es equitativo para todos los compradores. La extensión temporal de la relación crediticia, el desempeño de los deudores y la confianza que la combinación de estos factores permite construir, es fundamental. Estos aspectos operan también prescribiendo que productos son pasibles de ser comprados a crédito. Así, parece que si el fiado es una “ayuda” que va unida directamente a la lógica de la necesidad y la escasez de recursos, eso justifica la exclusión de ciertos productos que de acuerdo con Silvia no entran estrictamente en la definición de “necesarios”:

E: Bueno, esto que me decías de que hay cosas que has sacado de las cuentas ¿qué cosas ya no das a crédito?

S: Bueno, por ejemplo, masitas nada, que coman pan como en nuestra época. Lo que no anoto tampoco son los alfajores, esos alfajores Aguila Torta valen \$50 que son de Arcor, eso tampoco anoto, golosinas tampoco, helados tampoco, fiambre tampoco. No es porque yo no quiera (...) pero mientras tanto, ¿cómo reponés la mercadería? (Silvia, dueña de almacén 3. Segundo encuentro Octubre de 2019)

El hogar de Zulema es otro ejemplo del rol que desempeña el fiado en la economía de hogares que cuentan con ingresos ajustados. Ella es viuda, tiene 51 años y vive en la casa de su madre junto a ella y sus dos hijos menores de edad. Los ingresos familiares se componen de su sueldo como auxiliar de limpieza a medio turno, de la jubilación mínima de su madre y del cobro mensual del alquiler de un galpón, que recibieron como herencia. Además, desde hace unos meses, Zulema realiza algunos

trabajitos para obtener un ingreso extra como la elaboración de viandas y la venta de productos de limpieza sueltos a domicilio. El “grueso del consumo familiar” se asienta desde hace más de diez años sobre este sistema de crédito. Mes a mes, Zulema compra a cuenta en un pequeño supermercado local y cada vez que ingresa el dinero del alquiler, se lo destina exclusivamente a saldar la deuda. El resto del consumo cotidiano lo “resuelven” con los dineros en efectivo que circulan en el hogar, como, por ejemplo, lo que obtiene de la venta de las viandas y los productos de limpieza.. “Cuando no tenés dinero no te queda otra que pagar un poquito más caro y encima anotarlo”, me dice Zulema. Por eso, cuando la disponibilidad de efectivo le permite elegir dónde comprar, ella opta por recorrer y buscar precios.

La economía de este hogar, al igual que la del hogar de Aldana, y la de muchos otros, permanecen vinculadas y dependientes de estos sistemas mercantiles que, por un lado, constituyen un recurso clave del funcionamiento cotidiano. Pero, por otro, son expresión a nivel micro de desigualdades generadas en otros espacios como, por ejemplo, el mercado de trabajo y/o el acceso al mercado financiero que condicionan las modalidades y las posibilidades de acceso al consumo.⁴¹

Para el caso particular de nuestra muestra vemos que **las prácticas de fiado son más habituales en el caso de aquellos hogares en los que se emplean y saturan otra multiplicidad de instrumentos financieros (tarjetas de crédito, créditos personales, préstamos de familiares y/o amigos). Así aquellas suelen integrarse como el eslabón último en cadenas de endeudamiento donde otros recursos y productos financieros han sido empleados para solventar otros consumos.** Sobre este último aspecto volveremos en el segundo capítulo dedicado exclusivamente a las prácticas de crédito. Asimismo, la inflación y el desfasaje creciente entre los ingresos y los gastos que se produce en este período ante el aumento de los precios, refuerzan aún más la dependencia de los hogares respecto de estas lógicas y prácticas mercantiles. “No te queda otra, no te queda otra”, repetía Zulema (...) porque a veces con todos estos aumentos no te alcanza el sueldo”.

⁴¹ Como señalaron Gutiérrez, Mansilla y Assusa (2022) entre quiénes ocupan diferentes posiciones de la estructura social es posible constatar “un acceso desigual a las regulaciones estatales de los precios de mercado” (p. 145). Como muestran los autores y como evidencia la propia investigación, aquellos que se encuentran en posiciones más favorables son quiénes acceden en mayor medida a “espacios de provisión en los que programas como Precios Cuidados, e incluso las promociones más coyunturales ofrecidas por entidades bancarias, brindan mejores condiciones de consumo (o bien, de valorización del capital económico destinado al consumo)” (p. 145). Teniendo en cuenta que en torno de las compras para aprovisionamiento se desenvuelven gran parte de las estrategias que ponen en juego los hogares para hacer frente a la inflación, este es un aspecto de relevancia para pensar en los modos desiguales en que las economías domésticas se ven afectadas en la convivencia con este fenómeno.

¿Cómo se paga aquello que se consume? Lógicas que rigen la asignación de los medios de pago

Como vimos, la experiencia cotidiana de las compras supone consideraciones respecto de cómo y cuándo se compra en las que intervienen aspectos vinculados a las características socioeconómicas de los hogares, a las temporalidades y modalidades de sus ingresos, así como también a las particularidades del contexto económico en el que estas prácticas se insertan. Asimismo, forma parte de dicha experiencia de las compras el trabajo de distribución y asignación de medios de pago específicos que realizan los hogares, en función de las variedades que disponen y en relación con el resto de los consumos que realizan. La Encuesta Nacional de Gastos de los Hogares (2017-2018) indica que en Argentina el 70% de los consumos de bienes y servicios se realiza en dinero en efectivo. Y este porcentaje asciende al 82,5% cuando se consideran los gastos de alimentación. Como señalan Luzzi y Sánchez (2020), “este rasgo es coherente con el modo en que una parte muy importante de la fuerza de trabajo percibe sus ingresos: de forma diaria, semanal, quincenal o mensual, siempre en efectivo. Si bien el pago de salarios mediante depósitos en cuenta bancaria es obligatorio en el país desde hace veinte años, sólo algo más de dos tercios de los trabajadores– aquellos que están registrados ante la seguridad social– recibe así su remuneración. Para el resto de los empleados en relación de dependencia, como para una parte importante de los independientes y para la inmensa mayoría de los trabajadores de la economía popular, el efectivo es la moneda corriente” (p.1).

Los hogares que componen nuestra muestra no constituyen la excepción y, en su gran mayoría, las compras cotidianas se realizan con los billetes en mano. Como mencionamos antes, allí donde existe una combinación de ingresos regulares e irregulares, tanto en términos de su monto como de sus temporalidades, son estos últimos -entre los que predomina el efectivo- los que se destinan al aprovisionamiento. Asimismo, para quienes costean sus compras con el dinero que ingresa a través de sus cuentas bancarias –sean estas, cuentas sueldo u otras- prima la práctica de retirar los fondos que serán luego intercambiados de mano en mano con los comerciantes.

Los mecanismos de venta de los diferentes comercios tienen también cierta influencia al respecto. A diferencia de lo que ocurre en los principales supermercados, donde las opciones se multiplican entre tarjetas de crédito, débito, billeteras electrónicas y demás, en el caso de la mayoría de los negocios especializados (panaderías,

verdulerías, carnicerías) y de las despensas y almacenes, el *cash*, suele ser la única forma de pago disponible. En estos comercios, en los que priman modalidades asociadas a la informalidad, la ausencia de otros mecanismos de pago descansa –en el discurso de los comerciantes- en el hecho de que quienes compran allí, no los requieren⁴². Para quienes recurren al crédito, la opción es el fiado, mientras que el resto de las ventas, en su mayoría chicas, se manejan con el dinero a la mano.

Las tarjetas de débito y de crédito tienen una presencia marginal en las compras cotidianas, de modo que son empleadas en mucha menor medida que el dinero efectivo. En el caso de las últimas, es posible distinguir dos situaciones muy particulares y cuasi excepcionales entre los hogares consultados. Por un lado, se encuentran aquellos en los que la tarjeta de crédito es empleada en las compras de supermercado como un organizador de los presupuestos, en el marco de una cadena de consumos que se articula en torno a este mecanismo. Tal es el caso del hogar de Diana, donde la organización del presupuesto doméstico surge de distribuir los consumos entre las dos tarjetas de crédito con las que cuentan en el hogar, cada una de las cuales está asociada y se debita automáticamente de su cuenta sueldo y de la de su marido. Así, mientras la tarjeta de crédito de la que Diana es titular es la que se emplea cada mes en el pago de los consumos para aprovisionamiento y el combustible, la tarjeta de Mariano se destina al pago de los diferentes servicios así como a la compra de artículos para el hogar en caso de ser necesario. “La mayor parte es crédito” decía Diana al consultarle cómo distribuían los medios de pago en el hogar. Y seguía, “entonces se te juntan todos los consumos ahí y vos ya tenés el registro de todo lo que consumiste”.

El hecho de contar con dos salarios mensuales fijos, les permite emplear este mecanismo, que se rige por el acuerdo de realizar las compras del supermercado siempre en un pago.

La usamos por comodidad. Juntamos todo y pagamos a fin de mes todos los consumos del mes (...) ya nos hemos hecho la cadena así porque capaz que la de débito no la tenemos con plata todo el mes, entonces compramos con crédito y a fin de mes cuando entran los sueldos se descuenta de la tarjeta y así. (Diana, 36 años, ingeniera agrónoma y empleada administrativa. Primer encuentro, junio de 2018).

⁴² Durante la realización del trabajo de campo registramos que varias de las despensas y de los comercios chicos consultados estaban en proceso de incorporar el sistema de cobro a través del Posnet. Esto se debió al hecho de que en abril de 2018 entró en vigencia la Resolución General 3997-E establecida por la AFIP, que determinó la ampliación de la obligatoriedad en la aceptación de medios de pago electrónicos para incluir a la totalidad de los comerciantes.

<http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/270000-274999/272086/norma.htm>

Por otro lado, se encuentran otro conjunto también reducido de hogares que, en el marco de presupuestos más ajustados, recurren a financiar sus compras de aprovisionamiento por medio de las cuotas que ofrecen estas tarjetas. Un caso es el de Mercedes quien, un año después de nuestra primera charla en diciembre de 2017, en la que comentó que realizaba las compras con el efectivo disponible, sostenía que había empezado a usar la financiación de la tarjeta para el supermercado y la farmacia. Esa tarjeta que por mucho tiempo había sido reservada para la compra de artículos “más caros”, ahora era empleada para financiar gastos corrientes: “No había empezado a usarla hasta ahora para eso, pero lo que se pueda, supermercado, y...no, más que nada supermercado y farmacia” (septiembre de 2018). Esta transformación es una de las tantas en las que se pone en juego el desfasaje entre unos ingresos que quedan rezagados respecto de gastos cada vez más abultados. Lo que lleva a los hogares a revisar y/o modificar ciertas prácticas y principios organizativos sobre los cuales se han gestionado sus economías domésticas.

Considerando las opciones de pago disponibles (tanto las ofrecidas por los comercios como las que se tienen a la mano) y el destino final del gasto (las características de los bienes a adquirir, su costo, la frecuencia de consumo y demás), los miembros de los hogares elaboran nutridos discursos respecto de por qué pagan de determinada manera cada una de sus compras. En ellos, se pone de manifiesto el hecho de que la asignación de determinados medios de pago no es una cuestión que se resuelve cada vez que quienes se encargan de las compras, se encuentran frente al mostrador o a las líneas de caja. Por el contrario, es resultado de acuerdos, negociaciones y determinaciones que involucran a los vínculos entre los miembros de los hogares e integran las culturas económicas domésticas. Además de las características socioeconómicas de los hogares, y en relación a ellas, los sistemas de significado que se ponen en juego son fundamentales en la configuración de dichas culturas, y reconstruirlos es clave para comprender en qué medida la inflación los condiciona, cuestiona o se incorpora a ellos. Como veremos a continuación, más allá de la influencia que ejercen los modos de percepción de los ingresos en dar preponderancia al efectivo, la asignación de medios de pago está cargada de sentidos que son, además de económicos, a la vez sociales y morales.

Esteban tiene 34 años. Se desempeña como abogado en el estudio jurídico que heredó de su padre y, desde hace aproximadamente dos años, es empleado en las

oficinas locales del Programa de Atención Médica Integral, (PAMI)⁴³. Su esposa, Luciana, es psicóloga y trabaja de forma independiente en su consultorio ubicado en el hogar que comparten. En el último tiempo, ella ha disminuido sus horas de trabajo para adaptarse a la mayor carga que suponen las tareas de cuidado con un hijo de dos años y otro por nacer. Como señala Esteban, en este hogar, las compras de aprovisionamiento se manejan “siempre en efectivo, salvo alguna cuestión excepcional, porque hay una compra para algún evento o alguna cosa particular”. Y sigue,

(...) por una cuestión de costumbre y por una cuestión de consumir en base a los recursos que dispongo en el momento, intentando evitar endeudarme con dinero que por ahí no sabes si vas a tener más adelante. Entonces manejar el consumo de acuerdo a los recursos con los que contás en el momento, esa por lo menos es mi manera de contextualizarlo...mi señora piensa parecido y se ha ido adaptando también a esto, más allá de que cada uno manejamos los propios recursos, pero nos manejamos siempre de esa manera. (...) Esto tiene que ver mucho con que tanto mi señora como yo tenemos trabajos en los que a principio de mes no sabemos cuánto vamos a cobrar a fin de mes, gracias a Dios siempre nos alcanza para cubrir todo pero el día a día del mes vamos generando y cobrando y entonces a mi como que me saca mucho de eje gastar ahora, ir con la tarjeta y comprar ahora todo junto, ponele la mercadería o el supermercado, sin saber cuánto voy a cobrar a fin de mes, entonces lo vamos haciendo de acuerdo a lo que tenemos y es una manera como más ordenada y de no generar gastos que no sabes por ahí qué recursos vas a tener. (Esteban, 34 años, abogado por cuenta propia y empleado de PAMI. Septiembre de 2018)

Pagar en efectivo el consumo cotidiano rige como una norma en el hogar de Esteban y Luciana, que contempla también las situaciones excepcionales en que será posible evadir su aplicación. En torno de ella, se conjugan modos particulares de percepción de los ingresos y también formas de vincularse con el presente y el futuro atravesadas por concepciones respecto del consumo y el endeudamiento. Estas consideraciones son compartidas en el hogar y, como deja entrever la palabra de Esteban, son también el resultado de acuerdos y esfuerzos adaptativos para establecer un modo de proceder común que opera independientemente de que la gestión de los ingresos y de los instrumentos financieros se mantenga por separado.

⁴³ El Programa de Atención Médica Integral (PAMI) es una obra social estatal que nuclea a jubilados y pensionados, a adultos mayores de 70 años sin jubilación y a excombatientes de Malvinas.

Al efectivo se le atribuye la “capacidad” de limitar el gasto en tanto implica que las compras se harán en función del dinero en mano. Al mismo tiempo, comprar de este modo involucra un tipo de transacción económica que se salda de forma inmediata, sin incurrir en el compromiso futuro que supone el uso de tarjetas de crédito o fiado. Para algunos hogares, el “problema” de estos medios de pago reside en la deuda cuyo uso genera y en la posibilidad de que la misma exceda la capacidad de pago de la que se dispone. “Yo pienso que la tarjeta es un arma de doble filo”, me dice Angélica. Ella tiene 60 años y tres hijos adultos. Actualmente vive con uno de ellos que volvió a su ciudad natal luego de recibirse de licenciado en administración. Sus otros dos hijos, también profesionales, viven uno en Buenos Aires y el otro en España. Angélica es jubilada; los ingresos del hogar se componen del alquiler de un campo que heredó tras el fallecimiento de su marido, y del salario de su hijo que administra una empresa agropecuaria local:

[Con tarjeta] siempre compras más de lo que necesitas o de lo que podés pagar. Pero si vas con la plata, vas a lo justo, yo llevo tanto efectivo y compro lo que me alcanza y punto, con la tarjeta siempre algo de más sumas. Hay que saber usarla, no todos la usan bien (...) la tarjeta de crédito es como decir: ay total el mes que viene capaz que voy a estar mejor o veo como hago, yo lo veo así...jugar con la tarjeta de crédito un poco...porque si no lo haces en un solo pago y empezás a hacerlo en dos o tres pagos y bueno... no ahí sí creo que llegaría a comer arroz y fideos antes de usar la tarjeta de crédito, no me importaría...me decís: tenés que comer una semana arroz, bueno como una semana arroz, pero yo la tarjeta de crédito para comida no, salvo que sea una cosa eventual porque me quedé en ese momento sin nada, pero si no, no la usaría. (Angélica, 60 años. Jubilada y propietaria rural. Primer encuentro, diciembre de 2017)

Si la tarjeta de crédito es la habilitante de gastos que en el futuro próximo pueden volverse problemáticos, el dinero “en mano” es el parámetro que debe regir el gasto. Así, recurrir al efectivo como medio de pago opera, en términos prácticos, como el mecanismo o la herramienta elegida para moldear las propias prácticas de compra. Al mismo tiempo, estas reflexiones remiten a una normatividad cercana a la del discurso económico que establece que la justificación racional de todo gasto es que pueda ser sostenido en función de los ingresos (Figueiro, 2013). Este discurso que supone la “demarcación moral de las prácticas sociales” (Figueiro, 2013, p.27) se traduce en formas de distinción/parámetros de exclusión en los que “poder pagar” y “saber usar” (“usar bien”) van de la mano.

El modo en que estos hogares se relacionan con el futuro también interviene aquí. Si como veíamos antes respecto de la temporalidad de las compras, el hecho de acotarlas en el tiempo está asociado a unos usos y a una redistribución del dinero que habilita una mayor aprehensión del futuro inmediato, la lógica de emplear el efectivo disponible -y no la tarjeta- evidencia un razonamiento similar. El modo en que Soledad gestiona las compras de su hogar es un claro ejemplo de esta lógica. Como vimos antes, desde hace un tiempo ella ha adoptado la modalidad de ir comprando al ritmo del consumo, es decir, aquello que se va necesitando. Y administra dichas compras siempre con el efectivo proveniente del salario mensual de su marido. No obstante, en aquellas ocasiones en que Soledad puede anticipar una mayor entrada de dinero de su trabajo como martillera pública, recurre a utilizar la tarjeta de crédito con la que realiza una compra “más grande”. Sobre estas ocasiones excepcionales, rigen también determinadas reglas como la de la cuota única.

Vale aclarar que no todos los modos de utilizar la tarjeta de crédito en las compras para el aprovisionamiento son considerados igualmente problemáticos para los hogares. Si la cuestión central es el riesgo o el temor de generar gastos que excedan a los ingresos, la práctica de pagar en cuotas añade mayores dificultades. Esta supone proyectar dichos gastos en un horizonte temporal más prolongado, considerando la particularidad de que la rueda del consumo cotidiano permanece siempre activa. “Es una locura, imagínate, te financias algo que ya consumiste y se terminó y vas a seguir consumiendo”, me dice Diana. Como mencionamos antes, en su hogar, solventan la totalidad de los gastos del supermercado con tarjeta de crédito, pero esta práctica funciona como un modo de organizar la economía, de llevar un control sobre lo que se gasta y de asignar los dineros domésticos a los diferentes gastos. La tarjeta de crédito con la que saldan el supermercado se debita de su cuenta sueldo, mientras que los impuestos, servicios y otros gastos descansan en la tarjeta de crédito y la cuenta sueldo de su marido. El acuerdo compartido es “el supermercado siempre en un pago, no hay opción a dos”. Este modo de gestionar la economía del hogar que supone no solo consumos, sino también deudas en constante renovación, no es experimentada como problemática. El problema se genera entonces cuando los tiempos de pago se prolongan por encima de los tiempos de consumo, y se corre el riesgo de activar un mecanismo que aparece representado como “difícil de frenar”. Así lo expresaba Sonia, otra de las entrevistadas:

¿Cómo vas a comprar comida en tres cuotas si te la comes en un rato? Yo pienso así (risas). Tres meses y después vas y sacás al otro mes y tres meses y después se te junta la cuota del mes pasado con la otra, con la otra. Por eso la comida es siempre en una cuota y por eso trato de no usarla a la tarjeta en el supermercado, no siendo un caso de que ponele no tenga plata y no me quede otra y tengo que ir a comprar y compro, pero para pagar al otro mes. (Sonia, 40 años, ama de casa. Primer encuentro, enero de 2018)

No obstante, estos discursos en su mayoría de hogares de sectores medios, no encierran únicamente la referencia a un cálculo racional de ingresos y gastos. Por un lado, restringir el tiempo sobre el que se proyectan las compras, incluido su pago, cumple la función de volver “aprehensible”, en cierta medida, un futuro inmediato en el que, a la incertidumbre inherente a este tiempo por venir, se le suma la certidumbre, propia del contexto inflacionario de que los precios continuarán su carrera de ascenso. Por otra parte, el uso de tarjetas de crédito para gastos de alimentación, y más aún, su uso en cuotas, parece asociado directamente a una necesidad originada en la ausencia de otras opciones. Como recalca Sonia, “Tiene que ser un caso que ponele no tenga plata y no me quede otra”. De este modo, ante una situación macroeconómica adversa, que en muchos casos implica transformar prácticas de consumo y modalidades de compra, sustentar esos consumos sin recurrir a financiarlos, opera como un límite simbólico que permite diferenciarse de otros sectores sociales para los que el gasto sustentado en el crédito (la deuda) opera como un “modo de existencia social” (Roig, 2015: 198) que abarca la totalidad de los consumos.

“No tomás dos veces la misma yerba” y las estrategias de los hogares para sostener el consumo

Si algo es un hecho es que, en contextos inflacionarios como el que analizamos, con ingresos cuyos aumentos corren por detrás de los aumentos de los precios, el consumo para aprovisionamiento es depositario de ciertas estrategias que emplean los hogares para adaptarse a presupuestos que se vuelven más ajustados. Recorrer varios comercios en busca de “mejores precios” forma parte de dichas estrategias que buscan gestionar los gastos y hacer rendir el dinero disponible, pero no es la única. Los hábitos de consumo también experimentan algunas transformaciones y, entre ellas, la práctica de cambiar ciertas marcas por otras más económicas se vuelve frecuente. Los comercios, principalmente los más pequeños como almacenes y despensas, no quedan al margen de

estas modalidades adaptativas que ponen en juego los hogares. Una particularidad de la mayoría de estos, es que sus prácticas y contabilidades poseen límites difusos con las economías domésticas de quienes los administran, y las gestiones están circunscritas también a la orden del día. Así, el stock disponible suele ser el exhibido en las estanterías. Si realizar compras más grandes es considerado una opción atractiva cuando lo que es seguro es que los precios aumentarán de un pedido a otro, ello resulta inviable en la práctica. Las exigencias de pago en efectivo que imponen los proveedores transforman en habitual la práctica de comprar a demanda, en menores cantidades y en función del dinero disponible. Un ejemplo era el que daba Judith (50), dueña de un almacén ubicado en un barrio de la periferia de la ciudad, cuando nos reunimos en enero de 2019: “He achicado proveedores y, lamentablemente, antes yo tenía mercadería guardada, no guardada, si no en depósito y ahora no. Ahora voy al día...otra cosa que tenía lo que es perfumería, antes lo tenía re surtido y ahora no llego a comprar”. La variedad de productos disponibles se reduce y también la oferta de primeras marcas, que es reemplazada por otras más económicas sobre las que hay mayor demanda y también posibilidades de márgenes de ganancia un poco más flexibles. Algo similar señalaba Silvia, “¡Coca Cola, gaseosas de marca, pero imposible traer...! me dice. ¿Directamente no las traes más? pregunto. No, no traigo más directamente, traigo Manaos, traigo esas otras, porque no las vendés si vos les decís \$120 una Seven Up nadie la puede pagar.

En enero de 2019 visité también el almacén de Alcira, una señora de aproximadamente 70 años, dueña de un pequeño negocio de barrio ubicado en el límite de planta urbana de la ciudad. Me aconsejó acercarme a alrededor de las 18:00, horario que daba inicio a la jornada laboral de la tarde durante el verano. El local se encuentra emplazado en el garaje de su vivienda y Alcira se dedica a la venta de artículos de almacén y algunos productos de verdulería, aunque las estanterías que corresponden a este sector del local se encuentran prácticamente vacías. Dos de las tres heladeras destinadas a la exhibición de bebidas permanecen desenchufadas, pese a las altas temperaturas del enero bolivarense; y la misma suerte ha corrido uno de los dos freezers que hay en el local. En las estanterías de chapa que cubren el local no abunda la variedad de productos ni las primeras marcas. Una pequeña vitrina cubierta de polvo exhibe artículos de bijouterie y regalería. Permanecí en el local alrededor de dos horas, lo que me permitió observar parte de su dinámica y de la clientela que lo visita. Cada vez que ingresaba una persona se saludaban por el nombre, charlaban, bromeaban. Por la familiaridad del trato, podría suponerse que todos ellos eran clientes fijos o al menos

vecinos del barrio. La primera en ingresar fue una chica joven, de unos 30 años, que pidió tapitas para hacer alfajores. Luego de preguntar el precio del $\frac{1}{4}$, le pidió \$40 “derecho”, y un dulce de leche. Al observar las opciones de marcas que Alicia tenía disponibles (La Serenísima -solo una unidad- y Marolio) la chica le consultó: ¿Qué tal es el Marolio? a lo que ella respondió: ¡es bueno! Norma lo llevó el otro día y le gustó. Esta mención daba cuenta de que se trataba de una persona conocida por ambas y una referencia para la clienta que evaluaba sus opciones de compra. Dicho esto, la chica le pidió un tarro del “Marolio”, sumó una leche a la compra, pagó en efectivo los \$136 pesos y se retiró. Tras ello, Alcira comenzó a decirme:

El dulce de leche (*marca La Serenísima*) sale \$58 un dulce de leche. Y yo lo estoy aumentando con un 25% nada más para que lo lleven, para que haga rotación. Después tenés el Marolio \$45, esa diferencia es un poco de pan. Y vos fijate que la marca Marolio no existe de hoy, hace, pero añares que viene la marca Marolio, y son productos muy buenos. (Alcira, dueña de almacén 3. Febrero de 2019).

Como vemos en los ejemplos, la “lógica de la sustitución” (Jelin,1984) adquiere popularidad y resuena en los discursos tanto de los comerciantes como de los hogares de sectores medios y sectores populares. Ya señalamos que una vez que se han definido itinerarios de compra, la tarea de comparación de precios se traslada al interior de los comercios. En los fideos y eso “de última hay más variedad, compras otra marca” me dice Mirta. “O la yerba también se ha ido muchísimo, siempre tenés que ir buscando la más barata, nunca tomas una misma marca, porque de un mes a otro o de quince días a otro ya se te fue por las nubes” sigue. Según su discurso, concordante con muchos otros, el recurso de cambiar marcas permite aminorar el impacto de los aumentos de precios. Dado que estos no se mantienen estables, es posible optar por una versión más económica de un determinado producto, lo que supone reevaluar frecuentemente las opciones. La incorporación de las marcas propias de los supermercados señaladas como “más baratas”, es un ejemplo de ello que aparece destacado en los relatos.

Y ahora no compro la última, pero compro capaz, en ciertas cosas, porque en otras no se puede, pero en ciertas cosas bajé a otras marcas, eso lo hace mucha gente. Yo voy mucho a Día, tengo descuentos, usos esos descuentos, los cupones que me dan, cuando me acuerdo, todavía no me acostumbré tanto. Y con la tarjetita [la tarjeta de descuentos del supermercado], bueno, esas cosas uso, y bajé a una segunda marca en algunas cosas, en otras no... Ahora me acostumbré y es buena la marca Día...Al principio vos decías: no, debe ser trucho, pero no (...). El otro día, por ejemplo, mi marido trajo un azúcar \$35 y le digo: ¡la de Día está a \$18! no sé, es buena igual y en

este momento hay que comprarla. (Vanessa, 41 años, empleada administrativa y luego desempleada. Segundo encuentro, septiembre de 2018)

Según lo que sea, puedo llegar a comprar lo más barato y en otras cosas lo mediano, lo mejor ya no lo compro más, lo más caro digamos en precio ya ni lo compro, compro mediano según la marca o lo que vaya a comer, si es para comer sobre todo y después puedo comprar más barato si es otra cosa, limpieza o esas cosas, y cambié permanentemente a la marca que esté más económica y que tampoco que sea un desastre, ahí al medio. (Pilar, 47 años, docente y empleada de comercio. Segundo encuentro, enero de 2019).

Como muestran estos fragmentos, los precios son presentados como el eje que prima en los reemplazos. Los aumentos implican abrir el abanico de opciones y cambiar asiduamente los productos que se consumen. En este ejercicio se ponen en juego también los parámetros que rigen las elecciones. Si antes primaban determinadas marcas, con sus precios más elevados por considerarlas "garantías" de primera calidad, ahora es necesario "testear" e incorporar otras más económicas. En relación a esta estrategia, emergen automáticamente otros elementos que tensionan las opciones de compra. En la mayoría de los casos, los alimentos suponen elecciones más exigentes y es sobre ellos que las consideraciones que asocian marca/precio/calidad ejercen mayor influencia. Esto puede vincularse a lo ya señalado por Miller (1998), de que la ingeniería de las compras es un medio de expresión de los modos en que las personas conciben sus relaciones sociales más íntimas. Así, seleccionar lo que otros miembros de la familia van a consumir encarna una serie de responsabilidades, expectativas, y normas que expresan de forma práctica ciertas dimensiones de las relaciones de cuidado y ponen límites a las estrategias que buscan sortear las dificultades del contexto económico. Como señalaba Ema, "Hay un pensamiento mayor del gasto, o sea se analiza un poco más en qué se gasta" y ello incluye también a los alimentos y la atención puesta en las marcas y sus precios. Sin embargo, no en todos los casos entran en juego las mismas consideraciones:

La cuestión quizás de la compra de los alimentos, de mirar por ahí las marcas, yo soy en general de mirarlo, no es que vaya a comprar cualquier marca de leche pero soy de mirar el precio y comprar la más barata. Yo siempre compraba Ilolay, ahora no. Antes yo la compraba a la Ilolay porque era barata, osea más barata incluso que la de la Coope y ahora no (...) compro Tregar o Verónica, por lo general trato de no irme de esas marcas (...) porque yo como es para ellas [en referencia a sus hijas]... me da como cosa comprar cualquiera (Ema, 34 años, nutricionista en consultorio privado y empleada municipal en un CAP de la salud. Segundo encuentro, febrero de 2019).

La explicación que realiza Ema en torno de la compra de leche para sus hijas condensa el cruce entre estas dimensiones que mencionamos y evidencia la relevancia de pensar de manera conjunta la afectividad y los lazos que unen a los miembros del hogar respecto de las cuestiones relativas al manejo de los recursos monetarios. Con dos hijas de 4 y 2 años, ella destaca la leche en la canasta básica de su hogar. Así, por un lado, los precios de este producto operan como guía para seleccionar lugares de compra, ya que través del ejemplo de la leche, Ema sostiene que ya no compra en el supermercado más cercano a su casa por considerarlo el “más caro”; y señala este aspecto como un cambio en la gestión de su economía cotidiana. Y por el otro, si bien el precio ejerce influencia en su elección de marcas, al tratarse de este producto específico asociado a sus particulares destinatarios, recaen sobre él consideraciones extra que no aparecen del mismo modo en relación a otros consumos. Esto pone de manifiesto algo que se repite entre muchas de las entrevistadas, que se relaciona con la búsqueda por conciliar las mayores exigencias presupuestarias que enfrentan los hogares con las significaciones y expectativas que depositan sobre sus compras y sobre los vínculos involucrados en ellas. En este caso particular, Ema pone en juego su rol como administradora del dinero cotidiano, al mismo tiempo que su rol de madre, cuidadora y responsable de las decisiones en torno a la alimentación de sus hijas. Considerar estas tensiones es central para comprender cómo efectivamente se toman las decisiones económicas en la práctica.

Asimismo, es interesante pensar el rol que se les otorga a estas estrategias en el marco de los presupuestos de los hogares. Si la tarea de búsqueda de precios y los variados cálculos que se ponen en juego en la lógica de la sustitución (calidad, cantidad, costo monetario) suelen ser asociados a mecanismos de ahorro, el sentido de esta categoría debe ser pensado en su especificidad para el caso. Tal como ha señalado Roig (2015), en su adscripción más clásica, el ahorro puede ser definido en contraposición al gasto. Así, es posible considerarlo como un “no gasto”, es decir, como aquello que no se destruye y que, por lo tanto, permanecerá y podrá ser movilizado en el futuro, ya se trate de recursos monetarios u otros bienes. Sin embargo, esta definición no se ajusta al sentido que suponen estas estrategias incorporadas a las prácticas de compra. Quiénes realizan dichas compras no buscan sustraer y conservar una cantidad de dinero que de lo contrario habría sido comprometida. Tampoco, hay en las compras cotidianas una referencia al ahorro en bienes adquiridos, como podría suponer el stockeo de productos para ser consumidos en lapsos de tiempo más prolongados; lo que en contextos

inflacionarios podría suponer también ahorros en dinero. En este sentido, la idea del “ahorro a través del gasto” (Miller, 1998: 69), parece más próxima al sentido que adquieren estas estrategias para quienes las ponen en práctica. Esta idea no repara únicamente en el costo monetario de los bienes o servicios (en el sentido de comprar “algo más barato”) para concretar el ahorro, sino en los múltiples cálculos y combinaciones de elementos que integran los actos de compra y que, independientemente de la forma que asuman, permiten a quienes las realizan afirmar que han ahorrado. Los ejemplos mencionados antes donde se comparan calidades, marcas, precios y se pone en consideración también a los destinatarios de los productos a la hora de elegir bienes más o menos económicos, podrían ser conceptualizados como actos de ahorro en este segundo sentido.

En contextos como el que analizamos, estas estrategias de búsqueda de precios y sustitución de marcas, rara vez podrán ser contabilizadas efectivamente como prácticas de ahorro en el sentido de sustraer cantidades de dinero al flujo del gasto. La asociación a dicho concepto de ahorro se desvanece en el propio acto de consumo, y estas aparecen como condiciones de posibilidad o como un “deber hacer” asociado a la práctica de consumir. Si ante el aumento constante de los precios, los ingresos quedan rezagados y se busca ajustar las compras al dinero que se les ha asignado en el marco de los presupuestos, estas prácticas se materializan casi exclusivamente como estrategias para sostener el consumo.

Asimismo, las prácticas de aprovisionamiento cotidiano no son las únicas depositarias de las estrategias que emplean los hogares para ajustar sus economías. Otros consumos parecen ser revisados y buscan ser adaptados a la pérdida de poder adquisitivo de los ingresos. Así, en muchos casos los presupuestos son sometidos a escrutinio a fin de ajustar o reducir el peso que originan determinados gastos. Qué gasto es posible de ser ajustado depende de las particularidades de cada uno de los hogares, tanto en lo que respecta a sus características socioeconómicas, como a su composición. Sin embargo, algunos aspectos se repiten. A las clásicas referencias, más frecuentes entre las entrevistadas de clase media, respecto de disminuir las compras de ropa y las salidas a “comer afuera”, se suman todo otro espectro de consumos cuyas transformaciones resultan menos visibles y que buscan reducir el costo monetario que estos suponen. Así, por ejemplo, si los planes de telefonía celular se vuelven costosos se busca reemplazarlos por otros con menos prestaciones o se reclama a las empresas la oferta de promociones bajo la “advertencia” de cambiar de compañía. También se

eliminan costos adicionales que elevan el valor de servicios como la televisión por cable o internet y hay una atención puesta en los niveles de consumo de los servicios básicos como la luz y el gas. “Había cable, Internet, HD full, toda la mar en coche y viste, se van cortando las cositas”, señalaba María del Carmen (48 años, empleada administrativa. Septiembre de 2019). Luego seguía, “¡La nafta!, yo ese lujo también me lo daba, de ir a trabajar en auto, ahora anda en auto ¡no!” ¿Y cuándo cambiaste eso? le pregunté. “Y hará tres meses atrás que dije: el auto adentro. Hacía un frío, pero caminando, si no me voy a morir, son cuatro cuadras. Pero bueno, viste la costumbre. ¡Si, pero mirá el bolsillo!” Vanesa también relata estas transformaciones de sus hábitos de consumo y sintetiza muchos de los aspectos abordados en este capítulo:

Por ejemplo, gaseosas que por ahí consumíamos, ahora ya no compramos muy seguido. La carne tampoco estamos comprando mucho, porque es cara...bah, todo está caro igual. Fui a buscar zapallitos \$60 el kilo que viste que no rinde nada...y acá son todos varones, comen como...en eso. En la ropa que por ahí antes me compraba más ropa y ahora no compro...o en las salidas. Nosotros salíamos con las chicas ponele, una vez por mes íbamos a comer a un restaurant y ahora salimos cada mes y medio o dos meses y vamos a un bar a comer una pizza, ponele eso...y lo del supermercado, eso de que antes compraba por mes y ahora compro por día lo que necesito, y qué más...y nada más creo...es todo, por ahí te cuidas más en el gas, bajas un poco, que se yo. (Vanesa, 41 años, empleada administrativa y luego desempleada. Segundo encuentro, septiembre de 2018)

Estos ejemplos se ajustan a lo que Assusa et. al, (2019), han referido como el “ahorro ascético: una suerte de empequeñecimiento de determinados consumos al límite de la necesidad, definidos situacionalmente como superfluos, gustos o lujos” (p. 22). En el análisis que realizan los autores tomando los casos de Gran Córdoba, Gran Rosario y Gran Mendoza sobre la base de datos de la ENES PISAC correspondientes a los años 2014-2015, estas prácticas de reducción de consumos, son identificadas casi exclusivamente entre las familias de clases populares. Asimismo, lo que se busca a partir de estas estrategias es generar un excedente orientado a la concreción de ciertos objetivos, entre los que mencionan algunos como comprar electrodomésticos, realizar viajes, colaborar en el hogar. Esto resulta en un punto de comparación interesante para el período que analizamos aquí donde hay una tendencia a reducir los mismos consumos (actividades de esparcimiento, compra de indumentaria, etc.) que cobra preponderancia entre los hogares de sectores medios y meramente como mecanismos adaptativos a la reducción del poder adquisitivo de los ingresos.

A estas estrategias asociadas a la reducción de los gastos y a la modificación de ciertas lógicas de consumo y/o modalidades de compra, se suman otras, entre los hogares de sectores populares, que tienen que ver con la generación de nuevas fuentes de ingresos. En la mayoría de los casos, se trata de la puesta en práctica de actividades por cuenta propia como la elaboración y venta de diferentes productos o la prestación de nuevos servicios. En otros, se amplían las jornadas laborales en ocupaciones ya existentes. Tal caso lo encontramos entre algunas entrevistadas que añaden horas a sus trabajos como empleadas domésticas. A partir de estos mecanismos se busca paliar la pérdida de poder de compra de las fuentes de ingreso existentes y cubrir el desfase que se origina en torno de los gastos. Como vimos, durante el período analizado quienes han experimentado en mayor magnitud estos fenómenos han sido los hogares cuyos ingresos, o una parte de ellos, derivan del sector no registrado de la economía. Un ejemplo es el del hogar que integra Griselda junto a su marido. Ella se dedica al cuidado de adultos mayores a domicilio y Jorge, quien se desempeñó como chapista por cuenta propia durante gran parte de su vida, actualmente está jubilado tras haber accedido a uno de los regímenes de moratorias previsionales⁴⁴. La casa en la que viven, una vivienda humilde ubicada en el límite de la plata urbana, pertenece a los padres de Jorge. Desde el año 2018, Griselda decidió reemprender la elaboración y venta de postres y tortas, actividad a la que se había dedicado muchos años antes cuando no se desempeñaba como cuidadora. Todos los fines de semana ofrece sus productos a través de Facebook y con el dinero en efectivo que obtiene de las ventas va costeando parte de los consumos cotidianos. Al mismo tiempo, los ingresos estables los destinan al pago de los gastos fijos mensuales. Así, por ejemplo, la luz, el servicio de cable y el seguro del auto -exento del pago patente por tener más de 25 años- lo cubren con la jubilación de Jorge, mientras que sobre el salario de Graciela recae al pago de los teléfonos celulares, la garrafa (ya que no cuentan con servicio de gas natural) y el resto de los consumos cotidianos.

⁴⁴ Al momento en que se llevó a cabo el trabajo de campo de la investigación se encontraban vigentes dos regímenes de moratorias previsionales: el Régimen de la Ley N° 24.476 y el Régimen de la Ley N° 26.970. De acuerdo con la información proporcionada por ANSES, ambos regímenes estaban dirigidos a trabajadores que han cumplido la edad para jubilarse pero no tienen efectuada la totalidad de los aportes que la ley exige. A ese fin, se ofrecen planes de pago de hasta 60 cuotas ajustados al índice de movilidad jubilatoria. En el caso de la Ley 26.970, la misma está dirigida exclusivamente a mujeres de entre 60 y 65 años de edad. Los cuerpos de ambas leyes pueden consultarse respectivamente en: <https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/ley-24476-30341/normas-modifican> <https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/ley-26970-234847/normas-modifican>

En el hogar de Zulema encontramos otro ejemplo al respecto. La distribución de los gastos entre los diferentes dineros que componen el presupuesto doméstico (su salario como auxiliar de limpieza, la jubilación mínima de su madre y el alquiler de un galpón) puso en evidencia cómo los segundos fueron quedando rezagados en relación a los primeros⁴⁵. A modo de ejemplo, ella se refiere a la cuenta mensual de fiado del supermercado donde realizan la mayoría de las compras “ya nos quedamos cortas, porque en el supermercado estamos cerca de los \$10.000 y el galpón lo alquilamos en \$8000”. Dado que habían decidido no aumentar el precio al inquilino por temor a que optara por dejar el inmueble, tres meses antes de nuestro encuentro en febrero de 2019, Zulema había comenzado a elaborar viandas y comidas por encargo, que sumaba a su emprendimiento de venta de productos de limpieza sueltos. Ambos ejemplos son ilustrativos de una condición que se repite en varios de los hogares consultados en los que entre las múltiples estrategias para hacer frente al rezago de los ingresos, se encuentran también las que apuntan a ampliar y diversificar sus fuentes.

Al mismo tiempo, el ejemplo citado por Zulema ilustra otro aspecto relacionado a la producción de dineros domésticos al interior de los hogares a través del proceso de “mercado social” (Zelizer, 2009) y expone cómo dicho proceso de distinción de dineros -en este caso en función de su origen y su destino- evidencia de forma clara cómo los efectos de la inflación adquieren dimensiones concretas y se vuelven observables en el marco de la economías domésticas. El análisis de este punto se profundizará en el capítulo número cinco, dedicado a analizar como en la cotidianeidad emergen formas de medir este fenómeno complejo que es la inflación.

Las mujeres en la gestión de las compras, las mujeres en la gestión de la economía doméstica

De acuerdo con Cosacov (2022), quien retoma la definición proporcionada por la CEPAL, las tareas de cuidado refieren al conjunto de “actividades diarias que

⁴⁵ Si consideramos únicamente lo que ocurrió con las jubilaciones mínimas en el período analizado, tenemos una referencia clara de ello. De acuerdo con un informe del Observatorio de Políticas Públicas de la Universidad Nacional de Avellaneda (UNDAV) elaborado sobre la base de los datos arrojados por el ANSES y las mediciones del IPC provistas por el INDEC, entre 2017 y 2019, los haberes jubilatorios mínimos perdieron 19,5 puntos porcentuales en relación al aumento de la inflación. A esto contribuyó negativamente la modificación en la fórmula para calcular haberes jubilatorios orquestada en 2017 durante la gestión del presidente Mauricio Macri. “La reforma jubilatoria hizo que en el cálculo de las actualizaciones de haberes, el 70% de las suba sea por inflación. Pero al existir un desfase temporal, los aumentos nominales quedaron por debajo de la suba del IPC, ocasionando una pérdida del poder adquisitivo” (Infografía precios y salarios, UNDAV, 2020, p. 6)

involucran la generación del bienestar físico, afectivo y emocional de las personas y que son esenciales para el sostenimiento de la vida” (p.7). Como sostiene la autora “el cuidado involucra trabajo directo, indirecto y gestión mental” (p. 9). Teniendo esto en cuenta, la realización de las compras cotidianas puede ser perfectamente incluida en dicha categoría que, al igual que el resto de estas actividades que la integran, se encuentran desigualmente distribuidas sobre la base de roles de género socialmente asignados. Dichas compras suponen circuitos altamente feminizados y la forma en que se las organiza está atravesada por los modos en que distribuye el uso del tiempo y el manejo de los dineros al interior de los hogares. En este sentido, las mujeres no son sólo quienes recorren almacenes y/o supermercados, sino que también toman las decisiones al respecto y se encargan de gestionar el tiempo y los recursos monetarios involucrados en las mismas.

Detrás de estas compras cotidianas, “la presencia femenina aparece como un supuesto básico y primario” (Faur y Tizziani, 2017). Y esto se pone de manifiesto rápidamente al considerar, por ejemplo, el momento de la compra misma. En el caso de hogares compuestos por parejas de adultos heterosexuales, la presencia de los hombres suele ser un complemento a la de las mujeres y emerge en ocasiones específicas como cuando se realizan compras más grandes o con cierta planificación y/o en días determinados como los fines de semana. Si en la gran mayoría de los casos que hemos abordado, hombres y mujeres participan en el mercado de trabajo remunerado y en la provisión de recursos monetarios, son las mujeres las que se involucran cotidianamente en la concreción de estas compras. Esto adquiere particular relevancia ante situaciones de aumentos y dispersión de los precios, donde justamente el empleo de cantidades considerables de tiempo a estas prácticas es una de las estrategias empleadas por los hogares para sortear las mayores limitaciones que impone el contexto socioeconómico. En este sentido, no sería erróneo suponer mayores cargas al trabajo femenino no remunerado que surgen asociadas a estas compras diarias, las cuales implican recorrer diferentes comercios, buscar y comparar precios, definir días específicos en función de ciertas promociones o facilidades de pago, y realizar infinidad de cálculos en pos de hacer rendir los presupuestos. Tal como aparece reflejado en los discursos de las entrevistadas, hacer las compras cotidianas supone desplegar todo ese saber práctico que se forja a diario y que poseen sólo quienes se abocan de manera habitual a esta tarea. Esto conlleva a reforzar la desigual distribución de responsabilidades al interior de los hogares. “Va al supermercado él, te mete cosas en el carro, así, así [mueve rápido las

manos]. Entonces prefiero ir yo. Voy yo, yo soy la que me fijo, o a veces le digo, porque él no tiene noción de lo que se gasta por día”, señalaba Eugenia haciendo referencia a su marido. (43 años, docente. Primer encuentro, enero de 2018)

Así, las obligaciones, tensiones, y decisiones que integran el universo de las mujeres y sus posiciones al interior de las relaciones intrahogar, emergen rápidamente en los discursos cuando se habla del tiempo dedicado a comprar para aprovisionar los hogares. Cuando las mujeres se refieren al tiempo de las compras, aparecen inmediatamente los *esfuerzos de conciliación* (Faur, 2006, Faur y Tizziani, 2017, Faur y Pereyra, 2018) que realizan para conjugarlo con el resto de las obligaciones que encarnan a diario, como ocurre con el trabajo remunerado y el resto de las tareas domésticas y de cuidado. “Mi marido trabaja todos los días, y en época de cosecha trabaja hasta los fines de semana (...) Imaginate que no sabe cuánto sale un kilo de papas”, me cuenta Diana. Y sigue:

Normalmente vamos cuando podemos [*en referencia al supermercado*] y cuando tenemos tiempo porque ahora con los dos nenes es todo más logística. Lo que suelo hacer es...ponele que una vez a la semana por decirte, porque sí, se irá una vez por semana a la verdulería, una vez por semana al super, trato de ir yo cuando salgo de trabajar al mediodía y después ya busco a los chicos y me vengo. (Diana, 36 años, ingeniera agrónoma y empleada administrativa. Primer encuentro, junio de 2018).

Si bien Diana hace referencia al tiempo de las compras en plural, es ella exclusivamente la que organiza la confluencia de diferentes tareas y destina parte de su día al abastecimiento del hogar, luego de que sale de su trabajo a medio tiempo en la Cooperativa Agropecuaria local y previo a buscar a sus hijos (de 1 y 3 años) en la guardería. El hecho de que Diana cuente con un trabajo de jornada parcial está atravesado por el modo en que en el hogar se han distribuido los tiempos y las tareas asociadas al trabajo remunerado y no remunerado a partir del nacimiento de sus hijos, reproduciendo los roles de género social y tradicionalmente asignados. Su marido es administrador agropecuario y cumple extensas jornadas laborales que, en determinados momentos del año, comprometen incluso los fines de semana. En este hogar, si el tiempo de las compras es efectivamente un tiempo compartido como lo relata Diana, lo es con aquellas mujeres que la relevan a diario en parte de las tareas de cuidado.

La posición de Diana como cuidadora y responsable de las tareas domésticas se profundizó durante el tiempo transcurrido entre nuestros dos encuentros. Cuando nos encontramos por primera vez, ella analizaba la posibilidad de renunciar a su empleo y

de emprender algún negocio por cuenta propia que pudiera gestionar desde su casa. Sobre la base de una serie de cálculos monetarios que suponían descontar de sus ingresos la totalidad de los gastos asociados al cuidado de sus hijos -que ella asumía como propios frente al espacio que, según considera, deja vacante en su rol de cuidadora-, sostenía lo siguiente:

Mi sueldo no suma demasiado, hoy debe estar sumando, entre los gastos que tengo por venir a trabajar, estará sumando unos \$5000, sería lo que yo gano por venir a trabajar porque descontando el maternal [*en relación al jardín al que asisten sus hijos por la mañana*], la chica que cuida a los nenes y demás, mi neto sería de \$5000. (...) Por eso es que como te decía estoy viendo qué hacer con mi trabajo, si seguir o si buscar algo para hacer por mi cuenta desde mi casa y achicar ese gasto porque se me va más de medio sueldo en eso. (Diana, 36 años, ingeniera agrónoma. Primer encuentro, junio de 2018).

Cuando volvimos a reunirnos en enero de 2019, su empleo efectivamente había cambiado. Había renunciado a su puesto en la cooperativa para trabajar ya no seis sino cuatro horas administrando la empresa de un productor agropecuario local. Nuevamente, esta decisión era adjudicada a los costos que significaba tercerizar los servicios de cuidado. La nueva jornada laboral le permitía absorber una mayor cantidad de horas como cuidadora y así reemplazar a la niñera.

Su relato exponía también otra cuestión de relevancia que tiene que ver con el modo en que se concibe el dinero de los hombres y el de las mujeres al interior de los hogares. Como dijimos antes, los cálculos que realizaba Diana para justificar la “insignificancia” de su salario suponían asumir como propia la responsabilidad de costear esas horas de cuidado que no cubría directamente; lo que permite evidenciar, como señala Cosacov (2022), que las mujeres están envueltas “desigualmente no sólo en la organización y ejecución de estas tareas, sino también en la gestión del dinero necesario para garantizarlo” (p. 7).⁴⁶

El salario al que Diana restaba importancia al compararlo con los ingresos de su marido, estaba destinado además a cubrir otros gastos fundamentales para la

⁴⁶ En un estudio realizado en 2021 con el objetivo de indagar los modos en que la pandemia impactó en los cuidados y en el endeudamiento en hogares de clases medias en la Argentina, la autora destaca la “feminización de las deudas del cuidado”, producto del aumento de la autonomía económica de las mujeres tras su incorporación al mercado laboral y la ausencia de una redistribución más equitativa del trabajo de cuidado. En palabras de la autora, “esto es así porque el rol de cuidadoras permea y modula la gestión monetaria del cuidado y parece absorber la relativa autonomía económica de la que disponen, derivando sus propios ingresos laborales y el acceso a créditos hacia el cuidado. Se trata de una dinámica generizada del trabajo no remunerado de cuidado y de su gestión monetaria, que impulsa a las mujeres a asumir las deudas del cuidado” (pp. 7-8).

reproducción del hogar, como la compra de alimentos. Como señalamos antes, en la distribución doméstica de las responsabilidades de pago, la tarjeta de crédito de Diana, que mes a mes se debitaba de su cuenta sueldo, había sido adjudicada también a costear el supermercado.

Cuestiones similares exponían los relatos de otras entrevistadas como Ema, quien señalaba que, pese a las dificultades que exponía el contexto inflacionario y la imposibilidad de sostener su capacidad de ahorro, lograba aún hacerse cargo de aquellos gastos que le habían sido asignados en el reparto doméstico de los compromisos de pago:

A mí me toca la obra social Osde que la tengo por débito automático, que ahora debe estar alrededor de \$9000, \$8000 y pico era el mes pasado. Y también Juli [*en referencia a niñera de las nenas*], que junto con Osde es el otro gasto grande, que es más o menos parecido, y el primero de mes yo le pago a ella en efectivo. Esos son los gastos principales que tengo yo. (Ema, 34 años, Nutricionista en consultorio privado y empleada municipal en un CAP de la salud. Primer encuentro, febrero de 2018)

Ema era quién aportaba estas dos *piezas* fundamentales de dinero destinadas al cuidado, que definía como “sus gastos”. Las mismas absorbían un porcentaje significativo de sus ingresos; motivo por el cual subrayaba la importancia de poder seguir haciéndose cargo de los mismos. En otros pasajes de nuestra conversación, dejó en evidencia que los aumentos constantes en el costo de la obra social eran un motivo de preocupación para ella, dada la posibilidad de tener que cambiar el servicio con el que contaban por una prestación más económica. Su relato es un claro ejemplo de que “la generización de los cuidados impregna la gestión de los dineros del cuidado en el presente y la posibilidad de garantizar esos dineros a largo plazo. En este sentido, hay una generización de las gestiones sobre los futuros dineros del cuidado” (Partenio, 2022, p. 26)

Otro ejemplo es el del hogar Micaela y Joaquín. Ella tiene 28 años y tras el nacimiento de su hijo abandonó su trabajo en relación de dependencia en una oficina de turismo y montó un negocio de venta de ropa femenina en el living de su casa, con la finalidad de ocuparse de las tareas de cuidado. Joaquín es dueño de una empresa de transporte, por lo que suele “estar fuera” gran parte del día. Así, fue la cotidianeidad de Micaela la que se vio mayormente transformada a partir de la maternidad. Desde entonces, el espacio y los tiempos del cuidado y el trabajo remunerado conviven de

forma permanente. Estos cambios supusieron reorganizar también las compras y convertir las visitas ocasionales al supermercado en una actividad planificada y coordinada. Aquellos ratos que ella destina a realizar dicha tarea son su madre o la señora que “la ayuda” con las tareas de limpieza en el hogar las que la suplantán, así como en los momentos en que aumenta la actividad laboral en su comercio y encuentra dificultades para desempeñar sus roles de madre, cuidadora y trabajadora al mismo tiempo. Estos ejemplos muestran, como señalan Faur y Tizziani (2017), los permanentes intentos de equilibrar las presencias (ausencias), a los que se enfrentan las mujeres al desenvolverse en el mercado de trabajo y, simultáneamente, ser las responsables del cuidado. Y también ponen de manifiesto el hecho de que son otras presencias también femeninas las que cubren esos espacios.

El modo en que se han distribuido las obligaciones de pago en este hogar son también reflejo de la asignación de responsabilidades. “Lo más caro le toca a él y lo más barato lo pago yo” decía Micaela entre risas, pero luego seguía “Compras, supermercado, bueno ropa, esas cosas por ahí las manejo yo, la chica que nos ayuda acá en casa y después la luz y el gas sí, también lo pago yo de lo mío”. En ese sentido, no solo era ella la que había transformado su inserción laboral para absorber las nuevas tareas de cuidado derivadas de la crianza, sino que también era quién se encargaba de costear el salario de quién realizaba el resto de las tareas domésticas. Estos ejemplos están estrechamente conectados con lo señalado por Hochschild (2008). De acuerdo con la autora, “el ingreso a la economía monetaria ha cambiado radicalmente la vida de las mujeres. Sin embargo, al mismo tiempo persiste con gran fuerza la idea tradicional según la cual la crianza de los hijos y las tareas domésticas son ‘trabajo [y/o responsabilidad] de mujeres’. La cultura se rezaga detrás de la economía” (p.158)

Volviendo al punto específico de las compras, como mencioné antes, estas suponen la puesta en práctica de una serie de informaciones específicas que poseen quienes diariamente recorren los circuitos asociados a estas prácticas. Estos conocimientos, que son señalados como relevantes en la gestión de los presupuestos, también contribuyen a reforzar el rol desempeñado por las mujeres como administradoras del dinero de la casa y como artífices y garantes de la marcha de la economía doméstica. Son las propias mujeres las que destacan aspectos tales como el desconocimiento o la falta de atención de otros miembros del hogar en relación a los precios o lugares convenientes para la realización de dichas compras. Al igual que en el caso de Eugenia o en el de Diana -citados antes-, Griselda exponía tales motivos al

explicar por qué era ella la que realizaba las compras. “El no mira precios ¿viste? agarra cualquier cosa (risas). Yo, como no es mucho el dinero que tenemos, tenemos que andar cuidando más que nada, como está todo ahora” (59 años, cuidadora de adultos mayores a domicilio. Enero de 2019).

En este sentido, la administración cotidiana del dinero doméstico implica la toma de decisiones que muchas veces son ajenas al resto de los miembros del hogar que no se involucran de manera directa en este universo Y la misma compromete crecientes esfuerzos físicos y mentales por hacer rendir ese dinero, sobre todo cuando los presupuestos resultan más ajustados. Dichos esfuerzos forman parte de las estrategias más fundamentales que se ponen en práctica en el marco de las economías de los hogares para responder a la presencia de la inflación.

Conclusión

A lo largo de este capítulo nos hemos concentrado en los modos en que se configuran las prácticas de compra para aprovisionamiento diario que llevan a cabo los hogares. El análisis de las mismas resultó central para evidenciar cómo en la cotidianidad se busca sortear las dificultades asociadas a la desvalorización del dinero y a los incrementos del costo de vida. Prestando especial atención a dos dimensiones asociadas a estas prácticas como son su espacialidad y su temporalidad, pudimos ver que en torno del aprovisionamiento surgen un abanico de estrategias que tienen por objetivo hacer rendir los ingresos corrientes a fin de sostener el consumo.

En relación a la espacialidad, se han reconstruido las rutinas e itinerarios que dichas compras involucran. La variabilidad y la dispersión de precios existente entre los comercios locales es uno de los criterios principales al momento de explicar por qué dichas compras no se realizan en un único espacio, sino que implican un recorrido por varios de ellos, que han sido previamente previamente escrutados y seleccionados. La información en torno a los precios que circula en redes informales de amigos, vecinos y familiares es fundamental en la toma de decisiones respecto de dónde comprar determinados productos y/o categorías de bienes. Aspecto al que los miembros de los hogares, de manera casi exclusiva las mujeres, destinan cantidades considerables de tiempo y esfuerzo.

Respecto de la temporalidad de las compras, surgieron aspectos no menos interesantes en relación a las dinámicas que se despliegan en contextos donde los

niveles inflacionarios crecen por encima de los salarios. Como vimos, prima la modalidad de achicar dichas compras, pensadas para cubrir horizontes temporales cada vez más estrechos, al mismo tiempo que de aumentar su frecuencia. En este sentido, el proceso de convertir dineros en bienes se fracciona y ralentiza. Estas transformaciones que suponen comprometer de a poco el dinero, no implican que al cabo de un determinado período de tiempo (una semana, una quincena, un mes) se habrá gastado menos, en el sentido de economizar recursos. La lógica, en cambio, parece ser la de contar con dicho dinero a disposición en caso de que sea necesario movilizarlo a otros fines, y la posibilidad de “ajustar” el consumo si los recursos se revelan insuficientes.

Asimismo, entre las estrategias que emplean los hogares, aparecieron otras como la sustitución de marcas por otras unas más económicas y el “recorte” de ciertos consumos que, a medida que la inflación constriñe los ingresos, empiezan a ser considerados como “extras”, “gustos”, “lujos”. Nuevamente aquí, al igual que en relación a la búsqueda y comparación de precios o a la ralentización y fraccionamiento de las compras cotidianas, se trata de recursos que buscan hacer rendir el dinero y sostener el consumo ajustándolo a los presupuestos disponibles.

Asimismo, los modos en que se llevan a cabo estas prácticas han sido un insumo útil para evidenciar dimensiones claves del funcionamiento de los hogares. Una vez más, la gestión de dichas compras y la administración del dinero destinado a las mismas, se han revelado como prácticas altamente feminizadas, que suponen la puesta en marcha de saberes que se forjan en la práctica y esfuerzos crecientes para llevarlas a cabo dadas las particularidades del contexto y su relevancia para la reproducción de las economías domésticas; lo que contribuye al mismo tiempo a reforzar la desigual distribución de la carga de trabajo remunerado y no remunerado al interior de los hogares.

Las compras cotidianas son el recurso en torno del cual se despliega la parte fundamental de las estrategias que utilizan los hogares para responder a un contexto inflacionario en el que el alza de los precios presiona con fuerza presupuestos de ingresos rezagados. En el capítulo siguiente nos ocuparemos de otras prácticas no menos importantes al respecto, como es el caso del acceso y la utilización de diferentes recursos financieros.

Capítulo 2: Las prácticas de crédito de los hogares

Presentación

En las últimas décadas, principalmente a partir de su liberalización en la década del 70', las finanzas se han expandido considerablemente en las sociedades contemporáneas, alcanzando “una presencia cada vez más capilar tanto en la vida individual como colectiva” (Luzzi y Sánchez, 2020); proceso que ha sido etiquetado, no sin controversias⁴⁷, con el término “financiarización”. (Langley, 2008; Van der Zwan, 2014; Luzzi, 2017). En este marco, el acceso y la utilización de servicios e instrumentos financieros se han vuelto claves para comprender el modo en que funcionan y se organizan las economías domésticas y con ello la sociología del crédito ha adquirido un interés creciente, sobre todo a partir de la crisis de las *subprime* ocurrida en 2008 (Wilkis, 2014; Marambio Tapia, 2018).

Como veremos a lo largo del capítulo, las prácticas económicas ordinarias son –en gran parte– moldeadas por las posibilidades de acceso y los modos de empleo que los hogares realizan de los instrumentos financieros que tienen “a la mano”. Cuentas bancarias, tarjetas de crédito bancarias y no bancarias, préstamos personales en dinero y otros tipos de créditos, conforman una profusa oferta financiera que en palabras de Luzzi y Wilkis (2018), se amplía y se diversifica en el marco del “espacio creciente que las finanzas vienen asumiendo desde hace décadas en las economías capitalistas (p. 389).

Teniendo en cuenta esto, la pregunta que me propongo responder en este capítulo es cómo se configuran las prácticas de crédito/deuda de los hogares analizados, poniendo especial atención a los desafíos y/o condicionamientos que los contextos inflacionarios suponen para las mismas. Para responder a este interrogante buscaré, en primer lugar, reconstruir la oferta de servicios financieros destinados a los hogares que

⁴⁷ En torno de la abundancia de instrumentos financieros destinados a los particulares se ha abierto el debate acerca del avance, el alcance y los efectos del proceso de financiarización en el ámbito de la vida cotidiana (Lapavitsas, 2012; Fligstein y Goldstein, 2015; Lazarus, 2017). En relación a ello, Lapavitsas (2012) sostiene que los ingresos de los trabajadores se han transformado en una fuente de extracción de ganancias para el capital financiero dado que, ante el recorte del gasto estatal y la retracción de las protecciones sociales, los instrumentos financieros (de crédito, ahorro, inversión) son fundamentales para el acceso al consumo y a los servicios sociales básicos que garantizan la reproducción de las economías domésticas. Por su parte, Lazarus (2017) ha advertido sobre la inconveniencia de considerar por sí sola la posesión/utilización de tales productos financieros como un indicador claro del proceso de financiarización en el ámbito de la vida cotidiana. Así, distinguiendo la bancarización de la financiarización, asocia la primera al acceso y uso de determinados instrumentos de ahorro y crédito bancarios, mientras que para la segunda enfatiza en el vínculo de cercanía que se entabla entre las prácticas tradicionales de ahorro y crédito y la inestabilidad y los riesgos propios del mundo financiero.

operan en la ciudad de Bolívar en el período comprendido por la investigación; y también las modalidades de participación de los hogares en el sistema bancario en particular y en el sistema financiero en general, puntualizando en el acceso y la utilización de instrumentos de crédito⁴⁸. En segundo lugar, me concentraré en las calculabilidades, racionalidades y temporalidades que rigen las decisiones en torno al crédito, así como las representaciones y discursos que elaboran estos hogares respecto del endeudamiento. En referencia a este último punto, abordaré la pregunta en torno a en qué medida la presencia de la inflación condiciona, se incorpora y/o transforma dichas prácticas de crédito/deuda y los sentidos asociados a ellas. Es preciso recordar aquí que las nociones de crédito y deuda no necesariamente asumen significados idénticos en el lenguaje cotidiano. Peebels (2010), ha señalado que el debate sobre estos conceptos supone frecuentemente un posicionamiento moral. Así, mientras que el acceso al crédito suele considerarse como un recurso beneficioso y liberador para sus poseedores, así como un aspecto positivo y/o virtuoso asociado a los mismos, la noción de deuda resalta un aspecto negativo. Esto se debe, por un lado, a que la deuda evidenciaría una situación problemática en relación al cumplimiento de compromisos de pago asumidos, y, al por el otro, el sometimiento y la sujeción de quienes experimentan su carga.

Introducción

“¿Créditos? de los que pidas ¡Para hacer dulce!”, me dice Zulema ¿Y dónde pedís? le pregunto:

Z: Y se pedir, si me dan en el banco de la misma cuenta que tengo y eso, del sueldo, viste que te dan crédito en el Banco Provincia para maestras, para porteros, para todo. Y si no a veces en los lugares que te dan o en las tarjetas de crédito también, Elebar te da (...) Tengo Elebar, Favacard⁴⁹ [en referencia a las tarjeta de crédito], que ahí te dan créditos también. Ahí he sacado. Cancelo uno y saco otro. Si necesito, si no, no... ¡es un mal necesario! Ya te digo, porque vos no podés tener \$10.000 o \$15.000 juntos entonces a veces es un mal necesario, me hace cuotas, pagas un poco más pero es el derecho de piso, si no, no los tengo.

E: ¿Y para qué has pedido?

⁴⁸ La utilización de servicios financieros asociados a las prácticas ahorro serán objeto de indagación en el tercer capítulo de la tesis.

⁴⁹ Tanto en el caso de Elebar como de Favacard, se trata de compañías financieras emisoras de tarjetas de crédito.

Z: Y he sacado, por ejemplo, para el cumpleaños de Verónica [en referencia al festejo de 15 años de su hija en junio de 2017]. He sacado con roturas del auto grandes que preciso \$10 o \$15.000. El auto mío es mi herramienta de trabajo porque yo trabajo en una escuela de campo, sí o sí tengo que ir en auto. (...) Tengo un sueldo de \$15.000 y cobro menos de \$15.000 porque tengo un crédito que también sacamos para arreglar la casa y me lo están descontando. (Zulema, 51 años, auxiliar de limpieza. Febrero de 2019)

“¡Es un mal necesario!” me volvió a repetir Zulema con cierto tono de resignación, asumiendo los elevados costos financieros que debe costear para acceder a estos instrumentos que se han vuelto habituales en la gestión de la economía doméstica. Como vimos en el capítulo anterior, en este hogar la provisión de alimentos también depende del endeudamiento a través del sistema de fiado que ofrece un supermercado local; lo que supone además afrontar sobrepuestos para acceder a los productos. En algunas ocasiones también utilizan las tarjetas de crédito para financiar parte de estos consumos. Entre ellas cuentan con una tarjeta Visa, que Zulema tiene asociada a su cuenta sueldo y las mencionadas Favacard y Elebar. Con un presupuesto acotado compuesto por su salario como auxiliar de limpieza y la jubilación mínima de su madre, ambos afectados por la pérdida de poder adquisitivo, sostiene que sí o sí tienen que recurrir a estas formas de pago:

Porque a veces con todos estos aumentos no te alcanza el sueldo. Si te pasan otras cosas o, por ejemplo, tenés que ir al doctor con alguno de los chicos, o al dentista o algo tenés que pagar \$300 acá, \$300 allá, como que cualquier cosa te saca de...de presupuesto. (Zulema, 51 años, auxiliar de limpieza. Febrero de 2019)

Su relato permite evidenciar “la pluralidad de regímenes de dinero prestado conectados con la economía de los hogares (...) [y] la dependencia del endeudamiento derivado de esta pluralidad” (Wilkis, 2013, p.154), que se pone de manifiesto en la relación entre los ingresos y los egresos. Se expone también aquí la vulnerabilidad financiera que experimentan algunos hogares; más profunda para aquellos que se encuentran en los escalones inferiores de la pirámide de ingresos y los efectos de un contexto inflacionario en el que, ante la pérdida de poder adquisitivo, se vuelve dificultoso cubrir las necesidades que presentan las economías domésticas.

El hogar de Zulema lejos de ser la excepción, refleja el caso de muchos otros hogares consultados. Si consideramos el período que recorre esta investigación, de acuerdo con el Informe de Inclusión Financiera (IIF) elaborado por el BCRA, en marzo

de 2019, el 51% de la población adulta de Argentina poseía algún tipo de crédito en el sistema financiero. Ese porcentaje había aumentado cuatro puntos desde diciembre de 2015. Asimismo, a partir de los datos del Informe de Estabilidad Financiera (2019⁵⁰), es posible ver que en dicho período no sólo aumentó la cantidad de personas endeudadas, sino que lo hicieron también sus niveles de endeudamiento. Entre mediados del año 2016 y finales del año 2018, el endeudamiento de los hogares medido en función de los ingresos se había incrementado para todos los deciles. Respecto del estrato de menores ingresos la diferencia era aún más significativa, ya que en 2018 arrojaba un índice de endeudamiento del 47%; mientras tanto, para el resto de los deciles este porcentaje se encontraba entre el 24% y el 27%. Asimismo, en relación al avance de dicho índice, mientras que para el caso del decil más pobre significó una suba cercana a los 13 puntos porcentuales, para los deciles restantes implicó -en promedio- un aumento de 4,3 puntos. Como puede deducirse, no sólo han aumentado los niveles de endeudamiento de los hogares, sino que lo han hecho en proporciones muy disímiles en función de las características socioeconómicas de los mismos. Es importante destacar que la evolución de estos indicadores se produjo en el marco de un contexto signado por la recesión económica, las devaluaciones -acompañadas de subas en las tasas de interés⁵¹- y el avance de la inflación, con la consecuente caída del salario real. Fenómeno que además supuso impactos diferenciales en los precios de los distintos bienes y servicios, con aumentos muy significativos de los rubros a los que los hogares que se encuentran en las posiciones más bajas de la pirámide de ingresos destinan porcentajes más altos de los mismos. Si tomamos como ejemplo el año 2018, frente al 47,6% de variación interanual que arrojó el IPC, los alimentos supusieron una suba del 51,2% y el transporte un aumento del 66,8%. Para el caso de los servicios, que también ejercen un peso importante en el presupuesto de los hogares, los incrementos de precios se ubicaron en torno del 46%. Asimismo, al analizar la composición del endeudamiento para el período señalado -diciembre de 2016, marzo de 2019-, se advierte que el primer

⁵⁰ Correspondiente a Mayo de 2019.

⁵¹ De acuerdo con datos proporcionados por el Banco Mundial, luego de que la tasa de interés activa de la economía argentina se ubicara en promedio cerca del 27% para el año 2017, la misma emprendió su carrera ascendente. En el año 2018 dicho promedio estuvo por encima del 48% y los saltos más significativos se produjeron en mayo cuando las mismas alcanzaron el 40% y en agosto cuando se ubicaron en torno del 60%. Finalmente, en el año 2019 dicha tasa alcanzó en promedio un 67,25%. La suba de dichas tasas supone el aumento del costo de los productos crediticios de los que hacen uso las economías domésticas. Disponible en: <https://datos.bancomundial.org/indicador/FR.INR.LEND?locations=AR>

lugar lo ocupa aquel provisto a través de tarjetas de crédito bancarias (32%)⁵², en segundo lugar los préstamos personales (22%); luego se encuentran los adelantos en un porcentaje muy inferior (6%), y, por último, los préstamos prendarios e hipotecarios. Estos últimos representan un valor inferior al 1%. (BCRA, Informe de Estabilidad Financiera, 2019)⁵³.

Es un hecho innegable la expansión del universo de las finanzas y su avance sobre las economías domésticas durante las últimas décadas. Esto ha transformado la relación entre ambos universos en una temática de creciente interés para las ciencias sociales. Se ha advertido además que “la comprensión de las dinámicas contemporáneas del capitalismo financiarizado no solo supone tomar en cuenta lo que sucede en las «altas finanzas» y sus agentes (...) sino también analizar las finanzas «desde abajo», en la vida cotidiana de las personas, en sus prácticas y en sus imaginarios (Wilkis, 2021, p.12).

En este marco, principalmente en el escenario internacional (Barros, P., 2008; Barros, M., 2011; Guerín, et. al., 2014; Guerín, et. al., 2020; Halawa, 2015; Leyshon et al., 2004; Muller, 2015; Ossandón, 2012; Ossandón, et. al., 2021; Rona Tas y Guseva, 2014; Schuster, 2019; Villarreal, 2004, 2010; Zaloom, 2017, 2019), pero también en el plano local (Assusa et al., 2019; Cavallero y Gago, 2020; Del Cueto y Luzzi, 2016; Figueiro, 2013; Fumero y Hadad, 2017, Luzzi, 2020; Luzzi y Wilkis, 2018; Roig y Wilkis, 2015; Wilkis, 2013; Wilkis, et. al. 2021), diversas investigaciones han prestado atención al lugar cada vez más preponderante que los instrumentos financieros ocupan en las economías de los hogares.

Para el caso de Argentina, la ampliación de los productos y servicios financieros dirigidos a los hogares ha sido una de las marcas distintivas del ciclo que se inaugura a partir de la recuperación económica posterior a la crisis de 2001 (Luzzi, 2021; Wilkis, 2015, 2021). Tal como han señalado Del Cueto y Luzzi (2016), para el período comprendido entre los años 2003-2015, el impulso al consumo fue central como parte de una estrategia de crecimiento económico que apuntó a la revitalización del mercado interno. La expansión del crédito destinado a este fin jugó un papel clave, acompañado de la recuperación de los salarios y los niveles de empleo. Asimismo, “el sistema

⁵² Es preciso tener en cuenta que en estos porcentajes no están incluidos los deudores de tarjetas de crédito no bancarias

⁵³ Según datos del Banco Mundial, en 2017 en Argentina el crédito al sector privado, que incluye el crédito a los hogares, representaba un 16% del PBI. Porcentaje que ubica al país muy por debajo del promedio para América Latina y el Caribe (55,6%). El promedio mundial para este indicador era de 132,4% en 2019.

financiero también tuvo un rol central en la implementación de algunas de las políticas más importantes en términos de ampliación de derechos sociales” (Luzzi, 2021, p.134), a través del avance de la bancarización de las familias argentinas.

De este modo, se dio continuidad a un proceso que había recibido impulso años antes, a partir de la disposición del pago de salarios por medio de cuentas bancarias para todos los trabajadores registrados de la economía; lo que implicó que “los hogares entraran masivamente al sistema financiero formal a finales de los años ‘90” (Luzzi y Sánchez, 2020: 23). En la década en cuestión, fue clave la incorporación al sistema bancario de los receptores de transferencias monetarias provenientes del Estado. La primera experiencia se llevó a cabo a través de la apertura de cajas de ahorro para el pago del Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados instrumentado en el año 2002, tras la crisis del modelo de convertibilidad. Años más tarde, ya durante los gobiernos kirchneristas, se incluyó a los beneficiarios de la Asignación Universal por Hijo (AUH) creada en 2009, y a quienes eran perceptores de jubilaciones y/o pensiones. En el año 2010, se lanzó también la Cuenta Gratuita Universal (CGU)⁵⁴ destinada a quienes no tuvieran acceso a una cuenta bancaria y cuyo único requisito de apertura era la presentación del DNI. Por último, hacia el final del segundo gobierno de Cristina Fernández, se puso en marcha el Programa de Respaldo a Estudiantes de Argentina (PRO.GRE.SAR), destinado a jóvenes de entre 18 y 24 años que no se encontraran trabajando o lo hiciesen de manera informal y que estuviesen completando el ciclo de educación obligatoria o una formación de nivel superior; lo que implicó la apertura de cajas de ahorro a sus beneficiarios.

Según el trabajo de Luzzi y Wilkis (2018) sobre la base de los datos proporcionados por la ENES-PISAC⁵⁵ recabados entre 2014 y 2015, para entonces el 71% de los hogares de Argentina afirmaban tener acceso a una cuenta bancaria. Entre ellos, el 42% solo poseía cuentas sueldo o jubilatorias, mientras que el 44% contaba además con cuentas de otro tipo. Asimismo, al considerar las variaciones al respecto entre clases sociales (alta, media y popular), los autores sostenían que mientras que el

⁵⁴ Esta modalidad fue suspendida en el año 2016 y en enero del 2020, tras el recambio de la gestión de gobierno, fue re-implementada por el BCRA.

⁵⁵ Es importante resaltar, como señalan los autores que en Argentina hasta la realización de la ENES-PISAC, no se contaba con “instrumentos estadísticos específicos que [permitieran] captar la situación financiera de las familias” (p. 389). Luego, en 2019, el BCRA publicó el primer “Informe de Inclusión Financiera” que provee información respecto del tipo de servicios a los que acceden y de los que hacen uso los hogares, los “conocimientos” financieros que poseen, sus niveles de endeudamiento, entre otras dimensiones relevantes para comprender el modo en que las finanzas se hacen presentes en el ámbito de la vida cotidiana.

13% de la clase alta no tenía cuenta bancaria, para el caso de quienes se encontraban en el escalón más bajo de la pirámide social, ese porcentaje se ubicaba por encima del 30%. Los mencionados indicadores acerca de la posesión de cuentas de ahorro bancarias, así como la discriminación de sus diferentes modalidades, han sido evaluados a la luz de variables como el género, el nivel educativo, el nivel de ingresos y la estratificación por clase, a fin de evidenciar los modos desiguales de participación de los hogares argentinos en el sistema bancario. Respecto de la comparación por niveles de ingresos, señalaron que para entonces mientras que solo el 11,4% de los hogares del decil más rico de la población no poseía cuentas bancarias, la cifra ascendía al 52% de los hogares cuando se consideraba al 10% más pobre (p. 397). Sin desconocer la presencia y persistencia de las mencionadas desigualdades, un hecho resulta indudable: “el pago de haberes, asignaciones, becas y subsidios mediante cajas de ahorro supuso la incorporación en el sistema bancario de grandes grupos de la población que hasta el momento permanecían fuera de él” (Luzzi, 2021: 134, 135). La posesión de ingresos estables y regulares mediados por las instituciones bancarias fue también crucial para ampliar las oportunidades de estos sectores sociales, marcados por trayectorias de desempleo, pobreza e informalidad laboral, de acceder al mercado del crédito, principalmente de aquel destinado al consumo, a través de instituciones formales e informales.

Desde el propio Estado se implementaron también una serie de programas financieros que buscaron impulsar y sostener la capacidad de consumo de los sectores medios y de bajos ingresos. Estas fueron puestas en marcha a fin de estimular la actividad económica interna, en un momento en que Argentina volvía a enfrentar problemas derivados de los efectos de la restricción externa como sucedió a partir del año 2010⁵⁶. Como recupera Luzzi (2021), entre dichas políticas se encontraban: el Programa de Crédito Argentino del Bicentenario para la Vivienda Única Familiar (Pro.Cre.Ar) implementado en 2012; el Pro.Cre.Auto puesto en marcha en 2014 y destinado a la compra de vehículos a precios y costos de financiación inferiores a los de mercado. Se sumaba también el Programa Créditos Argentina financiado por la Administración Nacional de la Seguridad Social (ANSES) y destinado al consumo de los jubilados a través de comercios adheridos, con tasas de interés también por debajo

⁵⁶ A los fines de profundizar sobre los problemas que atravesaba la economía Argentina asociados al problema de la restricción externa ver Gallo (2017).

de las ofrecidas por el mercado financiero⁵⁷. Por último, el Programa Ahora 12 creado también en 2014 y destinado a la adquisición de productos de fabricación nacional en doce cuotas sin interés a través de diferentes tarjetas de crédito; al que luego se añadió una nueva versión que extendía los plazos de financiación a 18 cuotas sin interés (conocido como Ahora 18). De acuerdo con la autora, a diferencia de lo que había ocurrido con las políticas de estímulo al consumo interno implementadas entre 2003 y 2009 y su énfasis en la aplicación de derechos, estos programas puestos en marcha durante la segunda administración de Cristina Fernández se caracterizaron por su “neta orientación financiera” (Luzzi, 2021: 139).

Durante el período que recorre la investigación, correspondiente a la gestión de gobierno de Mauricio Macri, las mencionadas políticas públicas de crédito experimentaron transformaciones que resultan fundamentales para comprender los niveles de endeudamiento que exponen los hogares. El mencionado Programa Argenta fue reemplazo por los Créditos ANSES, que supusieron una ampliación del público destinatario para incluir ahora a jubilados, pensionados y beneficiarios de asignaciones familiares, así como también un aumento de las sumas de dinero otorgadas y el encarecimiento de las tasas de interés, que se ubicaron en torno del 40% y el 44%. Como señalan Hornes et. al (2020) recuperando la información publicada por el organismo proveedor, “entre los años 2017 y 2019 se otorgaron 12 millones de créditos por un monto de 300 mil millones de pesos a beneficiarios” (p. 79); lo que superaba ampliamente los montos que habían sido otorgados desde el momento de puesta de marcha de la política en el año 2012. De acuerdo con los autores, los cambios experimentados por este programa crediticio expresaron la regresión de la intervención estatal en materia social, al tratarse de una política de créditos excesivamente costosa en términos financieros, planteada como respuesta a la urgencia de los sectores sociales más vulnerables de satisfacer sus necesidades básicas.

Los programas Ahora 12 y Ahora 18 puestos en marcha originalmente como mecanismos de apuntalamiento del consumo interno, también experimentaron transformaciones. A partir de febrero de 2017, ambas líneas de financiación dejaron de contar con sus planes de cuotas sin interés y elevaron costos financieros, colocándolos

⁵⁷ De acuerdo con una nota escrita por el economista Alfredo Zaiat y publicada en Página 12 en mayo del 2015, mientras que las tasas de interés de los Créditos Argenta a 12 meses eran de 26,52%, el Banco Nación presentaba una tasa de 38,64%. Luego se ubicaban, muy por encima, otros bancos públicos y privados que exponían tasas de financiación que excedían el 50% y 60% de intereses.
<https://www.pagina12.com.ar/diario/economia/2-273891-2015-05-31.html>

en valores cercanos a los del mercado. Asimismo, dentro de la línea de créditos hipotecarios, según una infografía presentada por el Observatorio de Políticas públicas de la UNDAV, “se modificó radicalmente el programa Procrear respecto de su espíritu original (...) [asimilando] su funcionamiento al de los créditos convencionales del segmento privado”. En 2016 esta política introdujo como novedad a los llamados créditos UVA (Unidad de valor adquisitivo), cuya particularidad era que la cuota a reembolsar se ajustaba de manera mensual siguiendo la inflación, a partir de las variaciones del Coeficiente de estabilización de referencia (CER). Se estimaba que dicha cuota debía ser similar al valor de los alquileres y que el Coeficiente de Variación Salarial actuaría como un límite a su incremento. Así, en caso de que la inflación creciera por encima de los salarios, se extendería el plazo de reembolso del crédito a causa del incremento en el monto de la deuda. Como señala Wilkis (2021), estos créditos tuvieron un relativo éxito inicial que supuso que se expandieran como forma de financiamiento a otros créditos como los personales y los prendarios. Sin embargo, como consecuencia de los saltos experimentados por la cotización del dólar en 2018 y los niveles de inflación en ascenso que alcanzaron el 48% anual, quienes habían accedido a estos préstamos experimentaron serias dificultades asociadas a los saltos en el valor de las cuotas⁵⁸. Así, una parte de la clase media en poco tiempo hizo un recorrido que la llevó del sueño de la vivienda propia al endeudamiento insostenible” (p. 10).

En este marco de expansión de las finanzas sobre las economías domésticas y considerando las transformaciones que este universo ha experimentado, diferentes investigaciones se han concentrado en abordar los efectos que conlleva el desarrollo de nuevas dinámicas de acceso y apropiación a los productos y mercados financieros (Cavallero y Gago, 2020; Hornes, et. al, 2020; Luzzi y Del Cueto, 2016; Luzzi y Wilkis, 2018; Wilkis, 2021). Como mencionamos antes, parte de estos trabajos han enfatizado, por un lado, los efectos integradores que ha tenido la ampliación del acceso a diferentes instrumentos de crédito respecto de la participación en el consumo, principalmente para los sectores de menores ingresos. Y, por el otro, han destacado la complejización y profundización de las desigualdades, el rol que estos instrumentos desempeñan en

⁵⁸ Como se señala en la Infografía Créditos Hipotecarios presentada por el Observatorio de Políticas públicas de la UNDAV (2017), en años marcados por la pérdida de poder adquisitivo como el 2016- [y podríamos agregar los años que le sucedieron 2018/2019], “la separación entre las cuotas y el salario puede ser sustantiva, y el peso total de los pagos del crédito puede crecer peligrosamente, medido como porcentaje del ingreso familiar.” (p.10)

relación a formas preexistentes y también novedosas de la estratificación social y las posibilidades de dominación que su utilización trae aparejada.

Otra de las dimensiones a tener en cuenta a la hora de analizar la vinculación de los hogares con el sistema financiero está vinculada con los modos en que se distribuye la infraestructura y el acceso a estos servicios en el territorio. Si consideramos que “las finanzas son un contenido del territorio y están cada vez más presentes como mediadoras en las formas de trabajar, producir y consumir en las ciudades” (Parserisas, 2017: 166), reconstruir la disponibilidad de prestaciones de estas características destinados a los hogares es central para abordar y comprender el modo en que se configuran las prácticas económicas domésticas. En función de los intereses de la propia investigación, en el siguiente apartado nos abocaremos entonces a repasar cómo se compone la oferta de entidades y servicios que se despliegan sobre la ciudad de Bolívar. Tal como se propone desde la perspectiva de las *ecologías financieras* (Leyshon, et. al, 2004), esto permite, por un lado, evidenciar que en un mismo espacio geográfico se desenvuelven y conviven diferentes instituciones financieras con características y lógicas de funcionamiento muy distintas (entre las que podríamos destacar el grado de formalidad, informalidad que presentan). Y, a partir de ello, dar cuenta de los modos de acceso y apropiación (siempre desiguales) de los servicios financieros disponibles por parte de los hogares.

Descripción de la oferta de servicios de crédito disponibles en Bolívar y distribución de las entidades financieras⁵⁹

Marcos tiene 53 años y es dueño de una peluquería para hombres emplazada en un local de alquiler ubicado en una esquina vieja de la planta urbana. Desde que se separó de su pareja, hace ocho años, se encarga de la crianza de sus dos hijos de 17 y 12 años y de su hija de 14, al mismo tiempo cumple jornada completa como peluquero. Nuestro encuentro tuvo lugar mientras Marcos trabajaba, de modo que en varias oportunidades detuve la grabación para que pudiera atender a los clientes que iban llegando. Durante esa mañana, en la que permanecí en el local desde la apertura hasta el cierre del mediodía, realizó siete cortes de pelo a clientes de las edades más variadas. También ingresaron al local dos personas a las que les entregó dinero. Luego me comentó que una de ellas era la que cobraba un crédito que pagaba todos los días y otra era la que le

⁵⁹ En el siguiente mapa es posible geolocalizar la oferta de servicios financieros a los que haremos referencia a continuación:

<https://www.google.com/maps/d/viewer?mid=1NhVoZRswz5KkM5j-kO2xzgB7DuYl6wk&ll=-36.23047609863872%2C-61.11485214999999&z=15>

cobraba el diario: “¡Ese es un gasto innecesario, ¿ves?! Es la chica del diario, pero se lo compró hace años y es una costumbre leer el diario a la mañana con el mate.”

Es propietario de la casa en la que viven, ubicada en uno de los barrios de la periferia de la ciudad. La vivienda la compró hace 15 años, cuando “era una tapera prácticamente, porque era lo que podía comprar”, y la fue arreglando con mano de obra propia. Los préstamos personales de reembolso diario que solicita a través de la peluquería son fundamentales en la economía doméstica de Marcos. Estos préstamos, otorgados por una de las financieras que opera localmente, están destinados exclusivamente a los negocios y en la mayoría de los casos quienes acceden a ellos son los pequeños comerciantes, para quienes los límites entre la economía doméstica y la del negocio suelen ser difusos. El dinero que obtiene por este medio lo utiliza para cubrir gastos del hogar e incluso otros compromisos de deuda, cuya urgencia de pago justifica los elevados costos financieros que afronta al hacer uso de este servicio. Los montos de las cuotas que recolectan a diario cobradores y promotores que recorren el territorio, suponen un peso no menor sobre su presupuesto:

Yo, por ejemplo, mantengo un montón de cosas con créditos por día, desde hace ya hace casi 15 años que saco. Como podés comprar un sillón y te lo dan a pagar por día, sacas plata. Entonces yo por ejemplo pido \$20.000 y después hay que devolverlos, porque son \$800 todos los días, te vienen a cobrar. Pero que haces vos...tenés una cuenta urgente, vas y la cubrís y después tenés 30 días despacito para pagar o 60 días te dan, yo pago a 60 días. Entonces yo con \$20.000 cubro todas las cuentas, no le debo a nadie porque yo soy muy ordenado en eso. (Marcos, 53 años, peluquero por cuenta propia. Febrero de 2018).

Ahora bien, el recurso a esta modalidad es una de las tantas que componen las prácticas de crédito que tienen lugar en el hogar de Marcos. A ella se suman la cuenta en el almacén del barrio, que es el que le fía parte de la comida cuando no le alcanza el dinero. Esta forma de pago diferido se encuentra ampliamente difundida entre los comerciantes locales de diferentes rubros. Desde la venta de alimentos, hasta farmacias, librerías, zapaterías, negocios de indumentaria, artículos para el hogar, etc., ofrecen la modalidad de pago a plazo cuyo funcionamiento responde a reglas muy variadas en las que tienen un peso muy significativo los vínculos que se entablan entre los comerciantes y los clientes. Si bien Marcos afirma que cuando dispone de dinero en efectivo, realizar las compras en el supermercado le resulta más conveniente en términos de costos, considera que ello supone un comportamiento “desleal” ante quienes “lo ayudan”

cuando lo necesita: “Soy fiel a los amigos, y es el que me fía cuando no tengo un mango (...) no le podés fallar, aunque me cobre el doble”, me dice.

La confianza que se construye a través de intercambios sostenidos en el tiempo, así como la información que circula en un entorno local reducido, como es el caso de Bolívar, son empleados para evaluar a los destinatarios de esta modalidad de crédito, habilitando o negando el acceso a la misma. No es excepcional encontrar casos en los que dicho acceso se hereda por vía familiar; lo que no estará exento luego de una evaluación al desempeño de las nuevas generaciones que se incorporan por este medio. Si bien estas modalidades de acceso al crédito han ido perdiendo terreno frente al avance y la masificación de otros instrumentos financieros, como las tarjetas de crédito, las billeteras virtuales, etc., aún sobreviven y conviven con estas prácticas, tanto desde el lado de la oferta, como en los propios repertorios que despliegan los hogares. Fue habitual durante el trabajo de campo, encontrar pequeños comercios como almacenes, despensas y kioscos que se habían resistido hasta entonces a incorporar canales de pago electrónico⁶⁰, aceptando únicamente efectivo o fiado como forma exclusiva de acceso al crédito. Como vemos en el caso de Marcos (y en algunos de los ejemplos referidos en el capítulo sobre las compras para aprovisionamiento), muchas veces el fiado se incorpora como un recurso más que permite a los hogares cubrir parte de las necesidades asociadas al consumo cotidiano, cuando otros recursos de crédito ya han sido utilizados o cuando no se dispone del acceso a los mismos. A esto se añade la mayor flexibilidad que ofrecen acuerdos crediticios de este tipo para adaptarse a los múltiples ritmos (de ingresos, gastos, consumo) que exponen las economías domésticas. Un ejemplo claro es el de aquellos hogares que exhiben formas de percepción de los ingresos que no poseen la regularidad propia de los regímenes de salario fijo.

En el hogar de Marcos cuentan también dos tarjetas de crédito bancarias. Una de ellas le fue otorgada por un banco público y otra por un banco privado. “Tengo Mastercard que me da muy poquito crédito \$6000 y Visa que tengo hasta \$18.000 creo, que hoy no la puedo usar porque está atorada, la atoré” me dice. Como mencionamos en la introducción, San Carlos de Bolívar es la ciudad cabecera del partido de Bolívar, el cual posee un total de ocho sucursales bancarias. En la ciudad de Bolívar se encuentran seis de ellas, correspondientes al Banco de la Nación Argentina, al Banco Provincia de Buenos Aires, al banco Santander Río, al banco Galicia, al banco Macro y al banco

⁶⁰ Proceso que se había acelerado por la ya mencionada resolución de la AFIP, puesta en vigencia en abril de 2018, que obligaba a todos los comercios a ofrecer esta modalidad de cobro.

CrediCoop. A ellas se añaden una sucursal del Banco Nación ubicada en la localidad de Urdampilleta y una sucursal del Banco Provincia ubicada en la localidad de Pirovano. Si tenemos en cuenta que, de acuerdo con el último Censo Nacional de Población el partido de Bolívar contaba con un total de 29.771 adultos mayores de 15 años es posible afirmar que contaba entonces con un promedio de 2,7 sucursales bancarias por cada 10.000 habitantes adultos. Dicho promedio ubica al partido muy por encima del promedio correspondiente a la provincia de Buenos Aires que indica la presencia de 1,09 sucursales bancarias en relación al mismo número de adultos mayores. Algo similar sucede con el promedio nacional que evidencia la existencia de 1,5 sucursales bancarias por cada 10.000 adultos mayores de 15 años. Para el caso de Buenos Aires, sí bien se trata de la provincia que concentra el mayor número de sucursales bancarias del país (1653 para el mes de Octubre de 2022 de acuerdo con datos de BCRA), es también la que posee el porcentaje más elevado de personas mayores de 15 años: el 38,2% del total del país.

Trabajos como el de Luzzi y Wilkis (2018) han dado cuenta de la desigual distribución y la concentración geográfica de la infraestructura del sistema bancario argentino, así como también de -las ya mencionadas- inequidades en el acceso a productos y servicios financieros en general. Si retomamos el indicador referido al acceso a cuentas bancarias por parte de los hogares, vemos que Bolívar se encuentra ubicada dentro de la región Pampeana en la que, para los años 2014-2015, más del 72% de los hogares poseían al menos una cuenta bancaria (Luzzi y Wilkis, 2018: 394).

En el caso del hogar de Marcos, son dos las cuentas bancarias con las que cuentan. Una de ellas, una caja de ahorro del Banco Provincia, que abrió cuando solicitó un crédito Micro-empresas que aún está pagando. Este último forma parte de una larga serie de otros créditos que ha solicitado al mismo banco con el objetivo de hacerse un historial crediticio y calificar como “confiable” para la institución:

Para poder trabajar con el banco, porque la idea era venirme de donde vivo al centro, al pueblo para poner mi negocio inclusive, pero el banco conmigo ni bola porque no tengo recursos, entonces para poder empezar a trabajar con ellos y que me tengan confianza vengo sacando créditos te va dando \$20.000, después \$30.000, después \$50.000 y fui sacando así, cubriendo unas cosas más que me venían bien. (Marcos, 53 años, peluquero por cuenta propia. Febrero de 2018).

Los créditos personales en casas de electrodomésticos también están presentes en el debe de las cuentas domésticas de la economía de Marcos. Si las tarjetas de crédito

están comprometidas para otros usos, como por ejemplo, el débito de la cuota del plan de ahorros de una camioneta que adquirió en un concesionario, cuando requiere comprar algún bien para el equipamiento del hogar recurre a este sistema. Cuando conversé con él, estaba pagando una heladera en uno de los dos comercios en los que es cliente:

Yo voy a Naldo y Pardo. Voy a donde me tratan bien. A mi Pardo, por ahí con decir: soy tanto, quiero tal cosa y le digo: ¿qué garantía necesitas? Nono, vos nada, lleva y para mí eso es oro y te respeto toda la vida y te compro así tengas más caro todo.

(Marcos, 53 años, peluquero por cuenta propia. Febrero de 2018).

Seis son las casas de electrodomésticos que ofrecen sistemas de créditos personales para la compra de bienes a la población local. Todas ellas pertenecen a cadenas de comercio minorista (Naldo Lombardi, Pardo, La Fama Hogar, San Pietro, Distrihogar y Nuevas)⁶¹, cuyas líneas de financiación tienen como requisito de acceso fundamentalmente la presentación de recibos de sueldo. En algunos casos, prestan también otros servicios como los créditos personales en dinero; mercado por el cual compiten otras compañías financieras (Ofrecer, Credil, Créditos Bolívar y Créditos a sola firma) y las compañías no bancarias emisoras de tarjetas de crédito⁶² (Favacard, Elebar y Naranja). Estas entidades comerciales y crediticias tienden a captar en mayor

⁶¹ Naldo Lombardi es una empresa de capitales nacionales que se dedica principalmente al comercio minorista de electrodomésticos y artículos del hogar. La misma surge en la localidad de Junín (provincia de Buenos Aires) y durante la década los 90' comienza a expandirse al resto del país. Actualmente cuenta con sucursales en 14 provincias argentinas.

En el caso de Pardo, se trata de una empresa de capitales nacionales fundada en la década de 1970 y orientada también hacia el rubro del retail. La misma es originaria de la ciudad de Colón (provincia de Santa Fé) y posee un alcance regional, con sucursales en las provincias de Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe y Entre Ríos.

Nuevas es también una empresa argentina que surge en la década de 1930 en la localidad de Carmen de Areco (provincia de Buenos Aires). Actualmente cuenta con 43 sucursales ubicadas en diferentes provincias del país. Asimismo, en el año 2001, esta firma incorporó a Distrigar, otra compañía del mismo rubro que contaba entonces con 5 sucursales. Una de ellas estaba emplazada en la localidad de Bolívar.

Por último, se encuentra La Fama Hogar, una empresa familiar que surge en 1957 en la localidad de 9 de Julio (provincia de Buenos Aires). Actualmente, la misma tiene sucursales en distintas localidades de la zona (Bolívar, Bragado, 25 de Mayo, Gral. Alvear, Daireaux, Carlos Casares y Pehuajó).

⁶² Favacard, perteneciente al Grupo Fava, surge a principios de la década de los 80' en la ciudad de Mar del Plata, provincia de Buenos Aires. En un principio se trató de una tarjeta de crédito cerrada que ofrecía financiación para la compra de artículos para el hogar, la construcción, ferretería, sanitarios, etc. que ofrecía la empresa fundadora. Luego la tarjeta de crédito se amplió, para incorporar a su red a otros comercios de diferentes rubros. Actualmente, la misma opera en numerosas localidades del interior de la provincia de Buenos Aires.

Para el caso de Elebar, perteneciente al grupo Santa Mónica S.A., surge en la ciudad de Tandil a mediados de la década de los 90'. Actualmente, esta compañía financiera especializada en la emisión de tarjetas de crédito, posee sucursales en 31 ciudades de la zona centro oeste de la Provincia de Buenos Aires.

En cuanto a Naranja, la misma es una emisora de tarjetas de crédito que surgió en Córdoba en 1985 como un sistema de crédito cerrado perteneciente a un comercio de venta de artículos deportivos. En 1995 fue adquirida por el grupo financiero Galicia y comenzó su expansión al resto del país.

medida un público de menores ingresos que, por sus trayectorias laborales (marcadas por la inestabilidad y la informalidad), y de endeudamiento, no alcanzan a cumplir con los requerimientos solicitados por las instituciones bancarias para el acceso al crédito; y/o que emplean en sus repertorios de prácticas un abanico de recursos de diversos orígenes, como es el caso de Marcos. La bancarización de los clientes es señalada como el principal, y casi único, requisito que solicitan estos oferentes para el otorgamiento de los préstamos “en efectivo, en el acto y a sola firma”. Asimismo, la posibilidad de acceder a estos productos “con o sin Veraz”⁶³, es otra de las estrategias que emplean para publicitar sus servicios. En su mayoría, los locales de atención al público de las distintas firmas se encuentran ubicados en el centro de la ciudad, a pocos metros de distancia de los bancos y en la zona de paso obligada para los residentes locales.

Un radio de cuatro cuadras por cuatro cuadras (160,000m²) condensa la mayor parte del entramado financiero, comercial y crediticio disponible en Bolívar. El caso del hogar de Marcos es interesante porque las prácticas de crédito/deuda que componen su economía doméstica, recorren por completo el paisaje financiero local, reuniendo instrumentos y mecanismos de acceso a servicios que, a la vez, condensan el amplio espectro entre la formalidad y la informalidad. Como expone Wilkis (2013), este ejemplo permite mostrar la heterogeneidad y la simultaneidad de los vínculos sociales de crédito que entablan los hogares y desestimar las interpretaciones⁶⁴ que “asocian el crédito informal al atraso o a la tradición y el crédito formal, al desarrollo y a la modernidad” (p.151). A partir de los esfuerzos de coordinación desplegados por Marcos, cada uno de estos instrumentos se encadenan entre sí para sostener la economía del hogar y del comercio, única fuente de ingresos con la que cuentan. Al mismo tiempo son considerados claves para la concreción futura de ciertos proyectos, como la posibilidad de tener su vivienda y su negocio en un mismo lugar, en la planta urbana. En

⁶³ Como explicita Hadad (2019), “Veraz es el nombre de la empresa privada que posee el mayor acopio de datos sobre el comportamiento crediticio de personas y empresas en la Argentina. Pionera en su campo, provee de información a bancos, comercios y otras entidades que operan con crédito en el país. Tras haber vendido parte de su paquete accionario al buró norteamericano Equifax en 1998, pasó a denominarse Veraz-Equifax. Con el tiempo, *veraz* se convirtió en la denominación genérica empleada popularmente en la Argentina para referirse a los informes crediticios y comerciales.” (p.23). Así, la referencia a “con o sin Veraz” alude a la disponibilidad de acceso a los préstamos que ofrecen estas entidades incluso para aquellas personas que poseen un desempeño crediticio y financiero negativo en función de su historial de cumplimiento de pagos.

⁶⁴ En este punto el autor discute con la llamada tesis secuencialista presente en los trabajos de Geertz (1962) y Bourdieu, et. al., (1963), así como también con la tesis desviacional (Caplovitz; 1967). De acuerdo con esta última, los sistemas crediticios estarían divididos en “normales” incluyendo la batería de los créditos formales, y “desviados” , entre los que se encontrarían crédito a los sectores socioeconómicos más desfavorecidos.

ese sentido, su discurso deja entrever el complejo entramado de relaciones que se va gestando en torno de dichas prácticas de crédito/deuda, en las que no solo los recursos económicos sino también y, fundamentalmente, el capital moral acumulado juega un rol central (Wilkis, 2013; 2021). Tanto frente al sistema bancario, como en la casa de electrodomésticos en la que le permiten adquirir productos sin entregar garantías a cambio, y en el almacén de barrio, en el que de vez en cuando saca algunos productos fiados, Marcos considera que son las virtudes que ha logrado capitalizar a través de su desempeño de “buen pagador” y las relaciones de confianza que ha construido, las que operan como la puerta de entrada [y la garantía de permanencia] a cada uno de estos espacios y recursos que componen la infraestructura crediticia de la que depende su economía. Como señala una y otra vez: “Nadie te da créditos porque sí, nadie te sale de garantía porque sí y la confianza te la tenés que ir ganando (...) Y para mí eso es oro”.

Su relato es también una invitación a **indagar calculabilidades, racionalidades, esfuerzos de coordinación y temporalidades** que rigen las decisiones en torno al crédito, así como los sentidos muchas veces disímiles que adquieren conceptos como el de crédito y deuda en la cotidianidad de los hogares. Como veremos, para la mayoría de los entrevistados, la utilización de diferentes instrumentos de estas características no es percibida como sinónimo de estar endeudados. En dicho sentido, Marcos señala que al sacar un nuevo préstamo para cubrir “cuentas” pendientes *no le debe nada a nadie*, evidenciando que el estado de endeudamiento supondría no contar con los recursos para mantener activa y actualizada su capacidad de pago y, por ende, el acceso a estos medios en los que descansa la reproducción cotidiana de su hogar. Como vemos, esto aplica aún cuando dichos recursos no suponen dinero efectivamente disponible, sino posibilidades de hacer uso de distintas fuentes de financiamiento. Como señala Marambio Tapia (2018), la “racionalidad económica” descansa aquí “en cómo manejar un presupuesto mensual considerando simultáneos pagos y sin perder la condición de sujetos de créditos, lo que permite aumentar el ingreso disponible” (p. 262).

Todos estos interrogantes y dimensiones que podemos extraer al recorrer la historia de crediticia de Marcos, y la de muchos otros hogares, guiarán el análisis que se despliega a continuación. Allí el foco estará puesto en develar cómo y en qué medida la forma que asumen determinadas prácticas de crédito está condicionada por la presencia de la inflación, en tanto fenómeno que se haya incorporado a y es capaz de transformar dichas prácticas y los sentidos asociados a ellas.

A modo de cierre de este apartado, el siguiente cuadro ofrece un **resumen de los diferentes instrumentos crediticios de los que disponen y hacen uso los hogares consultados**:

N=50.

Tipo de instrumento ⁶⁵ Financiero	Cantidad de hogares que poseen/utilizan dicho instrumento (en términos absolutos)	Porcentaje de hogares que poseen/utilizan dicho instrumento
Tarjeta de crédito bancaria	25	49%
Tarjeta de crédito no bancaria	16	31,4%
Préstamos personales bancarios	9	17,6%
Créditos hipotecarios	6	12%
Créditos microempresas (bancarios)	4	7,8%
Préstamos personales no bancarios (entidades financieras, mutuales)	7	13,7%
Créditos ANSES	5	9,8%
Préstamos para consumo en comercios de retail	25	49% ⁶⁶

Los tiempos de la inflación, los tiempos de los hogares: racionalidades que rigen las prácticas de crédito

Todo análisis interesado en reconstruir los modos en que la inflación efectivamente condiciona las prácticas económicas de los hogares, deberá considerar como un factor central la cuestión del tiempo. Como se destaca a lo largo de esta tesis, la temporalidad constituye una de las dimensiones transversales de la lectura aquí propuesta, tanto para

⁶⁵ En relación a posesión/utilización de tarjetas de crédito, es importante señalar que el 47% de los hogares consultados cuentan únicamente con tarjetas de crédito bancarias, el 21,5% de ellos poseen una combinación de ambas tarjetas (bancarias y no bancarias), mientras que el 10% posee únicamente tarjeta de crédito emitida por otro tipo de entidades financieras. Finalmente, el 21,5% restante de los hogares no poseen ni utilizan instrumentos de financiamiento de estas características.

⁶⁶ Cabe destacar que mientras el 49% de los hogares consultados sostenían tener acceso a créditos personales para consumo en las diferentes tiendas de retail, el 31% de ellos (16 hogares), estaban haciendo uso efectivo de dichos créditos al momento de ser entrevistados (es decir, estaban abonando alguna deuda derivada de este sistema).

entender la forma que adquieren las prácticas, como para captar los modos en que la inflación atraviesa las experiencias subjetivas. Tal es así que se trata de un aspecto que debe ser abordado en forma plural considerando a) los efectos que el avance de la inflación genera sobre el valor real del dinero en el tiempo, y cómo ello está presente [o no] en los modos en que los hogares toman decisiones y despliegan estrategias para hacerles frente; b) los ritmos temporales propios de los hogares que se mezclan, se coordinan e incluso entran en tensión con los efectos que la inflación genera; y c) las temporalidades específicas que los hogares *producen* al estar en relación con la presencia de este fenómeno. Planteado de ese modo, este abordaje contribuye a poner de manifiesto, por un lado, las temporalidades internas de los hogares y, por el otro, las que surgen de la convivencia con el fenómeno inflacionario y que se incorporan a las primeras.

Como vimos en el caso de las compras para aprovisionamiento abordadas en el capítulo anterior, estas adquieren ritmos temporales específicos que, en parte son producto de tiempos propios de los hogares (como por ej., la temporalidad de los ingresos) y, al mismo tiempo, resultan de una anticipación a los efectos de los aumentos de precios sobre los ingresos disponibles. En dichas prácticas de compra rige una lógica de fragmentación que supone achicar su volumen y aumentar su frecuencia, a fin de ir comprometiendo de a poco el dinero disponible. La misma surge de considerar que, frente a la variabilidad de los precios que genera la inflación, pueden originarse en el futuro cercano gastos que pongan en juego la capacidad de respuesta de los ingresos. De ese modo, la temporalidad de las compras aparece ligada a una lógica que contempla como norma el hecho de que los ingresos irán quedando rezagados en relación con la inflación. Cabe preguntarse entonces qué sucede para el caso de las prácticas de crédito que nos ocupan en este capítulo; las cuales, en su mayoría, suponen compromisos de dinero a futuro, que se proyectan sobre el mediano o el largo plazo.

Es preciso tener en cuenta también que de los ritmos temporales que hacen a los hogares y a sus modos de relacionarse con el tiempo presente y el porvenir, participan representaciones subjetivas y/o sentidos sociales que condicionan el modo que asumen sus prácticas económicas. En ese sentido, como veremos a continuación, esas representaciones pueden operar condicionando las estrategias que se emplean, ya sea habilitando o desestimando la puesta en marcha de algunas de ellas. Retomando el ejemplo de las compras para aprovisionamiento, si *stockear* productos puede resultar hipotéticamente un recurso valioso frente a las inminentes subas de precios, esto choca

con aquellas representaciones que ponen el foco en la importancia de mantener equilibrado el flujo entre los ingresos y los gastos. Así, ante la posibilidad de que en el corto plazo los aumentos de precios superen los dineros disponibles, el proceso de convertir a estos últimos en bienes, se vuelve más lento y fragmentado, en lugar de acelerarse.

Esta particular forma de anticipación que rige las prácticas de aprovisionamiento, basada en la certidumbre de que “en el mediano plazo la inflación seguirá su curso” (Sigal y Kessler, 1997: 160), es un punto de partida interesante para comenzar a desentrañar los modos en que las prácticas de crédito de los hogares se relacionan con la presencia del fenómeno inflacionario. Si por su propia naturaleza, “la relación financiera compromete la vida futura, la energía por venir” (Wilkis y Roig, 2015, p. 18), resulta sugerente revisar qué sucede con la toma de y/o la compra a crédito, en tanto implican compromisos de pago basados en salidas de dinero en el mediano o el largo plazo. Como veremos a continuación, son múltiples las variables que entran en consideración en los hogares al momento de definir en qué casos o ante qué situaciones se recurrirá a la utilización de diferentes instrumentos crediticios, así como las lógicas que rigen estas prácticas.

¿Cuántas cuotas? si no hay mucho “margen”, que sean pagables y sobre todo pocas

Los productos crediticios destinados al consumo y los planes de financiación que estos ofrecen son considerados en gran parte de los casos como un recurso para costear aquellos gastos o adquirir ciertos artículos que resultan onerosos para las economías domésticas. Al realizar compras por este medio, el valor de las cuotas y la carga que estas suponen para los presupuestos disponibles, suelen operar como un elemento decisivo a la hora de determinar cómo comprar. Lucrecia tiene 60 años y es empleada doméstica. Cuando nos reunimos por segunda vez en septiembre de 2018 había logrado acceder a la jubilación, lo que le había permitido dejar cuatro de los siete trabajos que tenía anteriormente. Había optado por conservar aquellos en los que cumplía una mayor cantidad de horas, en tanto representaban ingresos más significativos. Su pareja, Juan Carlos, se jubiló como operario de una empresa de telefonía y, actualmente, trabaja junto a Lucrecia realizando la limpieza diaria de unos consultorios médicos durante el turno de la noche. La vivienda en la que viven, una casa humilde ubicada en la planta urbana de la ciudad, es propiedad de Lucrecia. En el hogar cuentan con una tarjeta de

crédito bancaria de la que Juan Carlos es titular. Lucrecia recuerda que el hecho de no haber tenido antes un recibo de sueldo le había impedido acceder al crédito en diferentes oportunidades. “Muchas veces no pude comprar nada en ningún lado porque no me daban. Cuando empezamos a estar juntos, él tenía su recibo de sueldo, tenía tarjeta y bueno me hizo una extensión como para que yo pudiera comprar algo” señalaba en nuestro primer encuentro en diciembre de 2017.

La tarjeta de crédito la utilizan para las compras de supermercado y la carga de combustible y en ambos casos rige la norma de la cuota única. De pagar el resumen se encarga Juan Carlos; sin embargo, cuando a lo largo del mes advierten que el saldo adeudado será más voluminoso, Lucrecia se anticipa y guarda dinero para “ayudar” a cubrir el pago. “En vez de hacerlo en dos pagos, como yo sé que tengo para responder de la jubilación, ayudo. Se paga con la tarjeta en un solo pago y cuando yo cobro guardo eso para cuando viene la tarjeta” me dice.

A los planes de financiación recurren en cambio cuando necesitan comprar algo que excede a las posibilidades de pago en efectivo. Al igual que gran parte de los hogares consultados, la ropa, las zapatillas o algunos artículos del hogar suelen adquirirlos por este medio. “Yo soy enemiga de las cuotas. Pero a veces es la única manera, porque no tenés \$20.000 todo junto (...) Lo hacemos en cuotas, con la tarjeta”, me dice Lucrecia poniendo como ejemplo la compra de un colchón que estaban planeando realizar. Al consultarles qué tienen en cuenta al momento de elegir la modalidad de financiación, ella sostiene que tratan de recurrir al menor número de cuotas posible. En algunas ocasiones, esto implica adoptar formas de pago mixtas en las que una parte de la compra se salda con el dinero en efectivo disponible a fin de “achicar” el monto a financiar. En su caso, como en el de otros hogares consultados, **la lógica que rige estas elecciones considera que la cuota sea asequible a la capacidad de pago con la que cuentan en el hogar, pero también hay una búsqueda por achicar el horizonte temporal sobre el que se extenderá la deuda.** En el mismo sentido apuntan los fragmentos de entrevista que siguen, extraídos del relato de Marcos y de Antonella:

Si no es muy caro trato de hacerlo en las menos cuotas que pueda, porque me lo quiero sacar lo antes posible de encima. Si lo puedo comprar de contado mejor, pero bueno, viste que a veces no puedes. De contado te sale más barato, pero no tenés la plata a veces y en cuotas, yo sé la cuota que puedo pagar, entonces la hago más o menos en x cantidad. Siempre, si son menos, mejor porque mucha cuota no

me gusta. (Antonella, 33 años, ama de casa. Segundo encuentro, septiembre de 2018)

Veo eso ¿no? que la cuota sea accesible a...que sea cómoda para mí y que no se extienda demasiado porque es como muy cansador estar dos años pagando algo. Vos decís: \$3000 y me va \$1000 bien por mes, entonces saco en 3 cuotas, termino rápido, porque después podés respirar (Marcos, 53 años, peluquero por cuenta propia. Febrero de 2018)

Si en algunos casos, al momento de optar por pocas cuotas se alude a la intención de evitar el pago de intereses elevados que suponen determinados planes de financiación, consideraciones de este tipo se aplican también al evaluar opciones de pago que están exentas de tales costos. Estrechar la duración del compromiso se asocia a veces, a aliviar la carga emocional subjetiva⁶⁷ que la deuda supone -es algo que hay que “sacarse de encima lo antes posible” porque genera malestar- y también a reducir el tiempo futuro en que los dineros involucrados no estarán disponibles. Asimismo, el asumir cuotas que suponen una mayor carga monetaria, opera como un límite a la posibilidad de realizar varias compras en simultáneo; evitando así poner en riesgo la propia capacidad de pago. Decisiones como estas descansan muchas veces en experiencias de endeudamiento previas que obligaron a contraer nuevas deudas para poder saldar los compromisos asumidos o a involucrarse en planes de refinanciación proporcionados por las entidades proveedoras de las tarjetas de crédito que supusieron afrontar a cargas financieras muy elevadas.

Porque decis 12 cuotas sin interés y tenés ponele \$200 y después compraste otra cosa y \$200 y después cuando querés acordar se suma, entonces no. (...) En las doce cuotas no me meto nunca más porque no terminás nunca ¿por qué? porque por ahí te surge otra compra o algo que necesitás pagar y ya tenés eso, y cuando vos le vas sumando capaz que tenés \$2, \$3, \$4000 en tantas cuotas. A nosotros nos pasó que tuvimos que sacar un crédito porque fue un tema con la tarjeta que dos meses, ¿en qué era que nos habíamos metido? Nos desbordó y pagábamos el mínimo y un poquito más y los intereses...entonces sacamos un crédito que claro, venía descontado del sueldo de él y si te dabas cuenta. Yo lo iba reponiendo pero sí se notaba y dijimos: ¡no, esto no! (Lucrecia, 60 años, empleada doméstica. Primer encuentro, enero de 2018)

⁶⁷ Barros (2008), sobre la base de los datos de la Encuesta Nacional de Opinión Pública UDP realizada en 2008, entre otros puntos, ha analizado los niveles de endeudamiento de los hogares chilenos, así como el impacto que esto produce en las percepciones y las experiencias personales. Allí, la autora ha destacado que la posesión de deudas es vivenciada como una fuente de preocupación y angustia para un elevado porcentaje de los encuestados; sobre todo para quienes no logran estar “al día” con el pago de los compromisos.

Este modo de utilizar los instrumentos de crédito al consumo expone una particularidad propia de los contextos inflacionarios, ya señalada por Sigal y Kessler (1997), acerca de la reducción de los lapsos temporales sobre los que se proyectan las decisiones. Si la convivencia prolongada con la presencia de este fenómeno ha enseñado que a medida que la inflación avanza el dinero pierde poder adquisitivo y los ingresos van quedando rezagados en relación a los aumentos de precios, **adquiere sentido el hecho de que a la incertidumbre que genera la compra a crédito se le imponga una lógica de la anticipación** (cercana a la que operaba para el caso de las compras para aprovisionamiento). La misma sugiere no comprometer a largo plazo una capacidad de pago que no se sabe si estará disponible. Esta lógica que reduce el horizonte temporal, implica que los hogares asumen un compromiso derivado de unas condiciones de financiación que ejercerán influencia en el futuro cercano; y que, de ser necesario volver a comprar, en un período de tiempo acotado, volverán a revisarse las condiciones para hacerlo. Un ejemplo en relación a ello aparece en el siguiente fragmento:

[La tarjeta de crédito] la usé a principio de año cuando empezaron las clases para comprarles las cosas a los chicos, pero lo saqué en poquitas cuotas para terminarlo a los dos o tres meses digamos, pagar ahí y listo. Después ya no, no la usé más porque aumentaban tanto los gastos fijos que era como que encima sumarle tarjeta no, entonces ya te digo, se compraba si había plata y si no, no se compraba, me manejaba así, efectivo y listo. (Noelia, 40 años, comerciante. Segundo encuentro, diciembre de 2018)

Noelia vive junto a sus dos hijos de 13 y 8 años en una casa que alquilan en el centro de la ciudad. En el garage de la vivienda montó un pequeño negocio de venta de productos para celíacos. Allí, además de ofrecer alimentos envasados, comercializa diferentes comidas de elaboración propia; por ese motivo pasa gran parte de su jornada laboral en la cocina de la vivienda, dedicada a la preparación de las mismas. Cuando me reuní con ella por primera vez hacía unos meses había decidido trasladar el comercio a su casa, antes ubicado en un local frente a la vivienda, con el objetivo principal de achicar la carga de gastos fijos. Esto le había permitido también ajustar la dinámica del cuidado familiar, del que se ocupaba exclusivamente ella:

Se despelotó todo tanto económicamente y los gastos fijos subieron tanto, era imposible seguir manteniendo las dos cosas, tanto el alquiler de acá y los gastos fijos de acá como los de allá [*del comercio*] (...) No tenía opción. O sea o lo cerraba y salía a trabajar afuera, o buscaba la forma de juntar la casa y el negocio para achicar gastos. (...) También estaba todo el día afuera, acá los nenes estaban solos o

cruzaban todo el día para allá, era como que no estábamos ni en un lugar ni en el otro, ellos estaban solos, era bastante complicado. (Noelia, 40 años, comerciante. Primer encuentro, enero de 2018)

En el hogar cuentan únicamente con la tarjeta de crédito Naranja. Cuando nos reunimos por primera vez, Noelia me decía “si puedo juntar primero la plata y pagar en efectivo mejor, no me gusta usar mucho la tarjeta”. Sin embargo, en aquellos casos en que recurría a su uso, la premisa que regía sus elecciones era optar por “la mayor cantidad de cuotas posibles sin recargo (...) Si en 12 cuotas no tiene interés lo voy a dejar en 12 cuotas, para asegurarme que lo pueda pagar, para ir achicando el monto”. Ahora bien, esta lógica parecía modificarse a medida que la inflación incrementaba su ritmo; en un contexto en el que además ya no estaban disponibles los planes de cuotas sin interés de mayor extensión (como el Ahora 12 y el Ahora 18). Así como lo exponía en el primer fragmento citado arriba, frente a determinados gastos que se elevan comprometiendo el presupuesto disponible, prima la inquietud por acelerar los tiempos de pago a partir de utilizar menos la tarjeta y hacerlo en un número reducido de cuotas.

Ahora bien, es necesario tener en cuenta que estas racionalidades específicas que rigen las prácticas de crédito varían en función del tipo de instrumento crediticio en cuestión, de la finalidad a la que va destinado, de la magnitud de los recursos monetarios que la compra involucra, así como de las particularidades de los hogares y del modo que estos tienen de vincularse con el universo del crédito. En este sentido, es de esperar que, no necesariamente operen las mismas consideraciones cuando se trata de realizar arreglos estructurales en la vivienda (como colocar la vereda, construir una nueva habitación, arreglar el techo), cambiar el modelo del auto o incluso realizar un festejo significativo como un cumpleaños de quince, por mencionar algunos de los ejemplos que aparecieron durante el trabajo de campo.

Asimismo, si puntualizamos las características que asumen estas prácticas de crédito al desenvolverse en un contexto inflacionario, la relación con el futuro que cada una de ellas involucra también experimentará ciertos matices en relación a los aspectos mencionados. Cuando me reuní con Lucrecia y Juan Carlos por primera vez, me comentaron que tenían que arreglar el techo de la casa, motivo por el cual estaban pensando en sacar un crédito. “Es la única manera que podamos hacer algo. Porque si esperamos a ahorrar, nos suben...en un año nos suben un montón las cosas y no llegamos” me dice Lucrecia. Repasando las conversaciones que tenían con Juan Carlos al respecto ella sostenía:

Yo le digo a él: bueno, si las cosas no aumentan demasiado, por ahí decimos: este mes no hay regalos, no se compran tantas cosas de mercadería, y por ahí juntas \$6000, \$7000 y decís: bueno, lo guardamos para pagar el arreglo. El tema es que te aumenta todos los meses la mercadería entonces no compramos nada. Pero nosotros lo charlamos mucho. (Lucrecia, 60 años, empleada doméstica. Primer encuentro, enero de 2018)

En este hogar, las prácticas de ahorro están asociadas casi exclusivamente a separar y guardar dinero en pesos y en efectivo, luego de haber cumplido con los compromisos mensuales. No obstante, las expectativas al respecto chocan con las dificultades que encuentran para apartar una fracción de ese dinero a medida que los aumentos de precios, sobre todo de aquellos bienes de consumo cotidiano como los alimentos, presionan el presupuesto disponible. A ello se añade la pérdida del poder adquisitivo que experimenta el dinero ahorrado, mayor cuanto más prolongado es el tiempo que se lo conserva de dicho modo. Tal es así que, como lo adelanta Lucrecia, la idea del ahorro en pesos difícilmente podrá ser la estrategia empleada para concretar el proyecto en cuestión. Se espera que los costos monetarios de efectuar la reparación que se estimen hoy, sigan su curso ascendente hasta el momento en que se la lleve a cabo efectivamente. Así, la inflación considerada como un hecho ineludible, es incorporada a los cálculos sobre el futuro. Al momento de evaluar el gasto y los recursos de los que se dispone, no sólo entran en consideración las expectativas que poseen los hogares sobre sus ingresos, sus gastos y su capacidad de ahorro, sino también aquellas referidas al aumento de los precios, tanto de los bienes a adquirir, como de los que mes a mes comprometen gran parte de su presupuesto. En ese sentido, el crédito es considerado un recurso necesario para acceder -en el presente- a aquello para lo que no se dispone de la totalidad del dinero, ni de las condiciones para reunirlos.

Ahora bien, al consultarles a Lucrecia y Juan Carlos qué tipo de crédito estaban pensando en sacar para realizar el arreglo decían lo siguiente:

L: Y él tiene, por el tema de jubilados, tiene en ANSES y tiene de la tarjeta. Ahora lo estamos estudiando y viendo que se puede hacer.

JC: Hay que buscar donde porque te rompen la cabeza. El otro día fui a preguntar a ANSES y no es barato.

L: ¿Qué son 3 años, 4?

JC: Hasta 5.

L: Claro, pero si pedimos \$50 ¿qué devolvemos? ¿120?

JC: Más de \$120.

L: Claro, ¿a vos te parece? [dice Lucrecia dirigiéndose a mí] Nosotros a esas cuentas las sacamos.

El costo de la financiación, expresado en la diferencia entre el monto solicitado y el dinero a reembolsar, así como el plazo para realizar su devolución, eran dos de las cuestiones en las que ponían la atención Lucrecia y Juan Carlos. Si devolver una suma que representaba más del doble del dinero pedido resultaba poco atractivo, el tiempo sobre el que se proyectaba la deuda lo era aún menos: “¡estar 5 años pagando ese crédito! Te dicen que después no te das cuenta ¡Sí, te das cuenta!” remarcaba Lucrecia con énfasis trayendo a colación otra cuestión muy interesante para el análisis que planteamos aquí. Esta idea asociada a percibir [o no] la carga de la deuda está vinculada en su relato al peso monetario que la misma supone en relación con los ingresos y el presupuesto doméstico. En contextos inflacionarios y como efecto del paso del tiempo, se espera que el peso de la deuda se licue, en tanto aquellas sumas de dinero nominal fijo comprometidas a futuro irán perdiendo su valor real, y por ende, resultarán menos significativas para los presupuestos. Ahora bien, tanto en el caso de Lucrecia como en el de Raquel -a quien citamos a continuación- el modo en que esto era vivenciado parecía restar relevancia a esta premisa.

Saqué en ANSES para hacer la vereda de la casa. Todavía estoy pagando, creo que son 3 años, eso me saca. Me dice: no lo vas a sentir porque te van a ir aumentando la jubilación y son cuotas fijas, pero el aumento no existe⁶⁸. Y llevo un año, yo digo: ya lo debo estar por terminar y son 3 años. Decí que ya viene descontado, pero miro el ticket y me da una bronca (Raquel, 66 años, jubilada/pensionada y empleada a medio turno en una panadería. Febrero de 2018)

⁶⁸ En diciembre de 2017, durante la gestión de Mauricio Macri se modificó el Índice de Movilidad Jubilatoria. A partir de entonces, los haberes pasaron a actualizarse trimestralmente en lugar de hacerlo semestralmente, tomando como referencia la inflación y los salarios de períodos anteriores. Así lo expresaba la información publicada en el Boletín Oficial del 28 de diciembre de 2017: “La movilidad se basará en un setenta por ciento (70%) en las variaciones del Nivel General del Índice de Precios al Consumidor Nacional elaborado por el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) y en treinta por ciento (30%) por el coeficiente que surja de la variación de la Remuneración Imponible Promedio de los Trabajadores Estables (RIPE), conforme la fórmula que se aprueba en el Anexo de la presente ley, y se aplicará trimestralmente en los meses de marzo, junio, septiembre y diciembre de cada año calendario”.

De acuerdo con un informe publicado por el CEPA (2020), la mencionada reforma previsional implementada bajo recomendaciones del FMI, profundizó sensiblemente los efectos de la pérdida de poder adquisitivo que venían experimentando las prestaciones del sistema previsional, particularmente desde 2016.

Si efectivamente el porcentaje de los ingresos que supone cumplir con el pago de la cuota se ve reducido a medida que la inflación avanza y la jubilación aumenta, el hecho de que los ingresos corran por detrás de los incrementos de los precios de bienes y servicios que son fundamentales para la reproducción de las economías domésticas puede ayudar a comprender por qué un dinero comprometido a largo plazo sigue siendo considerado significativo. Sí bien se advierte que esa suma de dinero se vuelve cada vez menos relevante en términos de aquello que permite comprar, también se considera que la misma no estará disponible durante el tiempo que dure el compromiso. Al tratarse de hogares que consumen gran parte o la totalidad de los ingresos a fin de solventar los gastos corrientes, el pago de las cuotas implica restar una porción de los ingresos que son necesarios para costear dichos gastos. En este sentido, en el marco de presupuestos de por sí ajustados y en un contexto signado por la caída de los ingresos reales, la deuda “se siente”, resulta “un peso” desde el punto de vista de las entrevistadas.

Al repasar las entrevistas realizadas fue posible advertir que en casos muy puntuales de hogares, en este caso de sectores medios, que habían tomado créditos hipotecarios hacía más de una década, aparecía la referencia explícita a una deuda que pasaba desapercibida a razón de la devaluación que había experimentado el valor de las cuotas. “Somos propietarios. Compramos hace once años ¡cuando se podía!” me dice Mariana al referir a la vivienda que comparte con Pedro, su marido, y sus tres hijos. El crédito lo obtuvieron a nombre de él, cuyos ingresos como médico le permitieron acceder a este recurso:

Estamos pagando un crédito hipotecario de \$1300 mensual, lo sacamos hace once, casi doce años, un crédito de veinte años pero no, el importe ni se siente, no es nada. (...) empezamos pagando \$700 y ahora estamos pagando \$1300 pero nada, por más que aumente nunca te va a llegar a lo que es un crédito hoy en día, ni lo sentimos, es como pagar, no sé, la cuota de una bicicleta. (Carla, 42 años, docente de nivel inicial. Mayo de 2018).

En un sentido análogo se expresaba Soledad en referencia a la vivienda que comparte con su familia:

Es propia...la adquirimos mediante un crédito hipotecario del Banco Provincia ya hace 13 años, 14...porque si el nene tiene 13, hace 14, un año más. Y lo estamos pagando todavía, estamos pagándolo, es a 20 años, quedan 6 años, no queda nada. Pero no lo noto porque en estos 14 años, yo pagaba de cuota inicial \$300 en ese entonces, y ahora estoy pagando \$800 ¡por mi casa! Salís a vender tres docenas

de empanadas y pagás el crédito. (Soledad, 38 años, martillera pública por cuenta propia. Marzo de 2019)

En ambos relatos las entrevistadas recordaban con gran exactitud el monto de las cuotas iniciales de sus préstamos hipotecarios. Es probable que esta memoria precisa se deba al peso simbólico que posee el acceso a un bien tan significativo como la vivienda propia. Si comparamos, a modo de referencia, los montos iniciales con el valor del Salario Mínimo Vital y Móvil (SMVM)⁶⁹, podemos advertir que en julio de 2007, año en que Carla obtuvo el crédito, la percepción era de \$900; de modo que la cuota del crédito representaba casi el 80% de dicho salario. Esa proporción se había modificado sustancialmente cuando nos reunimos en 2018. Con un SMVM ubicado en \$10.000 en julio de dicho año, la cuota de \$1300 que abonaban por el crédito en el hogar de Carla, representaba ahora un 13% del mismo⁷⁰. Ahora bien, si dichos montos habían perdido toda relación con la envergadura del bien en cuestión, el modo que ambas utilizaban para dar cuenta de este desfase era establecer una comparación con aquellos bienes que -al momento de nuestro encuentro- representaban lo que esa suma nominal permitiría comprar. La equivalencia entre el valor de la cuota del crédito y el de las docenas de empanadas o la cuota de la bicicleta, era el recurso que les permitía subrayar, de forma casi caricaturesca, la pérdida de poder adquisitivo del dinero.

“Cuántas más cuotas nos den mejor”: las prácticas de crédito de los hogares de sectores medios

Volviendo al punto inicial respecto de las temporalidades y racionalidades que rigen las prácticas de crédito de los hogares, es posible sostener que la modalidad mencionada al comienzo, que busca comprimir el horizonte temporal sobre el que se extenderá la deuda, dista de las lógicas presentes en otros hogares -principalmente de sectores medios- que adhieren a la premisa de realizar determinadas compras en el mayor número de cuotas disponible. Así lo afirmaba Natalia: “cuanto más cuotas nos den mejor (...) que sean cuotas sin interés”. Ella es odontóloga y vive con Matías, su pareja

⁶⁹ Según datos aportados por el Ministerio de Trabajo de la Nación Argentina disponibles en: <https://www.trabajo.gov.ar/downloads/estadisticas/bel/1652106.xlsx>

⁷⁰ Otra referencia era el modo en que había evolucionado la cotización del dólar estadounidense desde el momento en que habían sido contraídas las deudas, dado que en ambos casos se trataba de créditos en dicha moneda. Así, según datos de BCRA, mientras en el hogar de Carla habían adquirido el crédito con un dólar apenas por encima de los \$3 en agosto de 2007, al momento en que nos reunimos en mayo de 2018, la divisa cotizaba por encima de los \$24. En el caso del hogar de Soledad, habían obtenido el crédito con un tipo de cambio ubicado en torno de los \$2,90 (2,87 era la cotización para el día 15/6 de 2005), cuando nos encontramos en febrero de 2019, el dólar había escalado por encima de los \$38.

que es mecánico dental, en una casa que pertenece a la familia de él. Cuando nos reunimos en febrero de 2018, estaban esperando el nacimiento de su primera hija. Hacía un año y medio que habían decidido regresar y radicarse en Bolívar, luego de vivir más de quince años en Buenos Aires, donde estudiaron y realizaron sus primeras experiencias laborales. Tras trabajar varios años en relación de dependencia, ambos habían comenzado a desempeñarse por cuenta propia en cada una de sus profesiones. Además, hace 5 años que Natalia junto a su hermano tienen un emprendimiento de fabricación y venta de uniformes médicos y gastronómicos. En el hogar cuentan con dos tarjetas de crédito bancarias, ambas asociadas a las cuentas sueldo de sus trabajos anteriores. Este es prácticamente el único instrumento de acceso al crédito que utilizan. Pese a haber nacido y crecido en Bolívar, a lo largo de su relato Natalia se fue distanciando de muchas de las prácticas de consumo y financiamiento que ella identifica como habituales entre la población local. La compra a fiado tanto de ropa como de alimentos, las despensas de barrio como lugares de aprovisionamiento y los créditos personales en las casas de electrodomésticos, fueron algunos de los ejemplos que mencionó como parte de esas “costumbres” que le resultan ajenas. Así lo reflejan algunos de los pasajes de la conversación que mantuve con ella:

Por ahí la gente de acá está como...o lo que yo veo es que está acostumbrada a comprar en despensa. Nosotros no, compramos en el supermercado. No es que hacemos una compra al mes, no. Tampoco somos tan organizados, pero vamos y compramos en el supermercado. No soy consumista de las despensas de barrio, pero porque no estoy acostumbrada, nada más que por eso, siempre vamos al super. (...)

Yo no estoy acostumbrada a manejarme así, pero acá la gente se maneja así de...de ir pagando por puchitos. Yo lo veo con los ambos, o sea van y te entregan y te entregan y te entregan y capaz que al mes siguiente se sacan otro y te quedaron debiendo el del mes pasado y te siguen entregando. (Natalia, 34 años, odontóloga en consultorio privado. Febrero de 2018).

Como mencionamos antes, en este hogar las tarjetas son el instrumento exclusivo de acceso al crédito para el consumo, y su uso se halla asociado a la adquisición de bienes puntuales: “electrodomésticos, cosas así, ese tipo de cosas grandes o la uso para irme de viaje” dice Natalia. **Al igual que en otros hogares de características socioeconómicas similares, la mayor fragmentación de los pagos a través de la utilización planes de cuotas sin o con bajos porcentajes de interés, es la modalidad de compra por la que optan.** Este modo de adquirir determinados bienes a crédito supone incurrir en compromisos cuya extensión estará dada por las condiciones de financiación disponibles.

Lo que implica muchas veces que los planes de cuotas se extiendan temporalmente y también que las cantidades mensuales comprometidas en la compra de un determinado bien también sean menores. Así, a la fragmentación del tiempo de pago se le añade también la del dinero gastado. Es factible considerar que la posesión de ingresos regulares y (en algunos casos) estables, puede operar como una de las razones que permite a los miembros de estos hogares naturalizar la práctica de atenerse a compromisos de pago temporalmente más prolongados. Como señala Figueiro (2013), la forma de percepción de los ingresos y el tipo de trabajo que se tenga, “organizan de determinada manera las operaciones mentales en torno al futuro y a la utilización del dinero” (pp. 68- 69)

Asimismo, en términos prácticos, la aplicación de dicha lógica permite o bien adquirir en simultáneo una mayor cantidad de bienes: “si lo hago en cuotas, es más chiquito el monto y puedo comprar más cosas” señala Eugenia; o bien liberar ingresos en el corto plazo, a fin de sostener el pago en efectivo de determinados consumos que estos hogares no están dispuestos o no son proclives a financiar, como ocurre, por ejemplo, con la compra de alimentos. Esto va acompañado también de **consideraciones que reparan en el valor de la cuota, en el costo del bien, y en cálculos respecto de los gastos que se considera que los presupuestos domésticos pueden afrontar**. Así se lo expresaba Esteban:

Generalmente la consulta es qué cantidad de cuotas hay sin interés, eso primero. Y después también de acuerdo al valor, si el valor no es muy grande, tampoco eternizarse en 12 o 18 cuotas. Si es un valor chico es tratar también de no estar pagando demasiadas cuotas porque eso también repercute. (...) Y si por ahí es más grande, sí, tratar de estirarlo más en el tiempo con las cuotas. (Esteban, 34 años, abogado por cuenta propia y empleado de PAMI. Septiembre de 2018).

Si el efecto devaluatorio sobre el valor del dinero comprometido es una de las razones que desde el discurso económico suele subrayarse para destacar la relevancia que tienen en contextos inflacionarios los planes de cuotas sin interés, ese tipo de referencias, aunque no están ausentes, aparecen con menor frecuencia en los discursos de los entrevistados. **Son contados los casos en que la dimensión estratégica de la financiación en relación a la inflación se plantea de ese modo**. Para la mayoría, los cálculos que moldean las prácticas de crédito están atravesados por otros fenómenos que caracterizan la vida de los hogares y definen sus temporalidades internas. Así, los meses marcados por mayores gastos, las festividades asociados a cumpleaños u otros acontecimientos, las vacaciones, el inicio del ciclo lectivo o el cambio de estación en

aquellos casos en que hay niños en edad escolar, son algunos de los ejemplos que operan condicionando la forma que asumen estas prácticas. Así lo reflejan los fragmentos citados a continuación:

Ahora que viene la época de clases uso la tarjeta para comprar los jeans para el nene, las remeras para ir a la escuela, las zapatillas, le hago como el combo de las cosas para la escuela, la mochila (...) le compro todo junto y ponele, lo hago en 6 cuotas. Tampoco es que hago 12 porque después..., 6 como mucho, porque yo sé que a los seis meses tengo que volver a comprar. Ya viene la ropa de invierno después y seguramente, que campera, que viste... entonces es como que sí, cuando hago la compra general, la hago ponele en 6. (Soledad, 38 años, martillera pública por cuenta propia. Marzo de 2019)

Si hay sin interés compro sin interés según las cuotas que haya. Lo voy regulando según la tarjeta como vaya, si la tengo muy cargada. Por ahí hay algunas veces que si contamos con más plata digo: en vez de 12 lo hago en 6. O por ahí, por ejemplo en diciembre y enero que son las fiestas y tenemos todos los cumpleaños nuestros, todo, que tenemos más gastos, ahí digo: bueno, acá lo hago en 12 porque tengo más gastos, lo voy regulando así. (Vanesa, 41 años, empleada administrativa y luego desempleada. Primer encuentro, enero de 2018).

Prestar atención a estos parámetros que ponen en juego los hogares permite una aproximación más cercana al modo en que se toman las decisiones económicas en la práctica. Si **recurrir a planes de cuotas sin interés en sus versiones más prolongadas** es una estrategia útil para contrarrestar los efectos negativos de la inflación sobre los presupuestos domésticos y quiénes recurren a esta modalidad no son necesariamente ajenos a ello, **no es este tipo de razonamiento el que predomina cuando los hogares realizan sus cálculos al respecto** y/o cuando reflexionan acerca de las decisiones que guían la elección. Para Vanesa, recurrir a planes de financiación que ofrecen 12 cuotas sin interés es un modo de afrontar mayores volúmenes de gastos durante aquellos meses en que en su hogar aumentan los compromisos. Por el contrario, una mayor disponibilidad de dinero o una tarjeta “menos cargada”, permite pensar en formas de financiación más acotadas. En el caso de Soledad ella trae a colación situaciones en las que el criterio de la progresiva depreciación de las cuotas ha sido la lógica utilizada a la hora de comprar. Tal fue el caso de un aire acondicionado que adquirieron en “¡25 cuotas fijas, en pesos!”. Y, al mismo tiempo, evidencia que no siempre se privilegia ese razonamiento, poniendo en práctica otros parámetros y temporalidades para dar forma a sus prácticas de crédito. En el caso de la compra de ropa escolar para su hijo, los

cálculos aplicados reparaban en los plazos en los que sería necesario volver a comprar este tipo de artículo.

Bienes financiados y no financiados: las temporalidades del consumo orquestando las temporalidades del crédito

Este último aspecto nos permite conectar con otra cuestión vinculada a las temporalidades que rigen las prácticas de crédito de los hogares en cuestión, que tiene que ver con los tiempos de consumo de determinadas mercancías. El modo en que las referencias a ello aparecen en los relatos deja entrever la existencia de ciertos límites entre aquellos bienes que se consideran posibles de ser financiados y aquellos que no lo son. Aspecto que tiene una mayor presencia entre los hogares de sectores medios. Algo de ello adelantamos en el capítulo 1, al señalar los modos en que se seleccionan los medios de pago puestos en juego en las compras para aprovisionamiento. Allí, encontramos que la preponderancia del efectivo para solventar este tipo de consumos tenía que ver en parte con consideraciones acerca de la inconveniencia de financiar aquello que los hogares consumen y demandan de manera permanente, como ocurre con los alimentos. Cuando los tiempos de pago se extienden por encima de los tiempos de consumo, aparece en los discursos la idea de que ello puede habilitar ciclos de endeudamiento que se imaginan problemáticos e incluso se tildan de irracionales.

Vimos también que no todos los modos de utilizar las tarjetas u otros recursos crediticios para tales fines son considerados igualmente problemáticos para los hogares. A fin de explicarlo, cabe traer a colación la distinción que establecen Guseva y Rona Tas (2014), respecto de los dos roles que condensan las tarjetas de crédito. Por un lado, el hecho de ser un medio de pago que permite desplazar los gastos cotidianos a fin de volverlos más ordenados. Tal era el caso de algunos hogares, como el de Diana, que realizaban compras en el supermercado en un único pago, a saldar al mes siguiente. Y por otro, ser un medio de financiamiento que permite acceder a aquellos bienes que los presupuestos domésticos tienen dificultades para afrontar. Esta segunda práctica era la que aparecía cuestionada en los discursos cuando eran los alimentos los bienes que se adquirirían de este modo. Ahora bien, como se explicó en el capítulo 1, dedicado al consumo, el descrédito de este tipo de prácticas no tiene que ver únicamente con cálculos que sopesan ingresos y gastos. Las lógicas en juego exponen formas de vincularse con el tiempo por venir que caracterizan a estos hogares, los cuales,

atravesados además por el avance de la inflación, optan por modificar sus modalidades de compra en pos de sostener los gastos de aprovisionamiento con dinero disponible. Respecto de esto último, operan también límites simbólicos cargados de valoraciones morales e ideas sobre un “deber/saber hacer”, a partir de los cuales buscan distinguirse de aquellos hogares que, con presupuestos más ajustados, recurren a financiar el consumo cotidiano. Como señaló Cosacov (2022), en un análisis sobre el caso de mujeres de hogares de clase media, prácticas tales como financiar las compras en el supermercado implican transgredir “una regla del ‘buen uso’ de la tarjeta que está presente en este universo” (p. 23).

Respecto de este punto sí es posible afirmar que el modo que se plantean los discursos se vincula más directamente con la lógica que promueve la ciencia económica, bajo la forma de recetas para gestionar el “correcto” funcionamiento de las economías domésticas. En su libro *113 secretos para ganarle a la crisis*, publicado en 2018 y dirigido exclusivamente a un público no experto, el economista Matías Tombolini lo expresaba del siguiente modo: “Como regla, es mejor comprar en cuotas aquello que nos va a durar más tiempo que la duración del pago de las cuotas. (...) Para la compra diaria de super no es conveniente” (pp. 155-156). Estos consejos circulaban también en un ciclo de charlas gratuito denominado *Economía Casera*, que Tombolini ofreció durante el año 2019 en diferentes barrios de la Ciudad de Buenos Aires. Pilar, una de las entrevistadas, recuerda haber tomado la misma idea de un “economista de la tele”:

El único consejo que tomé de una vez que hablaban en la tele es de un economista que dijo...no sé quién le preguntó sobre la tarjeta de crédito y las doce cuotas famosas que ya no están más, ahora es con interés, bueno, qué cosas había que comprar o no convenía comprar. Y el único consejo que tomé, que explicó que cuando vos te compres algo en 6 o en 12 cuotas tenés que pensar si eso que compras lo vas a usar 6 o 12 meses, por ejemplo, unas zapatillas, un electrodoméstico que lo vas a usar mucho más, que para eso sí uses las cuotas, pero para la comida no, efectivo. Yo jamás lo he hecho, pero ponele, ese consejo estuvo bien, que para comida no. Si lo que vos vas a comprar en cuotas no lo vas a amortizar todo ese tiempo, entonces ni lo compres. (Pilar, 47 años, docente y empleada de comercio. Segundo encuentro, febrero de 2019)

Ahora bien, es interesante tener en cuenta que estos principios que los hogares incorporan a sus reglas o expectativas de funcionamiento y que dan forma a las culturas económicas domésticas, pueden ser revisados, modificados o puestos en cuestión de

manera temporal o permanente frente a determinadas circunstancias. Una de ellas tiene que ver sin dudas con los efectos que el incremento de los precios genera sobre los presupuestos domésticos. En los casos que veremos a continuación, los discursos evidencian algunas transformaciones significativas que han experimentado los modos en que se gestionan las prácticas de crédito.

Jorgelina tiene 42 años, es trabajadora social y empleada de PAMI desde hace una década y media. Vive junto a su marido, empleado en una remisería, y su hijo de 8 años, en una casa que alquilan desde que se instalaron en Bolívar. Previamente residieron en una localidad cercana, donde aún conservan la vivienda familiar. En el hogar tienen dos tarjetas de crédito bancarias vinculadas a la cuenta sueldo de Jorgelina, pero solo utilizan una de ellas. Su marido no tiene tarjetas: “No le gustan, nunca tuvo, todo efectivo. Él dice que si tiene plata compra y si no tiene no compra” me cuenta ella. Mientras conversábamos sobre los usos que hacían de las tarjetas, le consulté si había algo que decidieran no comprar por este medio:

En realidad hasta hace tres, cuatro meses, siempre dije que no servía la tarjeta de crédito para comprar alimentos por ejemplo. O por ahí si comprarlos en una cuota, pero me parecía que estar tres meses pagando alimentos que los consumís en un mes y estás tres meses más pagando algo que ya consumiste, me parecía siempre que no era lo más indicado (...) No era común que usáramos tarjeta para el supermercado, y no es lo ideal, pero ahora la hemos empezado a usar. Los últimos meses la hemos empezado a usar a veces. Antes nunca usábamos o usábamos en un solo pago (...) Si es a principio de mes la pagamos con débito y si es a mediados la pagamos con tarjeta de crédito.

E: ¿Y por qué han cambiado esto?

J: Y porque lo que pasa es que también el aumento de...de los precios y demás ha hecho que por ahí...nunca dejamos, no hemos dejado de consumir cosas entonces es como que hemos cambiado la forma de pago pero no dejar de consumir. Y teniendo un solo nene es como que también ¿viste? hacés unos gastos que...que se yo, nos damos el gusto de comprarle lo que él quiere y bueno, no hemos dejado de consumir pero sí hemos cambiado la forma por ahí de pago, otras estrategias de pago, hemos empezado a usar la tarjeta de crédito para eso, sí. (Jorgelina 42 años, trabajadora social y empleada de PAMI. Septiembre de 2018).

Si la tarjeta de crédito había estado reservada hasta entonces para la compra de ropa, algún juguete para su hijo o determinados bienes para la casa, mientras que el efectivo y/o la tarjeta de débito bastaban para cubrir el aprovisionamiento, esa

asignación de medios de pago considerada “ideal o deseable” había comenzado a ser modificada. El aumento de los precios es el motivo a partir del cual Jorgelina explica este desplazamiento, vinculado a la decisión de sostener ciertas pautas de consumo. El hecho de que sean las compras de mediados de mes en adelante, y no las del principio las que suelen obtenerse por este medio, es también un indicador de que aquellos ingresos que antes alcanzaban a cubrir los gastos mensuales, ahora resultan insuficientes. Es interesante destacar que menciones como esta aparecen en los discursos de los entrevistados como formas de medir o dar cuenta de la magnitud del fenómeno inflacionario en el marco de la vida diaria y dentro de los límites de la economía doméstica; aspecto que profundizaremos en el capítulo 5.

En un sentido análogo se expresaba Mercedes al dar cuenta de cómo se habían modificado sus prácticas de crédito. Cuando me reuní con ella por primera vez en diciembre de 2017, me comentó que en el hogar cuentan con dos tarjetas de crédito: una del Banco Nación y otra del Banco de la Provincia de Buenos Aires, ambas a nombre de ella. En ese momento, Mercedes usaba la tarjeta de crédito para comprar artículos para el hogar, ropa o algún regalo para sus nietos: “Generalmente, eso que es así, más caro, lo compro con tarjeta de crédito por las cuotas que te dan (...) En el supermercado si compro es con la tarjeta de débito”. Sin embargo, esto parecía haberse transformado cuando volvimos a conversar. Con tono de resignación, sostenía: “La uso para comer. Ya me concienticé que la tengo que usar para comer, ¡así nomás te lo digo!”. El recurso al crédito para solventar el consumo diario era una novedad para Mercedes, que generaba incomodidad e implicaba esfuerzos de adaptación. A otras estrategias como la búsqueda y comparación de precios, sumaba la utilización de la tarjeta y los planes de financiación que ofrecían los comercios:

Compro en tres cuotas que generalmente los viernes y sábado hay 3 y 6 cuotas sin interés. Tampoco un disparate porque si no después...pasa que hoy para tener \$1000 no precisas nada, nada para que se te hagan \$1000 compraste tres cachivaches y ya los tenés. (Mercedes, 61 años, docente jubilada. Segundo encuentro, septiembre de 2018)

Utilizar la tarjeta para solventar el consumo cotidiano había implicado también que en varias oportunidades Mercedes abonara el pago mínimo del resumen, que se debita automáticamente de su cuenta sueldo. “Antes era que me descontaran el total, ahora no”, me dice. La opción de colocar a débito únicamente “el mínimo”, tenía que ver con no comprometer a principio de mes un porcentaje considerable de sus

ingresos. Así, aquellos meses en que, luego de cubrir los gastos y necesidades del hogar, lograba apartar una suma de dinero, se dirigía a un pago fácil y realizaba una entrega a fin de achicar el monto adeudado y de reducir el margen respecto de la deuda total:

Estoy pagando el mínimo, porque lo puse como para que me descuenten el mínimo. Pero voy entregando, viste que se puede entregar aparte digamos...por ejemplo, no sé, puedo decirte: el mínimo por ahí son \$400 y capaz que vos decís: este mes me sobran \$500, se los pongo a la tarjeta, entonces vas achicando el monto. (Mercedes, 61 años, docente jubilada. Segundo encuentro, septiembre de 2018)

Como vemos en estos ejemplos, la inflación y el rezago de los ingresos van transformando el lugar que ocupan los diferentes medios de pago y los recursos crediticios que operan en las economías domésticas. Para Jorgelina y Mercedes, la tarjeta de crédito pasó de estar reservada exclusivamente para gastos específicos, como podía ser la adquisición de ciertos bienes durables, a ser un medio para solventar el consumo corriente. En ambos casos, este desplazamiento implicó revisar las propias modalidades de consumo y las formas de uso de dichos instrumentos financieros, que pasaron a convertirse en mecanismos de “extensión salarial para poder llegar a fin de mes” (Pérez Roa, 2019: 97).

El hecho de que el recurso al crédito cobre mayor relevancia como instrumento para financiar los consumos cotidianos no es exclusividad de estos hogares. Al mismo tiempo, las tarjetas de crédito no son el único instrumento involucrado en estas prácticas. Me reuní con Lujan quién hace más de cuatro años que -tras un cambio de funciones de su puesto como auxiliar de limpieza- se encuentra atendiendo las oficinas locales del sindicato Unión Personal Civil de la Nación (UPCN). Allí había registrado algo interesante que compartió conmigo:

La gente está sacando muchísimos préstamos⁷¹ e inclusive se están afiliando para sacar préstamos. Gente que no era afiliada al sindicato, se afilia porque para poder sacar (...) El otro mes mucho más se notó, se afiliaban y entraba la afiliación y automáticamente sacaban un préstamo. Es una cosa que...yo la verdad que bueno, hace cuatro años que estoy acá, pero no lo había visto así.

Al consultarle si había podido sondear los posibles destinos de ese dinero entre los solicitantes, afirmaba lo siguiente:

⁷¹ Los préstamos a los que hace referencia Luján son otorgados por la mutual del sindicato y que tienen como destinatarios a los afiliados del mismo.

Y la mayoría te dicen que es para pagar, por ejemplo, la luz y el gas. Que después el otro mes también lo volvés a tener y es un préstamo de doce cuotas que te descuenten por mes para pagar eso nada más. Más lo que te descuenta el sindicato. (Lujan, 55 años, auxiliar de limpieza. Primer encuentro, junio de 2018)

Apreciaciones similares surgieron en los encuentros con las empleadas de tres compañías financieras con las que me reuní durante el trabajo de campo y cuyos productos, tanto tarjetas de crédito como préstamos personales, formaban parte del abanico de instrumentos que consumían y hacían uso varios de los hogares incluidos en la muestra. “Ahora se manejan más adelantos chicos, para llegar a fin de mes, en algo puntual, pero no más”, me dice Andrea, una de las trabajadoras de la tarjeta Elebar, en relación al otorgamiento de préstamos personales en dinero. Y agrega: “es una tarjeta que llega de medio para abajo”, al referir a las características socioeconómicas de sus clientes. En consonancia con ello Julia, una de las encargadas de la atención al público en Ofrecer, me cuenta “se acercan al local con las boletas de gas y luz en mano a solicitar dinero para cubrir estos pagos o para cubrir otras deudas con tarjetas de crédito que tienen de antes”. Así, los montos de entre \$1500 y \$15.000, que ella define como “chicos”, son los más demandados. Por último Eugenia, quién me recibió en Favacard, sostuvo que si bien no cuentan con información precisa sobre el destino del dinero, dado que la justificación del gasto no es un requisito para solicitar un préstamo, son los propios clientes los que hacen referencias al respecto:

Vienen personas que tienen varias cuentas “desparramadas” en distintos locales, entonces piden un préstamo para saldarlas y concentran todo en el pago de una cuota acá que les sea accesible. Y de paso liberan esas cuentas para volver a comprar si lo necesitan. Carolina, empleada de Favacard, sucursal Bolívar. Septiembre de 2018).

Tal como se desprende de los fragmentos citados, el crédito opera como un mecanismo para acceder a bienes y servicios esenciales para la reproducción cotidiana de las economías domésticas. Esto no resulta llamativo si tenemos en cuenta también que, como mostró Wilkis (2021) sobre la base de los datos proporcionados por ANSES, entre quienes tomaron créditos para jubilados y beneficiarios de la AUH -relanzados en abril de 2019-, el 17% destinó el dinero prestado a pagar deudas anteriores, frente al 2% de quienes solicitaron dicho dinero para destinarlo a un emprendimiento. Frente a presupuestos que presentan cada vez mayores dificultades para costear los gastos corrientes, la deuda es empleada para financiar el consumo de hoy o incluso el de ayer, y la idea de “vivir a crédito” se acerca a su sentido más literal. En este sentido, se lo

utiliza no solo para solventar dichos consumos, sino también a fin de mantener activa la capacidad de pago permitiendo saldar deudas anteriores y renovar así el acceso a aquellas fuentes de financiamiento que resultan fundamentales. Como señala Villarreal (2021), el modo en que se han ido desplegando los procesos de financiarización no sólo dan lugar a

la preponderancia de vidas económicas casi totalmente dependientes de dineros virtuales, sino que vemos a gente construyendo sus vidas en torno a ello (...). En ese proceso, la economía se moviliza en gran medida con base a deudas, o sea, dineros que aún no existen pueden activarse en el presente con la expectativa de que se materialicen en el futuro. (p. 2).

Este recurso a la deuda como mecanismo para costear otras deudas ha sido expuesto en investigaciones que abordaron diferentes contextos (Cosacov, 2021; Guerin, et. al., 2014; Pérez Roa y Gómez Contreras, 2020; Wilkis, 2020). No sin controversias, algunos trabajos han referido a la vulnerabilidad financiera⁷² que pueden experimentar los hogares sosteniendo que “en un determinado momento de la trayectoria de endeudamiento, pueden encontrarse ante una situación (...) crítica debido fundamentalmente a que su estructura de deudas sobrepasa la capacidad de los mismos de hacer frente a gran parte de sus obligaciones” (Vignatti Montenegro, 2021: 121)

Funcionalidades del crédito: otras racionalidades que rigen estas prácticas

El repaso por las formas que asumen las prácticas de crédito/deuda y las racionalidades que las rigen, así como las transformaciones que estas experimentan, nos abre otra pregunta acerca de las funciones que el crédito desempeña en la vida cotidiana de los hogares. Varias de las características que estas prácticas asumen están estrechamente conectadas con aquellos roles que les atribuyen quienes las ponen en funcionamiento. Si acceder a determinados bienes que resultan costosos para los presupuestos domésticos es una de las funciones que más se destaca entre la mayoría de los hogares consultados, sin dudas no se trata de la única.

⁷² Como sostiene Wilkis (2022), el concepto de vulnerabilidad financiera posee un carácter multidimensional y se ha utilizado principalmente para evidenciar “el grado de fragilización monetaria de los hogares para enfrentar circunstancias imprevistas y negativas” (p.3) -como ocurrió con la crisis originada por la pandemia COVID 19-.

De acuerdo con Luzzi (2022), a partir de lo puntualizado en un informe de la CEPAL 2021, “esta categoría considera de manera simultánea el volumen y las fuentes de ingresos de los hogares, la relación entre ingresos y ahorros, y entre los primeros y las deudas del hogar. En concreto, el grado de vulnerabilidad financiera de los hogares dependerá fundamentalmente del peso que representen las deudas respecto de sus ingresos, del nivel y la regularidad de estos, y de su acceso o no a instrumentos de ahorro.” (p. 56).

El abanico de prácticas de crédito que despliegan en el hogar de Agustina y Manuel se conjugan desempeñando papeles de los más diversos. Ellos tienen 31 y 34 años y están en pareja hace 15. Agustina es docente de nivel inicial y luego de 10 años de trabajar como suplente, titularizó un cargo en un jardín rural. Manuel recientemente entró a trabajar a tiempo completo en una pinturería. Previo a ello, tuvo un kiosco que decidió cerrar porque no era rentable y pasó algunos meses desempleado. Agustina recuerda ese tiempo “nos mantuvimos tres meses, ponele cuatro con mi sueldo que es nada y mamá me ayudaba con \$1000, \$2000”. Hace 8 años que viven juntos y un año que tuvieron a su primer hijo. Actualmente se instalaron en la casa que están construyendo con un crédito PROCREAR en el que Agustina salió sorteada en el año 2013. Para ella, dicho crédito “era la oportunidad de la vida (...) ¡tenemos nuestra casa y pago una cuota de \$1600! enfatizaba”. Como señalan Segura y Cosacov (2019), entre los beneficiarios del programa se destacan las valoraciones de este tipo, asociadas -entre otras cosas- a las tasas de interés beneficiosas⁷³, a los extensos plazos de pago y la posibilidad de acceder a créditos tras largos años de escasa oferta hipotecaria. A ello se añade la licuación de los montos de las cuotas como efecto del avance de la inflación⁷⁴; aspecto que en el relato de Agustina aparece como una dimensión incorporada a la experiencia:

“¡Tengo 30 años para pagar! Hasta el 5° año son \$1600, imagínate que no es nada ahora, en 5 años menos. Y después, hasta los 30 son \$2200-\$2300, porque... no sé cuánto interés, pero o sea nada de nada. En 20 años \$2000 van a ser nada, \$20 de ahora (risas) así que bueno, eso también (Agustina, 31 años, docente de nivel inicial. Marzo de 2018)

Desde que decidieron abandonar sus respectivos hogares de origen para formar el propio, alquilaron diferentes viviendas y cuando comenzaron a construir, cada uno

⁷³ Durante esta primera etapa del PRO.CRE.AR, las tasas de interés se ubicaban entre el 2% y el 14%, e iban en aumento en relación a los segmentos de ingresos a los que pertenecieran los beneficiarios. Se trataba de una tasa subsidiada que buscaba ser accesible a segmentos más amplios de la población. El tope máximo de ingresos para ser incluido en el programa se ubicaba en los \$30.000 y el valor de las cuotas podía representar hasta un 40% de los mismos. Asimismo, durante los primeros cinco años, se aplicaba una tasa de interés fija, que a partir del sexto año pasaba a ser variable con un tope establecido para cada segmento ingreso.

Sí contrastamos las dichas tasas de interés con el comportamiento de la inflación vemos que estas se ubicaron muy por debajo de la misma, dando lugar a tasas de interés negativas en términos reales. Luego del año 2007, la inflación se mantuvo siempre por encima del 20% anual. Y en 2014 alcanzó un valor superior al 38%. En los años que siguieron al recambio presidencial de 2015, este valor se ubicó en promedio por encima del 30%, y mientras el 2018 se inauguró con una la “expectativa” de que la inflación alcanzaría un techo del 15% anual, el valor de cierre fue del 47,6% (INDEC, 2018). Si bien, como hemos mencionado, durante el período considerado hubo años en que los ingresos no alcanzaron a compensar los incrementos del IPC, crecieron por encima de las tasas de interés aplicadas, de modo que el valor de la cuota se fue “licuando” en relación a los mismos.

⁷⁴ Como mencionamos antes, si tomamos a modo de referencia el valor del SMVM, las cuotas representaban algo más del 15% del mismo.

volvió por un tiempo a la casa de sus padres para ahorrar dinero y destinarlo a ese fin. Accedieron a un terreno en una zona alejada de la planta urbana, que fue loteada por el municipio para los beneficiarios de PROCREAR. Esto les permitió ajustar la compra al presupuesto del que disponían, ya que los precios de otros terrenos se elevaban muy por encima de ello⁷⁵. “Con la plata que nos dieron empezamos a construir (...) mamá me prestó algo y bueno como estaba nos metimos, terminamos lo más que pudimos. Falta pero bueno, tenemos nuestra casa”, me dice Agustina.

En el momento en que nos reunimos, habían empezado a edificar nuevamente. Estaban construyendo un galpón en el patio a fin de desocupar el espacio que en un futuro sería la habitación de su hijo y que ahora oficiaba de lugar de guardado. Nuevamente en esta ocasión, Marcela, la madre de Agustina, prestó al proyecto de construcción “su capacidad de endeudarse” (Ossandón, 2012), dado que su empleo en PAMI le daba acceso a condiciones crediticias más beneficiosas. Previamente Marcela había tomado otro préstamo en el Banco Nación también destinado a este mismo fin; además de los regalos en materiales y artefactos que había realizado en varias oportunidades.

Mamá que sacó [un crédito personal en el banco Nación] para comprarse el auto, sacó un poquito más y nos prestó a nosotros. Y nosotros ahora le devolvemos por mes la cuota que nos corresponde de lo que nos prestó, que sacamos la cuenta y son más o menos \$2000. Entonces viste si vos ahorrás \$2000 por mes imagínate, el año que viene no te compras lo que te hubieses comprado hoy. Entonces bueno, la estamos administrando (...) y...si no imposible, ahorrando tampoco porque nunca llegas, porque si vos ahorrás \$10.000 ponele hoy, y los \$10.000 los ahorrás dos o tres meses no es nada porque aumentó todo entonces es como que no podés...cuando vas con la plata sale el doble entonces no te alcanza lo que ahorraste, si vos no sacas un crédito así es imposible empezar a construir. (Agustina, 31 años, docente de nivel inicial. Marzo de 2018)

En un sentido análogo al que expresaba antes Lucrecia, el recurso al crédito aparece como una opción ventajosa, no sólo porque de ese modo “el presente se vuelve el lugar de las satisfacciones” (Figueiro, 2013, p.68), sino también por las dificultades que la inflación supone si se opta por ahorrar el dinero necesario. Si contrastar el costo

⁷⁵ Como señalan Segura y Cosacov (2019), “la principal debilidad del programa relacionó con las crecientes dificultades para acceder a suelo urbano, tanto por su escasez relativa como por el exponencial proceso de especulación inmobiliaria que se registró en todo el país” (p.4).

financiero con la inflación esperada es el cálculo que la economía⁷⁶ establece como pertinente a la hora de decidir si resulta conveniente comprar a crédito o esperar a reunir el dinero, este tipo de cálculo no es el que emplean con frecuencia los hogares en la cotidianidad. El mismo supone no sólo que sus miembros tengan presente una idea del modo en que evolucionará el IPC en un determinado lapso temporal (algo que los expertos en economía se ven constantemente obligados a revisar), sino también que sean capaces de prever cómo van a evolucionar sus ingresos y que, en relación a ello, puedan determinar el tiempo que tomará a la economía doméstica reunir el dinero necesario. A ello debe añadirse las dificultades que encuentran los hogares, principalmente aquellos cuyos presupuestos son más ajustados, para resguardar una parte de los ingresos del flujo de los gastos corrientes a fin de reunir la suma requerida para realizar una compra. Tal es así que, en muchos casos, la opción al ahorro no resulta viable en este sentido.

Estas racionalidades que se ponen en juego y que vuelven oportuno el recurso al crédito, se combinan en otras prácticas de características similares que lleva a cabo el hogar en cuestión. Hace años que Agustina y Manuel son clientes de un comercio de electrodomésticos y a través de una línea de crédito personal han ido adquiriendo lo necesario para equipar la nueva casa.

Al extractor lo compré ahí, no está puesto todavía (risas), pero Manuel dijo que lo iba a poner, cuándo no se sabe, pero en algún momento lo va a poner. Imagínate, el día que lo quiera poner capaz que sale el doble, qué se yo. Igual que el aire, el aire yo lo compré en el invierno, ya lo terminé de pagar y cuando lo fuimos a poner a la casa ya se le había terminado hasta la garantía ¿entendés? Que yo lo compré cuando empezamos a construir, y así con la cocina, y así con todo...

E: ¿Fuiste comprando las cosas antes?

A: Sí, de a poco entonces como ellos me las guardan ahí en Distrihogar que nos conocen y todo, yo las voy pagando y ellos la guardan, el día que la queremos, la traemos. (...) compré muebles, cosas de pino, también colchón, sábanas. Son boludeces, pero viste que todo suma. Las compré antes de que naciera Genaro ponele y ya estaba todo pago, el aire ya está pago, el calefactor lo compré en el verano, y tenés esas cosas que decís: aprovechás y te sale más barato, entonces yo

⁷⁶ En el libro *113 recetas para ganarle a la crisis* al que ya hicimos referencia antes, ello aparecía expresado del siguiente modo: “Si encontramos que el costo financiero -es decir, los intereses- es mucho más elevado que la inflación que esperamos, nos va a convenir esperar, ahorrando la plata que hubiésemos gastado en las cuotas y comprar más adelante en efectivo” (p. 155).

todos los meses voy y pago. (Agustina, 31 años, docente de nivel inicial. Marzo de 2018)

En este caso, como decía Rosario Blefari en su *Diario del dinero*, “comprar a crédito, ¿no es como un ahorro forzoso?” (p. 132). Como muestra el relato de Agustina, el ir convirtiendo de manera anticipada el dinero en bienes a través de un plan de financiación les permite acoplar dichas compras a las posibilidades de pago con las que cuentan en el hogar, sortear los aumentos de precios que es de esperar que experimenten los bienes y comprometer una suma de dinero que, de lo contrario, fácilmente podría ser absorbida por las necesidades de la economía doméstica. En el hogar cuentan además con dos tarjetas de crédito: Favacard y Visa, ambas a nombre de Agustina. Respecto de los modos de uso de estos instrumentos financieros ella sostenía lo siguiente:

Cualquier cosa compramos con la tarjeta, mercadería, ropa, ya te digo, veterinaria, farmacia (...) lo que se puede tarjetear, tarjeteamos. Y más si es sin interés...es como que yo ya lo tomo como gasto fijo entonces yo ya sé que esa plata está destinada a la tarjeta (...) El otro día fui yo y traje el chango lleno y tampoco gasté tanto, gasté \$1400 imaginate, menos el 20% y en 6 cuotas (...) no se justifica pagarlo al contado, que esa plata capaz que la necesitas o para pañales o para otras cosas, o para el médico o para ¿viste? no sabes si se te va a enfermar el gordo y como el pediatra no entra por IOMA tenés que desembolsar \$500, y eso tenés que pagarlo al contado o alguna otra cosa. (Agustina, 31 años, docente de nivel inicial. Marzo de 2018)

Para Agustina financiar las compras incluido el supermercado tiene la finalidad de reservar algo del dinero disponible para el pago de aquellos bienes o servicios a los que solo se accede a través del efectivo; y lo mismo sucede con la posibilidad de que se presente un gasto imprevisto. Así, un presupuesto poco flexible dada la multiplicidad de compromisos e instrumentos crediticios en funcionamiento en el hogar, transforman a esta opción en un recurso necesario para la gestión de la economía. Esto diferencia el discurso de Agustina del de la mayoría de los hogares, donde las características del bien son, en buena medida, las que habilitaban el uso de ciertos medios de pago y desestiman otros (incluso distinguiendo entre bienes financiados y no financiados), y donde la tarjeta de crédito aparece restringida a ciertos consumos a fin de funcionar como una reserva. En su caso, la lógica empleada supone comprar a crédito todo lo que sea posible adquirir por este medio, al mismo tiempo que se espera que el efectivo esté rápidamente disponible para responder a lo imprevisto. El propósito que orienta estas

decisiones tiene que ver con asegurar que en el plazo que se extiende entre un cobro y el siguiente, las necesidades del hogar estarán cubiertas. En el mismo sentido se expresaba Zulema:

Y, ¡tarjetas! a veces le compro ropa a la nena, o zapatillas que va en cuotas o a veces comida, mi mamá la usa mucho en comida, va a lo de Marano y tarjetea ¿viste? porque a veces necesitas el efectivo para pagar luz, gas, teléfono, todas esas cosas y bueno, guardamos el efectivo para eso (Zulema, 51 años, auxiliar de limpieza. Febrero de 2019).

Asimismo, la idea de que la tarjeta aparezca como un desembolso fijo al que se destina una determinada cantidad de dinero, como señala Agustina, supone mantener los gastos que se realizan por este medio dentro de ciertos límites; lo que permite evidenciar los modos en que “el endeudamiento es gestionado e incorporado como parte del presupuesto de los hogares” (Wilkis, 2013: 154). Para ella, a diferencia de la mayoría de los discursos recabados, no tiene vital importancia el qué se compra, sino más bien cuánto se gasta, siendo esto último lo que debe mantenerse equilibrado. Si como vimos en el capítulo sobre el aprovisionamiento, el recurso al efectivo como medio de pago cumple la función de contener el gasto; cuando se trata de compras financiadas, en varios hogares aparecen referencias a parámetros monetarios propios, establecidos de antemano que determinan cuánto se podrá gastar por este medio.

A menudo, el crédito es señalado también como un recurso clave al que se podrá o deberá echar mano en caso de surgir gastos no contemplados dentro de los presupuestos domésticos. Si es recurrente que al crédito se le atribuya esta función, lo que se modifica sustancialmente entre los hogares es la modalidad o el tipo de instrumentos crediticios que ponen (o imaginan que pondrían) en juego ante situaciones de estas características. Interrogar a las economías domésticas al respecto es interesante porque funciona además como una entrada útil a reconstruir los recursos monetarios y financieros a los que efectivamente tienen acceso y de los que hacen uso los hogares, así como sus trayectorias y niveles de endeudamiento. Si acordamos llamar gasto imprevisto a todo aquel que puede tomar “por sorpresa” a las economías domésticas y requerir de una respuesta que vaya más allá de la gestión del presupuesto corriente, podemos afirmar que su contenido variará de un hogar a otro principalmente, en función de sus características socioeconómicas, incluida la etapa vital en la que se encuentren. Con ello también lo harán el tipo de recursos que dichos hogares podrán movilizar ante estas situaciones.

Entre los hogares de sectores medios son frecuentes las referencias a las tarjetas de crédito consideradas como un “respaldo”, una “reserva”, un recurso que se sabe disponible, de modo que otorga cierta previsibilidad. A diferencia del dinero ahorrado, al que se le suele atribuir también este rol, lo que movilizan los hogares aquí no son bienes monetarios efectivamente existentes, sino su aptitud para contraer una deuda en función de una capacidad de pago, cuyos márgenes han sido definidos de antemano. En este rol, las tarjetas de crédito suelen ser consideradas como una alternativa a “tocar los ahorros” o, dicho de otro modo, una forma de preservarlos. Como señala Gallardo Kishi (2021), en hogares que “disponen de una amplia línea de crédito, ya no se espera que el ahorro monetario responda a las contingencias inmediatas, sino que en este están depositadas las esperanzas de otro futuro” (p.23). Será la magnitud y la relevancia del gasto a afrontar lo que orientará las decisiones en torno de uno u otro recurso. Como lo evidencia el fragmento citado a continuación, en el hogar de Mariela la tarjeta desempeña dicha función; lo que supone aplicar los criterios de clasificación mencionados antes que distinguen bienes y consumos pasibles de ser adquiridos por este medio y aquellos que no lo son:

Tengo tarjetas que las usamos por cualquier eventualidad o tratamos de tenerlas libres para si surge algo lindo o feo, por las dudas (risas) no es que estoy con la tarjeta llena, no (...) Si me surge un imprevisto usamos la tarjeta como te decía, que para eso la reservamos o dado el caso, si es necesario se usan los ahorros. (...) No soy de usar la tarjeta a diario, no cargo combustible con la tarjeta, no voy al super con la tarjeta. La tengo para comprar un electrodoméstico, si se me quemó la heladera, o ya te digo, lo que surja de necesidad. Y la tengo porque viajamos y la necesito tener. Sé que es un beneficio, pero no para el uso diario. (Mariela, empleada de comercio, 51 años. Septiembre de 2018).

En aquellos casos en que esta función se les atribuye a las tarjetas de crédito, es la capacidad de pago que estiman los hogares, la que contiene el gasto dentro de ciertos límites, a fin de reservar estos instrumentos a disponibilidad. “Para eso tengo la tarjeta liberada, no gasto cosas innecesarias”, me decía también Eugenia, al consultarle cómo imaginaba resolver el surgimiento de algún gasto repentino.

No obstante, no todos los hogares exhiben estas condiciones. A medida que los presupuestos domésticos se vuelven más apretados y el acceso a recursos es escaso, y/o cuando una pluralidad de instrumentos crediticios ya han sido puestos en juego para la reproducción de la vida cotidiana, emergen frente a tales situaciones los eslabones

últimos de las cadenas de endeudamiento que encarnan los hogares. Estos recursos, a los que echan mano principalmente los sectores populares, son los que suelen presentar condiciones de acceso al financiamiento más desventajosas y/o mayores niveles de informalidad.

Al consultarle a Estela cómo resolvía situaciones de estas características respondía lo siguiente: “Y bueno yo pidiendo préstamos o créditos porque ya te digo, no tengo un respaldo (...) ahí solamente te piden un servicio, los recibos de sueldo y nada más”. Ella tiene 53 años y vive junto a la menor de sus tres hijos en una casa que alquiló recientemente en la planta urbana de la ciudad. Cuando la visité en mayo de 2018, la encontré trabajando en su máquina de coser ubicada sobre la mesa de la cocina, rodeada de retazos de telas, tijera, tizas y otros instrumentos de costura. Me comentó que desde hacía unos años se dedicaba a confeccionar ropa y hacer arreglos para afuera a fin de sumar un ingreso extra: “soy jubilada docente, pero como la jubilación no me alcanza, coso y tejo al crochet para afuera, que es una ayuda” me cuenta. Su hija recientemente terminó la escuela secundaria y empezó a estudiar abogacía en el Centro Regional Universitario de Bolívar (CRUB). “Ella hace unas changuitas de cuidar unos nenes (...) así por hora. Tampoco es un trabajo fijo, son changas que según el horario que tenga la mamá lo puede tener o no”, relata Estela mientras hablamos de cómo se componen los ingresos del hogar. Ese dinero que obtiene Belén lo destina casi exclusivamente a cubrir los gastos que le demanda el estudio.

Los préstamos personales a los que Estela hace referencia son aquellos bajo la modalidad “a sola firma”, que ofrecen diferentes compañías financieras. A ellos se suman también los que adquiere a partir de la tarjeta de crédito: “A la Favacard la uso más para los préstamos que para la compra (...) He sacado tantos préstamos que se me ha ido muy alto entonces no puedo comprar”. Al consultarle por el destino de ese dinero, me cuenta que una parte la necesitó para cubrir los gastos de la mudanza a la casa en la que vive desde hace unos meses, los cuales triplicaban el monto de su jubilación:

Yo vivía en un departamento y los dueños me pidieron irme. Tuve que pagar un mes de indemnización⁷⁷, así que tuve que pagar \$15.000 para irme. Y entrar acá y pagar acá también. Ahí también saqué otro préstamo porque de dónde sacaba casi \$50.000 (Estela, 53 años, docente jubilada. Mayo de 2018)

⁷⁷ Dicha penalidad estaba relacionada con daños que, a criterio de los dueños, habían sido provocados en la vivienda durante el tiempo que Estela vivió allí.

El resto estuvo dirigido a “ayudar” a sus dos hijos mayores tras varios meses que permanecieron desempleados y a saldar algunas deudas que había contraído previamente. Antes de que el dinero de su jubilación llegara a manos de Estela, comenzaba a desplegarse el entramado de instrumentos crediticios de los que dependía la economía de este hogar. Un crédito que había obtenido en el Banco Provincia venía automáticamente debitado de sus ingresos. Al dinero restante lo esperaban el resto de los compromisos de deuda asumidos:

Lo que me descuentan del banco son \$10.000 y los otros préstamos son, en un lado \$9.000 y en el otro \$8000, así que te podés imaginar que de lo que gano no me queda nada. Tengo \$8000 de alquiler además (...) Vivo con lo que voy juntando de las costuras. Con el sueldo pago hasta donde me alcance y después bueno, cuando no me alcanza pido préstamos. Estoy muy metida en préstamos. (Estela, 53 años, docente jubilada, Mayo de 2018)

A esto se suman los créditos personales en dos casas comerciales en las que recientemente ha adquirido varios artículos (heladera, cocina, mesa y sillas) para equipar la nueva vivienda. Así, en este hogar recurrir al dinero otorgado por entidades de crédito y asumir los elevados costos monetarios que ello supone, como único medio disponible para responder a imprevistos o eventualidades, no es resultado de un acceso vedado a otros circuitos financieros como, por ejemplo, el sistema bancario. Se trata más bien del funcionamiento simultáneo de un abanico de recursos heterogéneos operando al interior de esta economía doméstica. Lo que implica también que parte de esos recursos vayan quedando “fuera de juego” o inhabilitados, por la propia dinámica de endeudamiento a la que se enfrenta este hogar. Tal era el caso de la tarjeta de crédito que en oportunidades anteriores le había servido a Estela para costear las compras de aprovisionamiento.

Algo similar sucede en el hogar de Marcos a quién citamos más arriba:

E: ¿Y si te surge por ejemplo un gasto imprevisto, cómo lo resolvés?

M: Tengo una casa que me da crédito a pagar por día, yo llamo y...en realidad hay varios que hacen eso. Esa persona que me cobró [*me indica haciendo referencia a un hombre que había ingresado al local minutos antes y a quién él le había entregado una suma de dinero sin mediar palabra al respecto*], es a pagar por día. Me he acostumbrado a eso, necesito plata y los llamo. Pero tienen un tope hasta 30.000, 20.000. Si tuviera un problema más grave no sé, la verdad no sabría que hacer porque no tengo otros recursos. (Marcos, 53 años, peluquero por cuenta propia. Febrero de 2018)

Con un Crédito Microempresas en etapa de reembolso en el Banco Provincia y tarjetas de crédito en sus límites máximos, sumado a los préstamos de pago diario en los que se comprometió para “ponerse al día con algunas cuentas”, la opción que Marcos considera disponible en caso de necesitar dinero, es ampliar el financiamiento a través de este mecanismo. Los escasos requisitos de acceso y los plazos de devolución del dinero, que varían entre los 30 y los 60 días, ponen a disposición un sistema de acceso al crédito que se renueva de manera “fácil” y rápida (si se compara con los tiempos de devolución que plantean otros recursos crediticios); y que supone también -tomando como ejemplo aquel que estaba pagando Marcos-, que por una suma de \$20.000 y a razón de \$800 diarios, al cabo de 60 días habrá devuelto \$48.000, es decir un 140% más. La mañana que lo visité en su peluquería, pude registrar que realizó siete cortes de pelo; servicio por el que en ese momento cobraba \$160. Si tomamos esa referencia aislada, es posible ver que más del 70% del dinero que percibió durante esa media jornada laboral, iría destinado al pago de la cuota del préstamo.

Cuando prestamos atención a prácticas de estas características que tienen lugar en el hogar de Aldana, también encontramos una superposición de formas de acceso y utilización del crédito de las más variadas, donde cobran relevancia además los préstamos que se gestionan a través de los vínculos de amistad y/o los lazos familiares. Esta modalidad del “dinero prestado” es a la que recurre mayormente cuando se trata de resolver gastos imprevistos. Me reuní con ella a comienzos de enero de 2018. Me propuso encontrarnos en su lugar de trabajo, un centro de integración comunitario perteneciente al municipio local, ubicado en un barrio a las afueras de la ciudad. Ese día no había actividades por la mañana, por lo que Aldana pudo realizar las tareas de limpieza y luego sentarse a conversar conmigo. Apenas iniciamos nuestra charla acerca de la organización de la economía doméstica, se apresuró a señalar “recién arranca el mes y mi sueldo, ya está, ni lo vi”. A partir de esa frase y de manera espontánea comenzó a surgir el encadenamiento de instrumentos y formas crediticias sobre el que se sustenta la cotidianeidad de este hogar; y, junto a ello, los esfuerzos por sostener la compleja articulación entre ingresos con diversas temporalidades y compromisos de pago a atender. Asimismo, la vida económica doméstica automáticamente interactuó y se entrelazó con otras, entablado acuerdos, y obligaciones en torno al intercambio de dinero y recursos crediticios en sus más variadas formas y direcciones.

En el hogar cuentan con único recibo de sueldo, el que aporta el empleo de Aldana como ordenanza municipal, mientras que Damián -su pareja- posee un recibo de haberes correspondiente a una pensión por discapacidad. El resto de los ingresos que ella obtiene por sus trabajos como niñera y empleada doméstica por horas, y él haciendo changas como ayudante de herrería, los perciben “en negro” de manera semanal o incluso diaria. Los primeros compromisos de deuda se cancelan antes de que los ingresos mensualizados lleguen a manos de Aldana, que es quien se encarga de administrar la totalidad del dinero de la casa. En los recibos de haberes se reflejan los descuentos automáticos de dos préstamos personales, uno otorgado por el banco y otro por ANSES, que sacaron respectivamente ella y Damián con una misma finalidad: “achicar algunas cuentas”. Dichos préstamos les permitieron, por un lado, actualizar compromisos de deuda previamente contraídos; lo que resultaba crucial para mantener activo el crédito como vía de acceso al consumo. Y, por el otro, la compra de un vehículo para poder trasladarse a sus lugares de trabajo:

(...) cubrimos todo lo que es tarjeta o por ahí me he quedado sin pagar Naldo [*casa de electrodomésticos*] y por ahí no sé debía un mes, dos meses atrasados entonces para ir al día pagaba dos meses, eh...o alguna cuenta así chiquitita que por ahí me quedan pendientes, que no me las olvido pero me quedan pendientes. Pagamos esas cuentas y bueno, el restito que quedó, hicimos un sacrificio y nos compramos una moto (Aldana, 30 años, ordenanza municipal y empleada doméstica. Enero de 2019)

Una vez que ingresa al hogar lo que resta de los ingresos mensuales, comienza el reparto. Una porción del mismo se destina a pagar las 18 cuotas de una computadora y una impresora que adquirieron a través de una línea de crédito personal a nombre de Aldana en la mencionada casa de electrodomésticos. A través de este mecanismo, recientemente cambiaron también la heladera. Aldana recuerda que el aparato anterior lo había comprado usado muchos años atrás a una de sus empleadoras, a quién se lo había cambiado por horas de trabajo doméstico.

Los resúmenes de las tarjetas de crédito comprometen también una porción importante de los ingresos mensuales restantes. De acuerdo con las palabras de Aldana, las tarjetas Naranja y Elebar (ambas de su titularidad), son empleadas en todo tipo de consumos. Entre ellos, destaca que está pagando el bajo mesadas de su casa y una alacena que compró recientemente. Además añade, “la tarjeta me salva (...) a veces no tengo plata, no tengo para la despensa, voy paso la tarjeta en el quiosco o en el

supermercado”. Señala también que ha estado evitando hacer uso de este instrumento debido a que ha tenido que refinanciar una de las deudas, práctica que ella señala como habitual y parte de las modalidades de utilización del crédito que emplean en el hogar: “vos la refinancias y no te viene tanto, yo voy entregando (...) ahora se me fue a \$21.000, entonces me están llamando para que vaya a refinanciar, pague una parte y refinancie la otra”

El relato de Aldana permite ver en funcionamiento lo que Wilkis (2021) ha denominado como una “nueva infraestructura de bienestar” que vincula al Estado, los mercados y las familias a través del dinero, el crédito y el consumo” (p. 11). Este concepto pone el énfasis en el recorte del gasto social del Estado y el avance de la finanzas, lo que transforma “al mercado del crédito no en un espacio externo a la infraestructura de bienestar, sino uno de sus polos más dinámicos y centrales.” (p. 11). En este contexto el “bienestar” depende de los vínculos que conectan a las tres esferas mercado, Estado y familias, y donde estas últimas “tienen un rol activo en ensamblar las tecnologías monetarias (planes sociales, por ejemplo) que produce el Estado y las que producen los actores del mercado (tarjetas de crédito, por ejemplo)”. (p.12). En el hogar en cuestión, los créditos ANSES así como el dinero de la AUH que Aldana logró embargar al padre de sus hijos por tener a los menores a su cargo, se utilizan en gran medida para saldar las deudas que contrajeron con diferentes comercios y entidades financieras a fin de garantizar el acceso al consumo.

Otro aspecto interesante que evidencia su relato y que podemos encontrar en el caso de otros hogares de sectores populares que mencionamos antes (ej, el de Marcos). Si los diferentes recursos crediticios en juego son indispensables para la reproducción de la subsistencia diaria, y si la gestión de las deudas se adapta a la capacidad de pago disponible a cada momento -aún cuando ello supone afrontar elevados costos financieros-, el destino del dinero prestado no se limita únicamente a resolver el hoy. Parte de esos recursos involucran al mismo tiempo proyectos de más “largo plazo”, como sucede cuando se emplean para arreglar o equipar la propia vivienda, para adquirir bienes durables, para concretar proyectos laborales, por mencionar solo algunos de los que aparecieron en los relatos de los entrevistados.

Los préstamos de dinero que circulan informalmente a través de los vínculos familiares se añaden a las múltiples modalidades de uso del crédito que hacen a la ingeniería doméstica de este hogar. Estos son los que permiten atender a gastos no previstos en el presupuesto o resolver aquellas situaciones frecuentes en que los

ingresos no alcanzan para cubrir las erogaciones mensuales. Como vemos en el fragmento a continuación, al momento de echar mano a este recurso, operan distinciones en función de la cercanía o la confianza con las personas involucradas y también de los acuerdos específicos que rigen cada de los intercambios. En el caso que menciona Aldana, por ejemplo, cuando la acreedora es Edith, su madre, la deuda adopta una forma particular que supone que aquello que se devuelve no necesariamente es en cantidad y cualidad idéntico a aquello que se ha solicitado a modo de préstamo. El dinero puede reconvertirse en cigarrillos u otros bienes y los tiempos de reembolso volverse flexibles:

Yo por ejemplo, cuando no llego o me pasa algo, mi mamá me presta plata. No me gusta pedirle a nadie, pero prefiero pedirle a mi mamá que tiene tiempo de esperarme hasta cuando yo pueda o qué se yo, por ahí ella un día no tiene y les presto yo. O, por ejemplo, mi mamá fuma mucho y bueno, yo le compro sus puchos y arreglamos con eso. A mi suegra si le tengo que pedir le pido, pero ya sé que me quedo mal y tengo que conseguir algo para dárselo. Que no me lo pide mi suegra, cuando yo tuve que viajar con mi hija me prestó y me dice: quédate tranquila, cuando vos te organices y puedas. Pero yo me quedo mal, y yo anoto todo. Te pedí, no sé \$200, te anoté, pero porque yo siento que le tengo que pagar, porque me gusta devolvérselo. Porque yo sé que si el día de mañana vuelvo a necesitar y yo se lo devolví, y me lo va a volver a prestar. (Aldana, 30 años, ordenanza municipal y empleada doméstica. Enero de 2019)

Asimismo, como dijimos antes, el dinero prestado bajo esta modalidad no siempre circula en la misma forma, ni en idénticas direcciones. En ciertas ocasiones, los roles “acreedor-deudor” que asumen Edith y Aldana se invierten y es esta última la que presta dinero o instrumentos de acceso al crédito a ella y/o a otros miembros de la familia. En el momento en que nos reunimos, lo adeudado por Aldana a un comercio de electrodomésticos incluía dos tablets que sus cuñadas habían comprado a su nombre y por las que mes a mes le entregaban el dinero de la cuota. Al mismo tiempo, la madrina de su hija había comprado un calefactor en el mencionado comercio para la vivienda de Aldana, a fin de saldar una deuda que tenía con ella: “arreglamos que para no pagarme porque tampoco tenía plata, me lo pagaba con las cuotas de \$500 por mes”. Estos ejemplos y otros que hemos citado a lo largo del capítulo, evidencian algo que ha destacado Cosacov (2022), quién sostiene que muchas veces tales préstamos “tienen como protagonistas a las madres y deben entenderse como parte de una alianza

feminizada que va más allá de estas ayudas económicas: además de ayudar en la organización del cuidado, las madres prestan dinero como una forma de cuidar.” (p. 23).

Reflexión breve: Mirar al hogar a través de sus prácticas de crédito

Los ejemplos que trae a colación el relato de Aldana, así como otros que citamos antes, como el del hogar de Agustina y Manuel, son interesantes para pensar algo que mencionamos al comienzo de este capítulo y que hemos planteado parte de las preocupaciones de esta tesis. Se trata de la pretensión de utilizar las prácticas económicas como una puerta de entrada que permita ver al hogar desplegado a partir de sus dinámicas de funcionamiento. Dinámicas vinculares, características socioeconómicas, temporalidades, sentidos y moralidades emergen al poner atención en las decisiones y las gestiones en torno al crédito que tienen lugar en los hogares. Como ha señalado Zaloom (2017), al destacar al individuo en tanto titular del contrato financiero y depositario de las responsabilidades legales asociadas al mismo, las finanzas esconden a los hogares que se encuentran detrás de esa figura. En la mayoría de los casos, son las familias en su conjunto quienes efectivamente encarnan los compromisos y los riesgos asociados al uso de los instrumentos financieros.

Asimismo, en reiteradas oportunidades, ello compromete también lazos que exceden lo que sucede en los márgenes finitos de la vivienda y la subsistencia cotidiana compartidas. A través de sus prácticas de crédito y del intercambio de los recursos financieros o monetarios a los que tienen acceso, los hogares entablan vínculos de relevancia con otras economías domésticas, que pueden resultar fundamentales para garantizar la propia reproducción o incluso operar condicionándola. Teniendo esto en cuenta, la pregunta por la configuración de los repertorios crediticios que despliegan los hogares, no podrá ser respondida de manera acabada si la indagación se cierra pura y exclusivamente a aquello que sucede en los límites de una unidad doméstica. Como señala DeLuca (2017), si las formas dominantes de conocimiento sobre el hogar presentan al núcleo familiar como un centro de responsabilidad y planificación financiera, es necesario preguntarse cómo tales visiones del hogar excluyen otras formas de vivir en las proximidades y con qué efectos. Interesado por los préstamos de tarjetas de crédito del retail en Chile, José Ossandón (2012) propuso el concepto de *economía del cupo* como herramienta para reconstruir los circuitos financieros subyacentes que surgían en torno al préstamo de instrumentos crediticios de acceso al consumo en redes

de familiares, vecinos, amigos. La idea del “cupo” está asociada a la ya citada referencia que señala que en estos casos, “las personas no se prestan dinero, sino que su capacidad de endeudarse”.

En este sentido, resulta fundamental ampliar la perspectiva de aproximación al hogar que vaya más allá y también más acá de lo que sucede en los límites de la vivienda y la subsistencia compartidas. En el caso de las prácticas de crédito esto se vuelve particularmente interesante en tanto supone desenfocar y reenfocar en dos direcciones. La primera, como señalaba Zaloom (2017), desde el individuo hacia el hogar, en tanto estructura relacional que se halla efectivamente comprometida en prácticas de estas características; y la segunda, desde los hogares, considerados a partir de sus límites finitos asociados a la domesticidad, hacia las conexiones que estos entablan entre sí. En relación a este último punto, la ya mencionada investigación que llevó adelante Eugenia Motta (2014) en una favela de Río de Janeiro, resulta muy sugerente. Allí la autora propone recuperar la idea de la 'configuración de casas', considerándola una perspectiva que permite una explicación más inteligible de las relaciones múltiples y diversas entre una casa y otras casas, cada una de ellas relativamente autónoma, pero dependiente de las demás. En este sentido, el modo en que se configuran las prácticas de crédito resulta una dimensión interesante para iluminar algunos de estos aspectos de las formas, siempre móviles, en que las *vidas económicas* de los hogares se conectan entre sí.

Conclusiones

En este capítulo hemos buscado reconstruir las particularidades que adquieren las prácticas de crédito/deuda de los hogares analizados, poniendo especial atención a los desafíos y/o condicionamientos que los contextos inflacionarios suponen para las mismas.

A este fin, hemos comenzado por reconstruir la oferta y la localización de los servicios financieros existentes en Bolívar, así como la distribución de los diferentes instrumentos crediticios entre los hogares consultados. Esto nos permitió recuperar la pluralidad de recursos de estas características sobre los que descansa la reproducción de las economías domésticas. Al respecto nos hemos concentrado en las temporalidades que rigen las prácticas de crédito y las racionalidades que se derivan de las mismas,

encontrando diferencias significativas en los modos en que hogares de diferentes sectores socioeconómicos toman decisiones al respecto.

En el caso de los instrumentos de crédito destinados al consumo y los planes de financiación que estos ofrecen, un denominador común a la mayoría de los hogares consultados es que los que los mismos son utilizados cuando se trata de adquirir bienes o servicios que resultan costosos para los presupuestos domésticos. No obstante, las racionalidades que rigen la elección de las modalidades de pago y el modo en que estas dialogan con la presencia de la inflación, no son idénticas en los diferentes casos.

Si la lógica que promueve la disciplina económica indica que en contextos inflacionarios, la adquisición de bienes por medio de planes de cuotas sin interés o con un porcentaje menor al del incremento del IPC, es un modo de “aprovechar” los efectos devaluatorios que experimentará el dinero adeudado, para el caso de varios de los hogares consultados hay, por el contrario, una búsqueda por achicar el tiempo sobre el que se extenderá la deuda. Esta lógica, presente principalmente entre los hogares de menores ingresos, dialoga de un modo diferente con la presencia de la inflación. Allí donde casi la totalidad del presupuesto doméstico se consume en costear gastos cotidianos y donde los ingresos muchas veces resultan irregulares o inestables, se busca evitar comprometer a largo plazo una capacidad de pago que no es posible estimar si estará disponible. Este razonamiento, que parece acentuarse a medida que se amplía la brecha entre el avance de la inflación y los incrementos salariales, supone asumir unas condiciones de financiación y unas obligaciones que sólo ejercerán influencia en el futuro próximo.

Entre los hogares de sectores medios, en cambio, la elección que prima es la de recurrir a planes de cuotas sin o con “bajo” porcentaje interés, apoyado en la mayoría de los casos, en la posesión de ingresos regulares que permiten prolongar y fragmentar el tiempo de pago y con ello las cantidades de dinero comprometidas. Asimismo, ello está condicionado por el tipo de bien o servicio a adquirir, por su costo y por las temporalidades que rigen su consumo. Esto último resulta central al momento de asignar medios y modalidades de pago a ciertas compras, dado que entre estos discursos emergen distinciones claras entre aquellos consumos que son pasibles de ser financiados y aquellos que no lo son (como es el caso de los alimentos u otros bienes que los hogares consumen y demandan de forma permanente). Criterio que, en varios de los casos consultados, empieza a ser modificado a medida que la inflación avanza por encima de la evolución de los salarios. Es entonces cuando el recurso al crédito cobra

mayor relevancia como instrumento para financiar los consumos y la reproducción cotidiana.

Ahora bien, cuando se recurre a planes de financiamiento en sus versiones más prolongadas, si bien el criterio de la desvalorización del dinero no está ausente de las reflexiones y los discursos, es interesante señalar que muchas veces son otros los razonamientos que se priorizan al momento de decidir cómo comprar. Las temporalidades internas de los hogares, como por ej., los momentos con mayores gastos, o de mayor o menor flujo de ingresos, se vuelven criterios centrales que moldean las decisiones por encima de un tipo de racionalidad que contempla únicamente los efectos inflacionarios.

Otro aspecto interesante en relación al modo en que la inflación dialoga con las prácticas de crédito tiene que ver con el hecho de que el recurso a la deuda, muchas veces aparece planteado como la única vía de acceso a la adquisición de ciertos bienes o la concreción de planes específicos, a medida que otros recursos, como por ejemplo, el ahorro dejan de estar disponibles o sus modalidades se vuelven ineficaces. Al mismo tiempo, se incrementa en muchos hogares la necesidad de utilizar instrumentos de financiación para solventar, no solo la adquisición de bienes costosos, sino y principalmente, consumos básicos para la reproducción de las economías domésticas. Lo que obliga a modificar parámetros y criterios arraigados, asociados al modo en que se distribuyen los medios de pago.

Si como hemos señalado hasta aquí, la inflación ejerce influencia sobre los modos en que los hogares usan y significan los instrumentos de crédito que tienen a la mano, como veremos en el próximo capítulo, las particularidades que asumen las prácticas de ahorro no están exentas de dichos condicionamientos.

Capítulo 3: Las prácticas de ahorro de los hogares

Presentación

El ahorro -o su ausencia- constituye un elemento central a la hora de pensar cómo se organiza la economía familiar. Es posible suponer que coyunturas económicas adversas, como la que analizamos, tienen efectos directos sobre estas prácticas, sobre las formas que asumen y sobre los sentidos que se construyen en torno a las mismas. De acuerdo con Sigal y Kessler (1997), la consecuente devaluación de la moneda que suponen los contextos inflacionarios, añade un objetivo puntual a la opción entre consumo y ahorro, referida a la necesidad de conservar el valor del dinero. Esta idea constituye la base del planteo de los autores sobre el desarrollo de una “racionalidad inflacionista” a nivel de los comportamientos y las representaciones sociales. Tomando esto como referencia, pero distanciándonos de la idea de que el supuesto que subyace a las prácticas de ahorro es el interés unívoco de proteger el valor, en este capítulo nos interesa reconstruir: cuáles son las particularidades que asumen dichas prácticas, cómo se transforman y cuáles son los criterios o racionalidades múltiples que se conjugan en torno de las mismas y les otorgan características específicas.

Introducción

El ahorro como práctica, representación y/o materialidad es central a la hora de pensar cómo se organizan las economías domésticas de los hogares. En el sentido más general del término, el ahorro refiere a aquello que se sustrae del consumo o de su destrucción en el presente, a fin de otorgarle una existencia futura. Como señala Roig (2015), el supuesto que unifica y delimita al ahorro es una negación del gasto que recae sobre el dinero u otros bienes, dado que puede tratarse de recursos no monetarios. Allí, la conexión temporal que se establece entre el presente, en el que la cosa se sustrae del gasto, y el futuro como permanencia, es la dimensión constitutiva del ahorro. En un sentido análogo, adoptando el concepto de estrategias de ahorro, Gallardo Kishi (2021), hace referencia a “un conjunto de proyecciones y acciones meditadas que implican una restricción presente (o pasada) en nombre de un futuro, las cuales van desde apartar dinero y bienes, hasta evitar un gasto” (p.10).

Esta forma amplia de concebir al ahorro permite incluir dentro del mismo prácticas y lógicas sociales muy heterogéneas que exceden los límites de aquello que la ciencia económica ha definido como ahorro poniendo el foco en el excedente. De este modo, por un lado, permite evidenciar “la distancia entre las definiciones eruditas y profanas acerca del ahorro como práctica social” (Luzzi, 2012: 63). Y por el otro, como mostró Roig (2015)⁷⁸, permite barrer con las simplificaciones que recaen sobre las economías populares que, al ser definidas como economías de supervivencia, se las considera ajenas a prácticas de esta índole.

El objetivo de este capítulo será reconstruir las prácticas de ahorro de los hogares estudiados para el período que aquí se aborda, poniendo especial atención en las formas específicas que asumen, sus transformaciones, las representaciones que se conjugan en torno de ellas y los criterios y racionalidades múltiples que les sirven de base. El principal interés estará centrado en analizar la relación entre estas dimensiones mencionadas y la presencia de la inflación. Al referirme a las racionalidades o criterios múltiples que configuran dichas prácticas de ahorro domésticas, busco resaltar dos aspectos. Por un lado, la ya mencionada heterogeneidad de las lógicas sociales en las que se sustentan dichas prácticas. Por el otro, y estrechamente emparentada, la idea de que no basta una explicación basada en una racionalidad unívoca que sostenga que los contextos inflacionarios suponen prácticas económicas orientadas exclusivamente “a la necesidad de conservar el valor del dinero” (Sigal y Kessler, 1997). Afirmar que la inflación es capaz de generar efectos directos sobre los ahorros y las prácticas de ahorro que llevan a cabo los hogares, no equivale a considerar que las características que estas asumen pueden deducirse sin mediaciones de las circunstancias del contexto. Como sostiene Luzzi y Wilkis (2019), los condicionamientos macroeconómicos así como las modelizaciones teóricas elaboradas a partir de los mismos para explicar la acción, no bastan para comprender las prácticas económicas concretas. Si bien es claro que las condiciones macro y sus particularidades son relevantes a la hora de elaborar interpretaciones, es preciso reparar en los criterios múltiples que se conjugan para otorgar a las prácticas formas específicas. A este fin resulta muy útil la propuesta de

⁷⁸ En su estudio sobre las prácticas de ahorro domésticas de hogares de sectores populares urbanos, a partir de una serie de entrevistas realizadas a economistas del sector bancario nacional, el autor mostró que entre las representaciones que primaban, la asociación del ahorro con un excedente -ya fuese residuo involuntario o acumulación previa y voluntaria a la satisfacción de necesidades- excluía la posibilidad de “ahorro en la pobreza” (p. 196). Su trabajo estuvo orientado a mostrar que en los hogares de sectores populares estudiados tenían lugar un conjunto heterogéneo de prácticas de “separación” unificadas en torno de la negación del gasto cuya lógica se adecuaba a la idea del ahorro.

pensar en plural a las racionalidades que subyacen a las prácticas económicas ordinarias (Figueiro, 2010; Luzzi, 2013) En palabras de Figueiro, “la racionalidad debe ser pensada en su construcción [de modo que] habrá tantas racionalidades como usos sociales haya, por caso, del dinero” (p. 213)

Cuando nos referimos al ahorro es posible distinguir, por un lado, entre los ahorros como resultado, es decir, aquellos bienes y/o dineros que son objeto de estas prácticas y, por el otro, a la acción o la práctica de ahorrar. Esta última puede ser pensada como expresión de lo que Zelizer (2011) ha denominado como proceso de marcado social del dinero. El mismo supone que a partir de la asignación de una categoría y de significados específicos, se distinguen simbólicamente y materialmente aquellos dineros o bienes definidos como ahorros, respecto de otros dineros que circulan en los hogares. De acuerdo con la autora, el marcado del dinero da cuenta de cómo diferentes redes de relaciones y sistemas de significado introducen controles, restricciones y distinciones que producen clases de dinero, las cuales no resultan equiparables unas a otras. Se trata de adjudicar significados y usos específicos a diferentes fondos, de modo que el dinero o los bienes que han sido distinguidos como ahorros no sólo serán reservados para un uso posterior sino también separados con propósitos o finalidades puntuales.

Por su parte, la presencia de la inflación supone desafíos concretos para las prácticas de ahorro de los hogares. En primer lugar, porque las mismas están conectadas a aquellos recursos que no serán consumidos en el aquí y ahora. De este modo, su existencia suele estar asociada a las probabilidades que tienen las economías domésticas de satisfacer sus necesidades y sustraer parte de los recursos disponibles del flujo del consumo. Salvo en casos puntuales donde aquello que se marca como ahorro proviene de otras fuentes, como podría ser una herencia, un premio o similar, en la gran mayoría de los hogares es la relación entre los ingresos y los gastos que integran los presupuestos domésticos la que define las prácticas de ahorro. En este sentido, ante situaciones de aumentos de precios en las que el costo de vida se eleva por encima de los salarios, muchos hogares aducen que no poseen o han perdido su “capacidad de ahorro”, es decir, la posibilidad de sustraer y reservar una parte de esos ingresos. Según el “Informe de evolución de capacidades de subsistencia de los hogares” (2018), elaborado por el Observatorio de la Deuda Social Argentina⁷⁹, solo el 13,9% de los

⁷⁹ Los resultados arrojados por el informe se elaboran sobre la base de una encuesta anual realizada a una muestra de 5700 hogares residentes en aglomerados urbanos de más de 80 mil habitantes. De acuerdo con

hogares consultados sostenían haber podido ahorrar para el año 2017, mientras que en 2018 ese porcentaje descendía a 13,4% en el 2018. Desde el año 2011, en el que el 17,7% de los hogares consideraba tener “capacidad de ahorro”, este indicador había experimentado una caída paulatina alcanzando el punto más bajo en 2016 con un 12,2%. Claro está que esos porcentajes varían considerablemente en función de las características socioeconómicas de los hogares analizados.

En segundo lugar, ocurre también que a la conexión que supone el ahorro entre presente y futuro en función de la existencia ulterior de la cosa ahorrada, el fenómeno inflacionario le imprime sus propios efectos. Así, por ejemplo, será inevitable la pérdida de valor a la que este estará sometido el dinero en caso de tratarse de ahorros en moneda nacional; aspecto que, como veremos en el próximo apartado, ha contribuido a que a lo largo de las últimas décadas las prácticas de ahorro de determinados sectores sociales se orienten hacia otras opciones como el ahorro en dólares, la adquisición de inmuebles o -en momentos específicos- la colocación del dinero en plazos fijos, a fin de contrarrestar o mitigar la pérdida de poder de compra del peso.

Las prácticas de ahorro en la Argentina: un recorrido histórico breve

Como mencionamos antes, en relación al ahorro es necesario distinguir entre aquellos bienes y/o dineros que son objeto y resultado de las prácticas de ahorro, y las formas que asumen dichas prácticas, es decir, la acción de ahorrar. Parte de los primeros son los que aparecen reflejados en términos numéricos agregados en las estadísticas públicas nacionales. Como explica Luzzi (2012), dichas estadísticas expresan dos modalidades diferenciadas de contabilizar y definir al ahorro. Por un lado, dan cuenta del denominado ahorro nacional que surge a partir de contabilizar el ahorro del sector público sumado al ahorro del sector privado; lo que incluye indistintamente al ahorro de las empresas privadas y al de las familias. Y, por otro lado, dentro de la categoría de ahorro financiero, expresan el porcentaje del ahorro total que se canaliza a través de las diferentes instituciones que componen el sector financiero. Sin embargo, “estas mediciones no nos dicen nada acerca de las modalidades de ahorro de la población; simplemente nos indican, por un lado, qué proporción de los ingresos netos de la economía del país no se consume y, por otro, cuánto dinero está depositado en el sector financiero y cómo evolucionan esos depósitos.” (Luzzi, 2012: 64). Así, sí la magnitud y

el nivel socioeconómico, dichos hogares están comprendidos entre las categorías: medio alto, medio bajo, bajo y muy bajo.

las formas específicas que ha asumido el ahorro de los hogares argentinos resulta difícil de reconstruir, de lo que sí es posible estar seguros es de que décadas de larga inflación, como las que han caracterizado la historia de nuestro país, han marcado dichas prácticas de ahorro en ambas direcciones.

Como hemos señalado antes, hacia finales de la década del 40', se producen transformaciones en los modos de concebir a la inflación, que deja de asociarse exclusivamente a los desequilibrios de mercado producidos en torno de la Segunda Guerra Mundial y empieza a ser vista como un fenómeno relacionado con las dinámicas económicas locales. De acuerdo con Gerchunoff y Lach (1998), para el peronismo gobernante entonces, el dinero era un bien público que debía concederse en función de las necesidades de la sociedad. En ese sentido, los aumentos de la inflación eran considerados como parte inevitable del rumbo económico al que se apuntaba y, contenidos por debajo de los aumentos salariales⁸⁰, eran vistos como “un instrumento poderoso de redistribución de ingresos” (p.207). Ello se evidencia en el creciente interés por sostener el poder de compra de los salarios a través de la aplicación de mecanismos de control de precios a bienes y servicios de consumo básicos como los alimentos, la vestimenta, y los alquileres. Este mecanismo de compensación de la inflación que se generaba en torno de los salarios ayuda a comprender por qué durante esos años “las prácticas de inversión, consumo y ahorro no se vieron drástica ni durablemente trastocadas para las empresas y las familias” (Heredia, 2015: 129). Por entonces,

la gente no sentía la necesidad de desprenderse de las crecientes cantidades de dinero que recibía porque no sentía que ese dinero estuviera perdiendo valor. ¿Cómo iba a pensar tal cosa si la única manera que concebía de medir el valor del dinero era la cantidad de pesos moneda nacional impresos en el billete? Todavía faltaba algún tiempo para que los argentinos se acostumbrasen a distinguir entre cantidades nominales y cantidades reales, y a usar otras monedas como unidades de referencia. (Gerchunoff y Lach, 1998: 199).

El éxito que obtuvo entonces la Caja Nacional de Ahorro Postal (CNAP)⁸¹ es un claro exponente de las particularidades de este período. Orientada a captar los ahorros

⁸⁰ A excepción del trienio 1949-1952, en el que el incremento de la inflación provocó una caída de los salarios reales que osciló en torno del 26%, en los años restantes, los salarios aumentaron por encima de la inflación. Como señala Belini (2014) esos años supusieron “el deterioro de la relación salarios/presupuestos, que continúa hasta 1953 inclusive. (...) lo cual es congruente con la afirmación de la tendencia al aplanamiento de la escala salarial durante el peronismo (p. 143). “El incremento del peso del rubro alimentación y vestimenta en los presupuestos familiares y la desfavorable declinación de los salarios frente a la canasta familiar revelan los sacrificios impuestos a los sectores populares” (p. 146)

⁸¹ Esta institución se creó en 1915 durante la presidencia de Victorino de La Plaza.

domésticos principalmente de los hogares de sectores populares al exigir cantidades ínfimas de dinero para integrarse al sistema (\$1 era el monto mínimo requerido), entre 1946 y 1951 logró triplicar los depósitos que la institución había obtenido en sus 30 años anteriores (Figueiro, 2013). Esto fue acompañado de importantes campañas de fomento al ahorro encarnadas por el gobierno peronista, que se canalizaron, por ejemplo, a través de la institución escolar. Sin embargo, los aumentos de la inflación que se sucedieron en las décadas siguientes fueron minando su importancia y “el ahorro a través de la CNAP fue diluyéndose hasta caer en desuso” (Figueiro, 2013: 38).

Ya hacia fines de los años 50’ comenzaron a perfilarse otras alternativas de inversión que se profundizaron en las dos décadas siguientes. En un marco de reiteradas devaluaciones y ante las escasas rentabilidades que ofrecían las colocaciones en el sistema financiero a causa de la inflación y las tasas de interés negativas, proliferaron la compra de inmuebles y lotes para vivienda y vacaciones tanto en las grandes ciudades como en la costa argentina, principalmente entre los sectores medios y medios altos (Aronskind, 2003; Corso, 2021; Luzzi, 2012; Luzzi y Wilkis, 2019). Asimismo, como relatan Luzzi y Wilkis (2019), a finales de la década del 60’, las crónicas que retratan las jornadas en las casas de cambio de la city porteña, con gran presencia de pequeños ahorristas, así como la proliferación de publicidades bancarias que promovían instrumentos de ahorro e inversión en dólares, daban cuenta de la existencia de divisas norteamericanas atesoradas por parte de la población. De acuerdo con los autores, este es el momento en que el dólar comienza a estar conectado directamente con la presencia de la inflación y se integra a los repertorios de prácticas económicas de sectores sociales cada vez más amplios. En algunos casos lo hace de manera directa (como instrumento de ahorro o como medio de cambio para diferentes transacciones); y, en otros, como una herramienta de decodificación en relación a los aumentos de precios. Por entonces y hasta los primeros años de la década del 70’, los niveles inflacionarios promediaron el 25% anual⁸². Contenidos dentro de esos márgenes, “habían permitido la construcción de aprendizajes y estrategias rutinizadas [entre las que] la compra de divisas, fácilmente convertibles en moneda nacional en un mercado negro prácticamente institucionalizado era el modo dominante de ahorro de la burguesía, y, sobre todo, de la vasta clase media argentina” (Sigal y Kessler, 1997: 160). La década del 60’ había sido el escenario de la

⁸² Hubo años que marcaron porcentajes excepcionales. Uno de ellos fue 1954, donde la inflación tocó el punto más bajo de todo el período ubicándose en 3,8%. Luego, 1959, registró el pico más elevado con una inflación del 113% anual.

consolidación de la metáfora del dólar como una “moneda refugio” (Luzzi, y Wilkis, 2019: 21), que destacaba la capacidad de la divisa estadounidense para conservar y proteger el valor del dinero atesorado. Asimismo, los mencionados circuitos entre los cuales discurría gran parte del ahorro privado de los argentinos, daban cuenta de “la incapacidad de los bancos para atraer los fondos de los ahorristas” (Luzzi, 2012: 64).

La inflación impactó además en los niveles en los que se ubicó el ahorro privado. A partir de 1970, avanzó y se consolidó un régimen de alta inflación con valores que superaron el 100% anual y que alcanzaron un 300% en 1975 con el Rodrigazo⁸³. Desde entonces y hasta 1991, “la inflación del país permaneció en un promedio de tres dígitos por año, los períodos de estabilidad fueron cortos, y los valores anuales nunca inferiores al 90%” (Heredia, 2015: 74). En ese transcurso, el nivel de ahorro privado que se situaba en la década de 1970 entre el 20% y el 30% del PIB se deterioró fuertemente, ubicándose en 1987 en el 8,3% del PIB (Luzzi, 2012: 64). Respecto de los hogares, es posible inferir que la contracción de los salarios que se sumó al avance del ritmo inflacionario, repercutió negativamente en sus niveles de ahorro.

La reforma financiera de 1977⁸⁴ apeló a la intención de revertir las tendencias preponderantes entre las prácticas de ahorro: la preferencia por el dólar y su atesoramiento fuera del sistema financiero. Así, la liberalización y el consecuente aumento de las tasas de interés apuntaban a la captación de los depósitos que permanecían en manos de los particulares. Como señalan Luzzi y Wilkis (2019), estas medidas supusieron un aumento considerable de dichos depósitos, que crecieron en un 500% entre 1977 y 1979. Sin embargo, “la relativa debilidad del sistema financiero argentino para captar los ahorros de la población se revirtió –al menos parcialmente- en los años ’90, en un contexto de estabilidad económica y fuerte dolarización de las

⁸³ De acuerdo con Mónaco y Benitez (2019), se conoce como Rodrigazo a las medidas tomadas a principios de 1975 por el entonces Ministro de Economía Celestino Rodrigo. “Consistió en producir una fuerte devaluación para corregir el desequilibrio de la balanza de pagos y un incremento de las tarifas públicas para mejorar la situación fiscal. Estas medidas, principalmente causaron una fuerte caída del salario real (...)” (p.101).

Al respecto véase Restivo y Dellatorre (2016). El Rodrigazo. El lado oscuro del ajuste que cambió la Argentina.

⁸⁴ La reforma financiera tuvo lugar durante la última dictadura cívico militar (1976-1983). Impulsada por el entonces Ministro de Economía José Alfredo Martínez de Hoz, fue uno de los pilares de la profunda reestructuración de la economía argentina que se llevó a cabo durante el período y que dio impulso a la instauración de un nuevo patrón de acumulación basado en la valorización financiera. Las medidas implementadas implicaron la eliminación de las regulaciones al sector financiero, y el fomento a la entrada y salida de capitales especulativos sin control del Estado.

operaciones en el sistema bancario” (Luzzi, 2012: 65). Como se evidenció durante la década del 80’, el saldo de la dictadura y su apertura financiera fue, entre otras cosas, la existencia de una gran proporción de activos argentinos en dólares colocados en bancos extranjeros. Así, la vuelta a la democracia en 1983 fue acompañada también por los intentos de atraer hacia el sistema financiero nacional esos dólares que se encontraban fuera del país o sepultados en cajas de seguridad, de modo que “el canal de los depósitos en dólares [nacido en la década anterior] permaneció abierto” (Luzzi y Wilkis, 2019: 148).

Al igual que en las décadas anteriores, a medida que se aceleraba el ritmo inflacionario, el dólar continuaba siendo la opción de ahorro a la que recurrían sectores cada vez más amplios de la población. Asimismo, las tasas negativas de interés, y la profundización de la alta inflación junto al deterioro del salario real continuaban siendo un factor de incidencia negativa sobre el ahorro de los hogares, de modo que “en los ochenta habrían sido las empresas las que realizaron el mayor aporte al ahorro del sector privado” (FIEL, 2006: 41). Los episodios hiper y mega-inflacionarios complejizaron aún más las decisiones y prácticas económicas cotidianas llevadas a cabo por los hogares. Los años 1989 y 1990 marcaron el quiebre definitivo, con incrementos anuales del IPC que superaron el 3000% y con subas mensuales del nivel de precios que se ubicaron por encima de las tres cifras (100% en mayo y 200% en julio de 1989, por ejemplo). En este marco, las modalidades de ahorro y de consumo se vieron fuertemente trastocadas. Como señalan Sigal y Kessler (1997), las personas corrientes se convirtieron por entonces en “especuladores forzados [enfrentando] nuevas y complejas alternativas en la opción entre dólares o depósitos a plazo fijo” (p. 164), que suponían la existencia de posibilidades de inversión con tasas de rendimiento diversas y fluctuantes, en un contexto marcado por oscilaciones muy bruscas del tipo de cambio⁸⁵. Estos fueron los años en que, de acuerdo con Heredia (2015), “muchos argentinos se asemejaron tanto más que sus abuelos, a los *homo economicus*” de los libros de teoría económica. Adquirieron conocimientos económicos, aprendieron a hacer cálculos complejos,

⁸⁵ Como señalan Luzzi y Wilkis (2019), durante los primeros meses de 1989 se produjeron subas drásticas del valor del dólar. En febrero, por ejemplo, luego de que se decretara un feriado cambiario, la reapertura del mercado implicó una suba del 50% del dólar libre (mercado en el que el Banco Central dejaba de intervenir). Asimismo, durante las primeras tres semanas del mes de abril, que coincidieron con el inicio de la gestión de Carlos Pugliese en el Ministerio de Economía, la cotización del dólar libre ascendió en un 100%. Asimismo, las tasas de interés mensuales de los plazos fijos en moneda nacional también experimentaron un marcado ascenso. “Las tasas de interés a 7 días siguen una curva ascendente regular: del 11,6% al 16% en febrero de 1989, del 17 al 21% en marzo, del 23% al 45% en abril, del 47% al 80% en mayo, y del 80% al 95% durante los primeros días de junio. (Vittelli, 1986 en Sigal y Kessler, 1997).

adoptaron la costumbre de seguir atentamente ciertos números, incursionaron en distintas prácticas especulativas” (p.137). En torno de estas prácticas proliferaron discursos sociales que atribuían el caos monetario a la naturaleza egoísta de los argentinos y al afán por obtener beneficios individuales a costa del bienestar social (Sigal y Kessler, 1997). Nuevamente se ponían en cuestión los principios morales sobre los que, a lo largo de la historia nacional, se había erigido a las prácticas de ahorro como parte de los usos legítimos del dinero; principalmente en su carácter de virtud cuyos efectos positivos vinculados al desarrollo podían ser fácilmente reconocibles a nivel del colectivo social (Luzzi, 2012).

La década de los 90’ marcó una pausa prolongada en relación al fenómeno inflacionario. Tras la implementación del Plan de Convertibilidad, se logró controlar los precios y la estabilidad monetaria fue la marca distintiva de aquellos años. No obstante, los elevados costos sociales y económicos que afectaron a amplios sectores de la población no tardaron en hacerse notar. Los 90’ también supusieron transformaciones en relación al ahorro y al vínculo del sistema bancario con las economías domésticas. Si, como dijimos, en la década anterior habían sido las empresas las que habían traccionado el ahorro privado, en la década del 90’, “la tasa de ahorro de las familias es muy similar a la que caracteriza al sector privado en su conjunto” (FIEL, 2006: .43). En palabras de D’avella (2012),

Junto con la estabilidad de los precios, los argentinos se fueron integrando cada vez más al sector bancario, a través de cuentas y plazos fijos en dólares, y préstamos estimulados por las tasas de interés estables. El rico campo monetario de la híper se transformó en un campo a la vez menos diverso y menos institucionalizado dado su fuerte vínculo con el dólar (p.133).

Como apunta Luzzi (2012), se trató de un período en el “que muchos individuos entran en contacto por primera vez con la institución bancaria.” (p.73). Esto último estuvo asociado en parte al hecho de que, a partir de 1994, desde el Poder Ejecutivo Nacional se ordenó el pago de los salarios a través de depósitos en cuentas bancarias para los trabajadores registrados de la economía. Un indicador de esta evolución fueron los depósitos que a lo largo de la década pasaron de representar un 2% del PBI a superar el 30% (Luzzi y Wilkis, 2018). Para entonces, ya habían desaparecido o abandonado sus funciones las instituciones que habían canalizado los ahorros de los sectores sociales de menores ingresos. La CNAP, que se había convertido en la Caja Nacional de Ahorro y

Seguro en 1973, fue privatizada en 1994 y sus funciones se orientaron exclusivamente a la comercialización de pólizas de seguros.

La crisis de 2001-2002, y las medidas⁸⁶ adoptadas para frenar la caída masiva de los depósitos bancarios que tuvo lugar, afectaron profundamente la relación entre los bancos y sus clientes, principalmente los particulares, e implicaron un freno y un retroceso en el proceso de bancarización mencionado antes. Como muestra el trabajo de Luzzi (2012), el cuestionamiento al sistema bancario se volvió el foco principal de las protestas de los ahorristas que tuvieron lugar durante los acontecimientos. Allí, los bancos fueron acusados, entre otras cosas, de “traicionar” la confianza otorgada por los depositantes, en su mayoría pertenecientes a las capas sociales medias, en su rol de garantes y protectores de los valores depositados. Los sucesos acaecidos durante la crisis condicionaron por largo tiempo las prácticas de ahorro de los hogares. No sólo porque las condiciones socio-económicas generadas llevaron a que muchos perdieran su capacidad de ahorro, sino también porque la materialidad de dichas prácticas se vio nuevamente alterada.

Pasada la crisis, y al compás del crecimiento económico que experimentó el país a partir del año 2003, se recuperó el ahorro nacional tanto público como privado. El incremento del empleo y de las remuneraciones reales favorecieron esto último. Acompañando estos procesos, los depósitos en el sector bancario evolucionaron favorablemente y “en el lustro siguiente (...) pasaron a ubicarse en torno del 23% del PBI” (Luzzi y Wilkis, 2018). Asimismo, D’avella (2012) sostiene que los años posteriores a la crisis estuvieron marcados por un “movimiento de dinero de los bancos a los ladrillos” (p. 128), es decir, hacia el sector inmobiliario, encarnado por pequeños ahorristas argentinos que buscaban mantener sus ahorros fuera del sistema financiero. A este mismo fin sirvió la profundización de la ya conocida e instalada práctica de comprar y guardar dólares debajo del colchón o en cajas de seguridad. Si bien esta modalidad de largo arraigo en los repertorios económicos locales, no había desaparecido durante el avance de la bancarización en los 90’, había fluctuado según las coyunturas específicas en movimientos que, como muestran Luzzi y Wilkis (2019), iban de la

⁸⁶ Entre dichas medidas podemos mencionar al popularmente conocido como “corralito”, que implicó la imposición de un límite al retiro del efectivo depositado en cuentas corrientes, plazos fijos y cajas de ahorro. Dicho límite se estableció en \$250 o U\$250 semanales. A lo que se sumaba la prohibición de realizar transferencias al exterior que sólo exceptuaba al comercio internacional. Otra de las medidas adoptadas fue el “corralón” que supuso la postergación del vencimiento de los plazos fijos. Y, por último, la posterior pesificación de los depósitos bancarios denominados en dólares a un tipo de cambio equivalente a \$1,40 por dólar, menor al del mercado.

ventanilla al colchón y del colchón a la ventanilla⁸⁷. Luego de la crisis, nuevamente “los dólares, mantenidos en efectivo debajo del colchón, se convirtieron en una forma privilegiada de ahorrar que compensaba a la par la inestabilidad del peso y la falta de fe en los bancos.” (D’avella, 2012: 138).

Durante esos años, la inflación volvió a tomar impulso. Si entre 2003, y hasta el año 2007, se ubicó en promedio en valores inferiores al 10% anual -según datos del INDEC-, desde entonces superó el 20% anual, y en 2014 alcanzó un valor superior al 38%⁸⁸. Hacia fines del año 2011, el contexto inflacionario estuvo acompañado por la implementación de una serie de nuevas medidas de fiscalización sobre la compra y venta de divisas, que buscaban contener la demanda de dólares en ascenso. Así nació el “cepo al dólar” que fue modificándose y, por etapas, supuso desde la restricción absoluta de la compra de dólares para ahorro -como ocurrió a partir de mediados de 2012-, hasta su rehabilitación en 2014 para quienes estuvieran habilitados por la AFIP en función de sus ingresos y su patrimonio. Por entonces, “los libros de educación y autoayuda financiera ganaron más y más lugar (...) esas obras abundaban en consejos prácticos sobre las opciones para invertir en un contexto inflacionario y sin acceso a dólares”. (Luzzi y Wilkis, 2019: 233). A la par de la implementación de estas medidas de control en la posconvertibilidad, “se entretejieron y articularon nuevas estrategias ilegales relativas al intercambio de divisas, en la forma de un mercado ilegal” (Sánchez, 2013: 142). Entre la multiplicidad de agentes que participaban del mercado del “blue” se encontraban también los pequeños ahorristas que buscaban “evadir los controles en torno a los límites para la compra de divisas y el pago de impuestos diversos” (p. 143)

La llegada de Mauricio Macri a la presidencia en 2015 se inauguró con el fin (temporario) del famoso “cepo”, que constituyó una de sus principales promesas de campaña. Esto suponía habilitar a los ahorristas a adquirir hasta dos millones de dólares

⁸⁷ De acuerdo con los autores, durante la vigencia de la convertibilidad la evolución de los depósitos bancarios había reemplazado a la del tipo de cambio como termómetro de la economía. Y en estos movimientos no solo participaban las empresas y los grandes inversores, sino también los “pequeños ahorristas” (personas y hogares) transformados en clientes del sistema financiero y cuyos comportamientos económicos adquirirían cada vez mayor importancia.

⁸⁸ En el año 2007, tras el fuerte cuestionamiento a la legitimidad de los datos arrojados por el IPC producido por el INDEC -cuyos resultados distaban considerablemente de los que arrojaban otros entes públicos y privados- se ponen en funcionamiento estos dos índices, el IPC siete provincias y el IPC Congreso, conformados por organismos públicos provinciales y también consultoras privadas -en el caso del segundo- encargados de medir la inflación a nivel nacional. En el mes de marzo de 2018 el IPC Congreso dejó de producir datos propios y volvió a basar sus mediciones en las estadísticas producidas por el INDEC.

mensuales. A partir de entonces, la política económica en relación a la inflación se orientó al establecimiento de metas para los aumentos de precios que debieron ser constantemente revisadas. Así, mientras el 2018 se inauguró con una la “expectativa” oficial de que la inflación alcanzaría un techo del 15% anual, el valor de cierre fue del 47,6% (INDEC, 2018). Por su parte, el año 2019 superó estos valores arrojando el nivel de inflación más elevado de los últimos 28 años, que fue de 53,8% (INDEC, 2019). Tomados en conjunto los años transcurridos entre 2016 y 2019, en los que se desplegó el propio trabajo de campo, arrojaron una tasa de inflación promedio que se ubicó por encima del 40%. El incremento de las tasas de interés y la introducción de instrumentos de inversión como las Letras del Banco Central (LEBAC) principalmente y luego también las Letras del Tesoro Nacional (LETES), buscaron captar los ahorros en pesos y dólares respectivamente y contrarrestar la embestida inflacionaria que siguió su curso ascendente. Finalmente, en un contexto de fuertes pérdidas de reservas, septiembre de 2019 fue el mes de la vuelta del cepo cambiario. En principio el límite de compra de US\$10.000 mensuales, suponía que los pequeños ahorristas no serían alcanzados por las medidas. No obstante, hacia fines de octubre, luego de la derrota electoral que consagró a Alberto Fernández como el nuevo presidente electo, la medida restrictiva se endureció y los límites a la compra de dólares para ahorro se establecieron en US\$200 mensuales.

Como ha quedado de manifiesto hasta aquí, a lo largo de la historia argentina, la inflación es uno de los fenómenos que ha actuado como condicionante, otorgando características específicas a las prácticas de ahorro. Recomponer de manera muy breve la evolución y las modalidades que ha adoptado el ahorro público y privado en el país proveen un marco de referencia macro necesario para comprender el rol y los efectos que ha tenido durante largas décadas y con variadas intensidades, la presencia de la inflación. De aquí en adelante, el análisis estará centrado en indagar el nexo entre la inflación y las prácticas de ahorro cotidianas a partir de las modalidades que estas asumen en los hogares consultados. Dichas prácticas y su reconstrucción empírica son un espacio privilegiado para comprender cómo las economías domésticas se relacionan con la presencia de este fenómeno.

La “realidad”, la materialidad de los ahorros y múltiples modos de dialogar con la inflación

Es posible advertir diferentes situaciones en relación a las prácticas de ahorro de los hogares consultados. Entre ellas se encuentran quienes sostienen que no poseen o han perdido la posibilidad de ahorrar, al mismo tiempo que no cuentan en su haber con reservas de dinero u otros bienes que cumplan dicho rol. También hogares que recientemente no han podido incrementar sus ahorros pero que conservan un “patrimonio” etiquetado como tal; incluidos quienes han debido sustraer parte para solventar ciertos gastos para los que originalmente no estaban asignados dichos fondos -como es el caso de ciertos consumos corrientes-. Por último, están quienes afirman poseer la capacidad de reservar una parte de dinero a modo de ahorro⁸⁹. Para todos los casos encontramos hogares de sectores medios y de sectores populares que podrían incluirse dentro de las diferentes situaciones planteadas. Lo que presenta diferencias significativas es el modo en que las prácticas de ahorro se materializan -considerando que no todos encuentran disponibles las mismas alternativas-, las lógicas que las rigen y los significados que las sustentan.

Marcar, apartar y guardar (cuando se puede) dinero en pesos y en efectivo

¿Pueden ahorrar algo? le pregunto a Zulema, a lo que me responde con un “No” rotundo que no deja lugar a dudas. Para ese momento, su madre se había levantado de la siesta y se había sentado junto a nosotras en la mesa de la cocina. Sus intervenciones en la conversación fueron muy acotadas, con apenas algunos comentarios con tono irónico de fondo. Los mismos daban cuenta de cierta incomodidad en torno de las preguntas y, también, de la soltura con la que Zulema ahondaba en detalles sobre la intimidad de la economía doméstica; lo que la llevó incluso a abrir la heladera y las alacenas para mostrarme algunos productos mientras charlábamos sobre las compras. ¡Te falta contarle de qué color tenés la bombacha! fue la reacción de Marta a este gesto de Zulema. Y en torno a la pregunta por el ahorro remató entre risas: “¿ahorrar? ¿qué vas a

⁸⁹ Si consideramos cada una de estas situaciones en términos porcentuales, del total de hogares consultados (50), el 38% se encuentran entre quienes no poseen ahorros ni capacidad de ahorro. Sólo el 8% representan el caso de quienes no ahorran actualmente pero conservan parte de sus ahorros. La sumatoria de ambos evidencia entonces que el 46% de los hogares consultados se encuentra dentro del grupo de quienes no poseen capacidad de ahorro actualmente. Por último el 54% de los hogares restantes se han incluido en el grupo de quienes ahorran, entre los que se incluyen una gran heterogeneidad de situaciones y prácticas como se evidencia a lo largo de este capítulo.

ahorrar? ¡imposible! Entonces volví a insistir sobre el tema: ¿Y en algún momento podían ahorrar? les pregunto a ambas:

Sí, en algún momento ahorrabas. Por ahí una vez que pagabas las cuentas y todo, capaz que me quedaban \$500 o \$1000 que uno podía ahorrar y no, ahora no, es más, no te alcanza...desde hace un año, cuando se desbordó todo eso. Un año, yo hace un año atrás algo guardaba...Encima las cosas aumentan y a nosotros no nos aumentan y ahí está el tema de ahora, van a paritarias y no llegan a un acuerdo, nos quieren aumentar un porcentaje que no es lo que la inflación, que aumentó ¿cuánto...? Es terrible, no te ponés nunca al día. (Zulema, 51 años, auxiliar de limpieza. Febrero de 2019)

En el hogar de Zulema no hay excedente al que ponerle la etiqueta de ahorro. Su salario, el dinero del alquiler del galpón que heredaron de su padre, y la jubilación de Marta se hallan distribuidos entre los diferentes gastos domésticos que no siempre alcanzan a cubrir. De acuerdo con su relato, no solo el salario y la jubilación han quedado desfasados en su relación con la inflación, sino también la renta que obtienen del galpón. Me cuenta que, hasta hace un tiempo, esos \$8000 bastaban para cubrir el gasto mensual del supermercado e incluso reservar una parte. Pero, el último año, han tenido que utilizar otros dineros para saldar la diferencia que ronda los \$2000 y algo más. El temor a perder a su inquilino actual y a no encontrar otro que cumpla con los pagos, retrasan la decisión de Zulema de aumentarle el precio. Es por eso que se empeña en generar nuevas fuentes de ingresos. A la venta de productos de limpieza sueltos a la que se dedica hace unos tres años, recientemente incorporó la preparación de comidas y viandas por encargo. Incluso antes de haberse generado, sobre la base de estos ingresos se proyectan ciertos gastos y se los suma a la distribución minuciosa de los gastos.

Yo hago las vianditas y digo: bueno, ahorré \$300, dos vianditas vendí, tengo \$300 en este momento Valeria se está preparando para dar física y va a particular y le cobra \$300 la hora, osea que son \$600 la semana, tengo que generar algo como para cubrir eso. (Zulema, 51 años, auxiliar de limpieza. Febrero de 2019)

Aquí, como en muchos otros hogares, la imposibilidad de ahorrar aparece asociada directamente al aumento de la inflación y al rezago de los ingresos. “Ahora en este momento no podemos” me dice Eugenia cuando nos reunimos por primera vez en enero de 2018. “Antes sí...antes sí, pero lo mínimo, \$300, \$400. Ahora nada, ni esos \$300, \$500. O decir, no sé, antes salíamos a cenar y ahora muy poco. ¿Y cuándo te parece que cambió eso?, le pregunto:

Y hará tres, cuatro años atrás, desde que empezó a subir todo, todo, todo, es como que trabajas solo para pagar las cosas, la comida, pagas más de impuestos, pagás más de patente, pagás más de luz, de gas, de nafta, ya para subirte al auto es un lujo o tener internet, tener canal. (Eugenia, 40 años, docente de primaria. Primer encuentro, enero de 2018).

Eugenia tiene 40 años, es docente de primaria y su marido tiene un negocio de venta de baterías para autos. Tienen dos hijos, la menor vive con ellos y el mayor hace un año que vive y estudia una carrera universitaria en La Plata. Cuando nos reunimos en enero de 2019, un año después de nuestro primer encuentro, la temática de los ahorros surgió inmediatamente. Fue Eugenia quien la trajo a la conversación mientras relataba sus planes frustrados de hacer arreglos en el techo de su casa. Ese año había duplicado sus horas de trabajo planeando generar ingresos extras que le permitieran ahorrar algo de dinero y llevar a cabo estas reformas: “Agarré dos cargos y no pude, ¡no pude!, ¡no pude ni siquiera ahorrar con dos cargos! Ganando el doble no pude ni siquiera ahorrar...yo decía: bueno ahora sí voy a poder y no pude ahorrar” insistía. El hogar de Eugenia es uno de los tantos que aún conservan un dinero ahorrado, pero que ya no disponen del margen para incrementar esos ahorros. El plazo fijo en el que desde hace años colocaban las sumas de dinero que restaban al cumplimiento de las obligaciones domésticas, estaba destinado a cubrir cualquier gasto imprevisto que pudiese surgir. Ese mismo año, me cuenta que había tenido que retirar algo de ese dinero para mudar a su hijo de departamento en La Plata. La mudanza sumada al nuevo alquiler -más dispendioso que el anterior- y los costos de sostener dos hogares en funcionamiento tenían un peso muy significativo en el presupuesto del hogar de Eugenia. A la par de estos cambios, habían decidido dejar de pagar un Plan Ahorro de un auto cuyo valor se había duplicado en pocos meses y que, frente al nuevo esquema de gastos, resultaba insostenible.

Tanto en el caso de Zulema como en el de Eugenia, la “capacidad” de ahorro -de la que solían disponer- remitía al hecho de separar sumas de dinero variables del flujo de los gastos domésticos, luego de haber cumplido con las obligaciones mensuales. Si en ambos casos la lógica práctica es compartida, las formas materiales que adoptan los ahorros, en vínculo directo con las temporalidades sobre las que los mismos se proyectan, nos permiten rastrear las especificidades que asumen estas prácticas entre los sectores medios y los sectores populares. Como señala D’avella (2012), las materialidades de los ahorros son *expresión de las diferentes capacidades de circular*

que poseen los dineros u objetos etiquetados como tales. Esas diferencias, suponen grados de separación mayores o menores respecto del dinero en efectivo y en pesos utilizado como medio de pago y de cambio en la mayoría de las transacciones. En torno de este punto surgen diferencias significativas en los modos en que hogares con características socioeconómicas disímiles piensan y moldean sus prácticas de ahorro.

Las sumas conservadas en pesos y en el hogar a las que hace referencia Zulema, constituyen un excedente devenido ahorro en el marco de temporalidades acotadas, dado que basta el surgimiento de un gasto no previsto en el corto plazo para que ese ahorro se desvanezca y el conteo vuelva a cero. Estas prácticas aparecen asociadas a una lógica de “separar”, “apartar”, “guardar” dinero en pesos y en efectivo, que se repite casi exclusivamente entre los hogares de sectores populares consultados. Como señala Roig (2015) en un trabajo en el que documenta prácticas de ahorro no monetario en sectores populares, el gesto material y corporal de la separación implica que un determinado bien “se ahorra de su destrucción poniéndolo aparte” (p. 197). En los casos analizados dicho proceso de separación involucra la marcación nominal del dinero al que se le coloca la categoría de ahorro, y también su separación física tras asignarle un lugar específico para su resguardo (y en algunos casos, un propósito definido de antemano para su uso). El modo en que estos dineros se apartan responde a modalidades de las más heterogéneas que incluyen desde confinarlos a espacios específicos, ocultar su existencia a otros miembros de la familia o incluso darlos en “custodia” a personas ajenas al hogar.

Yo tengo siempre \$2000 o \$3000 guardaditos. No me preguntes dónde, los tengo guardados y él no lo sabe (*aprovecha a contarme esto durante unos minutos que su marido se va al patio, baja la voz*). Ahora hay que hacer un arreglo en el auto que sale \$10.000. Yo tengo \$5000 para ayudarlo, él sabe siempre que algo hay... porque yo no tengo nada, pero de a poquito voy juntando. (Lucrecia, 60 años, empleada doméstica. Primer encuentro, enero de 2018)

Dado que estos dineros ahorrados deben estar permanentemente disponibles, resulta lógico mantenerlos en efectivo y, en cierta medida, a la mano. Si su uso futuro puede tener lugar en un corto e imprevisible plazo, lo que se busca conservar es el dinero mismo, su materialidad. Motivo por el cual, el gesto de separarlo busca evitar su gasto en el marco de presupuestos donde las necesidades suelen ubicarse por encima de los recursos disponibles para cubrirlas. En mi encuentro con Aldana ella sostiene que actualmente ahorrar le resulta imposible. “Para ahorrar ahora tendría que dejar de

comer, todo no se puede”, me dice. Sin embargo, la estrategia que ha utilizado en otras oportunidades es la de mantener el dinero fuera de su alcance inmediato:

Ahora no porque se ha complicado un montón (...) Pero yo en realidad cuando puedo junto, pero se los doy a mi amiga de la ferretería. Porque yo soy un desastre, yo con la plata, soy un desastre, no puedo tener plata en mi billetera, me la gasto, a veces en cosas para comer, a veces en alguna boludes o un gusto que no está tan mal, pero hay más prioridades de cosas para hacer. Y se la doy a ella y ella me la tiene en una caja de zapatos en el ropero, pero todo anotado, tanto le di yo, tanto me dio a mí en tal fecha y firmo. Si yo retiro \$500 lo mismo: Aldana retiró \$500 el 2/5 y me hace firmar. (Aldana, 30 años, ordenanza municipal y empleada doméstica. Enero de 2019)

Este mecanismo que ha implementado Aldana le permitía contar un dinero líquido disponible, pero no lo suficientemente a la mano como para gastarlo de no considerarlo del todo necesario. Los grados de separación que median entre ella y su dinero son vitales en el intento por conservarlo. Asimismo, su experiencia es interesante porque evidencia una particularidad que ha caracterizado históricamente las prácticas de ahorro de los hogares en general y de los de sectores populares en particular, que tiene que ver con el hecho de que estas discurren en su mayoría por fuera del sistema financiero. En el hogar de Aldana cuentan con dos cajas de ahorro bancarias, una a través de la cual ella percibe su salario como empleada municipal y otra en la que su marido cobra una pensión por discapacidad. No obstante, la utilización que realizan de los servicios ofrecidos por estas instituciones se limita a extraer el dinero percibido a través de los cajeros automáticos y al uso de ciertos instrumentos crediticios. Así, si en determinadas oportunidades, una parte del dinero disponible pudo haber sido guardado y etiquetado como ahorro, el lugar escogido para su conservación ha sido una caja de zapatos en el placard de la casa de su amiga. Esta es capaz de cumplir funciones similares a las de una caja de ahorros, en cuanto a la “menor materialidad, cercanía y contacto [con el dinero]” (Figueiro, 2010: 418), que se consideran necesarios para autolimitar el gasto. Y, en este caso, supone también la presencia de otras barreras morales que recaen sobre el dinero ahorrado. La amiga a la que Aldana hace referencia es además una de sus empleadoras, quien no solo se ha encargado de preservar el efectivo que en ciertas oportunidades se le ha entregado en guarda, sino que también emite valoraciones respecto de los modos en que “debe” ser gastado el dinero en un hogar como el de Aldana.

Mi hijo quiere una de esas bicicletas de ahora, esas bicicletas mountain bike o algo así que sale como \$22.000 y yo le dije a mi jefa, la de la ferretería. Y ella me dice: si vos le compras esa bicicleta a tu hijo con todas las prioridades que tenés, yo no te hablo más. Y le digo: ya sé, tenés razón. (Aldana, 30 años, ordenanza municipal y empleada doméstica. Enero de 2019)

En este caso, una vez más son las características socioeconómicas de los hogares las que se ponen en juego al momento de emitir juicios de valor sobre los usos “adecuados” del dinero. Tal como se evidencia en el relato, “las lógicas racionales [expresión de] las obligaciones morales inscritas en los hábitos de previsión de las clases medias” (Figueiro, 2013, p.82), someten a escrutinio el dinero en este caso de los sectores populares. Al mismo tiempo, es la propia Aldana la que reproduce un discurso similar, al sostener que en ciertas ocasiones ha sido su comportamiento “desastroso” para con el dinero el que le ha impedido ordenar sus gastos en función de lo que considera como “prioridades”.

Además de los condicionamientos objetivos que pesan las prácticas de ahorro de estos hogares de los sectores populares, la movilización de determinados sentidos sociales respecto de su dinero y del funcionamiento de los bancos operan también reforzando las características que adoptan dichas prácticas de ahorro. Griselda también separa y guarda dinero en efectivo en su casa, pensando en la posibilidad de que se presente algún gasto imprevisto. A sus 59 años no ha operado nunca como clienta de un banco, dado que sus ingresos los ha percibido siempre “en negro”. Al consultarle si les era posible guardar parte del dinero que ingresa al hogar, me dice:

Y yo por ahí ya te digo, yo cuando puedo con lo de las tortas voy guardando pero tampoco es la locura de plata que puedo tener (...)

E: ¿Y eso que vas guardando, cómo lo guardas?

G: La tengo acá en casa nomás (risas). Es poco, así que no la llevo al banco, voy separando.

E: ¿Y alguna vez ahorraste de otra manera?

G: No.

E: ¿Por qué?

G: No, porque nunca llegué me parece...no, no sé nunca, no porque nunca tuve tanto dinero como para poner en el banco y no, porque creo que tenés que tener una x plata para sacar, para poner, me parece, así que tampoco no sé... o una caja de ahorro, no sé cómo es el tema. (Griselda, 59 años, cuidadora de adultos mayores a domicilio. Enero de 2019).

Su discurso subraya elementos que se repiten entre hogares de características socioeconómicas similares. Por un lado, la idea de que colocar dinero en el banco supone disponer de cantidades que exceden las posibilidades de ahorro de su economía doméstica. Así, si el dinero “es poco”, se considera que no amerita o incluso no es viable conservarlo dentro del sistema bancario. Por el otro, está presente la ajenidad respecto del funcionamiento de ciertos instrumentos asociados al ahorro en el sistema bancario. En este sentido, la utilización de instrumentos de tales características supondría la necesidad de tener que involucrarse en el conocimiento de las lógicas y reglas de funcionamiento de este sistema y adecuar a ello expectativas, representaciones y “necesidades” asociadas a tales prácticas de ahorro.

Como vemos hasta aquí toda referencia a la protección del valor del dinero que configuraría la “racionalidad” propia de los contextos inflacionarios y que implicaría la búsqueda de instrumentos de ahorro tendientes a contrarrestar la pérdida de dicho valor, no se hace presente entre las voces citadas. Y ello tiene que ver, en parte, con los destinos y las temporalidades que se proyectan sobre estos dineros etiquetados como ahorros. Como he mencionado antes, las sumas que se apartan ocasionalmente del flujo de los gastos corrientes están pensadas para emplearse en un futuro próximo con propósitos previamente definidos o para cubrir cualquier gasto no contemplado dentro de los presupuestos. No se trata así de prácticas de atesoramiento progresivas que se proyecten sobre un mediano o largo plazo. Asimismo, la precariedad de los ingresos y el empleo, así como los desajustes presupuestarios asociados a los aumentos del costo de vida ejercen influencia en este sentido. Por ello, el efectivo líquido y a disponibilidad es la modalidad que mejor parece adecuarse al funcionamiento de estos hogares.

En ese sentido, estrategias de ahorro como la compra de moneda extranjera o la colocación del dinero en plazo fijo que, como veremos, priman entre los hogares de sectores medios, no solo discurren en circuitos que no siempre son cercanos a los sectores populares, sino que también suponen grados de separación temporal, espacial y/o material con el dinero que no son compatibles con los fines que recaen sobre el dinero separado. “Siempre en mi casa, en efectivo. No me gustan los bancos, prefiero tenerla en casa. Aparte si la necesito de urgencia me tengo que ir al banco, sacarla...prefiero tenerla ahí”, señala Fiorella (28 años, empleada en una panadería. Octubre de 2019) sintetizando estas ideas.

No siempre lo que se ahorra es dinero: prácticas de ahorro no monetarias

En el hogar de Lorena (37 años) también operan lógicas similares a las descritas antes. “A veces apartamos algo (...) Siempre tenemos algo guardado, no mucho, poquito” me dice durante el encuentro que mantuvimos en enero de 2018. Ella trabaja como empleada doméstica en un domicilio particular en el que está, además, al cuidado de un matrimonio de adultos mayores. Su esposo trabaja “en negro” haciendo arreglos en el asfalto para una empresa constructora que presta servicios al municipio local. También hace trabajos de albañilería por cuenta propia y otras “changas” como cortar el pasto y vender leña. Tienen cuatro hijos y desde hace trece años viven en una casa propia en un barrio de bajos recursos conocido como La Fachada⁹⁰. Se trata de uno de los barrios más alejados de la planta urbana, ubicado en uno de los accesos a la ciudad, a aproximadamente cinco kilómetros de la zona céntrica. Con calles de tierra y sin acceso a servicios básicos como el gas natural y la red cloacal, residen en él alrededor de 30 familias. Más allá de los límites del barrio se extiende la zona rural.

En el hogar de Lorena cuentan con una única cuenta bancaria a través de la cual ella cobra la AUH. Considerando⁹¹ que podía quedar exceptuada de la percepción de este beneficio, ella le pidió a sus empleadores continuar trabajando de forma no registrada, por lo que semanalmente recibe su salario en efectivo. Cuando le pregunto por el modo en que guardan ese dinero que suelen “apartar”, ella me dice: “Lo guardamos en mi casa, sí, porque no es mucho. No es como para ir y llevarlo al banco”. En su hogar no cuentan con instrumentos de ahorro bancarios. Asimismo, el efectivo que separan no proviene del único dinero bancarizado que les ingresa -el de la AUH-, sino de algún resto del pago semanal que recibe Lorena, cuyo escaso volumen parece volverlo incompatible con otra forma de conservación. Esas pequeñas sumas, disponibles y a la mano se combinan, además, con otras prácticas que cumplen funciones análogas a las de la reserva futura, pero cuya materialidad dista de las distintas formas de ahorro monetario que hemos descrito hasta acá. Carlos, su marido, tiene un pequeño lote de terneros -tres o cuatro dependiendo del momento del año- que cría y luego vende:

⁹⁰ El nombre del barrio es ficticio.

⁹¹ De forma contraria a la creencia ampliamente extendida, la Ley de Asignaciones Familiares n° 24.714 establece la compatibilidad del empleo doméstico registrado con la percepción de la AUH, así como también de la Asignación por embarazo para protección social y la Asignación por Maternidad. Disponible en: <https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/ley-24714-39880/texto>

En un cuadro que hay enfrente de mi casa él tiene unos animales. Los cría y después los vende. Cruzamos la ruta, que tenemos un permiso y los tiene ahí. Y si no de noche los guarda en mi casa, al lado que hay otro terreno baldío. Con eso este año compramos un autito, no uno bueno, pero un autito aunque sea. (Lorena, 37 años, empleada doméstica y cuidadora de adultos mayores a domicilio. Enero de 2018).

La asociación entre el dinero apartado y la cría de animales aparece de manera espontánea en el relato de Lorena cuando conversamos sobre los ahorros. Ambas modalidades son incluidas en su discurso como parte de dichas prácticas. Si, como ocurre en muchos casos, una de las finalidades atribuidas al ahorro es obtener los recursos necesarios para acceder a un bien costoso para el presupuesto familiar -como es el caso de la compra de un auto-, ello se logra a partir de conservar un capital que será convertido en dinero al momento de utilizarlo.

Lógicas análogas que implican “solidifica[r] el dinero, transformándolo en cosas” (Roig, 2015: 204), se repiten en muchos otros hogares en los que, lo que no se ahorra en “plata”, se guarda convertido en bienes materiales a partir de la intermediación de un proceso de consumo. Muchas veces se trata de bienes funcionales a ciertas necesidades que los hogares anticipan en el corto, mediano o incluso en el largo plazo. Un ejemplo es el de Aldana que, con marcada antelación, acopia los útiles escolares para el inicio de clases de sus dos hijos. Cuando nos encontramos a principios de 2019, dos meses antes del comienzo del ciclo lectivo, ya tenía algunas cosas guardadas:

Ponele, algún sábado le saco \$500 a mi marido y o me voy al City o me voy a la feria a La Saladita⁹² que también hay cosas y que se yo compro, (...) un sábado compro, no sé, dos carpetas, hasta donde me alcance la plata, compro hasta donde me alcance, otro sábado compro, no sé, lápices de colores y así porque si no la compro así. Nunca creo que, desde que Tobías va a la escuela, [*en referencia a su hijo de siete años*], nunca la pude comprar de una, de decir: me voy con la lista, mochila, cuadernos, lápices, tijera, no. Siempre hice así. (Aldana, 30 años, ordenanza municipal y empleada doméstica. Enero de 2019)

Esta estrategia le permite ir compartimentando un gasto que resultaría muy oneroso en caso de tener que realizarlo de una vez. Y, al mismo tiempo, disipa el riesgo de que el dinero en efectivo sea absorbido por otros consumos y no pueda conservarse

⁹² La Saladita es el nombre con el que se conoce a un espacio ferial que funcionó en Bolívar desde el año 2016, emplazado en uno de los accesos de la ciudad, sobre la ruta nacional 226. En él se comercializaban artículos a bajo costo, principalmente de indumentaria, provenientes de La Feria La Salada ubicada en Lomas de Zamora.

como tal hasta el momento de realizar la compra. Si para Aldana la “plata en mano” siempre está sujeta a la posibilidad de ser gastada, tanto el hecho de guardarla fuera de su casa, como de transformarla en bienes considerados “necesarios”, abonan a la finalidad de que esta no se “diluya”. En el hogar de Zulema recientemente habían empleado una estrategia similar con motivo del festejo del cumpleaños de 15 de su hija:

Empezamos un año antes a comprar. Comprábamos las bebidas en Día, viste que había ofertas de gaseosas 3x2, y de bebidas, así que de a poquito íbamos comprando, empezamos a pagar el club, a pagar la decoradora, a pagar a la que le hizo el vestido, no, de a poco. Del sueldo íbamos sacando, íbamos por cuotas \$1000 allá, \$1000 acá, \$1000 el club y decí que nos respetaron los precios. (Zulema, 51 años, auxiliar de limpieza. Febrero de 2019)

Estas modalidades, pensadas con el fin de adaptar gastos específicos a los recursos disponibles y bajo formas y temporalidades que resultan funcionales a los hogares, pueden ser destacadas también en su utilidad práctica para contrarrestar los efectos inflacionarios sobre los costos de los productos o servicios; aunque este aspecto no aparezca siempre destacado en los discursos. Un ejemplo al que es posible hacer referencia acá es al hogar de Agustina y Manuel. Como mencionamos en el capítulo sobre las prácticas de crédito, ellos habían optado por ir comprando los bienes que necesitaban para equipar la nueva vivienda -en proceso de construcción- antes de concretar la obra y utilizando los planes de financiación que ofrecía un comercio de venta de artículos para el hogar del que Agustina era cliente. Ello les había permitido ajustar las compras a la disponibilidad de dinero y a la capacidad de pago con la que contaban en el hogar, evitar que el dinero fuese absorbido por el consumo cotidiano, pero también protegerse de los futuros aumentos de precios de los productos.

El recurso de transformar de manera anticipada el dinero en cosas, emerge con asiduidad cuando se trata de la adquisición de bienes o el desarrollo de proyectos que al ser costosos requieren de la puesta en práctica de ciertas estrategias. En el hogar de Angélica, las modalidades de ahorro son de las más variadas. A una suma fija de dólares conservados en una caja de seguridad, que habían recibido ella y sus hijos con motivo de una herencia unos cinco años atrás, se sumaba un plazo fijo en el que, desde hacía unos meses, Angélica colocaba el dinero que le sobraba del cobro del alquiler de unas hectáreas de campo que eran su ingreso principal. Asimismo, ella contaba con su jubilación como docente, con la que mes a mes compraba “algunos euros”, con la finalidad de visitar al mayor de sus hijos que vive fuera del país. A estos ingresos se

suma en diferentes momentos del año, asociados a las épocas de cosecha, un dinero que ella definía como “extra” y que había comenzado a convertir en materiales de construcción (principalmente ladrillos). La calificación de ese dinero como “extra” tenía que ver con el hecho de que el mismo no era contabilizado como parte del presupuesto doméstico cotidiano y por ende no estaba destinado a utilizarse en gastos corrientes. Por su parte, los ladrillos comprados permanecían “a cuenta” en favor de Angélica en el corralón de materiales, hasta el momento en que pudiera comenzar a concretar su proyecto de construir una quinta en un terreno que había comprado años atrás, con parte del dinero que había recibido por herencia.

Cada una de estas modalidades que integraban sus prácticas de ahorro tenían su razón de ser en el rol que se les había asignado y en la temporalidad específica a la que respondían. Mientras los dólares compartidos con sus hijos eran una reserva de largo plazo sin una finalidad específica, los pesos que ella colocaba en plazo fijo estaban disponibles para responder a cualquier gasto imprevisto que puede surgir en el corto plazo; y el dinero de su jubilación -convertido en euros- destinado a visitar a su hijo fuera del país. Finalmente, los cheques provenientes de las hectáreas de campo que alquilaba para siembra, eran transformados en materiales que operaban para ella como una doble garantía:

Cuando pueda empezar a construir, que todavía falta, voy a tener por lo menos una parte de los materiales. Si no hago así, de ir comprando, no los compro nunca más porque los materiales es terrible lo que aumentan continuamente. Y la plata, bueno ya sabemos lo que pasa que se desvaloriza, no podés esperar a juntar para comprar. Aparte pienso que, sí en el peor de los casos, no puedo hacer nada, si no llegara a poder construir nada, los materiales siempre se pueden vender y van a seguir valiendo. (Angélica, 60 años, jubilada y propietaria rural. Primer encuentro, diciembre de 2017).

Si la opción entre juntar el dinero y luego comprar estaba atravesada por la inevitable pérdida de valor del dinero, la adquisición anticipada de los materiales permitía, por un lado, adelantarse a su encarecimiento y, por el otro, operaba como un reserva de valor bajo la idea de que se trata de bienes que, como dice Angélica: “se pueden vender y van a seguir valiendo”. Esta idea estaba apoyada en otro supuesto, ampliamente extendido entre las personas entrevistadas que sostenía que “los precios una vez que suben, nunca más bajan”.

Los ejemplos citados son otro espacio en el que las estrategias de consumo/ahorro que llevan a cabo los hogares se intersectan. Allí donde se busca concretar un objetivo específico y donde las prácticas de ahorro monetarias parecen perder eficacia, ya sea por la posibilidad de que el dinero líquido sea fácilmente absorbido por las necesidades cotidianas o porque los aumentos en los precios dificulten el proceso de ahorrar primero el dinero para luego comprar, la conversión anticipada de dicho dinero en bienes y/o la conservación de ciertos bienes que, de ser necesario, luego podrán transformarse en dinero, cumple la función del ahorro. Es en torno de estas modalidades de “ahorro no monetario” donde las prácticas de los sectores medios y los sectores populares se encuentran en sus formas y, en algunos casos, en las lógicas sobre las que se asientan.

Asimismo, si bien no en todos los casos estas prácticas son pensadas en diálogo con la presencia de la inflación, muchas de ellas parecen adaptarse a la convivencia con este fenómeno. En este sentido, si como vimos en el capítulo sobre las compras, en el contexto de inflación sostenida que analizamos no encontramos un paralelismo en la gestión de los bienes de consumo cotidiano con lo que documentaron Sigal y Kessler (1997) para los años de “las hiper”-, sí vemos que emerge el consumo como modo de ahorro, asociado a estrategias para la adquisición de bienes que exceden los presupuestos ordinarios de los hogares.

Los dólares porque son dólares y los plazos fijos en la mano. Los sectores medios entre “proteger” el dinero y tenerlo disponible

Tanto para el caso de los hogares de sectores populares y de sectores medios hay significados, modalidades y funciones atribuidas a los ahorros que se repiten. Entre ellas, el hecho de que se espera que estos fondos sirvan, entre otras cosas, para responder a eventualidades y/o gastos imprevistos que puedan presentarse a las economías domésticas. Así, ya sea en el corto, mediano o largo plazo, los ahorros representan una reserva para un futuro y, para algunos, un seguro frente al mismo. En algunos casos, esto también está pensado en función de costear consumos o acontecimientos que marcan las biografías económicas de las personas y de los hogares (las vacaciones, la adquisición de la vivienda propia, el auto, los estudios de los hijos, determinados festejos, e incluso posibles situaciones de enfermedad, entre otros). Así, puede tratarse de fondos cuyo destino ha sido previamente definido, o que permanecen

allí esperando que se origine una situación en la que requieran o ameriten ser empleados.

Sin embargo, hay lógicas específicas que permiten distinguir estas prácticas en uno y otro caso. Para la mayoría de los hogares de sectores medios, el proceso de separación que rige las modalidades del ahorro monetarios no implica únicamente la distinción de una determinada cantidad de dinero que permanece cualitativamente igual a sí misma y a disposición para ser movilizada de forma inmediata en caso de que se requiera. Hay otros procesos que median entre la posesión de dicho dinero y su conversión en ahorro. De modo que las sumas que al cabo del mes alguien puede conservar en la mesa de luz o como saldo de su cuenta sueldo, rara vez aparecen contabilizadas de forma inmediata como ahorro. En el relato de Ema es muy clara esta distinción. Ella señala que en su hogar lo habitual era disponer de un excedente de dinero en efectivo, proveniente de la atención de pacientes particulares en su consultorio y que era destinado a emplearse en cualquier gasto o consumo eventual que pudiera presentarse. Dicha “reserva” no era contabilizada como parte constitutiva de los ahorros domésticos, sino como un dinero a disponibilidad. “Yo necesitaba plata e iba a un cajón donde la guardaba y la tenía para cualquier cosa” señala, cuando nos reunimos en febrero de 2018.

Esa diferencia en apariencia sutil que se desprende de la conversación, es el puntapié para reconstruir las variadas lógicas sobre las que descansan las prácticas de ahorro de los sectores medios. El hecho de que Ema distinga la “reserva disponible” de los ahorros, tiene que ver con las finalidades específicas que se le otorgan a esos dineros, con sus diferencias cualitativas y cuantitativas, así como también con las temporalidades sobre las que se proyectan sus usos. Frente a otros dineros que circulan en las economías domésticas, sobre los ahorros recaen significados que los excluyen, en principio, de ser empleados ante cualquier gasto o eventualidad cotidiana. La posibilidad de emplear otros recursos disponibles (como, por ejemplo, las tarjetas de crédito u otros dineros) aparece como opción antes de considerar echar mano a los ahorros. Tanto si se les ha otorgado un destino específico, como si se ahorra para tener una reserva, es necesario sopesar la relevancia del fin a la hora de decidir sobre su uso⁹³.

Asimismo, las prácticas de ahorro y los ahorros suelen proyectarse a mediano y/o largo plazo, por lo que las modalidades de tenencia que priman entre los hogares

⁹³ El vínculo entre las prácticas y los sentidos del ahorro y la construcción de identidades de clase media en Argentina ha sido abordado en trabajos como el de Luzzi, 2012; Zenobi, 2005.

consultados parecen ser pensadas a la luz de estas consideraciones. Entre ellas se encuentran, los pesos colocados en plazos fijos, el atesoramiento de dólares en su mayoría por fuera del sistema financiero (ya sea en cajas de seguridad o en la propia vivienda) o una combinación de ambas⁹⁴, que suponen una mayor distancia material, física y/o temporal con los dineros atesorados. Dentro del 65% de la totalidad de hogares que sostienen tener ahorros, vemos que el 39% posee al menos una parte de sus ahorros en plazos fijos, mientras que el 42,4% lo hace en dólares. Comprendidos en estos números se encuentran quienes conjugan ambas formas de ahorro -es decir, dólares más plazos fijos- representando un 21%.

He hecho referencia ya a los efectos que la inflación ejerce sobre la capacidad de la moneda para operar como reserva de valor. En este aspecto, el factor tiempo cumple un rol fundamental en tanto el proceso de depreciación que experimenta el dinero se vuelve progresivo a medida que la inflación avanza. Si la finalidad del ahorro es “conservar a futuro” aquello que se ha sustraído del gasto, los contextos inflacionarios podrían ser a priori pensados como escenarios propicios para la proliferación de modalidades de ahorro atravesadas por el imperativo de eludir o mitigar sus efectos sobre el valor. En ese sentido, las sucesivas devaluaciones y los movimientos ascendentes del IPC y del tipo de cambio que marcaron el período considerado, resultarían fundamentales a la hora de considerar como conservar los ahorros.

Si repasamos las estadísticas producidas por el Banco Central de la República Argentina (BCRA) para las opciones de ahorro mencionadas, entre comienzos de 2017 y fines de 2019 los depósitos en plazos fijos representaron un incremento en torno del 265%⁹⁵. Si bien este porcentaje se refiere a la totalidad de los depósitos y no a aquellos vinculados a las prácticas de los particulares, puede tomarse como un indicador del comportamiento de esta variable durante el período. Con respecto a la evolución de las tasas de interés de referencia para los depósitos en plazo fijo a treinta días dirigidos al público minorista, vemos que estas experimentaron variaciones considerables⁹⁶. Durante

⁹⁴ La preponderancia de estas opciones “clásicas” tuvo como contrapartida la ausencia de otros instrumentos financieros que resonaron durante el período estudiado como lo fueron, por ejemplo, las Letras del Banco Central (Lebac) y las Letras del Tesoro Nacional (Letes). Del total de los hogares consultados, sólo en uno de ellos, uno de sus miembros -un chico de 27 años, licenciado en administración- mencionó que invertía parte de sus ahorros en la compra de Lebac poniendo el foco en la rentabilidad que estas ofrecían frente a otros instrumentos como los plazos fijos.

⁹⁵ A comienzos de enero de 2017, los depósitos en plazo fijos eran 697.919, mientras que durante los últimos días de 2019 ese número había ascendido a 1.852.238.

⁹⁶ El aumento de las tasas de interés fue un eje central de la estrategia monetaria implementada por el BCRA durante los años de la gestión de Cambiemos. En el marco de una política de metas de inflación, el objetivo de la suba era controlar el avance de este fenómeno a través de orientar parte del dinero en

gran parte del año 2017 dichas tasas fueron en aumento, pero se ubicaron siempre por debajo del aumento del IPC; el rendimiento más elevado que tuvieron los depósitos fue de 21,63% en el mes de diciembre frente a una inflación interanual que cerró en 24,8%. A partir de entonces, los intereses continuaron incrementándose durante el 2018⁹⁷ y en octubre tocaron su punto más elevado con un 51,87%. El año 2019 no fue la excepción y al compás del incremento de la inflación, en agosto batieron un nuevo récord de 56,73%. No obstante, pese a las tasas elevadas, en promedio los rendimientos asociados al plazo fijo no lograron darle batalla a la inflación. Asimismo, si se considera la evolución del dólar en relación al avance del fenómeno inflacionario, las estadísticas del BCRA muestran que, luego de que durante todo el año 2017 la inflación creciera por encima de la cotización del dólar, esto comenzó a revertirse a partir de febrero de 2018. Así, en diciembre de dicho año cuando la inflación interanual se ubicó en 47,6%, el dólar mostró un incremento anual del 110,17%. Algo similar ocurrió durante 2019, cuyos porcentajes representaron respectivamente un 53,8% vs. 90,74%.

Ahora bien, considerar la rentabilidad económica para cada una de las modalidades de ahorro, sería la propuesta de la economía erudita para evaluar y prescribir las prácticas económicas sobre la base de este criterio unívoco de racionalidad. Sin embargo, este aspecto lejos está de contribuir a comprender las variadas lógicas y representaciones sobre las que se fundan las prácticas económicas concretas. Al igual que para el caso de los hogares de sectores populares, en el caso de los sectores medios, los elementos que se conjugan para moldear las prácticas son heterogéneos; y si bien la cuestión de la “protección del dinero” emerge en reiteradas oportunidades, ello no siempre responde a los mismos criterios.

“Dólares y abajo del colchón. Esa es la manera en que nos manejamos”, me dice Esteban cuando le consulto por sus prácticas de ahorro. ¿Y por qué eligen ahorrar de esa manera? pregunto:

Porque consideramos que el ahorro en dólares es la manera en la que el ahorro se deprecie lo menos posible, atento a las cuestiones económicas que siempre han existido en este país, por ahí, la moneda en dólares es la que más protege el valor del ahorro ante cualquier crisis económica, es la moneda que maneja el mundo entonces siempre tiene mayor respaldo que el caso nuestro, el peso argentino.

moneda nacional hacia el ahorro; que de lo contrario se dirigiría al consumo o a la compra de divisas extranjeras.

⁹⁷ Durante dicho año, las tasas de interés nacionales dieron dos saltos considerables. El primero de ellos, ocurrido en el mes de mayo, las colocó en torno del 40%; y el segundo en Agosto cuando alcanzaron el 60%, triplicando la tasa de interés de Venezuela que era entonces la segunda más alta del mundo con un 22,58%.

E: ¿Y siempre ahorraron así o han ido cambiando?

Es: Siempre lo hemos hecho al ahorro fuera del sistema, siempre lo hemos tenido en nuestro poder, en dólares. (Esteban, 34 años, abogado por cuenta propia y empleado de PAMI. Septiembre de 2018).

En dicho fragmento, Esteban resume las variantes que permiten englobar las prácticas de ahorro de la mayoría de los hogares de sectores medios consultados: pesos y/o dólares, dentro del sistema financiero y/o fuera de él. Comenzando por lo que ocurre con los ahorros en dólares y su arraigo en los repertorios económicos domésticos, lo primero que aparece en los discursos es la afirmación de que la divisa estadounidense siempre será capaz de conservar gran parte del valor que al peso se le escurre. Tanto para aquellos que, como Esteban, se consideran “atentos a las cuestiones económicas”, como para quienes afirman desconocer el funcionamiento de estas variables, el recurso al dólar vinculado frente a la depreciación del peso aparece como una referencia arraigada. “Yo de economía cero”, me aclara Micaela (26 años), “yo compro dólares porque sé que la plata nuestra llega un punto que si la guardas, no comprás nada y bueno, el dólar siempre vale.” (Febrero de 2018).

En la mayoría de los casos, el supuesto de que el dólar es un amparo indiscutible para el valor no implica consideraciones fundadas en las particularidades de las coyunturas económicas específicas. Varios de quienes atesoraban dólares en 2018 y 2019, momento en que sus rendimientos superaron con creces a la inflación, también lo habían hecho años antes, en períodos en que estos habían tenido un desempeño desfavorable en dicho sentido, incluso en relación al de los plazos fijos en pesos -como ocurrió entre 2014 y 2017-. Si en el imaginario la presencia de la inflación deja en evidencia el hecho de que el peso es un “perdedor nato”, para el caso del dólar el escenario será a lo sumo el del empate, pero no el de la pérdida absoluta, y he ahí que se le atribuye su cualidad de protector y se lo plantea como un modo de hacer frente a la persistencia de este fenómeno. Así, se supone que en el movimiento hacia el dólar el valor estará en gran medida resguardado; lo que implica muchas veces desestimar el hecho de que no siempre en el mediano o el largo plazo en la carrera entre el dólar y la inflación, la “solución” aventajará al problema.

Comprar dólares, compramos en aquel momento cuando lo cobraban \$12 y después te devolvían algo, o sea que lo terminamos pagando \$9 en aquel momento y ahora lo tenemos ahorrado así que imagínate, ahí hicimos una diferencia. A ver, habremos hecho, no sé, está casi al triple hoy, de \$3000 que teníamos en ese momento...si hemos ganado, siguen siendo los \$3000 dólares, pero la diferencia de plata está, no

sé, 3* 9= 27, \$27.000 y hoy tenemos \$90.000. Por ahí no te alcanza para mucho igual y tal vez en el momento que los compramos es lo mismo porque comprabas un televisor y ahora seguís comprando un televisor, porque a la par, se te va devaluando mucho el peso también con la inflación, pero bueno, por lo menos esos ahorros sí los conservamos. (Diana, 36 años, ingeniera agrónoma y empleada administrativa. Primer encuentro, junio de 2018).

Como señala Luzzi (2013), “el ahorro en dólares forma parte del repertorio financiero de una parte de la sociedad argentina desde hace cuatro décadas” (p.17). Si su popularidad como recurso de ahorro “en su origen estuvo indisociablemente ligada al crecimiento de la inflación, con el tiempo fue mostrando cierta autonomía respecto de ella. En ese sentido, su persistencia se explica tanto por la búsqueda de un refugio frente al deterioro del poder de compra del peso, como por su carácter inercial: es una práctica aprendida, que forma parte del repertorio de experiencia de los agentes.” (p.17). Este último aspecto ayuda a comprender también por qué incluso entre quienes tienen discursos que enfatizan en el rédito económico y en la búsqueda de opciones de ahorro satisfactorias en este sentido, no hay un intento por incorporar otros instrumentos financieros que en determinadas coyunturas haya resultado económicamente rentables, pero cuyas lógicas de funcionamiento resultan ajenas. Retomando oportunamente las palabras de Villarreal (2010)⁹⁸, es posible sostener aquí que las personas “no necesariamente calculan en función de ganancias y pérdidas monetarias (...) las decisiones [*económicas*] están sujetas a la influencia de las relaciones sociales, culturales y emocionales en las que interactúan” (p. 394).

En su rol de garantes frente a la incertidumbre del porvenir y -sobre todo- en contextos de inestabilidad económica, los ahorros “deben” ser protegidos. En ese sentido, la seguridad que aportan los dólares físicos y los conocidos y aceitados mecanismos para su obtención y atesoramiento resultan funcionales a este propósito, aunados a la consideración de que en definitiva, el dólar “siempre” tendrá valor. Como en el caso de Esteban y Micaela, en la gran mayoría de los hogares consultados los dólares se atesoran por fuera del sistema financiero. A ello contribuyen los circuitos a partir de los cuales se accede a la divisa, donde las redes informales de intercambio

⁹⁸ Desde una perspectiva análoga a la que seguimos en esta investigación, y analizando las prácticas financieras de mujeres de bajos recursos en México, la autora discute con aquellas concepciones que interpretan a la acción económica exclusivamente sobre la base de procesos racionales de cálculo. En oposición a ello restituye la noción de marcos de calculabilidad planteada por Callon (1998), la cual alude a aquellos encuadres “en los que ciertos procesos se habilitan o deshabilitan, a los márgenes para realizar interpretaciones y las herramientas con las que se cuenta para ello” (2010: 407).

juegan un rol muy importante. Pero también, como sostiene Luzzi (2013), la desconfianza que genera la mediación de los bancos “en un país con una historia reciente marcada por distintos episodios de congelamiento de depósitos” (p.16). Todos estos elementos van delineando los contornos específicos de lo que supone “proteger el dinero”, lo que incluye claras referencias a los efectos de la inflación sobre la capacidad de compra de dichos ahorros, pero también una búsqueda por garantizar su permanencia física. Como veremos luego, este último aspecto tampoco tiene un sentido unívoco, sino que depende de cuales son los factores que se consideran fuente de riesgo y como se los sopesa.

Ahora bien, la opción por el dólar, además de ser considerada un baluarte contra la depreciación de la moneda, es también una forma de salvaguardar dineros que de ser conservados en pesos líquidos podrían ser absorbidos por el consumo en lugar de ser atesorados. Si la capacidad y las modalidades escogidas para el ahorro son un elemento de demarcación entre grupos sociales con características socioeconómicas heterogéneas, la práctica de ahorrar es considerada también expresión de la posesión de ciertos rasgos virtuosos individuales. Sumados al esfuerzo y al sacrificio, se alude a la importancia de un manejo ordenado del dinero doméstico y a la voluntad de priorizar el ahorro por sobre el consumo y/o refrenar ciertos deseos asociados a este último. Para Natalia, el conocido recurso al dólar cumple esta función, la de hacer posible el ahorro a partir de impedir el gasto. Una vez que el dinero ha pasado por el proceso de conversión, gastarlo se vuelve más trabajoso, en tanto implica dar marcha atrás al mismo y volver a convertir esos dólares en pesos capaces de operar como medio de cambio.

Si por ahí tengo más plata bueno por ahí hago un plazo fijo pero si por ahí tengo poquito voy y compro dólares, porque si me quedo con esos pesos capaz que me los gasto, entonces es como que voy manejando así como para siempre tener un ahorro.” (Natalia, 34 años, odontóloga en consultorio privado. Febrero de 2018)

En algunos casos, también el hecho de ahorrar para propósitos específicos definidos de antemano es fundamental a la hora de decidir el modo en que estos ahorros serán conservados. Cuando los destinos de los fondos están asociados a consumos valuados en dólares como ocurre, por ejemplo, con los viajes al exterior, hay quienes optan por esta modalidad de atesoramiento. Así, nos encontramos con hogares que mantenían una parte de sus ahorros en plazos fijos en pesos o en pesos líquidos, pero

que ante una circunstancia específica, como la proyección de las vacaciones familiares, habían cambiado esta opción. Tal era el caso del hogar de Diana:

Todo lo que es intereses [del plazo fijo] ahora empezamos a comprar dólares, porque las próximas vacaciones van a ser afuera, así que el ahorro que tenemos ahora, o sea el producto del ahorro que tenemos ahora va a ir a dólares. (Diana, 36 años, ingeniera agrónoma. Segundo encuentro, enero de 2019).

Este ejemplo, al igual que varios de los que recorren este capítulo muestra que la coexistencia y el movimiento entre monedas, del peso al dólar y viceversa, es una práctica naturalizada en el marco de los repertorios económicos que despliegan los hogares. No obstante, estos movimientos que se vuelven más frecuentes en el marco de coyunturas económicas turbulentas, no siempre están motivados por los efectos de la inflación sobre los ahorros per sé. Si en el hogar de Diana, una gran parte de dichos ahorros se conservan en plazos fijos pese a considerar su ineludible devaluación, la temprana adquisición de dólares es un intento por asegurar que, independientemente de la cotización futura de la divisa, las vacaciones podrían llevarse a cabo.

Algo similar señalaba Pilar. Cuando conversamos por segunda vez, en su hogar estaban ahorrando para regalarle un viaje a su hija más chica que cumplía 15 años. Hasta entonces, cuando podían ahorrar algo, lo habían hecho en pesos y en efectivo, siempre orientados a alguna finalidad específica. Sin embargo, con el antecedente de un año fuerte depreciación cambiaria e impulsados por este objetivo, ella me dice:

Cuando podíamos ahorrar, ahorrábamos en pesos (...) pero ahora que vamos a comprar un viaje, te dicen bueno, va a salir 500 dólares. Y son 500 dólares de ahora, de mañana, de pasado, de cuando lo pagues, así que tenés que ir ahorrando en dólares. (Pilar, 47 años, docente y empleada de comercio. Segundo encuentro, enero de 2019).

Así, en el marco de estos propósitos puntuales y rodeados de una artillería de conocimientos y experiencias recientes -y no tanto- que han enseñado a anticipar que los movimientos del tipo de cambio no son un fenómeno aislado en la economía nacional, reservar dólares permite la proyección a mediano y/o largo plazo de dichos propósitos al desligarlos de la coyuntura.

Si el atesoramiento de dólares ocupa un lugar central en los repertorios de prácticas económicas de los hogares de sectores medios, los plazos fijos en pesos también son una opción preponderante. No obstante, estos responden a lógicas distintas a las de los ahorros en dólares y plantean otros modos de vincularse con la presencia de

la inflación. Ya dijimos antes que los ahorros están acompañados por una búsqueda de proteger aquello que se ha atesorado a fin de garantizar su permanencia y su disponibilidad futura. Sin embargo, las variables que entran en consideración a la hora de pensar en este aspecto no son las mismas en todos los casos.

Luego de que la crisis de 2001 resintiera profundamente la confianza de los ahorristas en los bancos, muchos particulares han apartado sus prácticas de ahorro de estas instituciones, optando por mantener los dineros en su poder. En el caso de quienes conservan sus ahorros en dólares y fuera del sistema financiero, vimos que aluden, por un lado, a la protección del valor frente a la depreciación del peso y, por el otro, a su integridad física, considerando que los bancos pueden ser un factor de riesgo para los depósitos. No obstante, la búsqueda por proteger los ahorros no responde únicamente a estos criterios. Hay quienes, por el contrario, consideran que es en el propio hogar donde se halla comprometida en mayor medida la seguridad física de los mismos. Y la elección del plazo fijo como modalidad para el atesoramiento tiene que ver con este criterio. “En tu casa no la podés tener a la plata. Por el tema de robos, no la podés tener porque no es segura tu casa, porque nosotros no estamos casi nunca. Ponele, te entran y te sacan todo”, me dice Mirta (58 años), cuando le pregunto por qué habían optado por depositar el dinero a plazo.

En el hogar que comparten con Aníbal, los ahorros se componen de dólares que conservan en una caja de ahorros y los pesos colocados en plazos fijos. Cuando nos reunimos por segunda vez en septiembre de 2018, en un marco de inestabilidad económica y luego de que el dólar superara los \$40 -la cotización más alta del año que llegó a duplicar la de los meses iniciales- la cuestión de la confianza en los bancos volvía a ser objeto de cuestionamiento en los discursos, sobre todo para quienes, como ellos, tenían los ahorros a resguardo allí. Por esos días, los movimientos en el tipo de cambio eran un factor de atención y tensión en este hogar dado que en el taller de herrería de Aníbal, además de la merma en la demanda, tenían serios problemas para conseguir insumos y cotizar trabajos.

El otro día estábamos hablando con él, con Aníbal por el tema del plazo fijo y él tiene miedo que el plazo fijo lo manoteen. Viste que hubo un tiempo que te manoteaban la plata, pero qué haces si no nos alcanza ni siquiera para comprar un terreno. Decís, comprar un terreno...no te alcanza con \$600.000 no te alcanza para...o sea no te alcanza para una propiedad, no te alcanza para eso, no llegás y...tampoco, qué vas a hacer y si por ahí nos pasa cualquier cosa o que se paralice

todo esto y te quedes 15 o 20 días sin laburar, tenés ese recurso. (Mirta, 58 años, ama de casa. Segundo encuentro, septiembre de 2018).

Pese a la aprehensión que volvían a despertar los bancos, el dinero en efectivo en el hogar no era una opción a considerar. Si la conversión de ese dinero en un bien inmueble -capaz de evitar estos riesgos-, era inaccesible por sus costos, tampoco era concordante con un posible escenario en el que la situación laboral se volviera aún más compleja y resultara necesario “echar mano” a los ahorros para solventar los gastos corrientes. Sopesando cada una de esas variables, dejar los ahorros donde estaban resultaba lo “más razonable”. Asimismo, el planteo de Mirta condensaba gran parte de las variables que transforman al plazo fijo en una de las modalidades más elegidas entre los hogares consultados.

Entre quienes cuentan con ahorros, pero que al mismo tiempo y en circunstancias específicas, necesitan disponer de ese dinero para solventar determinados gastos, la colocación del dinero a plazos resulta funcional. En estos casos, hay momentos en que los presupuestos domésticos se organizan de modo tal que ciertos consumos descansan en la posibilidad de realizar retiros de dinero al momento de los vencimientos de los plazos fijos. Un ejemplo puntual es el de María del Carmen (45 años), quien dos años antes había perdido su trabajo como gerenta en una empresa de telecomunicaciones en la que se había desempeñado durante veinticinco años. Actualmente María del Carmen trabaja como empleada administrativa de una escribanía, por lo que sus ingresos se vieron reducidos considerablemente. En su relato, expone las dificultades que enfrenta para sustentar la economía del hogar que comparte con su único hijo, en un contexto en que además de su nueva situación laboral, sus ingresos han quedado rezagados frente a la evolución de los precios. “Lo que pasa es que todo sube y los sueldos no suben”, me dice. En ese marco, la decisión de colocar el dinero de la indemnización por despido en un plazo fijo es lo que le ha permitido utilizar los intereses generados para compensar el desfase que experimenta mes a mes entre “lo que gana” y los gastos cotidianos.

Al consultarle si había evaluado otras opciones al momento de invertir el dinero de la indemnización, ella me dice “En todo momento me hubiese convenido más el dólar, pero yo necesitaba el interés para vivir entonces no lo podía poner en dólares. (...) Y ahora las cosas suben, pero las tasas también suben, entonces eso me está ayudando”. Aquí la inflación también ocupa un lugar central en el discurso. Si se trata de considerar a los ahorros y el modo más “conveniente” para preservarlos, María del Carmen está convencida de que los dólares hubiesen sido la mejor opción. Es probable que esta idea

se haya visto reforzada por las particularidades del momento en que se llevó a cabo el encuentro con ella (a principios de octubre de 2019, momento muy próximo a las PASO, y mes en el que dólar alcanzó la cotización más alta del año ubicándose por encima de los \$58). Sin embargo, en la evaluación que ella realiza no pone el foco en los efectos devaluatorios sobre los dineros atesorados. Su atención está centrada en sortear las dificultades asociadas a los aumentos del costo de vida y en mantener los ahorros de modo que le sean funcionales, ante unos ingresos que no le permiten cubrir los gastos. En este sentido, el plazo fijo resulta una opción razonable y el aumento de las tasas de interés que tuvo lugar entonces, pese a que corrieron por detrás de la evolución del IPC, contribuyeron a reforzar su “legitimidad”.

La idea de un dinero a disponibilidad o de fácil acceso que acompaña la elección del plazo fijo, no sólo tracciona las prácticas de ahorro de hogares como el de María del Carmen, donde parte de ese dinero pasa a solventar gastos corrientes, sino también de otros que proyectan usos eventuales de los ahorros ante gastos específicos o extraordinarios. Como dijimos antes, en el hogar de Mirta, los ahorros discurren entre dólares y plazos fijos. Si en ambos casos, esta reserva es pensada “para el día de mañana”, de ser necesario ellos optarán por recurrir en primera instancia al plazo fijo. “Si lo necesitamos, manoteamos de ahí” me dice Mirta. Y me da un ejemplo concreto: cuando Anibal quiso cambiar la camioneta la cambiamos de ahí, osea, si lo necesitamos, lo sacamos, pero es para el día de mañana”. (58 años, ama de casa. Primer encuentro, enero de 2018). Esta es una ecuación que se repite entre los hogares que recurren a ambas modalidades de ahorro.

El hogar de Diana es otro ejemplo. Al mismo tiempo que conservaban intacta una cantidad de dólares que habían adquirido en el año 2015, me cuenta que habían comenzado a hacer unas refacciones en su casa, y para ellos planeaban ir sacando dinero del plazo fijo en el que mes a mes, desde hacía dos años, colocaban el sobrante de sus ingresos. Esto podría relacionarse con el hecho de que, por medio del plazo fijo y en los tiempos estipulados, se accede directamente al dinero en efectivo necesario para ser utilizado como moneda de cambio; lo que resulta más sencillo que el proceso de reconvertir los dólares a pesos. Pero, al mismo tiempo, deja en evidencia otra cuestión arraigada en los repertorios económicos que tiene que ver con que, al momento de decidir qué moneda conservar a largo plazo, los dólares se imponen sobre los pesos. Así, además de los grados de separación material que suponen los dólares en tanto mediados

por un proceso de conversión, si los efectos que el tiempo es capaz de ejercer sobre el dinero son un factor a sopesar, dichos dólares se imponen como reserva de valor.

El recurso al plazo fijo es empleado también como una opción que permite “hacer algo con el dinero” cuando no se vislumbran otras opciones de inversión o cuando no se dispone de grandes sumas (según lo estipulado por el BCRA, el monto mínimo de constitución es de \$1000). Si, como señalaron varias de las entrevistadas, la adquisición de un inmueble es un proyecto deseable como destino para los ahorros, pero inaccesible por sus costos, por contrapartida el plazo fijo siempre resulta viable. “Lo que pasa es que claro, cuando vos no tenés otra cosa en que invertir, no te queda opción. Entre tener la plata parada, siempre es mejor el plazo fijo, y ahí vamos porque cuando vos no tenés un destino lo mejor es eso”, me dice nuevamente Diana. Y sigue:

Si nos va sobrando algo, lo vamos poniendo en un plazo fijo para no tener...o sea porque si no, está bien que en el plazo fijo también se desvaloriza pero bueno, lo tenemos ahí que por lo menos un poquitito te da, antes de tenerlo así y no hacer nada. (Diana, 36 años, ingeniera agrónoma y empleada administrativa. Primer encuentro, junio de 2018).

El plazo fijo es además de una elección accesible para estos hogares, un modo de mantener el dinero en movimiento. Si como muestra el relato, esto no permite contrarrestar la pérdida de valor, tener la “plata parada” o “no hacer nada con ella” (lo que se traduce en conservarla en efectivo o en una caja de ahorros o cuenta corriente) no es una alternativa aceptable. Así, frente a una desvalorización del dinero que se asume como natural e inevitable, los intereses contribuyen en algo a mitigar ese proceso.

Otro ejemplo es el de Ema. Cuando conversamos por primera vez en febrero de 2018, me cuenta que la modalidad de ahorro elegida era la de colocar todos los meses una parte de sus ingresos en depósitos a plazo: “de todos los sueldos municipales yo saqué el primero y después siempre los fui ahorrando y haciendo plazos fijos, que con la inflación perdí plata como loca”, me dice entre risas. Nuevamente aquí los efectos devaluatorios causados por la inflación eran abordados con naturalidad y la práctica arraigada del plazo fijo primaba por sobre la consideración de otras opciones. Cuando nos volvimos a encontrar a comienzos de 2019, Ema me cuenta que desde hacía unos pocos meses había abandonado esta modalidad para reemplazarla por la compra de dólares. Los saltos en la cotización de la divisa eran utilizados como referencia temporal para indicar en qué momento había recurrido a esta opción: “ahí cuando fue esos días que subió casi a \$40, en la segunda porque en la primera saltó como a \$25 ¿no? en la

segunda compré, lo que me quedaba de pesos lo compré en dólares”. Cuando le consulté por qué había tomado dicha decisión, ella me responde “si lo único en lo cual uno más o menos piensa en invertir [*en referencia a la construcción de la casa*] está asociado directamente al valor dólar, entonces por eso la lógica es comprar dólares”. Así, en un contexto de volatilidad cambiaria y turbulencia económica, y advirtiendo las complejidades que esto acarrearía para el proceso de construcción de la vivienda propia en el que se hallaban embarcados, en el hogar de Ema se impulsó esta transformación de sus prácticas de ahorro. En este sentido se trató de una respuesta a la conjunción de una serie de circunstancias que, si bien en última instancia responden a la lógica de disuadir los efectos inflacionarios traccionados por las devaluaciones, fue puesta en marcha en el marco de este proyecto en particular. Fue este último el que, en cierta medida, definió más claramente y otorgó mayor relevancia a la pérdida de poder adquisitivo a la que estaría sometido el dinero. Este ejemplo permite traer a colación una de las ideas planteadas por Luzzi y Wilkis (2019), quienes destacan la autonomía que supone “saber cómo moverse en un contexto de pluralidad monetaria” (p. 301). Como vimos antes en el caso de quienes ahorran en dólares motivados por la compra de un viaje al exterior o de las vacaciones familiares, el movimiento de los ahorros hacia la moneda extranjera cumple la función de salvaguardar un proyecto individual frente a las turbulencias de la coyuntura económica y política.

Conclusiones

Este capítulo ha estado dedicado a reconstruir las prácticas de ahorro de los hogares estudiados, teniendo en cuenta las formas que asumen, sus materialidades, temporalidades, las racionalidades y criterios que las sustentan y las transformaciones que estas experimentan. El principal interés ha estado orientado a reconstruir estas dimensiones en relación al contexto de inflación persistente y en ascenso en el que tienen lugar las prácticas abordadas, teniendo en cuenta, por un lado, que este fenómeno condiciona la capacidad que tienen las economías domésticas de transformar en ahorro parte de los recursos disponibles; y, por el otro, los efectos devaluatorios que supone cuando se trata de ahorros en moneda nacional.

A fin de contextualizar las reflexiones, comenzamos por reconstruir de manera muy breve las modalidades que adoptó el ahorro privado en el país a partir de la segunda mitad del siglo XX en adelante; momento en que el ascenso de la inflación comienza a

ser considerado un fenómeno producido por el propio desarrollo interno y no ya una consecuencia de los efectos de cambios en el plano internacional (crisis, guerras, etc.). Si esto ha ayudado a comprender el rol y los efectos que ha tenido la larga convivencia con la presencia de la inflación sobre las prácticas de ahorro de los hogares, en el análisis que aquí proponemos hemos buscado distanciarnos de idea de que el supuesto único que subyace estas prácticas es el interés primordial por proteger el valor del dinero de su progresiva desvalorización.

A partir del recorrido propuesto pudimos ver que surgen diferencias significativas en los modos en que hogares con características socioeconómicas disímiles piensan y moldean sus prácticas de ahorro. Entre los hogares de sectores populares, con ingresos destinados casi por completo a costear los consumos corrientes, prima la modalidad de “separar” pequeñas sumas de dinero en pesos y en efectivo; modo de proceder opuesto a aquel que dicta la racionalidad inflacionista y su insistencia en el resguardo del poder adquisitivo. No obstante, la lógica principal que rige esta elección es, por un lado, apartar recursos a fin de que no sean fácilmente absorbidos por los gastos cotidianos y, por el otro, contar con un dinero a disponibilidad, que de ser necesario en el corto plazo podrá ser utilizado. De allí la importancia de conservar idéntica a sí misma la materialidad de dicho dinero. Los condicionamientos objetivos que recaen sobre las prácticas de ahorro de estos sectores sociales -como, por ejemplo, el menor porcentaje de acceso a la titularidad de cuentas bancarias en comparación con los sectores medios y altos- y también ciertos significados compartidos acerca de las características del propio dinero y del funcionamiento del sistema bancario, contribuyen a reforzar estas particularidades.

Por su parte, entre los hogares de sectores medios estas prácticas discurren principalmente entre dos modalidades “clásicas” de ahorro como lo son el atesoramiento de dólares por fuera del sistema bancario y la colocación del dinero en plazos fijos. Si entre estos hogares, la preocupación por la conservación del valor del dinero a futuro aparece con mayor frecuencia en los discursos, en primer lugar, no se trata del criterio único en el que se fundan las elecciones; y, en segundo lugar, la opción por una u otra modalidad no descansa en una evaluación de qué opción resulta más conveniente a dicho propósito en función de las particularidades de la coyuntura más amplia. Por el contrario, intervienen otros factores como la preponderancia de formas de hacer aprendidas e incorporadas en los repertorios económicos de los hogares, la temporalidad sobre la que se proyectan los dineros atesorados, la función que se les atribuye a los

mismos y su relación con otros dineros que circulan en las economías domésticas, entre otros criterios. Otro aspecto a tener en cuenta es que en un contexto como el que analizamos, la pérdida de poder adquisitivo del dinero muchas veces se asume como un fenómeno ineludible y lo que se busca es, en la medida de lo posible, mitigar parte de sus efectos.

Además de las prácticas de ahorro monetario que hemos recuperado, en los hogares encontramos también variados ejemplos en los que lo que se ahorra no es puntualmente dinero, sino bienes. Dichas prácticas discurren entre la conversión anticipada y fragmentada del dinero en bienes y/o la conservación de ciertos bienes que, de ser necesario, luego podrán transformarse en dinero y la finalidad suele ser concretar un objetivo específico que resulta costoso para los presupuestos y frente al cual el ahorro monetario se vuelve ineficaz. Se trata de un espacio donde las estrategias de consumo y ahorro que llevan a cabo los hogares se intersectan y donde las prácticas de las clases medias y populares se aproximan tanto en sus modalidades como en las racionalidades que las rigen. Si estas prácticas no suelen aparecer en los discursos referenciadas como estrategias para hacer frente al contexto inflacionario, en muchos casos se vuelven útiles en ese sentido, en tanto permiten contrarrestar los futuros aumentos de precios de aquellos bienes y servicios que se obtienen con anticipación.

Capítulo 4: ¿De qué se habla cuando se habla de inflación?: los discursos de los hogares entre los “precios de referencia” y las “alusiones al dinero”

Presentación

La pregunta que guiará el análisis en este capítulo será la siguiente: ¿de qué se habla cuando se habla de inflación en el marco de las economías domésticas? La categoría inflación es empleada por la ciencia económica para describir el “aumento generalizado y sostenido en el tiempo en el precio promedio de los bienes y servicios disponibles en la economía” (Diccionario financiero, BCRA). Al mismo tiempo, se trata de una categoría que en Argentina y desde varias décadas, escapa al dominio experto y ha adquirido amplia repercusión pública (Heredia, 2015; Heredia M., y Daniel, C. 2019). No obstante, a partir de ello no podemos asumir que la misma es empleada por las personas para interpretar sus repertorios de decisiones y prácticas económicas cotidianas y/o que será utilizada por ellos en el mismo sentido que le otorgan los expertos. En este sentido, buscaremos recuperar cómo aparece referenciado el fenómeno inflacionario en los discursos legos. También abordaremos la pregunta, íntimamente relacionada con lo anterior, acerca de los sentidos que construyen los actores en relación con la moneda en general y a los dineros que circulan en sus hogares.

Introducción

En noviembre de 2019, el Banco Central de la República Argentina (BCRA) publicaba el primer Informe de Inclusión Financiera (IIF)⁹⁹. Uno de sus apartados está dedicado a “medir” los niveles de “educación financiera” de la población de acuerdo con parámetros internacionales estandarizados. Allí, los resultados sobre la comprensión de determinados conceptos ubicaban a la inflación en primer lugar, con un alto nivel de

⁹⁹ El IFF, es un informe semestral del BCRA. De acuerdo con la entidad, el mismo “analiza la inclusión financiera desde las dimensiones de acceso a la infraestructura de atención y a productos financieros básicos, su uso o grado de utilización y calidad, que atañe a la satisfacción de las necesidades de los usuarios y a su grado de comprensión de los productos financieros”. (IFF, 2019). De acuerdo con la presentación que elaboró el BCRA, la implementación de esta medición es similar a las que han llevado a cabo recientemente otros países como Brasil, México, Colombia y Chile. La misma recoge parámetros elaborados por organismos abocados a la materia, como lo son la Alianza para la inclusión financiera (AFI, por sus siglas en inglés, Alliance for Financial Inclusion), fundada en 2008 y la Asociación Mundial para la Inclusión Financiera (GPFI, Global Partnership for Financial Inclusion) de la que forma parte también el Banco Mundial.

respuestas correctas (91%). Le seguía el concepto de tasa de interés y, un poco más alejada (67%) se encontraba la expresión “valor del dinero en el tiempo”, estrechamente emparentada al fenómeno inflacionario. De acuerdo con quiénes llevaron a cabo el relevamiento, la diferencia entre el primer porcentaje y este último parecía evidenciar una distancia entre el conocimiento teórico asociado a este fenómeno y la comprensión de su funcionamiento práctico.

Ahora bien, ¿es llamativo que al año 2019 los argentinos sepan definir la inflación? Quizá su elevado porcentaje lo sea, si consideramos que una de las conclusiones del informe es el “bajo nivel general” de conocimientos económicos y financieros que poseen los adultos en el país. No menos relevante es el hecho de que Argentina ocupa el tercer lugar con el nivel más elevado de comprensión teórica sobre este fenómeno en un grupo de cuarenta y dos países. Durante 2018, a meses de iniciado el trabajo de campo en el que se sustenta la propia investigación, los resultados de diversas encuestas de opinión y mediciones de “humor social”¹⁰⁰ realizadas por diferentes consultoras privadas, coincidían al afirmar que la inflación había vuelto a colocarse como la principal preocupación de los argentinos. (D’Alessio Irol y Berenztein, julio de 2019; Grupo de Opinión pública, enero de 2019). Asimismo, de acuerdo con los datos proporcionados por la encuesta “What worries the world” realizada por Ipsos, en julio de 2018, el 61% de los encuestados por Argentina colocaban a la inflación como la cuestión más apremiante en el contexto local, mientras que en julio de 2019 ese porcentaje se ubicaba en 51%¹⁰¹.

Sin lugar a dudas, esta categoría del análisis económico posee gran resonancia y relevancia pública en nuestro país y el fenómeno al que remite ha sido considerado objeto de desvelo de los gobiernos y de inquietud para la población en diferentes momentos de la historia económica y política nacional. Como hemos mencionado en la introducción de esta tesis retomando el análisis de Heredia (2015; 2018), hacia

¹⁰⁰ El informe elaborado por el Grupo de Opinión pública (enero de 2019), ha sido construido tomando una muestra de 500 casos correspondientes al AMBA. Allí se muestra la tendencia de los “principales problemas” correspondiente al período enero de 2016/enero de 2019. Es a partir del mes de junio de 2018 que la inflación se posiciona como la problemática de primer orden, superando desde entonces a la inseguridad. Por su parte, el informe de Humor Social y político presentado por D’Alessio Irol y Berenztein (julio de 2019), basa sus datos en un total de 1124 encuestados de todo el país. Allí, la inflación es ubicada en el primer lugar entre “los 10 temas que más preocupan”, para la totalidad del período transcurrido entre mayo de 2017 y julio de 2019. Asimismo, desde que fue incorporada la categoría “incertidumbre en la situación económica del país” en julio de 2018, la misma ha ocupado el segundo lugar.

¹⁰¹ Para el caso de Argentina, los datos contenidos en dichos informes han sido producidos sobre la base de una encuesta realizada a una muestra de 500 personas.

mediados de la década del 70', en un contexto en que los niveles inflacionarios saltaron por encima de la tres cifras, la inflación logró consagrarse como “problema público y político de primer orden” (2015, p.24).

Para entonces, tal como han documentado Daniel y Heredia (2019), la inflación no era un fenómeno novedoso, ni había estado ausente del debate y la movilización de diferentes públicos en las décadas inmediatamente precedentes. Mientras los especialistas en la temática, encolumnados principalmente detrás de las teorías monetaristas y estructuralistas, se enfocaban en las causas y consecuencias de la evolución de este fenómeno, diferentes grupos sociales de los más heterogéneos (ligas de amas de casa, juntas vecinales, exportadores de carne, taxistas) se habían organizado y movilizado públicamente protestando por los aumentos de precios. No obstante, como señalan las autoras, no existían aún instrumentos sistemáticos de medición para el fenómeno, ni un rótulo único para hacer referencia al mismo. Tal como lo reflejaba la prensa de acuerdo con el relevamiento que las autoras realizan, la inflación no era presentada como un único problema, sino que eran múltiples las etiquetas empleadas para aludir a ella: “*carestía de la vida*”, “*alza del nivel de precios*”, “*círculo vicioso del encarecimiento recíproco*”, “*erosión del poder adquisitivo*”, “*aumento del costo de la vida*”, por mencionar algunas de ellas.

A mediados de los 70', se produce finalmente la ya mencionada estabilización de la inflación como problema y la centralidad que adquirió entonces el fenómeno inflacionario fue acompañada de la afirmación de un modo específico de definirlo, distinto del que había primado en etapas anteriores. Como sostiene Heredia (2015), el discurso económico de orientación liberal logró imponer su definición en la arena pública de los expertos en economía y sus representantes se consagraron en la esfera política como los únicos capaces de explicar y proponer soluciones a este fenómeno. Algunos de los mecanismos claves que participaron de este proceso fueron el surgimiento del Índice de Precios a Nivel del Consumidor (IPC). Se trató del primer intento exitoso de dotar al fenómeno inflacionario de una dimensión nacional uniforme, frente a otros intentos previos que habían fracasado o habían quedado circunscritos a mediciones más acotadas centradas en segmentos poblacionales específicos. Este nuevo índice reemplazó al de Costo de Vida y “progresivamente, las investigaciones fueron

tomando en cuenta al conjunto de la población, lo que incluía a las distintas clases sociales”¹⁰² (Daniel, 2013: 202)

En marzo de 1989, apenas unos meses antes de los picos inflacionarios máximos que marcaron los meses de mayo, junio y julio en *Nueva Sociedad* ¹⁰³ salió publicado el ensayo “Vivir con la inflación” de Osvaldo Soriano. Allí el escritor y periodista argentino, sostenía lo siguiente:

La palabra inflación, que está en todos los diarios y en la boca de los políticos, no es un término que se use en la calle. El almacenero dice que “no hay plata”, el carnicero que “no hay un mango”, pero yo no he oído a mucha gente atribuir los males a la inflación. (Osvaldo Soriano, marzo/abril 1989)

Este pequeño fragmento producido en uno de los momentos más álgidos de la economía nacional, nos invita a reflexionar sobre una pregunta que me vi obligada a formular a medida que avanzaba el trabajo de campo. Inicie las tareas a fines del año 2017 con la certeza de que apenas fueran desplegadas las primeras preguntas acerca de la organización de las compras cotidianas, la palabra inflación aparecería rápidamente en el discurso de los hogares. Luego de casi tres años de trabajo de campo y contando con un corpus de más de 80 entrevistas pude constatar que fueron puntuales los casos en que dicha palabra se hizo presente de manera explícita en los discursos. Pese al nivel elevado de los aumentos de precios observados en aquellos años, la inflación rara vez aparecía tematizada en términos abstractos, como una preocupación general.

El hecho de que la categoría no tenga una presencia preponderante en los relatos no implica, sin embargo, que el fenómeno inflacionario permanezca excluido de las reflexiones que se elaboran a la hora de describir y explicar las dinámicas de funcionamiento de las propias economías domésticas. Teniendo esto en cuenta, la primera parte de este capítulo estará dedicada a indagar en los modos en que se hace

¹⁰² Cómo reconstruye Daniel (2013), los primeros intentos por llevar a cabo una medición regular de la variación de los precios se produjeron a principios del siglo XX, cuando la inflación comenzaba a presentarse como una cuestión apremiante a nivel político y social, motivada por el contexto de crisis internacional originado en torno de la Primera Guerra Mundial. Hacia 1924, la Dirección General de Estadística y la Oficina Municipal de Estadística de la Ciudad de Buenos Aires, emprendieron un buscaron construir un índice que permitiera calcular el costo de vida. Al mismo tiempo comenzaron a llevarse a cabo estudios sobre la estructura de gastos de los hogares obreros de la Capital Federal. Ambas cuestiones estaban relacionadas con la preocupación por conocer las condiciones de vida de un grupo social específico que era la clase trabajadora. Durante las décadas que siguieron, si bien los niveles de inflación en Argentina se despegaron y crecieron por encima de los del resto del mundo, y los expertos se abocaron a debatir el origen y los efectos de la presencia del fenómeno, así como en revisar los modos de medir el costo de vida, los intentos por nacionalizar los índices no prosperaron hasta la década del 70’ con la creación del IPC.

¹⁰³ Nueva Sociedad es una revista latinoamericana de Ciencias Sociales fundada en 1972 por la fundación Friedrich Erbert (FES). Desde entonces se publica en forma bimestral y actualmente su sede se encuentra ubicada en Buenos Aires, Argentina.

referencia a la presencia y a los efectos de este fenómeno en la vida cotidiana. Las preguntas que guían el análisis son las siguientes: ¿de qué se habla cuando se habla de inflación en el marco de las economías domésticas? y junto a ello, ¿cuál es la perspectiva que adoptan o los roles que ponen en juego los miembros de los hogares para elaborar discursos referidos a este fenómeno? ¿hablan como consumidores, cómo ahorristas, adoptan una mirada centrada en los precios, en el dinero y su poder adquisitivo? Por último y no menos importante, cabría preguntarse también cómo se relacionan dichos relatos con las prácticas que llevan adelante para hacer frente al encarecimiento del costo de vida

Asimismo, en la segunda parte, nos abocaremos a recuperar los modos en que es referenciado el dinero en general, y los diferentes dineros que circulan al interior de los hogares. En relación a esto último, consideramos que prestar atención a los modos en que los hogares marcan al dinero en sus orígenes y sus destinos aporta pistas para comprender las formas de referirse a él que emergen y cobran relevancia en contextos inflacionarios, así como también el tratamiento que estos dineros reciben.

Los precios de referencia: desde la perspectiva del consumidor a la del analista de la realidad económica

“Lo que me preocupa hoy son los precios que se van tan altos” me dice Marga, una jubilada de 80 años con quién me reuní en diciembre de 2017. Desde que murió su madre hace casi 20 años, vive sola en la casa que compartían, una vivienda humilde ubicada en la planta urbana de la ciudad. Los haberes jubilatorios mínimos y el alquiler de diez hectáreas de campo que heredó de su familia son sus principales ingresos. Además ella aún realiza arreglos de ropa para afuera y vende productos cosméticos por catálogo. “Coso, coso para afuera. Con eso me mantengo y mantengo la casa, osea la comida y todas esas cosas, me dice. ¿Con la plata de lo que cosas pagas todo? pregunto. ¡Claro!, responde y sigue:

Cobro las costuras y también vendo productos así de Violeta, Avon y tengo siempre una entrada de eso también y junto la plata y cuando junto voy y compro [*en referencia a la compras cotidianas*]. Y lo otro lo guardo por si las moscas.

Desde hace más de diez años, Marga coloca la plata del alquiler del campo en un plazo fijo, pensando en cualquier imprevisto que pueda surgirle en relación a su salud. Para ella, contar con ese dinero le asegura que podrá resolverlo de forma autónoma, sin

tener que recurrir a la ayuda de sus familiares. Independientemente de los avatares del contexto, la costumbre y la preferencia de tenerlo fuera de su casa, son los motivos que aduce a la elección de esta modalidad de conservación del dinero ahorrado.

Mientras tanto, el encarecimiento del costo de vida es para ella la cuestión más apremiante. “Los precios que se van tan altos, los impuestos, todo, todo se va!”, subraya cuando le consulto si hay algo de la situación económica que le preocupe. El señalamiento que realiza Marga se repite una y otra vez en el discurso de los entrevistados. Sin alejarse de la perspectiva erudita, el aumento de los precios es el lugar principal donde aparecen las referencias a la inflación. Los “precios se van altos”, “aumentan permanentemente”, se producen “subas indiscriminadas”, son algunas de las expresiones que aparecen con frecuencia en los relatos.

Interesados en los años hiperinflacionarios, Sigal y Kessler (1997) señalan “el rol central como organizador de la vida social que desempeña un sistema estable de precios” (p.169). A la par destacan la complejidad que el trastocamiento o la ruptura de las relaciones generales entre los precios conllevan para la toma de decisiones cotidianas y las pautas de consumo. Tras subrayar el carácter excepcional de la crisis económica que tuvo lugar dichos años, los autores señalan que los modos en que se vieron alteradas las correlaciones entre los valores monetarios de ciertos productos llegó a implicar que un bien que un determinado día costaba la mitad de otro, al siguiente podía alcanzar un precio que representara el doble del mismo.

A partir de esto, cabe preguntarse aquí qué sucede en contextos inflacionarios como el que analizamos, en los que los precios se elevan con notoria frecuencia y magnitud, pero sin que sus relaciones mutuas se vean profundamente alteradas en el sentido en que lo plantean los autores mencionados. Consideramos interesante reparar en este punto ya que, como veremos a continuación, no todos los precios ni las alusiones a ellos cumplen las mismas funciones en los discursos y en la configuración de las prácticas económicas ordinarias.

Utilizaremos **la categoría “precios de referencia”** a fin de reponer los roles que los mismos desempeñan en la gestión de las vidas económicas domésticas. Si la definición de este concepto supone que se trata de valores monetarios que permiten realizar comparaciones entre bienes y servicios similares, adoptaremos aquí una perspectiva más amplia que reconstruye los modos en que los precios aparecen en los relatos de las personas consultadas. La misma implica recuperar, en primer lugar, a determinados precios que operan como organizadores de las prácticas económicas y de

las estrategias que despliegan los hogares para “convivir” con la presencia de la inflación; son estos mismos precios los que funcionan como parámetros para poner de manifiesto los efectos y/o las dificultades que la inflación genera en la vida cotidiana de los hogares. Como veremos en el desarrollo del capítulo, tanto en el primer como en el segundo caso, los precios de referencia seleccionados suelen coincidir, en tanto se trata de aquellos que atañen a bienes de consumo considerados “básicos” o indispensables por los propios entrevistados. En segundo lugar, a precios que operan como instrumentos que permiten decodificar y/o anticiparse a las variaciones del contexto económico más amplio e incluso elaborar y/o reproducir “teorías” o explicaciones respecto de las causas y el comportamiento del fenómeno inflacionario.

En el primer caso, los miembros de los hogares elaboran discursos en los que ponen principalmente en juego su perspectiva como consumidores. Allí recogen las dinámicas de sus propias economías domésticas, poniendo el acento en aquellos precios que organizan la cotidianidad y los presupuestos. En el segundo caso, algunos de los precios de referencia que recuperaremos adquieren significación no sólo para aquellos hogares en los que el consumo asiduo de ciertos productos les otorga un rol central en los presupuestos, sino también para quiénes los emplean como herramientas o “termómetros” para evaluar a la inflación y sus efectos a nivel micro y macro económico. Parte de estos discursos ponen en juego una perspectiva analítica de la realidad económica más amplia, que toma elementos del discurso experto, pero que se supone construida sobre la base de una experiencia y un saber práctico incorporados frente a la presencia de un fenómeno que no resulta novedoso.

El precio de los bienes esenciales como estrategia, problema y termómetro

En septiembre de 2018 me reuní por segunda vez con Antonella. Ella tiene 33 años, y vive junto a su marido y sus tres hijos de 14, 7 y 2 años. La vivienda que habitan, aún en proceso de construcción, es propia y se encuentra emplazada en el mismo terreno en el que vive Blanca, su suegra. Las economías de ambas viviendas están estrechamente vinculadas. El acceso a la totalidad de los servicios (luz, gas, internet, tv por cable) es compartido, así como el pago de las facturas que mes a mes se dividen entre ambos hogares. Lo mismo sucede con la comida, que tanto Antonella como Blanca se turnan en preparar. Antes del nacimiento de su hijo menor, ella se dedicaba a la limpieza de casas particulares y cuando nos reunimos, se encontraba nuevamente buscando trabajo.

No obstante, se topaba ahora con las limitaciones que imponía el esquema de cuidado familiar, del que se ocupaba casi exclusivamente. Mientras que en los meses cubiertos por el calendario escolar, sus hijos mayores asistían a la escuela, el más pequeño estaba permanentemente a su cargo. Había consultado por el servicio gratuito que ofrece la única guardería estatal que funciona en Bolívar, pero para poder solicitar una plaza allí, necesitaba contar previamente con un empleo fijo. Tampoco resultaba viable económicamente recurrir a un servicio privado a fin de tercerizar el cuidado: “pagar una guardería no sé lo que sale y tampoco voy a poner una chica para cambiar la plata por plata, así que eso es lo que me tiene medio mal” comentaba Antonella. El hecho de que en el hogar cuenten, además de la AUH, únicamente con el ingreso de su marido es un motivo de preocupación para ella. Actualmente él se dedica a realizar tareas de fumigación en áreas rurales. Dado que se trata de una actividad para la que lo contratan de manera temporal, pasa varios meses al año sin empleo. A ello se añade que la modalidad de remuneración es un porcentaje de las hectáreas fumigadas, por lo que no posee un ingreso fijo aún durante los meses en que permanece activo.

Cuando nos reunimos por primera vez, Antonella me comentó que en el hogar contaban con un pequeño ahorro, una suma de dinero que habían ido juntando y colocando en un plazo fijo. Allí todos los meses ella depositaba lo que lograba apartar de los gastos corrientes. Cuando volvimos a encontrarnos en septiembre de ese mismo año decía lo siguiente:

Yo tengo algo de esa plata todavía, no es mucho...pero no puedo ahorrar, no puedo meter nada, a veces saco (...) hay que sacar para el mes digamos, para completar lo que falta, eso, no llegamos, entre la leche, los pañales, no llegamos. (Antonella, 33 años, ama de casa. Primer encuentro, enero de 2018)

Como vimos en el capítulo 3, recurrir a los ahorros con el fin de garantizar la reproducción cotidiana no es una práctica exclusiva del hogar de Antonella, sino que incluye a varios de los hogares consultados. Asimismo, la opción del plazo fijo es concordante con esta lógica, en tanto permite contar mes a mes con un dinero a disponibilidad a fin de cubrir el desfasaje entre los gastos y los ingresos. Mientras conversamos acerca de la organización de la economía del hogar, Antonella pone el énfasis en el encarecimiento de los alimentos y entre ellos, el precio de la leche aparece destacado en su discurso. Las características de la composición familiar colocan a este producto en la categoría de indispensable y el precio del mismo opera como uno de los ejes principales en torno del cual se organizan las rutinas de compra:

La leche está cara y ellos la necesitan en realidad (...) Y te pasa con todo, es algo, mirá...la leche, la leche acá [*en referencia al almacén del barrio*] está a \$35 me parece. La Serenísima, sí \$35 está y en el super ponele, está a \$30 porque también subió. Yo voy al supermercado más que nada por eso y ponele y compro, qué sé yo, cinco o siete, cosa que me quede en la semana. Saco la cuenta, bueno, ahora que este chiquito empezó a tomar más leche...es un litro y pico por día con la otra nena y eso. Y por ahí el más grande también se toma una taza a la mañana para ir a la escuela. Esas cosas sí ponele, por ahí voy al super porque si comprás acá todo los días una leche a \$35 cuenta. Entonces voy allá y compro el pack o por ahí si no hay ofertas me compro cinco o seis que igual están más baratas que acá. Tampoco me gusta ir mucho al supermercado porque viste que vas y empezás a comprar de más (risas) (...) Al supermercado voy más que nada por la leche, y bueno después también aprovecho y compro el aceite, por ahí la yerba y el azúcar. Son las cosas que están un poquito más baratas que acá porque después voy todos los días acá al almacén y compro ahí todo lo de siempre. (Antonella, 33 años, ama de casa. Segundo encuentro, septiembre de 2018).

Antonella realiza gran parte de las compras en un almacén ubicado en la esquina de su casa. De acuerdo con su relato, no encuentra grandes diferencias en los precios de la mayoría de los productos y esta modalidad le permite adquirir a diario lo necesario, en función del presupuesto disponible. Sin embargo, el precio de la leche evaluado en base a la frecuencia de consumo, recibe una atención especial y marca diferencias significativas al condicionar la gestión del dinero, las temporalidades de las compras y las dinámicas de la organización familiar. La adquisición de este producto supone sacar cuentas, evaluar los precios ofrecidos por los diferentes comercios y planificar compras semanales en el supermercado. Estas últimas requieren además de la presencia conjunta de Antonella y su marido, ya que este último se encarga de manejar el auto que les permite trasladar lo adquirido. Al mismo tiempo, es su suegra la que queda al cuidado de los niños mientras ellos se abocan a esta tarea.

Junto a otros bienes de consumo considerados esenciales por los entrevistados (como el pan, la yerba, el aceite, la carne, los artículos de higiene, etc), la referencia al precio de la leche aparece de manera sistemática entre los hogares de sectores medios y de sectores populares, sobre todo en aquellos en los se la consume con asiduidad y en cantidades significativas. El mismo condiciona las estrategias de consumo y compra, ejerciendo influencia en la planificación de los recorridos y los lugares seleccionados. En este sentido, opera como un ordenador de los itinerarios, en tanto se trata de un

producto al que se le otorga prioridad a la hora de definir dónde realizar las compras o incluso supone elecciones específicas en pos de adquirirlo de manera más “conveniente”:

Voy a Día y algunas veces al Actual, pero porque los martes hay promo con Elebar, entonces como yo tengo Elebar fui un par de veces para comprar leche exclusivamente, y aprovecho ponele que si el total de la promo es máximo de compra \$1200 los gasto todos, osea voy por la leche y compro otras cosas para usar todo. (Diana, 34 años, ingeniera agrónoma y empleada administrativa. Segundo encuentro, enero de 2019).

Como mencionamos al comienzo, la atención especial que recibe el precio de este producto, además de condicionar las estrategias que despliegan los hogares, opera también como una referencia que permite tener un registro rápido respecto del aumento costo de vida. Se trata de un precio que recibe especial atención y al que recurren las personas entrevistadas como recurso para ejemplificar lo que sucede con el resto de los precios de la economía. En este sentido es uno de los medios a través de los cuales la experiencia inflacionaria se vuelve palpable para las personas en su vida diaria. Así lo afirma Ema quién, como señalamos en el capítulo 3, había optado por empezar a realizar las compras en un supermercado más alejado de su vivienda, al considerar puntualmente que el precio de la leche resultaba más conveniente:

Yo lo registro en la leche, yo como compro, ellas toman un litro de leche dura dos días en general, siempre compro leche y suelo comprar como de a muchas cada vez que voy al super, compro como el pack o lo que fuera y si, ahora está...la más barata que compré el otro día la compré a \$35 ahí en la Coope que es donde está más barata (...) el precio de la leche yo te diría que es como el producto...te diría que casi el único que puedo tener así como registro directo de lo que sale y de cómo aumenta. (Ema, 34 años, nutricionista en consultorio privado y empleada municipal en un CAP de la salud. Segundo encuentro, febrero de 2019).

“Me sorprende permanentemente la leche” señalaba también Pilar durante nuestro segundo encuentro a principios de 2019. Y seguía, “osea ir a comprar un cartón de leche a \$30 y pico de pesos es una locura. La yerba, cosas básicas que cualquier clase económica necesita tomar, mate, un mate cocido, leche, todo carísimo, carísimo, carísimo, carísimo ¡cosas básicas que ninguna casa puede no tener!” Ella tomaba este producto para subrayar las dificultades que supone un contexto económico en el que los bienes de primera necesidad alcanzan valores de mercado considerados “desproporcionados”. El precio de la leche era también el ejemplo que elegía para

ilustrar cómo se habían transformado las modalidades de compra en su hogar. Si la leche era justamente una de las cosas que antes habían acostumbrado a stockear, ahora y al igual que al resto de los productos, optan por adquirirla a medida que se la va consumiendo. “Antes yo iba al super y compraba mucho (...) y guardaba y traía mucha leche por ejemplo y ahora no”, eran las palabras de Pilar. Como vimos en el capítulo 3, esta era la norma en la mayoría de los hogares en los que las “compras grandes”, a “carro lleno” habían sido reemplazadas por compras para responder a un consumo inmediato o de más corto plazo. Para Pilar el precio de la leche era un indicador, un ejemplo concreto que ilustraba un estado general de cosas:

¡La carne está carísima también! Pero lo que pasa es que hoy está todo carísimo, no podés decir: comé verduras y no comas carne porque también es cara la verdura, es cara la fruta, es caro...o sea no hay, no te apoyas en algún lugar que vos decís: como más fruta, como más verdura, ¡no! está todo igual de caro...y todo tenés que pensarlo realmente. (Pilar, 47 años, docente y empleada de comercio. Segundo encuentro, enero de 2019)

El lugar central que ocupan los precios de productos básicos en los discursos y en la gestión de las prácticas económicas que llevan a cabo los hogares, puede verse reflejado también en la importancia que se les otorga a los mismos en el marco las estrategias de venta que despliegan los comerciantes; sobre todo en el caso de aquellos que se desenvuelven en el comercio minorista de pequeña escala. ¿Hay algún producto puntual que te resulte llamativo cómo aumenta? le pregunté a Paula, dueña de una despensa de barrio, cuando nos reunimos en enero de 2019:

la leche, la leche estaba a \$39, después \$40, \$45, yo eh...porque ya te digo, como a mí no me la venden directo, por ahí el supermercado está más barata, a mí me sale más cara y eso que le pongo mucho menos. A algunas cosas le pongo el 30%, a otras el 35%, pero a la leche para que no se vaya tanto le pongo el 20%, el 25%, gano menos pero la vendo. (Paula, dueña de almacén 4, enero de 2019)

En el relato de Silvia también se otorgaba un lugar relevante a este producto. Como mencionamos en el capítulo 3, ella es dueña de una despensa ubicada en una de las avenidas que limitan la planta urbana de la ciudad. Cuando nos reunimos por segunda vez, en Octubre de 2019, señalaba que la leche era uno de los productos en los que más notoria resultaba la baja del consumo a raíz de su encarecimiento: “yo hace unos meses vendía 20 sachets de leche en la semana, ahora pido 5, 6 y lo vendo cuando tengo suerte. Pero qué vas a hacer si viene para vender a \$70 el sachet”.

El precio de los mismos bienes de consumo básicos aparece una y otra vez referido en los discursos de las personas entrevistadas. Esto no sucede sólo en el caso de aquellos hogares en los que estos bienes predominan entre los hábitos de consumo y/o involucran parte significativa del presupuesto doméstico. Cuando me reuní con Mercedes por segunda vez, ella destacaba el aumento general del costo de vida y enfatizaba la frecuencia con que los precios se elevaban: “para mí ahora esto es diario. Yo te digo que para mí es todos los días y la plata te alcanza menos”. Luego de estas palabras aparecía automáticamente la referencia al precio de la leche. Sí bien Mercedes aclara que no se trata de un producto que consuman con frecuencia en el hogar, ella conoce su valor y lo emplea como un indicador de la complejidad de la situación económica:

¿En una familia tipo donde hay chicos cómo haces? la leche yo ahora porque no compro, pero está como casi a \$30 la caja... imagínate, un litro de leche no es nada, un kilo de azúcar \$20 y pico también, un paquete de arroz... son... tenes ahí más de \$100 y decís: si tenés chicos una comida, una comida y el pan... el pan también” (Mercedes, 61 años, docente jubilada. Segundo encuentro, septiembre de 2018.)

En el mismo sentido se expresaba Victoria, poniendo como ejemplo la propia infancia y las prácticas de consumo que recordaba habituales entonces en su hogar de origen:

El tema es que yo lo comparo a cuando yo era chica que decís, en una casa hay dos o tres chicos para comprar todos los días como se hacía antes me parece que es algo que se ha vuelto caro. Las cosas básicas, la leche, el pan, cosas que son de primera necesidad en una casa donde hay tres o cuatro chicos, que día a día se hace un gasto grande, \$40 un sachet, \$50 o \$60 un kilo de pan. Y los sueldos no han aumentado en relación, cada vez te alcanza para menos. (Victoria, 31 años, empleada administrativa municipal, febrero de 2019)

Un lugar interesante le otorgaba también Mariela a este producto, al emplearlo en su discurso para comparar la situación económica de Argentina con la de España, país al que emigró su hermana años atrás. En el caso particular de su hogar, compuesto por ella y su marido, la leche tampoco se consume frecuentemente ni en cantidades significativas. Sin embargo, era el parámetro elegido:

se fue a vivir hace ocho años y la leche allá hace ocho años que cuesta lo mismo, entonces ¿cuál es tu preocupación? Ninguna, ninguna... si tenés un trabajo, todas las necesidades básicas cubiertas y vos tenés un trabajo y todas las cosas siempre valen

lo mismo, siempre que te vaya mejor vas a ir para adelante (Mariela, 51 años, empleada de comercio. Septiembre de 2018).

Como dijimos al comienzo, el lugar común donde aparecen las primeras referencias a la inflación en los discursos está asociado a los aumentos de precios. Entre ellos se destacan los precios de los alimentos y/o bienes considerados esenciales y los de los servicios básicos como la luz y el gas, lo que resulta coherente con los modos en que se compone el gasto de los hogares. En ambos casos, de acuerdo con la ENGHO (2019), se trata de las dos categorías a las que los hogares destinan los porcentajes más elevados de sus ingresos. Como apuntamos en el capítulo 3, mientras que los alimentos absorben en promedio un 22,7% del total de los mismos, los servicios -exceptuando el alquiler de la vivienda- representan un 14,5%. Lo que experimenta además variaciones considerables en función de las características socioeconómicas y demográficas de los hogares. De acuerdo con los datos proporcionados por el INDEC (2018; 2019; 2020)¹⁰⁴, para las categorías en cuestión vemos que entre 2017 y 2019 los alimentos y bebidas no alcohólicas experimentaron una suba acumulada del 128,4%, mientras que el costo de los servicios se elevó en un 140,7%. En ambos casos, se ubicaron por encima del IPC general acumulado que representó un incremento del 126,2%. Si tenemos en cuenta esto, el modo en que se orientan los relatos no resulta en absoluto llamativo.

Ahora bien, además de las menciones generales al encarecimiento de estos bienes y servicios básicos, vemos que hay precios específicos que aparecen destacados, que resultan transversales a los relatos y sirven para anclar la experiencia inflacionaria a ejemplos concretos. El precio de la leche es uno de ellos, y se hace presente espontáneamente tanto en los discursos de los hogares de sectores populares, como en los de sectores medios, y entre quienes consumen este producto así como entre quienes no lo hacen. En el primer caso, condicionando las estrategias de compra y los modos de gestionar diferentes dimensiones de las economías (tiempos, dineros, espacios); en el segundo, empleado exclusivamente para destacar efectos o situaciones problemáticas asociadas a la presencia de la inflación en la vida cotidiana.

Cabría preguntarse aquí por qué el precio de la leche, y no el de otros bienes de consumo básicos, es la referencia transversal a los discursos y desempeña dicho rol organizador en las economías domésticas. Si prestamos atención a la evolución del

¹⁰⁴ INDEC (2018) Informes técnicos, vol. 2 n° 3. Índice de precios, vol. 2 n° 1. Diciembre de 2017. INDEC (2019). Informes técnicos, vol. 3 n° 7 Índice de Precios. vol. 3 n° 1. Diciembre de 2018. INDEC (2020) Informes técnicos, vol. 4 n° 7. Índice de Precios. vol. 34 n° 1. Diciembre de 2019.

precio de este producto, de acuerdo con un informe del Observatorio de Políticas Públicas de la UNDAV publicado en marzo de 2019, al tomar en consideración el período comprendido entre diciembre de 2015 y enero de 2019, la leche común entera -incluida en la Canasta Básica Alimentaria del INDEC- experimentó un aumento de 187%, frente a la IPC que se elevó en 178%¹⁰⁵. Es decir, forma parte de una larga lista de productos de consumo básicos que crecieron por encima del IPC. Tal es el caso, por ejemplo, del aceite de girasol -insumo indispensable para cocinar- y la harina de trigo común -base para la elaboración de pastas y panificados- que experimentaron aumentos significativamente más elevados del 331% y el 315% respectivamente.

Para el caso de la leche es posible señalar que se trata de un producto de relevancia entre los hábitos de consumo de la población local. La misma es considerada un alimento clave e irremplazable en relación, principalmente, a la nutrición y la crianza de los niños. Al repasar los discursos, quienes otorgan al precio de este producto un lugar central, lo hacen apuntando principalmente a este grupo etario. Así, a diferencia de otros bienes, cuyo consumo se reduce o se suplanta por otros bienes más económicos (como sucede, por ejemplo, con la carne), con respecto a la leche no hay un equivalente directo y se considera que su consumo en la infancia no debería ser interrumpido. Asimismo, otro aspecto a considerar es el hecho de que se trata de un bien que se produce localmente y en abundancia, siendo el sector lácteo “de gran importancia dentro de la dentro de la estructura productiva nacional” (Bergero y Lugones, 2020)¹⁰⁶.

La nafta y el dólar protagonistas en la interpretación de la situación de las economías domésticas y en el análisis del contexto económico

Entre los llamados precios de referencia encontramos también aquellos que funcionan como instrumentos o indicadores que permiten a las personas decodificar y analizar el

¹⁰⁵ Según un informe elaborado por el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), en el que se analiza la evolución de la cadena láctea argentina para el período 2002-2021, “Entre 2004 y 2015 el consumo [de leche] muestra un crecimiento acumulado del 31,5% impulsado, básicamente, por la recuperación de ingresos en la economía, alcanzándose en el año 2015 el nivel máximo de consumo interno del período bajo análisis (9.420 millones de litros equivalente). A partir de 2016 y hasta 2019 se registró una caída promedio anual del 2%, ubicándose el consumo interno en el orden de los 8.300 millones de litros equivalente” (p.5).

¹⁰⁶ De acuerdo con el Análisis de la evolución del sector lácteo en Argentina durante el período 2008-2019 que presentan los autores, en 2018 dicho sector representó la quinta Cadena Agroalimentaria (CAA) (dentro de un listado de las 31 cadenas que componen el sector agroalimentario argentino) en cuanto a aportes al Valor Agregado (VA), sólo por detrás de los aportes de las cadenas de la soja, la bovina, del maíz y del trigo. Este aporte representó aproximadamente el 1% del PBI en términos de Valor Agregado.” (Bolsa de comercio de Rosario)
<https://www.bcr.com.ar/es/mercados/investigacion-y-desarrollo/informativo-semanal/noticias-informativo-semanal/analisis-de-2>

contexto económico más amplio e incluso anticiparse a las variaciones y a la evolución de los precios. Entre estos se encuentra, en primer lugar, la cotización del dólar estadounidense. Luzzi y Wilkis (2019), en su trabajo acerca de la popularización del dólar en la Argentina, han documentado cómo, desde fines de la década del 50' en adelante, el avance de la inflación y la evolución del tipo de cambio empiezan a estar estrechamente conectados. Por entonces, señalan los autores, el aumento en la cotización de la divisa estadounidense empieza a ser considerada en relación directa con el aumento de los precios de ciertos bienes de consumo masivo, como por ejemplo, la carne. Esto permitía mostrar al dólar como un dato de relevancia “fuera del escenario primordial de las casas de cambio y lo acerca[ba] al espacio y a las decisiones de consumo domésticos, cotidianos (...) [el mismo] ingresa[ba] a la vida cotidiana y a los cálculos de la economía del hogar” (p. 76).

Cuando me reuní por segunda vez con Ema en febrero de 2019, comencé la conversación preguntando si consideraba que algo en la economía del hogar se había modificado desde nuestro primer encuentro. Había transcurrido exactamente un año y ella respondía lo siguiente:

En mi caso particular, disminución del ingreso privado, disminución de la cantidad de pacientes en mi consultorio particular y de los que siguieron yendo de la frecuencia con la que van. Hace meses, cuando fue el primer salto del dólar, ahí fue re contra notable, esos meses en los que en general yo trabajo, porque yo sé que meses como julio y enero son los meses donde menos trabajo, pero ahí fue notable. Esa fue la primera cosa que noté grande y que no alcanzó después nunca a acomodarse de nuevo. Fue peor ahí, hubo como un bajón grande grande ahí en abril, después se acomodó, volvió pero no como antes de...del salto. Y el aumento de precios que impactó en la economía, y puntualmente en mi capacidad de ahorro.

El 20 de febrero de 2018, cuando conversamos por primera vez, la cotización oficial del dólar se ubicaba apenas por debajo de los \$20. De acuerdo con la información proporcionada por el BCRA, \$19,85 era el valor oficial para la mencionada fecha. Cuando volvimos a reunirnos un año después, el 5 de febrero de 2019, dicho valor se ubicaba en \$37,20, luego de haber alcanzado picos máximos que superaron los \$42 durante el mes de septiembre. En el transcurso de ese año, tras una sucesión de corridas cambiarias¹⁰⁷, la devaluación sufrida por la moneda nacional rondaba el 100%. Ema

¹⁰⁷ Durante el año 2018, se produjeron bruscos movimientos ascendentes en la cotización de la divisa estadounidense. Para fines del mes de abril, según datos del BCRA, el tipo de cambio se ubicaba en 20,54 pesos, mientras que apenas unos días después, el 3 de mayo, dicha cotización alcanzó los 23 pesos. El movimiento ascendente lejos de detenerse se aceleró y a mediados de junio la divisa superó los 28 pesos.

hablaba de “saltos” para hacer referencia a los bruscos movimientos ascendentes que había experimentado el precio del dólar en dichos meses y empleaba esa información como clave de lectura para interpretar las transformaciones de su situación laboral, de la situación económica de su hogar y de sus propias prácticas económicas. Ella mencionaba el impacto sobre los precios y los efectos sobre su capacidad de consumo y sus modalidades de compra. Al mismo tiempo, establecía una relación directa entre la menor demanda de sus servicios privados como nutricionista y las mencionadas devaluaciones; lo que afectaba sus ingresos, su capacidad de ahorro y también la forma en la que elegía conservarlos. Como se mencionó en el capítulo 5, Ema recordaba con casi con exactitud las variaciones más pronunciadas que había sufrido el tipo de cambio y, tomando ese valor como referencia, ubicaba el momento preciso en que había decidido convertir a dólares los ahorros que hasta entonces había colocado sistemáticamente en un plazo fijo.

Algo similar exponía el relato de Noelia cuando conversamos acerca de los usos de la tarjeta de crédito que realizaban en el hogar. Durante nuestro segundo encuentro en diciembre de 2018, señalaba que había evitado utilizar este medio de pago, sosteniendo el consumo diario con el efectivo disponible. “Este año lo manejé así, la tarjeta de crédito casi ni la usé” afirmaba. Y seguía:

Traté de mantenerla casi con el uso mínimo y después de contado, hasta donde alcanza se compra. Sí porque fue muy...la economía viste como fue, que subía, que bajaba el dólar, un día te salía un precio una cosa, otro día te salía otro precio, era enloquecedor, así que no, compraba si tenía (Noelia, 40 años, comerciante. Segundo encuentro, diciembre de 2018).

Las variaciones en la cotización del dólar y los movimientos en los precios que estas traían aparejadas y/o permitían augurar, habían funcionado para ella como un indicador de la necesidad de ajustar el manejo del presupuesto doméstico, de ceñir el gasto al dinero disponible y evitar los compromisos futuros. Luego, esa misma referencia servía para explicar estas decisiones. Asimismo, su rol de comerciante le permitía ver de manera directa y concreta el impacto que el aumento del dólar tenía sobre el precio de los productos que comercializaba en su almacén. A partir de ese

En ese contexto, el 14 de junio, el entonces presidente del Banco Central Federico Sturzenegger, renunció a su cargo y en su lugar asumió Luis Caputo. El paso de Caputo por la entidad fue acotado y, aduciendo “motivos personales” presentó su renuncia el 25 de septiembre de 2018, momento en que la divisa cotizaba por encima de los 38 pesos. Apenas tres días más tarde, la misma superó los 41 pesos. En su investigación acerca de la historia del dólar en la Argentina, Luzzi y Wilkis (2019) realizan una crónica detallada de los sucesos en torno de las corridas cambiarias que tuvieron lugar en este período.

indicador, además de reajustar la gestión de la propia economía doméstica, aplicaba también estrategias para sostener las ventas. Así relataba ella los efectos de la corrida cambiaria que había tenido lugar hacia fines del mes de agosto de 2018:

Cuando fue el quilombo de dólar que se disparó, ahí fue lo peor (...) bueno primero se disparó a fines de abril, que se fue a 30, pero después en septiembre se fue a 42 (...) Ahí era comprar mercadería y te venía un precio y después te avisaban que había aumentado, eran generalmente aumentos y aumentos (...) El queso fue lo que más subió, lo tenía que subir sí o sí porque perdía si no, pero después hubo otras cosas que las dejé con el primer precio, porque no...era producto por producto era una vez por semana.

Otro ejemplo interesante en relación a este saber práctico incorporado, que vincula el ascenso de los precios a la evolución del dólar y que evidencia cómo este último opera “como guía para moverse en diferentes universos de transacciones” (Luzzi y Wilkis, 2019: 39) es el que se hace presente en el relato de Silvia. Cuando nos reunimos en octubre de 2018, ella arrancó la conversación señalando: “Yo nunca hice un balance. Yo lo único que digo es que si tengo plata compro y trato de invertir”. Allí hacía alusión al modo en que desde hacía más de 17 años gestionaba las cuentas de su comercio. E inmediatamente seguía:

Por ejemplo, hoy cobré una cuenta. Cobré una cuenta de \$6000 que en realidad la daba por perdida, porque era un señor del campo que había tenido un accidente. Siempre me había cumplido el hombre, pero yo nunca lo molesté porque sé que había tenido el accidente con el auto y con su hijo entonces yo nunca lo molesté, nada, nada. Hoy cerca de las 12:30 entra y me dice: señora, yo tengo una deuda con usted. Le digo: sí. Me pagó los \$6000. Yo ahora ¿qué hago con esa plata? Lo primero que hice fue cerveza, lleno los cajones de cerveza, porque yo sé que la cerveza, más como el dólar cerró hoy, como a \$41, yo sé que mañana o pasado aumenta la cerveza entonces es como que yo me aseguro de tener. No soy experta, nadie es experto, pero los mismos años de estar detrás del mostrador y de pasar tantas crisis...Que la época de Alfonsín que las cosas aumentaban y que el azúcar valía un precio y valía otro.

Silvia destacaba su carácter de no experta al mismo tiempo que ponía el énfasis en la experiencia acumulada mencionando los años de la hiperinflación. La atención puesta sobre la cotización diaria del dólar, era un indicador claro para decodificar el futuro comportamiento de los precios y un dato de relevancia para aplicar estrategias respecto del dinero disponible. Así, ella movilizaba de manera inmediata ese saber hacer incorporado que le permitía anticiparse. Auguraba con certeza que, en un contexto de

gran turbulencia económica con el que atravesaba el país en esos días, los \$6000 de hoy, habrían perdido parte de su poder adquisitivo en un lapso temporal acotado. Asimismo, el comportamiento esperado del precio de la cerveza, que relacionaba directamente con la cotización del dólar, era el parámetro sobre el que basaba sus decisiones sobre qué hacer con el dinero ahora disponible. Asimismo, la pérdida de poder adquisitivo de la moneda nacional era un aspecto central en el modo en que gestionaba el sistema de fiado. A fin de hacer frente a la carrera ascendente de los precios, optaba por poner un monto a lo adeudado por sus clientes al momento de saldar la deuda, en lugar de al momento de la compra. Así, hasta hacerse efectiva la cancelación de los montos, lo que estos debían era un listado de productos, en lugar de una suma de dinero.

En relación directa con el modo en que aparece la referencia al tipo de cambio en los discursos y su vínculo directo con la inflación, encontramos otro precio -estrechamente vinculado al primero- que cumple una función similar en el sentido de funcionar como mecanismo de decodificación y/o anticipación respecto del comportamiento del fenómeno inflacionario. Se trata del precio de la nafta o, en sentido más amplio, el del combustible.

“Los aumentos estos, los aumentos de...viste que sube el combustible, sube toda la mercadería, que vos entra la misma plata y compras menos”, señalaba Mirta en enero de 2018, cuando le consulté si había algo de la situación económica del país que le preocupara. Su discurso conjugaba dos cuestiones. Por un lado, la inquietud por el aumento de los precios de los bienes de aprovisionamiento frente al rezago y la pérdida de poder adquisitivo de los ingresos. Y, por el otro, el precio de la nafta como un dato para anticipar dichos efectos.

El caso de la nafta¹⁰⁸ es interesante porque, como sucede con el valor del dólar, el comportamiento de su precio no es un parámetro relevante sólo para aquellos que consumen este recurso a diario. Tal era el caso de Noelia que lo empleaba como clave de lectura para explicar lo sucedido en su comercio durante los últimos meses de 2018: “Te subía todo, cada vez que subía el combustible ahí sí, era masivo ¿entendés?”. En este

¹⁰⁸ Durante los años 2017 y 2018, el comportamiento del precio de este bien se vio afectado por un conjunto de decisiones de política económica implementadas por la entonces actual gestión de gobierno, que implicaron “desregular los precios internos y anexas la evolución del valor del combustible a los precios de referencia de mercados externos” (Infografía precio de los combustibles. Módulo de Políticas Económicas del Observatorio de Políticas Públicas de la Universidad Nacional de Avellaneda. Agosto de 2018). Como resultado, en un contexto de sucesivas devaluaciones, los precios de dicho insumo se incrementaron, dando mayor impulso al aumento de la inflación. En la mencionada infografía se analiza también la evolución de la capacidad de compra del salario medio y la jubilación mínima medida por la cantidad de litros de nafta. Allí se evidencia que entre noviembre de 2015 y agosto de 2018, se produjo respectivamente una pérdida del 13% y el 22% del mencionado poder adquisitivo.

sentido, dicho precio funciona también como una referencia que permite anticiparse o explicar lo que sucede con el precio de otros bienes. En estos discursos nuevamente hay un aprendizaje incorporado que permite afirmar que cuando el precio de la nafta se eleva, lo hacen también los del resto de los bienes de consumo¹⁰⁹.

Al igual que los precios de los consumos básicos que mencionamos en el primer apartado, el comportamiento en la cotización del dólar y en el precio del combustible funcionan a la vez como punto de referencia y como clave interpretativa acerca de lo que ocurre con el conjunto de los precios de la economía. La atención puesta sobre la divisa estadounidense revela además que las lecturas no sólo recogen aquellos precios que son significativos para las economías domésticas en función de su composición y/o la etapa del ciclo vital en el que se encuentran los hogares (ej. la leche para los hogares con hijos pequeños) o de los consumos considerados en general esenciales, sino también ciertos sentidos locales que exceden las dinámicas propias de las economías domésticas.

“No sube la nafta, no sube el dólar y te suben las cosas igual, por si las dudas” afirmaba Eugenia cuando nos reunimos por segunda vez en enero de 2019, haciendo alusión nuevamente al aprovisionamiento cotidiano. La afirmación que realizaba involucraba, por un lado, una referencia clara a lo que consideraba era parte de las causas del aumento de los precios. Y, por el otro, una pregunta ¿cómo explicar que “las cosas aumenten” si no lo hacen aquellos precios con los que la inflación se halla directamente conectada? La respuesta que Eugenia daba a este interrogante ponía de manifiesto otra de las formas en que la inflación aparecía referenciada en varios de los discursos: la “sospecha” respecto de aumentos de precios cuyo origen se atribuía al comportamiento “discrecional” de los comerciantes. La ausencia de mecanismos de control o regulación era señalada como la habilitante de este tipo de prácticas. En un sentido análogo se expresaba Noelia:

Se re nota que te cobran lo que quieren...o sea es como que nadie controla nada, o sea, ves un precio en un lugar y vas a otro y está a la mitad y decís: ¡no puede ser! ¡miré mal! Y no. O ponen una oferta que te re conviene antes que comprar, no sé, no hay control, o alguno está carísimo o el otro baja a la mitad. No, no hay parámetro. Si caés en el lugar equivocado lo vas a pagar una locura y después vas a otro y te querés morir porque me ha pasado que en el apuro...fui y compré apurada porque lo

¹⁰⁹ Dicho conocimiento, que se traduce en un aprendizaje práctico incorporado, descansa en el hecho de que al ser los combustibles un insumo clave para la producción y el transporte de los productos, la suba de su precio tiene efectos sobre los costos que necesariamente se trasladaran a sus precios finales, afectando el poder adquisitivo de la población.

necesitaba y voy al otro y veo el precio y digo: ¡no! (Noelia, 40 años, comerciante. Segundo encuentro, diciembre de 2018).

Ante ausencia de un sistema de precios estable, visible en los aumentos constantes que estos experimentan y en la dispersión existente entre los comercios, surgen este tipo de afirmaciones en los discursos que exponen la desconfianza que atraviesa las relaciones entre quienes participan de los intercambios de mercado. Bajo estas condiciones fueron recurrentes las escenas en las que los entrevistados retrataban la ruptura, el cuestionamiento o la puesta en pausa de ciertos vínculos comerciales (muchas veces sostenidos en el tiempo) a raíz de “desacuerdos” originados en torno a los precios. En uno de los encuentros que mantuve con Mercedes, ella me comentó que había dejado de realizar compras en el almacén ubicado en la esquina de su casa luego de dos situaciones en las que, al llegar a la caja, se le cobró un monto de dinero distinto del que figuraba en las góndolas. La explicación que había alegado entonces el dueño de la despensa era que los precios habían aumentado y que no había logrado aún reemplazar los viejos valores por los ahora vigentes. “Ahora paso, nos saludamos ‘hola vecina, hola vecino’, pero no le piso más, remataba Mercedes. Otra situación exponía Estela en su relato, al explicar por qué desde hacía un tiempo había optado por realizar sus compras en el supermercado en lugar de la despensa más cercana:

Yo antes siempre tenía en un almacén así cuenta, libreta, pero se me iba muchísima plata porque viste que después te aumentan y que te anotan a fin de mes si han subido las cosas te las suben (...) Yo veía que me recargaban de acuerdo a la inflación y eso y como que siempre vos pensabas que debías tanto y después te encontrabas que debías más así que bueno eso...si bien ellos me lo habían dicho bueno, a veces es como que vos ves cosas que por ahí no son tan así. No te digo en este momento, en este momento suben todos los días las cosas, pero hace 4 o 5 años atrás no subían tanto. (...) Entonces una vez que pagué todo decidí con lo que ganaba de la costura, con los puchitos así de la costura, que cien de acá, diez de allá, veinte así, voy comprando lo que necesito para el día y así vivo, así al día. (Estela, 53 años. Maestra jubilada. Mayo de 2018).

Estela desconfiaba de los “mecanismos de indexación de precios” que aplicaban en el comercio en cuestión. Por ello había optado por modificar los lugares, los medios de pago y las modalidades de compra. Poner fin al recurso de fiado supuso abandonar una práctica de largo arraigo en su economía doméstica y ajustar el aprovisionamiento cotidiano al ritmo en que el dinero en efectivo ingresaba al hogar. Así, se modificó también la temporalidad de las compras, que pasó a estar ajustada al día a día.

J. Becker (2011), en su artículo *Where do prices come from? Sociological approaches to price formation*, recoge una serie de trabajos que analizan la relación entre la confianza y los precios. Allí se señala que en el marco de los vínculos cliente-proveedor, la construcción de lazos basados en la confianza permite reducir la atención puesta en los precios, dado que las personas tienden a tener menos miedo a ser estafadas. Cabe prestar atención entonces a estas escenas que muestran lo que sucede en un contexto de gran variabilidad y dispersión de precios como el que analizamos, donde estos reciben una vigilancia especial y, en ciertas ocasiones, alcanzan para tensionar, poner en la mira, modificar o incluso romper este tipo de vínculos. El siguiente fragmento también resulta ilustrativo al respecto:

Y yo soy cliente de Naldo y Pardo. Voy a donde me tratan bien. A mi Pardo, por ahí con decir: soy tanto, quiero un aire, y le digo: ¿qué garantía necesitas? Nono, vos nada, lleva y para mi eso es oro y te respeto toda la vida y te compro así tengas más caro todo. Pero bueno, de hecho tuve una discusión el otro día porque fui a comprar una heladera de la más barata \$17.000, con freezer y todo pero de las más baratas. Y la veo en otro negocio después, en San Pietro, a \$11.800 y me quería matar, porque tampoco soy tonto. Y se los dije a los chicos que atienden, la verdad que me engancharon. (Marcos, 53 años, peluquero por cuenta propia. Febrero de 2018).

En relación con esto, hemos destacado también la relevancia que los hogares otorgan a la estrategia de “recorrer” y considerar múltiples espacios de compras al momento del aprovisionamiento cotidiano o de la adquisición de otros bienes. Como vimos en el capítulo número tres, la puesta en práctica de este mecanismo es el que permite a sus miembros la construcción de parámetros que buscan hacer viable la gestión de la economía doméstica. Si los precios se modifican constantemente y también lo hacen de un comercio a otro, poner la atención en ellos, analizarlos y compararlos es la clave para la elaboración de criterios “más duraderos” que permiten seleccionar, clasificar y jerarquizar los espacios de compra, asignarles funciones específicas, así como incluirlos o excluirlos de los propios itinerarios.

Como hemos evidenciado hasta aquí, los precios y las alusiones a sus aumentos son el lugar privilegiado en el que aparecen las referencias a la presencia de la inflación en la palabra de los entrevistados. Los mencionados “precios de referencia”, tal como los definimos al comienzo de este apartado, cumplen diferentes roles en los discursos y en la experiencia cotidiana; entre ellos, el de funcionar como “testigos” de lo que sucede

con el resto de los precios de la economía, como herramientas para exponer las principales preocupaciones en torno a la inflación, y también como recursos para dar forma a ciertas prácticas que buscan hacer frente a este fenómeno: modificar las temporalidades de las compras y su tamaño, al igual que los comercios elegidos para el aprovisionamiento del hogar; reducir, reemplazar o desestimar ciertos consumos; transformar la gestión de los dineros y/o la utilización de los diferentes medios de pago, así como también los modos de conservar los ahorros, entre otros.

Ahora bien, la conversación cotidiana en torno de la inflación no solo está atravesada por referencias a diferentes precios, sino también a lo que es la contracara del aumento generalizado de los precios de los bienes y servicios de una economía: la pérdida de poder adquisitivo que experimenta la moneda. Lo que sucede con el dinero (y con los diferentes dineros que circulan en las economías domésticas) ocupa un lugar central en los discursos de los hogares.

El dinero en tiempos de inflación

Sin lugar a dudas, la presencia de la inflación coloca al dinero en el centro de la escena. Para el caso de Argentina, quienes han abordado el análisis de los períodos mega e hiperinflacionarios que atravesó el país, han subrayado el modo en que estos fenómenos afectaron en mayor o menor medida el ejercicio de las funciones esenciales a partir de las cuales se ha acordado definir al dinero. En ese sentido, Heredia (2015) señala que hasta la década del 70', [la moneda nacional] aún conservaba la capacidad de permitir el cálculo, hacer posibles los pagos y operar como una reserva de valor. Fue a partir de los años 80' que, como señalan Sigal y Kessler (1997), dichas funciones se vieron progresivamente afectadas y el dinero fue perdiendo progresivamente "su función de reserva de valor y de unidad de cuentas primero, y luego de medio de circulación" (p.164). Luzzi y Wilkis (2019) concuerdan en señalar que ese era el rasgo novedoso en relación a otros períodos, destacando el lugar cada vez más preponderante ocupado por el dólar (p.172).

Ante una inflación creciente y sostenida -pero contenida dentro de ciertos límites- como la que atañe al período analizado, la moneda continúa ejerciendo sus funciones de ser medio de pago, de cambio, y -en mayor o menor medida- una reserva de valor. En este marco, los discursos que elaboran los hogares para hacer referencia a la inflación también otorgan al dinero un lugar central, incluyendo señalamientos que

atañen al dinero en general y a los dineros domésticos en particular. Reponer los sentidos que se construyen en estos espacios es de vital importancia para los objetivos de esta investigación, en tanto nos permite aproximarnos a los modos en que las representaciones acerca del dinero se conectan con las prácticas económicas.

Haffner en su libro *Historia de un alemán* (2001), recordaba sus años de adolescencia marcados por la hiperinflación durante la República de Weimar a comienzos de la década de 1920. Allí sostenía:

[el dinero] había mudado su naturaleza de manera tal que sólo conservaba su valor por espacio de unas pocas horas, se gastaba como jamás se había hecho antes ni se ha hecho desde entonces y se dedicaba a cosas distintas (...) Así transcurría la vida familiar de un alto funcionario prusiano: el día 31 o el primero de mes mi padre recibía su sueldo, que representaba todo nuestro sustento; hacía tiempo que los bienes depositados en el banco y los certificados de ahorro habían perdido su validez. Era difícil estimar el valor del dinero percibido, ya que éste fluctuaba de mes a mes; puede que en un momento dado cien millones representasen una suma considerable y que, poco más tarde, quinientos millones fuesen calderilla. En cualquier caso, mi padre trataba de comprar cuanto antes un abono mensual de metro, de forma que al menos el mes siguiente pudiese ir al trabajo y volver a casa, aunque este medio de transporte supusiese un rodeo y una pérdida de tiempo considerables. Después se extendían cheques por valor del alquiler y la cuota del colegio y, por la tarde, todos íbamos a la peluquería. Lo que sobraba se le entregaba a mi madre y al día siguiente toda la familia, incluida la criada y a excepción de mi padre, se levantaba a las cuatro o cinco de la mañana y tomaba un taxi con destino al mercado al por mayor. Allí se organizaba una gran compra y, al cabo de una hora, el sueldo mensual de un alto funcionario administrativo se había gastado en alimentos imperecederos. Cargábamos en un taxi quesos enormes, jamones enteros, patatas en sacos de cincuenta kilos. Si no había espacio suficiente, la criada, acompañada por uno de nosotros, se encargaba de conseguir una carretilla. A eso de las ocho, aún antes de que empezara el colegio, regresábamos a casa con provisiones para resistir aproximadamente un mes. Y aquello era todo. Durante ese mes no había más dinero.

En este fragmento autobiográfico el autor reconstruye el modo en que se trastocan las dinámicas de la economía doméstica bajo los efectos de la hiperinflación. Allí, las transformaciones que experimenta el dinero y los modos en que estas son percibidas, son la clave para comprender las particulares formas de asignarlo, gastarlo [y/o conservarlo]. También se ponen en juego referencias a diferentes dineros

domésticos (el salario, los ahorros), y los modos en que a través de ellos se vuelve palpable la experiencia inflacionaria. Todos estos puntos son centrales para el análisis que proponemos.

El interés por reconstruir los sentidos ordinarios que asume el dinero se enmarca en la perspectiva de la sociología económica contemporánea, a partir de la tradición que inaugura Viviana Zelizer (2009, 2011). Desde la misma se ha buscado distanciarse de las lecturas que abordan al dinero (y a la moneda) de un modo abstracto, concibiéndolo como un medio de intercambio universal y neutro. En su lugar se ha promovido un análisis preocupado por la multiplicidad de significados y usos que los seres humanos le atribuimos al mismo en contextos específicos y en el marco de relaciones sociales específicas. Como señala Neiburg (2008), esta perspectiva permite romper con “la representación totalizante y básicamente cuantitativa del dinero moderno [que] supone una idea a respecto de la moneda como conversor universal de valor”. (p.15). El autor, quién ha analizado los procesos inflacionarios que atravesaron Brasil y Argentina durante la segunda mitad del siglo XX, sostiene que estos períodos en los que la incertidumbre en relación al valor de la moneda se vuelve un fenómeno generalizado exponen:

la complejidad de las relaciones entre valores y precios y, más que eso, la existencia de diversas escalas de valor no necesariamente convertibles, o no convertibles en cualquier circunstancia ni en todos los casos. El dinero parece ser así algo más y algo más complejo que los números, y éstos parecen también ser algo más y más complejo que cantidades ordenadas de forma continua (p.15)

Ello, señala Neiburg, deja en evidencia el carácter plural de los hechos monetarios y también la aguda percepción que de ello tienen quienes habitan en países atravesados por la inestabilidad económica y monetaria: “aprenden a lidiar con jerarquías monetarias, a sacar provecho de las diferencias entre monedas nacionales y monedas paralelas, entre el dinero vivo y el dinero que agoniza” (2008, p.14).

Teniendo presente las lecturas que hemos recuperado hasta aquí y la invitación de la sociología económica a analizar los sentidos que se construyen en torno al dinero en la cotidianidad, nos interesa recuperar qué connotaciones específicas adquiere el mismo en un contexto como el que abordamos. Como hemos buscado destacar y como evidenció el fragmento de Haffner antes citado, reparar en los significados que los hogares otorgan al dinero (y a la moneda) es fundamental para comprender el nexo entre la presencia de la inflación y la forma que adoptan las prácticas económicas domésticas.

Al mismo tiempo, estas prácticas permiten a los miembros de los hogares aprehender de manera concreta la pérdida de valor que experimenta el dinero en el tiempo como consecuencia de la presencia de este fenómeno.

“La plata no rinde, la economía de la casa no va” subraya Mercedes para justificar por qué recorrer comercios y comparar precios se ha vuelto una práctica habitual y necesaria en el hogar. Los dineros sobre los que se sustenta “la economía de la casa” son el de su jubilación docente y el de la pensión que cobra desde el fallecimiento de su marido. A ello se suman las “ayudas” que le proporciona el menor de sus hijos, quien aún vive con ella. En concordancia con muchos de los hogares consultados, su relato pone el énfasis en evidenciar que la plata de los diferentes ingresos corrientes, que se destinan mayormente a sustentar los gastos cotidianos, “no alcanza”/ no rinde y/o ya no permite comprar ciertas cosas. Lo que se pone en juego es la pérdida de poder adquisitivo que experimentan estos dineros al contrastarlos con la cantidad cada vez menor de bienes y servicios que permiten comprar.

“Los sueldos no han aumentado en relación, cada vez te alcanza para menos” expresa Victoria. Este aspecto le permite explicar por qué se vuelve impracticable el hecho de obtener todos los bienes de consumo en un único comercio. “Si antes ibas y comprabas en general, ahora te tenés que estar fijando”, sostiene ella. De acuerdo con los relatos, la dispersión y la variabilidad de precios obliga a quienes administran los hogares a emplear esfuerzos crecientes en la realización de las compras cotidianas. No obstante, esto parece ser una práctica incorporada que no se expone como problemática per se. El problema reside en el hecho de que los dineros asignados a solventar estos consumos no evolucionan al mismo ritmo que el incremento de los precios; por ello se vuelve imperioso implementar estrategias para hacerlo rendir.

Como mostramos en el capítulo sobre las compras, entre dichas estrategias no hay un énfasis en acelerar el gasto a fin de desprenderse rápidamente del dinero -marca distintiva de los períodos de alta inflación-, sino más bien una búsqueda por fragmentar su utilización. Si en la vida cotidiana resulta complejo prever la magnitud y la velocidad a la que evolucionarán los costos de mercado, sí es sabido que la inflación seguirá su curso ascendente y que los ingresos correrán por detrás de los mismos. Es entonces la preocupación por el atraso de los ingresos frente al aumento de los precios lo que permiten comprender estas estrategias y el surgimiento de formas específicas de gastar el dinero.

Está muy desvalorizada la plata, entonces como que no hay plata que nunca te alcance para nada y como que los gastos fijos están muy altos también, entonces por más que vos trabajes mucho la plata se te va ahí, hay como un desfasaje. Al no aumentar los sueldos y te aumenta el gasto fijo, la gente se reduce a gastar porque hasta que no paga todos los gastos fijos, no compra ciertas cosas (...) Recortas todo lo que puedes. Por ejemplo, el varón iba hasta el año pasado a la colonia, y este año no se la iba a poder pagar por ejemplo, entonces es un gasto que tuve que achicar sí o sí. (Noelia, 40 años, comerciante. Primer encuentro, enero de 2018)

Tal como mencionamos en el capítulo sobre el crédito, como parte de dicha lógica de “achicar” los gastos fijos, Noelia había optado por trasladar su comercio al garaje de su casa a fin de unificar y reducir los gastos de alquiler. En su relato, ella destaca la desvalorización que experimenta “la plata” en general y acto seguido apela al desajuste de los salarios para ejemplificarlo. Si los gastos fijos comprometen porciones cada vez mayores de los ingresos, la lógica es nuevamente limitar el gasto. Si bien se tiene presente la tendencia inherente a la desvalorización, en estos casos no hay una referencia a proteger el valor de ese dinero. Se trata en cambio de un intento por cubrir los gastos del período temporal al que un determinado dinero mismo ha sido asignado (una semana, una quincena, un mes, etc.).

Asimismo, como veremos en el capítulo siguiente, dichos lapsos temporales (que conectan gastos con determinados dineros), se transforman en formas concretas de medir el desfase entre el avance de la inflación y el atraso de los ingresos. En muchos casos el resultado es “recortar” parte de los usos que se le habían asignado a los diferentes dineros, y el énfasis discursivo apunta a señalar aquellas cosas que ya no es posible comprar [o hacerlo en la misma medida o frecuencia]. A ello refieren los fragmentos que siguen:

Yo antes era de comer carne. Hoy por hoy si como carne una vez al mes es mucho. Por ahí cuando viene mi hermana que compartimos los gastos, porque yo y mi hijo con tartas o amasas [*en referencia a la preparación de pastas*] o milanesas de pollo que es más barato. Vas dejando, vas cambiando los hábitos, no podés. Aparte yo me mantengo sola, no tengo nadie que me ayude ni nada por el estilo, así que a mí se me complica muchísimo más. Yo el alquiler lo tengo que pagar sí o sí, la luz y el gas los tengo que pagar sí o sí, y comer nos arreglamos con lo que queda y ya está, no pidas más, no pidas ni que ahorre ni nada (...) Ese gusto que te das de comer carne y yo digo: ¡la puta que lo pario! (risas) antes no

me pasaba, antes no era un gusto, era algo normal. (María del Carmen, 48 años, empleada administrativa. Septiembre de 2019).

Uno no puede darse un gusto de una milanesa o alguna de esas cosas porque no alcanza. Antes lo podíamos hacer, ahora desde que estamos con este gobierno ya directamente no comemos. (Edith, 57 años, desempleada. Febrero de 2019).

De la mano de este achicamiento de los gastos emergen nuevas formas de clasificar los bienes que circulan en los hogares. Categorías como “lujo”, “gusto”, “extra”, aparecen acompañando bienes o servicios que se consumen en menor medida o se dejan de consumir, y ponen de manifiesto -como mostramos en el capítulo 3- el modo en que se transforman ciertos hábitos, prácticas y modos de gastar las sumas de dinero disponibles. Como evidencian los discursos citados, las etiquetas que señalan como lujosos ciertos consumos comienzan a aproximarse entre los sectores populares y las franjas de menores ingresos dentro de las clases medias. La idea de que los ingresos corrientes solo alcanzan para cubrir los gastos fijos y de alimentación [o parte de ellos] se repite una y otra vez. En este sentido se expresaba Mercedes en los dos encuentros que mantuvimos:

Hoy por ejemplo, yo veo algo y me gustaría comprárselo, no ya a mis hijos porque son grandes, pero por ahí a mis nietos y es imposible. Antes por ahí yo lo compraba y no tenía ningún problema y se los daba, porque a mí el dinero me alcanzaba y hoy no me alcanza. Hoy hasta te tenés que estar fijando y sacando bien las cuentas para no equivocarte. (Mercedes, 61 años, docente jubilada. Primer encuentro, diciembre de 2017)

Con lo que tengo me arreglo pero hay cosas que vos las ves y te gustan y decís: me gustaría tener esto que ahora es más nuevo pero...no, no se puede. Y uno dice: ¡voy a esperar el aguinaldo! ¿Qué vas a esperar el aguinaldo? como llegó, se me fue. Antes vos decías: espero el aguinaldo para comprar aquello y lo otro, ahora nada.

E: ¿Y en qué supones que se te va a ir el aguinaldo?

M: (suspira) Calculo que se me va a ir en cancelar algunas deudas que tenemos. La tarjeta, quiero poner en cero la tarjeta aunque el aguinaldo no me alcanza para eso. (Mercedes, 61 años, docente jubilada. Segundo encuentro, septiembre de 2018).

Uno de los rasgos visibles del atraso al que están sujetos los ingresos es el ajuste o la modificación de las etiquetas que marcan a los diferentes dineros domésticos. El

hecho de que estos dineros “no alcancen” obliga a desandar y reorganizar procesos de “marcado del dinero”. Como señala Mercedes, el sueldo anual complementario que en otro momento había sido utilizado para adquirir ciertos bienes o darse “algún gusto”, ahora estaría destinado a saldar las deudas que había contraído con la tarjeta de crédito. Estas últimas eran producto, mayormente, de la necesidad de utilizar este instrumento para financiar los gastos de alimentación. Ese dinero específico, cuyo gasto solía ser proyectado por adelantado, ahora también había sido gastado con anticipación y en un modo distinto al que se estaba acostumbrado.

Algo similar ocurría en el hogar de Ema. En su relato ella detalla cómo se han ido modificando y/o desplazando las etiquetas que asignan cada una de sus fuentes de ingresos a una determinada finalidad a causa del aumento de los precios. Así, aquella parte de su sueldo que ahorra sistemáticamente, ahora se destina a pagar la obra social y el salario de la niñera de sus hijas, que previamente costaba con el efectivo proveniente de su trabajo en su consultorio particular y el dinero que recibe de las obras sociales a las que presta servicios. Estos últimos pasaron a ser absorbidos por parte del aprovisionamiento diario, que deja por fuera los gastos de supermercado.

En relación a esto, otro aspecto interesante tiene que ver con ciertos cálculos a futuro que realizan los hogares sobre la base de los presupuestos disponibles. La evolución de la inflación por encima de los ingresos obliga a revisar y/o vuelve inviables esas proyecciones y transforma al poder adquisitivo del dinero en algo complejo de estimar a través del tiempo. Victoria exponía este punto al explicarme las condiciones del crédito hipotecario que habían adquirido en el marco del programa PROCREAR.

Son cuotas variables pero ya están fijadas, ya están con el interés puesto. Tenemos una carpeta donde año a año figura que es lo que vamos a pagar de acá a 20 años que nos dieron el crédito (...) \$22.000 creo que era lo más. Lo que no sé es cuánto valdrá la plata en ese momento. (Victoria, 31 años, empleada administrativa municipal. Enero de 2019)

Cuando me reuní con Sara, en varios pasajes de nuestra conversación, me comentó que según pensaba ese era un momento en que iba a poder ahorrar parte de sus ingresos. Desde hace siete años es profesora particular de pilates y sus cálculos apuntaban a atesorar el dinero que ya no tendría que destinar a pagar el alquiler de la vivienda que comparte junto al menor de sus hijos (17 años). Tras resolver una situación familiar, había logrado volver a ser propietaria:

Hoy pensé que iba a tener la capacidad de ahorrar, pero es como que voy corriendo detrás de todo este despiople que se armó, porque creo que con doce horas de trabajo y todos los horarios cubiertos, hoy podría estar ahorrando pero lo voy dejando...porque suponete, yo ahora no estoy pagando alquiler, eso que pagaba de alquiler lo debería estar ahorrando...

E: ¿Y en qué cosas te parece a vos que se te va el ahorro?

S: Y...en...los gastos diarios, por ejemplo, no sé...en la luz, en el gas, porque somos dos personas, y ejemplo, \$3000 de luz, \$1000 de gas, por ahí algo extra que es \$1000 del viaje de Bariloche a Santi que egresa, \$1000 del colegio, entonces digo: es todo \$1000 y a mí para ganar \$1000 me cuesta un montón y para pagarlos es como nada. Y la realidad es que suponete, yo ahora voy a volver a aumentar ¿no? [*en referencia a la cuota que cobra a sus alumnas*], pero la realidad es que todo va como un poquito más adelante que uno y en general aumento una vez al año. Esta vez es como que podría haber tenido capacidad de ahorro desde que no pago alquiler, pero tampoco puedo aumentar porque los sueldos no van de acuerdo a lo que aumenta todo. (Sara, 53 años, profesora de yoga por cuenta propia. Junio de 2018)

Una situación similar planteaba Pilar. “Dejé un trabajo por agotamiento y ahora estoy preocupada que por más que no ganaba mucho, no sé si me va a alcanzar la plata” Y seguía:

Capaz que sí, pero siempre sube tanto todo que por más que uno no se de gran vida, vivimos normal. Entonces mantener eso me preocupa, que tengo una hija más chica y va a querer lo mismo con sus hermanas y quisiera dárselo, también me inquieta. Es como que vos ves que no podés proyectar mucho más allá, es ahora y no mucho más. (Pilar, 47 años, docente y empleada de comercio. Primer encuentro, enero de 2018)

Ambos relatos, evidencian las dificultades de prever que se originan en contextos de tales características. La capacidad de pago de los dineros que circulan en el hogar, el hecho de contar o no con un excedente, así como la proyección de ciertos consumos o gastos están sujetos a modificaciones, lo que obliga a revisar permanentemente los cálculos y decisiones que toman en torno al dinero. Asimismo, junto a estas dificultades, surgen otras que ponen de manifiesto “los dilemas morales a los que los hechos monetarios exponen a las personas y a sus vínculos sociales”. (Wilkie, 2013: 27). En el caso de Sara, actualizar la cuota que cobra mensualmente a sus alumnos acorde al avance de la inflación es un problema, a sabiendas de que los

aumentos de los salarios no llegan a compensar el aumento de los precios. Este aspecto fue recurrente entre los entrevistados que prestaban algún tipo de servicio remunerado por cuenta propia. Por su parte, para Pilar, la decisión de reducir las horas trabajadas en pos de priorizar su bienestar, la coloca ante el interrogante y la preocupación de si podrá [o no] garantizar a la menor de sus hijas la misma calidad o estilo de vida que proporcionó a sus hijas más grandes.

Volviendo al tema que nos ocupa en este apartado, en los discursos aparecen diferentes **modos de hacer referencia al valor del dinero en el tiempo**. Ema recuerda que seis años antes, cuando nació su sobrina, fue a un cajón, sacó \$2500 y le compró la cuna “cash”. A partir de ese hecho puntual, señala que una práctica habitual en el hogar era la de contar con un dinero en efectivo, distinto del de los ahorros y siempre a disponibilidad para ser usado frente a cualquier gasto o eventualidad. Ema contrasta esa imagen con la siguiente a fin de ilustrar las transformaciones que ha experimentado la economía doméstica de su hogar: “Ayer me pasó que tenía que pagar el teléfono y no tenía en casa \$700. A mi realmente tal cual no me pasaba eso, yo necesitaba plata e iba al cajón donde la guardaba y la tenía para cualquier cosa.”

¡Era plata en ese momento! dice aludiendo a los \$2500 con los que seis años antes había comprado la cuna. Referencias de este tipo, recurrentes en los relatos de los entrevistados, permiten pensar en cómo se perciben y se expresan discursivamente los efectos que tiene el tiempo sobre el poder adquisitivo del dinero. Este tipo de referencias recogen diferentes temporalidades -más o menos precisas- que señalan que la plata en general antes valía más, pierde valor constantemente y, según se estima, seguirá perdiendo valor en el futuro. “Una cuestión real es que el peso nuestro se va desvalorizando constantemente” señala también Ema, al explicarme por qué desde hacía unos meses había abandonado la modalidad de colocar parte de sus ingresos en plazos fijos como modalidad de ahorro.

Las propias prácticas y biografías económicas ofrecen a los entrevistados ejemplos para sustentar tales afirmaciones. Como vimos en el capítulo sobre el crédito, las comparaciones presentes en algunos discursos respecto del valor actual de las cuotas de los créditos hipotecarios que algunos hogares habían tomado años atrás y lo que se estimaba podría pagarse hoy con dichos montos de dinero (docenas de empanadas, la cuota de una bicicleta, etc.) buscaban subrayar esta cuestión. La misma idea servía de base al razonamiento que aplicaba Angélica para explicar cómo tomaba decisiones al momento de realizar compras en cuotas. “A veces prefiero hacer una compra a 12

meses, o a 9. Pienso en el recargo, lo analizo y digo: no es plata en un año, porque la inflación se va comiendo el valor.” Allí exponía un ejemplo típico de lo que se considera un comportamiento económico racional¹¹⁰, y señalaba que frente a su menor poder de compra, el dinero perdería progresivamente también su cualidad de dinero.

¡Me van a pagar en 6 cuotas! decía Vanesa con tono de preocupación, en relación al cobro de su indemnización por despido. En el tiempo transcurrido entre nuestro primer encuentro en enero de 2018 y el segundo, en septiembre de dicho año, había perdido su trabajo de 12 años como empleada administrativa en la única fábrica de calzados local. La misma había cerrado como consecuencia de las dificultades del contexto económico. Y seguía:

Con la inflación que hay y todo, te imaginás que la última cuota, ya la segunda yo creo que no va a valer. A mí la indemnización me permite tirar un tiempo hasta que salga algo. Lo único eso, que es en cuotas y la cuota no te rinde porque como está todo, te imaginás que te puede rendir la primera cuota pero después se te desvaloriza todo.

La inestabilidad monetaria no es una novedad para los argentinos. Como señala Neiburg (2008), tras largos períodos de convivencia con este fenómeno, la población local se cultivó al respecto, “interiorizando la idea de que el valor de sus monedas depende de situaciones transitorias y es producto de convenciones que resultan de condiciones políticas singulares” (p. 19). Ahora bien, si es sabido que este fenómeno afecta a la moneda nacional en general, no todos los dineros domésticos son percibidos de igual modo en relación al mismo, ni reciben igual tratamiento. En muchos casos, la forma que adoptan las prácticas económicas y los discursos que se elaboran en torno a estas están vinculadas con percepciones y conceptualizaciones subyacentes. Como mencionamos antes, cuando en los relatos se coloca el foco en el dinero que se destina a costear los gastos corrientes (salarios, jubilaciones u otro tiempo de ingresos similares), las menciones concretas a la desvalorización son menos frecuentes. En dichos casos, se parte de una idea de un dinero que en el presente no alcanza o alcanza menos y lo que se busca es hacerlo rendir. Como vimos en el capítulo 3, ello no se traduce exclusivamente en estrategias que apuntan a contrarrestar la progresiva desvalorización o que son

¹¹⁰ Como señalamos en el capítulo dedicado al crédito, si bien la cuestión de la pérdida de valor que afecta al dinero no aparece destacada en los discursos como la estrategia por excelencia que rige este tipo de prácticas, sí aparecen referencia a las mismas entre los hogares, principalmente de sectores medios.

pensadas poniendo el énfasis en dicho aspecto. Lo que se vincula también al hecho de que se trata de dineros que serán utilizados en mayor medida en el corto plazo.

El fenómeno de la pérdida de valor planteado en dichos términos se vuelve central en los discursos cuando los hogares de sectores medios hacen referencia a sus prácticas de ahorro. Para el caso de los hogares sectores populares, tal como vimos en el capítulo dedicado a abordar estas prácticas, el hecho de que los ingresos se consuman casi en su totalidad en la reproducción cotidiana y, por ende, los presupuestos domésticos sean poco flexibles, otorga otras particularidades a sus prácticas de ahorro. La premisa no es aquí evitar la desvalorización, sino contar con un dinero a disponibilidad. Así aquello que se “separa” hoy del flujo de los gastos corrientes, se sabe mañana podrá ser rápidamente absorbido por estos. En ese sentido, podríamos afirmar que los límites entre los diferentes dineros domésticos resultan más lábiles, y ello es fundamental para garantizar la reproducción cotidiana.

Para el caso de los hogares de sectores medios, las temporalidades que rigen los ahorros suponen una diferencia fundamental. El hecho de que los mismos se proyecten sobre el mediano y/o el largo plazo otorga una importancia central a la cuestión de conservar a futuro aquello que se ha sustraído del gasto. Y frente a ello, los efectos que ejerce el tiempo sobre el valor de la moneda nacional en un contexto inflacionario aparecen subrayados en los discursos. Así, el dinero de los ahorros no es un bien que puede conservarse como tal, sino que es necesario “hacer algo” que permita mitigar o reducir el proceso de depreciación constante al que se encuentra sometido.

El contenido concreto que adopta dicha premisa depende de las distintas opciones que los hogares tienen a la mano, de las particularidades del contexto macroeconómico, de la cantidad de dinero disponible, así como de la finalidad a la que él mismo irá destinado. En algunos casos, “hacer algo” supone la práctica ampliamente difundida de convertir el dinero en una moneda que se considere capaz de cumplir efectivamente con su función de reserva de valor, como es el caso del dólar. “Va a salir 500 dólares de ahora, de mañana, de pasado” decía Pilar, contraponiendo lo que ella consideraba como la estabilidad atemporal de los precios en dólares a la inestabilidad de la moneda nacional. Estas premisas eran la base para justificar la opción de transformar en dinero seguro “la inseguridad de tener el ahorro en pesos” (Ema, 34 años, nutricionista. Segundo encuentro, febrero de 2019). Algo similar planteaba Mariela (51 años) cuando nos reunimos en septiembre de 2018:

Vos sabes que lo que compraste en dólares el día de mañana vas a estar a tiro en este país, va a seguir valiendo. Ahora justamente viste lo que es, la semana pasada estaba a \$20, ahora está a \$40, si debías \$20 ahora debes \$40. Entonces bueno, tenerlo en dólares es una manera de que esté más seguro, de que no lo ibas a perder, tampoco ibas a ganar, no es que estábamos especulando... simplemente que lo que podíamos guardar o que nos sobrara estuviera seguro (...) vos tratas de que lo que ganas no perderlo, protegerlo y que valga.

En otras ocasiones, la idea de “hacer algo” supone la puesta en movimiento del dinero y, en ese caso, la forma más difundida entre los hogares consultados es la de depositarlo en un plazo fijo. Si por definición el plazo fijo implica inmovilizar el capital por un período de tiempo -en el sentido de perder la liquidez que otorga el efectivo o una cuenta a la vista- esta opción encierra cierta paradoja al transformarse en el modo poner la plata a “trabajar/rendir” en lugar de tenerla “quieta”/desvalorizándose.

Ambos recursos -el atesoramiento de moneda extranjera y la inversión en plazos fijos- aparecen en los discursos como mecanismos para “defenderse” de un fenómeno que se sabe inevitable. Con la misma finalidad, el dinero podrá también ser destinado a algo que transforme por completo su materialidad, tal como mostramos en el capítulo acerca del ahorro. Un ejemplo concreto de ello es la adquisición de bienes inmobiliarios. Sin embargo, esta última opción suele aparecer en los discursos más como un destino “deseable” antes que efectivamente posible, dados los elevados costos que presentan las propiedades. En el discurso de Diana encontramos referencias como las que hemos mencionado; y las mismas rigen no sólo para el dinero ahorrado, sino también para el dinero por venir, poniendo de manifiesto la importancia que tiene el factor tiempo en ese tipo de decisiones:

Entre tener la plata parada, siempre es mejor el plazo fijo, y ahí vamos porque cuando vos no tenés un destino lo mejor es eso. (...) Mariano en su trabajo tiene gratificaciones dos veces al año, (...) esa plata tratamos o de moverla o de destinarla a algo, como que ya la tomamos como un ahorro desde el momento...por ahí ya o le damos un destino antes de que llegue. (Diana, 36 años. ingeniera agrónoma y empleada administrativa. Primer encuentro, junio de 2018)

El dinero “había mudado su naturaleza” decía Haffner en el fragmento que recuperamos al comienzo. Allí destacaba la excepcionalidad de la situación hiperinflacionaria, poniendo el énfasis en la velocidad estrepitosa con la que el marco alemán perdía su valor y el impacto que ello tenía sobre las formas cotidianas de concebirlo y hacer uso del mismo. Claro está que la presencia de la inflación afecta las

funciones básicas mediante las cuales se define al dinero y ello se hace presente también en los modos en que los hogares analizados hacen referencia al mismo. Como vimos, los dineros domésticos se conectan de modos disímiles con la experiencia de la pérdida de valor y con la consecuente reducción de su poder adquisitivo. Y en ese marco, surgen formas particulares de referirse a ellos, de tratarlos y utilizarlos. En un contexto inflacionario como el que abordamos aquí, estamos frente a una moneda que continúa operando como medio de pago, de cambio, y -con una capacidad cada vez más enmagrecida-, como depósito de valor. En relación a ello y dependiendo de las particularidades que presentan los hogares, surgen distinciones que clasifican a los dineros entre aquellos que hay que pugnar por conservar y aquellos que se busca “hacer rendir”. En el primer caso nos referimos a los ahorros que, en reiteradas oportunidades, son depositarios de las estrategias que se ponen en marcha con el objetivo de aminorar los efectos devaluatorios del avance de la inflación; mientras que el segundo, podemos incluir a los dineros asignados a costear los gastos corrientes de las economías domésticas, destinatarios de aquellos esfuerzos cotidianos que buscan adaptar estos recursos y su capacidad de compra a los fines de sostener el consumo frente al persistente encarecimiento del costo de vida. En este marco se habla de “plata” que dejó de ser tal, al contrastarla con lo que permitía comprar en el pasado y/o se estima permitirá comprar en el futuro ante el avance del deterioro de su poder adquisitivo. Y con frecuencia se la compara con otras monedas que logran perdurar en el tiempo.

Conclusiones

Las reflexiones que hemos desarrollado en este capítulo han buscado dar respuesta a la pregunta acerca de qué se habla cuando se habla de inflación en el marco de las economías domésticas. La misma ha surgido motivada por el hecho de que a medida que avanzaba el trabajo, hemos podido ver que la categoría inflación no tiene una centralidad discursiva en el modo en que los miembros de los hogares consultados se vinculan con la presencia de este fenómeno y esbozan explicaciones acerca del modo en que funcionan sus economías domésticas. Ello nos llevó a advertir que, si bien la circulación y el debate público de ciertas ideas, significados o categorías son importantes a la hora de captar la preocupación de las personas por las cuestiones económicas, los vínculos entre esos debates y los conceptos que movilizan, por un lado, y las discursos y las prácticas económicas ordinarias, por el otro, son menos directos y más complejos de lo que se suele suponer. A partir de ello, la tarea que llevamos a cabo fue la de reponer los

discursos que los miembros de los hogares ponen en juego a la hora de referir a la convivencia con la inflación, buscando indentificar qué elementos adquieren centralidad en sus explicaciones.

Lo primero que se hizo evidente es que las alusiones a los precios ocupan un lugar preponderante, cumpliendo diferentes roles en los discursos y en la configuración de las prácticas económicas domésticas. Utilizamos la noción de “precios de referencia” con el objetivo de rastrear dichos roles e identificar qué tipo de perspectiva adoptan quiénes los traen a colación en sus relatos.

A partir de la misma pudimos encontrar una serie de precios que funcionan como ordenadores de las prácticas económicas y de los presupuestos, e integran las estrategias que se ponen en marcha para hacer frente al aumento del costo de vida. En estas referencias las personas pusieron en juego su rol como consumidores, poniendo el énfasis en ciertos bienes considerados de consumo “básico” o “esencial”. Los mismos ocupan un lugar central en la organización de las prácticas de compra, en los modos de gestionar el dinero y en las transformaciones de los hábitos de consumo. La evolución de estos precios apareció subrayada también a fin de exponer efectos o situaciones preocupantes o problemáticas en relación a la convivencia con la inflación, como ocurre con las dificultades que experimentan los hogares para enfrentar la pérdida de poder adquisitivo, hacer rendir los recursos, “llegar a fin de mes”, costear la reproducción cotidiana. Estos mismos precios funcionaron como testigos, es decir, como clave interpretativa a fin de exponer el comportamiento del conjunto de los precios de la economía.

Otros precios fueron utilizados como referencias para decodificar e interpretar la marcha del contexto económico en relación al desenvolvimiento del fenómeno inflacionario. Tal era el caso de la cotización del dólar estadounidense y el precio de la nafta (y/o los combustibles). Lo que se ponía en juego en estos casos era una perspectiva “analítica” que tomaba elementos del “discurso experto” y, al mismo tiempo, se apoyaba en la experiencia de convivir con la presencia de este fenómeno. Los movimientos ascendentes del tipo de cambio, así como los aumentos en los combustibles, sirvieron en reiteradas oportunidades a los miembros de los hogares para anticipar, explicar e incluso cuestionar el comportamiento general de los precios. Asimismo, estos datos sirvieron como clave de lectura para interpretar transformaciones puntuales que experimentaron las propias economías domésticas y/o como elementos para la toma de decisiones.

La conversación cotidiana sobre la inflación apuntó también a la pérdida de poder adquisitivo del dinero. Recuperar los discursos al respecto fue central para comprender la puesta en funcionamiento de ciertas estrategias destinadas a hacer frente a la presencia de este fenómeno, incluidas formas específicas de gestionar, gastar y conservar los dineros domésticos. Por un lado, se señaló la menor capacidad de compra que poseían los ingresos familiares utilizados para costear los gastos corrientes. Así, los mismos fueron señalados como los destinatarios de los esfuerzos cotidianos puestos en marcha para hacerlos rendir. Por el otro, se hizo referencia a la preocupación por los efectos del paso del tiempo sobre el valor de aquellos dineros que se esperaba conservar a futuro (como ocurría con los ahorros). En torno de ello, se enfatizó la necesidad de implementar recursos prácticos que permitiesen proteger el valor o mitigar ese proceso.

Ahora bien, en las economías domésticas no sólo se emplean diferentes formas de nombrar la inflación o se construyen referencias para hacerla visible, sino también un conjunto de formas ordinarias de cálculo destinadas a medirla de manera más concreta. A analizar este punto dedicaremos el próximo capítulo.

Capítulo 5: Medidas caseras de inflación ¿cómo se dimensiona este fenómeno en la vida cotidiana?

Presentación

Investigaciones previas se han interesado por las operaciones de cálculo propias de la vida cotidiana (Lave, 1984; Weber, 2002). Estos trabajos han prestado atención, por un lado, a los dispositivos, las redes de relaciones, los significados y las situaciones en que se producen los sistemas de medida o cálculo ordinarios. Por otro lado, han analizado la relación (y/o la distancia) entre estas formas de pensamiento y las maneras expertas o científicas de abordar determinados fenómenos. En base a estos antecedentes hemos advertido que, al mismo tiempo que la inflación está presente en los cálculos, las decisiones y las prácticas económicas de las personas consultadas, en el marco de las economías domésticas surgen formas concretas de “medir” el aumento de precios y de dar cuenta de la pérdida de poder adquisitivo de la moneda que no implican la puesta en uso de un conocimiento exhaustivo de la evolución de dichos precios, ni de los números índices mediante los cuales la ciencia económica da cuenta de estos fenómenos. En las páginas que siguen el foco del análisis serán estas formas ordinarias de cálculo que hemos denominado “medidas caseras de inflación”. Las mismas permiten a quiénes las ponen en práctica transformar a la inflación un fenómeno aprehensible, concreto, conmensurable. Al mismo tiempo son expresión, no sólo de una forma de conocimiento lego, sino también de modos de hacer y representaciones sobre el mundo social y económico.

Introducción

Como hemos mencionado antes, en Argentina, los años 70' marcaron un punto de inflexión en relación con la convivencia con un fenómeno que no era nuevo como la inflación. De acuerdo con Heredia (2018) fue a partir de mediados de dicha década que “de ser una preocupación menor, circunscrita a ciertos círculos, la inflación fue escalando y con su incremento logró conquistar el centro de la atención pública y política (p.240). Uno de los indicadores de este proceso fue el ya señalado surgimiento

del Índice de Precios al Consumidor, que reemplazó al Índice de Costo de Vida¹¹¹. Este indicador evidenció el creciente interés de las autoridades en la inflación y “ofreció a la población argentina una medida común para seguir los precios” (Daniel y Heredia, 2019). La creación del Instituto de Estadística y Censos (INDEC) en 1968, también fue parte importante de este proceso, ya que se transformó en el organismo encargado de calcular de manera sistemática dicho índice.

En el capítulo anterior, dedicado a recuperar los modos en que la inflación aparece referenciada en el relato de los hogares consultados, sostuvimos que la conversación cotidiana en torno a la preocupación por el aumento de los precios no transcurría por medio de la apropiación de las categorías eruditas presentes en el debate público, ni de las herramientas técnicas utilizadas por los expertos para medir el avance de la inflación. Allí, en lugar de los porcentajes que arroja el IPC, y que la prensa difunde mes a mes, eran recurrentes dos tipos de referencias. Por un lado, aquellas centradas en el precio de ciertos bienes que funcionaban para los hogares como indicadores del comportamiento del resto de los precios de la economía. Por el otro, las que ponían el acento en la pérdida de poder adquisitivo de los ingresos. Hemos señalado también que este tipo de alusiones permitían a los miembros de los hogares hacer visible el comportamiento de la inflación, al mismo tiempo que accionar al respecto.

Claro está el interés y la utilidad práctica que otorgan los hogares a la información sobre los llamados precios de referencia. No obstante, es importante tener en cuenta que se trata de un tipo de información que es en general difícil de recordar. Daniel Miller (1999), a partir de una investigación etnográfica que recupera las prácticas de compra de un grupo de familias londinenses a mediados de la década de los 90' sostuvo que, independientemente de su nivel de ingresos, muy pocas eran las personas que conocían los precios de los artículos más básicos. En un marco de estabilidad, con una inflación interanual por debajo del 3% como la que caracterizaba a Gran Bretaña esos años, el autor señalaba que gran parte de sus interlocutores sólo tenían memoria de los precios de los artículos que compraban varias veces a la semana -como el pan y la leche, mientras que otros no recordaban ninguno de ellos. En una investigación previa e interesada específicamente en los modos en que las personas incorporan información sobre los precios, Hilde Behrend (1966; 1978) abordó el período inflacionario que atravesó Reino Unido luego de la Segunda Guerra Mundial. Allí, la

¹¹¹ Para profundizar acerca de la construcción histórica de estos indicadores véase Daniel, C. (2013) *Números públicos. Las estadísticas en Argentina 1990-2010*.

autora señaló también que, a excepción de ciertos productos básicos muy puntuales, las personas poseían un conocimiento muy limitado y poco preciso de los precios. La frecuencia de contacto con un determinado precio, asociada también a su permanencia en el tiempo, fue señalada por la autora como uno de los factores centrales en la incorporación de conocimiento al respecto. En ese sentido, apuntó a las dificultades generadas por la inflación dada la necesidad de reaprender los precios a la par de sus aumentos.

Teniendo esto en cuenta es posible sostener que, salvo en casos puntuales que abordaremos luego, a medida que la inflación evoluciona es difícil para las personas construir referencias que les permiten dar cuenta del desenvolvimiento de este fenómeno recurriendo exclusivamente a la información puntual los precios que recogen en la vida cotidiana. Los mismos pierden actualidad con frecuencia y sus aumentos complejizan la tarea de seguirlos en el tiempo. **Así, en las economías domésticas surgen un conjunto de formas ordinarias de cálculo designadas para medir la inflación, que van más allá de los modos específicos utilizados para nombrar este fenómeno.**

En relación directa con este punto, Florence Weber (2002) mostró que en la cotidianidad emergen modos de calcular y/o medir ciertos fenómenos¹¹² anclados en prácticas u objetos materiales que resultan significativos en contextos y en el marco de relaciones sociales particulares. Al analizar el caso de un conjunto de horticultores en Francia, la autora advierte que las formas en que estos trabajadores miden la tierra poco tiene que ver con las mediciones técnicas que realizan, por ejemplo, los agrimensores. A partir de ello sostiene que no es posible derivar los mecanismos de medición de los campesinos del sistema formal construido en base a las competencias de los técnicos. De acuerdo con la autora, sin oponerse a las medidas técnicas elaboradas por los expertos, las formas ordinarias de cálculo son muchas veces distintas de ellas y analizarlas permite acceder a las categorías de clasificación nativas, los modos de razonamiento práctico y la materialidad de ciertas experiencias.

¹¹² En una dirección análoga, Jean Lave (1984) llevó a cabo una investigación etnográfica entre adultos estadounidenses de clase media. Allí observó que en situaciones de la vida diaria como, por ejemplo, cuando se realizan las compras en el supermercado, las personas emplean formas de cálculo que no se basan en la aritmética formal aprendida en la escuela y/o en otras instancias de formación y que sirven -con éxito- a la toma de decisiones en tales espacios. A partir de esta experiencia y otras similares que recupera en su trabajo, la autora propone el enfoque de la “especificidad situacional” a la hora de analizar tales procedimientos medición y cálculo. De acuerdo con este enfoque, dichos procedimientos se constituyen mutuamente con el entorno en el que tiene lugar, de modo que reflejan y ayudan a producir el carácter específico de las actividades de la vida cotidiana.

Interesado también en las formas nativas de pensar y actuar frente a los fenómenos económicos, Neiburg (2005, 2006, 2008) señaló que las mismas no están nunca completamente desconectadas de los modos en que el conocimiento científico-técnico describe y prescribe dichos fenómenos. Las categorías y los dispositivos creados por los expertos circulan más allá del universo científico y muchas veces son apropiadas y utilizadas por las personas en su vida cotidiana. Al analizar los períodos de alta inflación que atravesaron Brasil y Argentina durante las últimas décadas del siglo XX, el autor mostró que los índices elaborados y difundidos por los economistas fueron centrales para las poblaciones de ambos países al momento de convivir con la inestabilidad monetaria.

A diferencia de lo documentado por Neiburg, en la propia investigación la referencia a este tipo de números públicos -como es el caso del IPC- está prácticamente ausente, tanto cuando las personas refieren al aumento de los precios como cuando realizan sus cálculos cotidianos o emplean mecanismos para volver a la inflación un fenómeno tangible. Como puntualizamos en Hernández y Luzzi (2023), son tres las condiciones propias del período en el que se llevó a cabo el trabajo de campo, que permiten pensar esta diferencia en relación a los modos en que circula y se relaciona el conocimiento entre el mundo de los expertos y de los legos. En primer lugar, la suspensión de los mecanismos de ajuste automático de los precios que se llevó a cabo en 1991 como parte de la instauración del régimen de Convertibilidad (ley 23.928), aspecto que se mantiene hasta actualidad¹¹³. Si bien esto no implicó la eliminación de hecho de las formas de ajuste de salarios y contratos en función de la evolución de los precios, estas dejaron de ser automáticas y el IPC no siempre fue la referencia común para dichos cálculos. En segundo lugar, el ya mencionado conflicto en torno a la veracidad de las estadísticas sobre inflación publicadas por el INDEC que tuvo lugar entre 2007 y 2015. Si bien al momento de iniciar el trabajo campo, dicha disputa había sido resuelta y el IPC del INDEC era nuevamente considerado como valor de referencia, es posible aventurar que dicho índice haya perdido parte de la legitimidad o parte de la capacidad para funcionar como una referencia en el marco de las economías domésticas. En tercer y último lugar, es debido considerar -como ya señalamos- que las tasas de inflación del período que hemos analizado no son comparables a las que experimentó el

¹¹³ Si bien dicha ley fue derogada en el año 2002 por la ley 25.561 (De Emergencia Pública y de Reforma del Régimen Cambiario), se mantuvieron aquellos artículos (nº7 y 10) que prohibían el uso de mecanismos de indexación. El cuerpo de la norma se encuentra disponible en: <https://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/70000-74999/71477/norma.htm>

país tras la instauración de un régimen de alta inflación desde mediados de la década del 70' en adelante.

Teniendo en cuenta estos puntos a fin de comprender por qué los vínculos entre el conocimiento lego y el experto parecen ser menos directos de lo que se observaba en el pasado (Hernández y Luzzi, 2023) y considerando también que dichos vínculos son más complejos de lo usualmente se cree, centraremos el interés de reconstruir los modos en que la inflación se vuelve palpable, medible y observable a nivel de los hogares. Nos concentraremos en las formas caseras de medir la inflación que surgen en las economías domésticas -muchas de ellas derivadas de su gestión cotidiana- y que son puestas en juego en los discursos que las personas elaboran en torno al fenómeno. Esto es fundamental si lo que buscamos es comprender de manera situada los modos en que las personas procesan social y subjetivamente la experiencia de vivir con la inflación y los modos en los que actúan frente a ella.

En el primer apartado haremos referencia a aquellas unidades de medida que surgen a partir de la intermediación de objetos y/o dispositivos que forman parte de la vida diaria y de la experiencia práctica de los hogares. En el segundo, prestaremos atención a precios específicos por estar conectados con eventos, bienes o consumos que resultan significativos en el marco de las biografías de los hogares, permiten establecer marcas temporales que expresan la velocidad a la que evoluciona el fenómeno inflacionario. Dichos precios son la base para la construcción de este grupo de medidas caseras de inflación. En el tercer apartado recuperaremos una serie de ejemplos en los que se ponen en juego las temporalidades internas que son constitutivas de los hogares como parámetros para exponer el avance de la inflación. Entre estas se destacan aquellas medidas que se construyen sobre la base de los ritmos de consumo y las temporalidades de los ingresos. En un cuarto y último apartado pondremos el foco en los presupuestos domésticos como herramientas que son utilizadas por los miembros de los hogares para dar cuenta del encarecimiento del costo de vida y el rezago de los ingresos. En este caso, la diferenciación de dineros que sirve de base a la estructuración de los presupuestos es la que permite mostrar con claridad los efectos de este fenómeno.

Consideramos que esta perspectiva, además de su aporte para iluminar las formas ordinarias de pensamiento y cálculo, ofrece una dimensión más donde observar diferentes universos de relaciones sociales, incluidas las relaciones de clase. Como veremos a lo largo del capítulo, al igual que las estrategias que se utilizan para convivir con la presencia de la inflación, los modos en que se construyen formas de medir y/o

volver aprehensible el avance de este fenómeno están cargados de marcas distintivas en esta dirección.

El changuito, la libreta de fiado, el tanque de nafta y otros dispositivos como medidas caseras de inflación

“Yo no tengo la memoria de los precios” decía Irma cuando nos reunimos en junio de 2018. Tiene 51 años y vive junto a su marido Ariel (56) y dos de sus cinco hijos en una casa de dos plantas ubicada en la planta urbana de la ciudad. La vivienda la compraron hace 18 años, a través de un crédito hipotecario sobre el que Irma se limitó a decir que lo habían obtenido cuando su hijo mayor tenía 9 años. Durante el tiempo que duró nuestro encuentro mostró cierta resistencia a explayarse sobre algunos aspectos de la economía doméstica, sosteniendo no recordar fechas, ni demasiados datos. Su marido es Ingeniero Agrónomo y actualmente trabaja en el campo que pertenece a su familia materna junto al mayor de sus hijos (27), recibido recientemente de Administrador de Empresas Agropecuarias. Por su parte, Irma se dedica a tiempo completo a las tareas domésticas y de cuidado. Su hija menor (14) aún está completando sus estudios secundarios, mientras que sus otros tres hijos viven en la ciudad de Buenos Aires, donde cursan estudios superiores.

La economía de ambas casas -la de la familia en Bolívar y la que sus hijos ocupan en Buenos Aires-, se sustenta a partir de los ingresos que genera el trabajo de Ariel. Mientras conversábamos sobre las compras para aprovisionamiento, de las que se ocupa exclusivamente Irma, ella sostenía que mantiene el hábito de ir una vez por semana al supermercado. Dichas compras, al igual que la mayoría de las cosas que se consumen en el hogar, las abona con la extensión de la tarjeta de crédito de Ariel, siempre en un pago. “A él le gusta así, entonces ya es como un control de que podemos gastar esto por mes” dice Irma. Este medio de pago opera como un organizador del presupuesto doméstico.

Si bien, como mencionamos al comienzo, ella afirma no recordar los precios de los productos que consumen asiduamente, señala con énfasis los aumentos que estos experimentan:

La compra grande de la semana es el carrito entero. Yo me acuerdo que la primera vez que cambiamos, cambiar te digo el monto fijo, el día que llené el carrito y fueron \$1000 casi me muero. Y ahora pensar que el carrito te sale \$2000 y algo. Cuando vas

pasando de a \$1000 ¡Ay! decís, ¡Dios mío! ¿cómo gasto tanto? (Irma, 51 años, responsable de las tareas domésticas y de cuidado. Junio de 2018)

Sin precisiones temporales, el carro del supermercado asociado a una suma de dinero que representa lo que gastan semanalmente en el hogar, es el dispositivo elegido por Irma para dar cuenta de la evolución de los precios. En este hogar en particular, en el que cuentan con ingresos holgados, los hábitos de consumo y los ritmos sobre los que se organiza el aprovisionamiento no se han modificado sustancialmente. De modo tal que la regularidad de la práctica semanal y el dispositivo que la organiza, permiten volver aprehensible el avance de la inflación. En el mismo sentido se expresaba Diana durante el primer encuentro que mantuvimos en Junio de 2018:

Y, compro por bulto y entonces más o menos si me doy cuenta. Como siempre compro lo mismo, de una semana a la otra o de un mes a otro, entonces una compra que era de \$1000, se vuelve de \$1400 por decirte algo, ese es el registro que hago. (Diana, 36 años, ingeniera agrónoma y empleada administrativa. Primer encuentro, junio de 2018).

Referencias de este tipo, en las que se exponen unidades de medida construidas sobre la base de objetos y/o dispositivos que conforman la experiencia práctica de los hogares, aparecieron una y otra vez en los relatos. “Antes ibas y un carrito eran \$2000. Ahora es una bolsita y media y tenés \$1000 y vos decís: ¿eh?, subraya Soledad cuando nos reunimos en febrero de 2018. Automáticamente saca de su billetera un ticket de una compra que había realizado horas antes de nuestro encuentro y sigue:

Ahora fijate, cinco cosas que ni siquiera necesité una bolsa son \$500. Y yo me acuerdo que el año pasado con el 50% de Visa Banco Provincia¹¹⁴ las primeras veces que hicieron el de la Coope, las primeras veces era un mundo de gente, me acuerdo que yo gasté, compré dos changos y un carrito y compré \$3200. Me devolvían \$1500 pero compré para todo el mes, aprovechaba esas cosas. (Soledad, 38 años, martillera pública por cuenta propia. Marzo de 2019)

Su relato engloba varios aspectos. En primer lugar, en un sentido análogo a los discursos que citamos antes, la comparación entre el costo monetario de la bolsa y del

¹¹⁴ Esta promoción, que funcionó de manera periódica entre 2017 y 2019, apareció mencionada una y otras entre los hogares de sectores medios exclusivamente. Podemos suponer que esto se debió a dos cuestiones principales: la primera relacionada con el requisito de ser cliente del Banco provincia; y la segunda con el requerimiento de contar con un saldo de \$3000 disponible a ser destinado temporalmente a una única compra, ya fuese en la tarjeta de crédito o en la cuenta bancaria. Dependiendo del método de pago elegido, variaba el tiempo y la modalidad de reembolso del dinero. A esto se añadía el riesgo de que, por algún error, el dinero del descuento no fuese reintegrado, tal como mencionaron algunos entrevistados.

carro son la referencia que emplea para evidenciar el aumento de los precios. En segundo lugar, el contraste entre dichos objetos expresa cómo se modifican las prácticas de compra en un contexto inflacionario donde se incrementa el costo de vida o -aún contenido dentro de ciertos límites-, y donde los ingresos experimentan un retraso cada vez mayor en relación al avance de los precios. En ese sentido, aparece la ya mencionada cuestión de un aprovisionamiento que se ajusta a un consumo más inmediato o de corto plazo (graficado en el reemplazo del chango por la bolsa) En tercer lugar, y utilizando la intermediación del mismo objeto (el carro del supermercado), hay una memoria del costo que esa unidad de medida tenía aproximadamente un año atrás. Esa memoria está asociada además al monto de dinero que habilitaba a utilizar una promoción como la del Banco Provincia (a la que hemos hecho referencia en el capítulo n°1). La misma era valorada positivamente en los discursos de los hogares de sectores medios, en tanto permitía recuperar prácticas antes habituales como la compra grande y el stockeo en un contexto en que esas modalidades de aprovisionamiento modificaban su forma. En este sentido, Soledad recuerda exactamente que con \$3200 en ese momento pudo comprar “dos changos y un carrito”.

En un sentido similar se expresaba Ema, mientras conversábamos también sobre la organización de las compras para aprovisionamiento. “Cuando estaban los descuentos del Banco Provincia las hacía bien, que eran dos veces por mes. O una vez por mes hacía una compra grande, porque me hacían descuentos del 50%.” (Primer encuentro. Febrero de 2018). Por contraste señalaba, las compras “en función de la necesidad” que realizaba en los momentos en que dicha promoción no se encontraba vigente. Allí, por un lado, movilizaba ideas respecto de lo que consideraba “bien” o “mal” en relación a la organización de dichas prácticas. Y, por el otro, empleaba el monto de dinero establecido por la promoción como una medida casera de inflación:

El tema de los precios que tampoco los sé producto por producto, pero yo usaba el descuento del Banco Provincia del 50%. Yo tengo el sueldo del municipio de provincia, que antes compraba \$3000 exactos que te devolvían la mitad, hasta \$1500 y me alcanzaba perfecto o no llegaba ni siquiera a los \$3000. Y las últimas dos o tres veces que lo hice gasté arriba de \$4000. (Ema, nutricionista, 34 años. Segundo encuentro, febrero de 2019).

Como vemos en estos discursos, las compras para el aprovisionamiento diario son una fuente inagotable de estas medidas o formas ordinarias de cálculo. El chango del supermercado, la compra semanal, la cantidad de artículos que caben en una bolsa, son

algunos de los ejemplos que ilustran los modos en que la inflación se materializa y se vuelve observable, palpable, medible en el marco de las economías domésticas. Al mismo tiempo, **son estas medidas caseras las que, al surgir vinculadas a ciertas prácticas que han sido dotadas de una temporalidad particular y de cierta regularidad, como ocurre con la realización de las compras, se vuelven significativas en el modo de vivenciar los ritmos a los que la inflación avanza.**

Asimismo, como señalamos en Hernández y Luzzi (2023), al igual que el IPC este tipo de medidas resultan de la agregación de información que, de otro modo, sería dispersa y cambiaría rápidamente. Lo que sirve de base a su construcción no son los precios individuales de productos específicos -que pueden resultar difíciles de recordar-, sino ciertos dispositivos que recogen información sobre toda una clase de productos (por ejemplo, el carro del supermercado, la promoción de la tarjeta de crédito, el monto de lo que se gasta mensualmente o semanalmente para comer presente en la libreta de fiado). En ese sentido, se trata de medidas que, por un lado, establecen una norma que va más allá de los precios concretos, permitiendo comparaciones entre distintos momentos. Por el otro, fijan la magnitud de los aumentos de precios en cifras que son significativas en términos prácticos y, por tanto, más fáciles de recordar.

¿Y sos de tener en mente los precios? ¿de recordarlos? le consulté a Mariela, cuando nos reunimos en septiembre de 2018. A lo que respondía: “No me doy cuenta en la banana”, haciendo una referencia general a los productos de consumo cotidiano. Y seguía:

En los servicios más que nada, ahí me doy cuenta que todo aumentó (...) y la nafta ni hablar porque yo voy y vengo cuatro veces en el día, entonces cargo \$500 para más o menos...siempre llené el tanque yo, entonces más o menos llenar el tanque me costaba \$1000 y yo andaba unos quince o veinte días. Y yo ahora cargo \$500 y ando tres días, o sea, ahí me voy dando cuenta. (Mariela, comerciante, 51 años. Septiembre de 2018).

Mariela es la encargada de la sucursal local de un comercio de venta de insumos médicos. Vive junto a su esposo Mauro (54 años), quien se jubiló como directivo de un colegio secundario y, actualmente ejerce como docente en un instituto de enseñanza superior. Tienen dos hijas de 25 y 26 años que recientemente finalizaron sus estudios universitarios en Buenos Aires. El hogar que comparten Mariela y Mauro está ubicado en una zona rural, a ocho kilómetros de la ciudad de Bolívar. Dado que ella recorre esa distancia cuatro veces al día para asistir al trabajo (donde realiza horario “cortado”), la

nafta es un insumo fundamental y su precio es particularmente relevante para el presupuesto doméstico de este hogar. Así, el tanque de nafta, la evolución de su costo y las cantidad de traslados que ciertas sumas de dinero le permiten realizar, son para Mariela uno de los principales indicadores del desenvolvimiento de los precios.

Al igual que en el caso de las compras para aprovisionamiento, su relato evidencia también ciertas transformaciones de las lógicas de consumo. La práctica, antes habitual, de llenar el tanque de nafta ha sido reemplazada por la de cargar con mayor frecuencia una suma puntual de dinero, que le permitirá recorrer una distancia menor o alcanzará para cubrir la demanda de una menor cantidad de tiempo (moverse tres días vs. quince o veinte). Se trata de un modo de gastar que se compartimenta y se proyecta sobre una temporalidad de menor alcance.

Un ejemplo muy similar traía Eugenia con su relato. Cuando nos reunimos por segunda vez en enero de 2019 ella aseguraba que, al menos cada quince días, percibía aumentos en los precios de los productos de consumo cotidiano. “Cuando voy al supermercado me doy cuenta que aumentaron, yo soy de mirar, de comparar” Y seguía:

Antes capaz que pasaban tres o cuatro meses y ahora es permanente. La nafta...yo como ya no ando en auto nunca, ando en bicicleta, no sé cuánto está el litro. Creo que la última vez que cargué estaba a \$19 [*en referencia al precio por litro*]. Pero el auto yo antes lo llenaba con \$1000 y ahora son \$3800 el tanque. (Eugenia, 43 años, docente. Segundo encuentro, enero de 2019)

¿Antes cuándo? le pregunto, ¿te acordás? “El año pasado, eran \$1000, \$1200, es una locura”. Me reuní con ella en dos oportunidades, con exactamente un año de diferencia, y al consultarle qué cosas consideraba que se habían transformado en la economía de su hogar durante ese período de tiempo Eugenia señalaba: “Cambio bastante, nos tuvimos que achicar de todos lados (...) no hago la compra grande que hacía. Después por ejemplo, ando en bicicleta en vez de andar en auto”. Ella todavía recordaba el monto de dinero que necesitaba para llenar el tanque de su auto y el precio del litro de nafta de la última vez que cargó. Ese era uno de los parámetros que tomaba para destacar el incremento de los precios.

En varios de los relatos recabados encontramos alusiones de este tipo, en las que se movilizan formas de volver medir, y/o dotar de ciertas dimensiones al aumento de los precios. Hasta aquí mencionamos una forma particular de las llamadas “medidas caseras de inflación”, que son aquellas que se construyen en relación a objetos o dispositivos que forman parte de la vida cotidiana de los hogares. Siguiendo a Weber (2002), es

posible afirmar además que esas unidades de medida son la cristalización de relaciones sociales; y, en el caso particular que aquí analizamos, el modo de construirlas y los objetos o referencias puestas en juego están cargadas de claras marcas de clase. Si para el caso de los hogares de sectores medios se alude al carro del supermercado, a las promociones que ofrecen las tarjetas de crédito o débito, al tanque de nafta del auto, en el caso de los hogares de sectores populares aparecen también otros objetos destacados en los discursos que sirven de base a estas construcciones.

En el capítulo donde abordamos las prácticas de consumo hicimos referencia a la importancia central que adquiere el fiado para garantizar la subsistencia cotidiana en hogares atravesados por la precariedad y/o insuficiencia de los ingresos. El hogar de Zulema era un ejemplo: “nos dan fiado, entonces cualquier cosa que necesitamos, una corridita hasta allá, anotamos, tipo libreta, como en la época de antes”, decía cuando nos reunimos en febrero de 2019. Desde hace más de diez años aplican esa modalidad de compra que implica ir retirando productos y, al final de cada mes, abonar la totalidad de lo gastado. A fin de tener un registro, luego de cada compra Zulema anota en un cuaderno los montos que van sumándose. Asimismo, en este hogar, cada uno de los dineros que circulan “se marca” (Zelizer, 2009) en función de su origen y destino:

Z: Por ejemplo la luz, bueno la luz la pago yo y ella paga el teléfono o internet y el gas también [*en referencia a su madre*]. Paga más ella que yo (risas). Sí, porque por ahí el sueldo mío yo lo divido para las cosas de los chicos o, bueno, de luz yo pago \$2000 y después también el supermercado juntas y eso. También tenemos un galpón que era de mi papá y lo estamos alquilando, entonces ese dinero va derecho al supermercado.

E: ¿Con eso cubren el mes de super?

Z: Y hace un tiempo que ya nos quedamos cortas porque en el supermercado estamos cerca de los \$10.000 y el galpón lo alquilamos en \$8000. Ya nos estaría faltando \$2000, más lo que gastamos en distintos lugares, en distintos supermercados.

E: ¿Y con lo que cobras del galpón llegabas a cubrir el super?

Z: Sí, llegaba y a veces me sobraba, pero qué pasa, con la situación que estamos ahora yo prefiero tener el inquilino seguro. Todos te dicen: el alquiler de ese galpón está a \$10.000, aumentáselo. Sí, pero tenés que conseguir el inquilino, porque no conseguís ninguno que te pague \$10.000. Yo prefiero tenerlo con un poco menos de alquiler, antes que tenerlo desocupado, porque eso es una entrada muy importante

para nosotros y si no ¿qué hacemos? (Zulema, 51 años, auxiliar de limpieza. Febrero de 2019)

Aquí, “la libreta del fiado”, y el incremento del monto de dinero que mes a mes emplean para cubrirla, se transforma en un instrumento concreto para dar cuenta de la evolución de la inflación. Esto se vuelve más claro aún por efecto del proceso de distinción de dineros que opera en el hogar. La suma que ingresa en concepto de renta es destinada sistemáticamente a cubrir el gasto de supermercado. Entonces, el desfase que se produce entre un mismo monto que meses atrás “alcanzaba y sobraba” para saldar el fiado y una deuda que actualmente no llega a cubrirse y requiere tomar dinero de otras fuentes de ingreso, deja en evidencia la escalada de los precios.

En el relato de Aldana aparece una referencia similar. “¿Y sos de acordarte de los precios de las cosas de todos los días?”, le pregunté cuando nos reunimos en enero de 2019. “A veces sí, a veces no” respondía ella y automáticamente seguía:

Como yo no estoy en todo el día acá, yo ya llego y mi marido, por ejemplo, ya fue a la despensa. A veces miro porque me anota la chica en la libreta, llevo un paquete de fideos que salen tanto. Pero a veces si o a veces no, no quiero mirar porque uno se reniega, porque si digo: ¡ay, ayer salía \$20 y hoy te sale \$40! ¿cuánto va a salir la semana que viene? ¿qué vamos a comer? (Aldana, 30 años, ordenanza municipal y empleada doméstica. Enero de 2019)

Los precios plasmados en las anotaciones diarias son un recordatorio permanente de su variabilidad y evolución. Asimismo, en este hogar también han sido distribuidas las responsabilidades de pago y los dineros asignados a ello. Así, la cuenta de la despensa se cubre con el dinero que ingresa a través del trabajo del marido de Aldana. La expectativa es que los \$1500 que él recibe semanalmente sirvan para cubrir el saldo pendiente y permitan reservar algo de dinero disponible. En este sentido, el incremento del monto que deben abonar semana a semana también es un indicador que vuelve aprehensible el encarecimiento del costo de vida. La libreta del fiado opera como testigo material de esa evolución, transformándose en una unidad de medida al respecto. Asimismo, a diferencia de lo que ocurría en otros hogares donde la adquisición de artículos a través de este sistema de crédito suponía que los precios de los productos fueran asignados al momento del pago y no de la compra -de modo que estaban sujetos a una actualización permanente-, Aldana sostenía que en el almacén de su barrio le “mantenían” dichos precios de una semana a la siguiente (es decir, hasta la oportunidad en que se efectuaba el pago).

Mientras conversamos sobre la organización de las compras cotidianas, Griselda destaca la atención puesta en los precios. Ella es la encargada de realizar las compras de aprovisionamiento en el hogar que comparte con su marido, y sostiene: “cuando voy al super veo y si algo sube un poquito me doy cuenta, eso sí me doy cuenta.” Y seguía:

Bueno por ejemplo me llevé la sorpresa de que me fui a Neuquén y la garrafa la había pagado \$200, y ahora cuando volví la pagué \$300. Y fueron dieciséis días y cuando fuimos a comprar me llamó la atención \$100, me parece que se les fue la mano, no sé. (Griselda, 59 años, cuidadora de adultos mayores a domicilio. Enero de 2019).

La misma referencia aparecía en el relato de Edith, con quién me reuní los primeros días de febrero de 2019, unas semanas después de mi encuentro con Griselda. Ella tiene 57 años, y vive junto a ocho de sus nietos y uno de sus hijos en un edificio en el que años atrás funcionó una escuela rural. Actualmente se encuentra desempleada. La economía doméstica del hogar se organiza en función de los \$7000 de la pensión que recibe Edith por ser madre de siete hijos y de los aportes que realizan dos de sus hijas a partir de las asignaciones de los niños que Edith tiene a cargo. También se dedican a la cría y venta de animales. Cuando nos reunimos, Edith estaba preocupada porque pronto tenían que abandonar el lugar en el que vivían, dado que había un proyecto estatal de arreglar el edificio. Tras mencionar este punto, sostenía:

Está todo caro, no se puede comprar el gas, no se puede comprar nada, nada, ni siquiera un kilo de carne. La garrafa \$360 pagó mi otra hija que es donde estoy parando yo hasta mañana que me vaya, \$360 pagó la última. Y estaba a \$200 y algo unos días atrás, casi me muero (...) cómo me va a alcanzar, no me alcanza... Ahora tengo que comprarme la garrafa que con solo pensar lo de la garrafa ya ahí tengo \$300 y pico. (Edith, 57 años, desempleada. Febrero de 2019).

La compra de gas envasado es fundamental en ambos hogares dado que no cuentan con acceso al servicio de gas natural. Tanto Griselda como Edith recuerdan el precio de la última garrafa que adquirieron y se sorprenden al ver su evolución tras un par de semanas. El hecho de que el uso de este bien esté marcado por una temporalidad específica, propia de cada uno de los hogares, les permite deducir el lapso temporal se produjeron los mencionados aumentos de precios.

En el relato de Noemí encontramos otros ejemplos interesantes al respecto, en los que se intersectan objetos utilizados como unidad de medida para exponer el aumento de los precios, con ritmos que son ordenadores de la temporalidad doméstica (como los

ritmos de consumo y de percepción de los ingresos). Dado que la zona rural en la que viven se encuentra ubicada a unos 15 kilómetros de Bolívar, ella visita la ciudad una vez al mes para la fecha de cobro de su pensión. Luego de pasar por el banco y retirar la totalidad del dinero, la segunda parada que realiza es el supermercado.

ED: Yo gano nomás de pensión son \$7000, hago una compra grande de cosas que ya no me alcanza y a los tres días, cuatro, no tengo plata. Por más que me quiera administrar, por más que no quiera gastar. (...) Porque tengo que comprar la mercadería para comer, tengo que comprar las cosas para limpiar, lavar, jabón en polvo, lavandina, detergente, tenés que comprar el shampoo, la crema enjuague, todas las cosas. La última vez gasté casi \$5000.¹¹⁵

E: ¿Y esa compra de \$5000 cuánto les dura?

ED: Y a lo sumo 15 días. (...) Yo mañana cobro, mañana me hago una compra más o menos de...que ya ahora no es como antes, que con \$1000 llevabas bastante. Ahora ya no alcanza, y a los quince días, con todos los chiquitos que tengo, tengo que estar otra vez rejuntando para...no es mucho lo que alcanza. Antes con \$2000 tirabas todo el mes, ahora no, ahora con \$2000 si llevo, llevarás dos cajitas así chicas y llevo lo justo y necesario (...) Yo todas las veces que cobraba siempre compraba yogurt, cereales, algo para todos los nenes. Ahora no se puede, antes llevábamos capaz que cuatro sachecitos de yogurt con unos cereales, comíamos nosotros, comían los nenes, todo. Ahora eso no lo podemos hacer más. Hace rato que dejamos de comprar esas cosas. Hace más o menos dos años y pico, desde que entró este presidente. Porque desde que estaba la otra, Cristina, más o menos la piloteábamos, íbamos al supermercado y estaba mucho más barato el kilo de azúcar, un paquete de fideos. (Edith, 57 años, beneficiaria de una pensión por ser madre de siete hijos. Desempleada. Febrero de 2019).

Este relato combina varios elementos. Montos de dinero aparecen contrastados con ritmos de consumo y también con formas de medir aquello que permiten comprar: la posibilidad de cubrir el aprovisionamiento mensual con \$2000, frente a dos cajas chicas donde cabe “lo justo y necesario” para subsistir quince días. Asimismo, dichas compras no solo se transforman cuantitativamente en tanto se achican y requieren mayores sumas de dinero para costearlas, sino también cualitativamente. Esto último evidencia cómo se modifican los hábitos de consumo, ante la imposibilidad de acceder a ciertos bienes y la necesidad de reemplazarlos por otros más económicos. Por último, los cambios que

¹¹⁵ De acuerdo a los datos proporcionados por el INDEC para el mes de enero de 2019, el valor de la canasta básica alimentaria se ubicaba entonces en \$3423,03 por adulto equivalente.

experimenta el hogar, sus hábitos y sus ritmos, son interpretadas en relación con una temporalidad externa, propia del contexto político y económico más amplio en la que el recambio presidencial actúa como referencia. Es interesante tener en cuenta que mi encuentro con Noemí tuvo lugar a comienzos de 2019 y ella señala que aproximadamente en dos años la situación económica del hogar empeoró de manera perceptible. Ese lapso temporal coincide con el momento en que la evolución de la inflación empieza a despegarse y correr por delante del aumento de los salarios y otros ingresos¹¹⁶.

Los precios se transforman también en medidas

Como parte de los encuentros que mantuvimos, se propuso un ejercicio a las personas entrevistadas. Se les ofrecieron una serie de folletos publicitarios de supermercados que habían circulado localmente, a los cuales se les había borrado previamente la fecha de publicación. Allí, figuraba una amplia variedad de productos con sus respectivos precios. Como parte de la tarea se les pidió que repasaran la información que allí aparecía y que identificaran cuáles de esos productos consumían y también si había alguno/s en particular que hubiesen dejado de consumir. A esto se sumaba una pregunta final en la que se les solicitaba que indicaran a qué fecha consideraban que pertenecían esos folletos. El objetivo del ejercicio era impulsar la conversación sobre los precios, considerando el lugar central que estos tenían tanto en los discursos como en las prácticas puestas en marcha para hacer frente a la inflación.

A medida que las personas “ojeaban” las publicidades, la comparación con algunos de los precios vigentes surgió de manera espontánea. El contacto con este material trajo a colación datos o referencias que sostenían no retener o recordar a causa de la variabilidad y la dispersión a la que los precios estaban sujetos. “Bueno ya viendo

¹¹⁶ Volvemos a recordar aquí que de acuerdo con los Informes de Salarios producidos por el INDEC, a partir del año 2018 el IPC corrió por delante de la evolución del índice salarial. Tomando como referencia al mes de diciembre, para el año 2018 el índice total de salarios presentó una variación del 29,7% (30,4% para los trabajadores registrados y 27,2% para el sector privado no registrado), frente al 47,6% que arrojó el IPC. En 2019 los salarios totales variaron un 40,9% (43,8% el sector registrado y 29,5% el no registrado) que ante el 53,8% que arrojó el índice de precios al consumidor supone -en promedio- una pérdida de poder adquisitivo en torno de los 13 puntos porcentuales.

Para el caso de las prestaciones de la Seguridad Social, en el informe Aumento de prestaciones producido por el Observatorio de políticas públicas de la UNDAV (2020), se señala que entre el mes de septiembre de 2017 y el mes de diciembre de 2019, las jubilaciones, asignaciones y pensiones perdieron un total de 19,5% de su poder adquisitivo.

el precio del azúcar es bastante viejo este folleto”, me dice Mónica cuando nos reunimos en Octubre de 2019. ¿Cuánto está el azúcar ahora? le pregunto:

Y yo la llegué a pagar hasta \$40. Este precio también es irrisorio, ni hablar. Me lo cobraron \$100 al dulce de leche el otro día [*\$24 era el precio que figuraba en el folleto*]. La harina lo mismo, la harina vale casi \$40. \$40, \$43 la pagué el otro día. El paquete de Chocolinas lo vi ayer en la despensa a \$90. Así que ¿cuántos años tiene este folleto? (...) vos fijate la diferencia ¡es enorme! Ponele, por decirte no es la marca que compro, pero si ahora estoy pagando la Andresito está ahora a \$135 el kilo [en referencia a la yerba] porque el otro día...\$95 el medio está en los chinos...\$135 cuando la ponen en oferta en los chinos. Y los Lucchetti \$77 me los cobraron a los tallarines como baratos. (Mónica, 52 años, empleada doméstica y ciudadores de adultos mayores a domicilio. Octubre de 2019)

En el capítulo 3, hicimos referencia al hogar de Mónica y a la importancia que ella, encargada de realizar las compras para aprovisionamiento, daba a la construcción de los itinerarios. Estos implicaban recorrer en bicicleta varios de los supermercados de la ciudad con una atención minuciosa puesta en los precios. Su caso no era excepcional, reforzando la centralidad que adquieren este tipo de prácticas al momento de pensar qué estrategias despliegan los hogares para convivir con la inflación. Como expuso Behrend (1966), si la presencia de precios cambiantes dificulta su aprendizaje, el interés por incorporar tales datos puede verse impulsado por los roles que dicha información juega en la vida cotidiana de las personas. De acuerdo con la autora, si las personas realizan un esfuerzo al respecto, ello se debe a la existencia de una preocupación o un interés específico al respecto.

En el caso de Soledad aparecían también elementos interesantes para pensar el rol que desempeñan los precios:

(...) los papel higiénicos...\$100 los cuatro papel higiénicos, eso me parece una locura, que subió de \$34 que me acuerdo que iba a los chinos, que a veces que los chinos están más baratos y ahora ya no hay escala, no hay ni chinos, ni actual, ni Coope ni nada...son todos iguales, todos te cobran \$100, \$98, depende...y el otro día conseguí \$89 el Higienol Max que es lindo pero es más barato que el otro, que el Higienol común (...) Mirá \$18 pesos [*hace referencia al precio de un pack de rollos de cocina que aparece en el folleto*] y yo compre el mismo, el Elegante a \$49, más del doble, más del doble. La lavandina por dos litros ¡Esencial! \$60 ¡es una locura! (...) ¡\$18! Vos fijate, ¡tres veces más! Y no es que sea...la esencial, la más barata, la otra estaba \$90... yo digo: no compro lavandina, ya viste cuando vos decís...acá

mirá, Ayudín por dos litros \$34, está a \$90 y pico...yo compré a \$60 la otra que está un poco más rebajada (...) Ay la yerba a \$40 mangos ¡el kilo?! Ahora la yerba cuanto está ni sé, está como a \$120 la última que compré... a ver de cuándo son estos...de cuándo son...¿2017?

E: Solo este es de 2017...estos son de las pascuas pasadas, 2018....

S: ¡Está todo el doble! ¡En un año aumentó el doble todo!

E: Si, ni siquiera un año porque no llegamos, son del abril pasado.

S: Si... ¡no! yo te digo la verdad, viste que haber...te das cuenta porque vas al super, yo antes no miraba los precios y ahora los miro. (Soledad, 38 años, martillera pública por cuenta propia. Marzo de 2019)

En su intervención nuevamente son las compras para aprovisionamiento diario el lugar por excelencia donde se ponen de manifiesto con claridad los aumentos de precios: “te das cuenta porque vas al super” destacaba ella. Al igual que Mónica, al repasar “precios viejos” Soledad hacía memoria del costo de mercado de una serie de bienes que había adquirido en sus últimas compras. No obstante, no lograba reponer la velocidad a la que se habían producido los aumentos en los precios. La distancia temporal entre los precios presentes en los folletos y aquellos que Soledad recordaba de su última visita al supermercado le resultaba difícil de establecer. Similar fue la experiencia de Mónica que se apresuró a preguntar ¿cuántos años tiene este folleto? Así buscaba subrayar lo disparatados que le resultaban los precios que figuraban en la publicidad. En ambos casos, como en el de otros entrevistados, la idea que surgía era que dichos aumentos habían tenido lugar a una velocidad mucho menor de a la que efectivamente lo habían hecho. Soledad ubicaba en el año 2017 una serie de precios que correspondían a mediados del 2018 y expresaba una gran sorpresa al ver que, en un lapso de tiempo menor a un año, muchos productos habían duplicado su costo de mercado. Esto, que con mayor o menor exactitud, podía estimarse de los valores arrojados por el IPC (ubicados en torno del 48%), no resultaba autoevidente. Algo similar exponía Diana:

La yerba que está arriba (yerba Nobleza Gaucha figura el kilo a \$49,99), no sé si de esa marca exclusivamente pero la última que compré fue a \$100. Si, está en oferta la de \$100 el kilo. Bueno, la harina por ejemplo, que compré de una marca cualquiera que estaba a \$20 y pico. La Pureza (que es la que figura en el folleto a \$16), estaba a \$30 y algo. Acá está la leche (marca Ilolay a \$18), bueno, hoy está al doble...Ese vino a \$79 no lo conseguís ni en sueños (...) El atún ese a \$20 pesos que es lomito

no existe, el de Día sale casi \$50, yo consumo ese, los lomitos. No, no existe, \$9 esto (en referencia a un puré de tomates) No, no existe. ¿De cuándo son?

E: Este es de ¿poner mes? 2017 y estos dos de semana santa en 2018.

D: ¿Esto es de 2018? No, no...no puede ser...la verdad es que si lo miro así me doy cuenta que es una locura, pasa que vas perdiendo noción (...) Si vos no me decís la fecha te digo que son del 2015 por decirte, pero ni loca pienso que es de menos de un año atrás. (Diana, 36 años, ingeniera agrónoma y empleada administrativa. Segundo encuentro, enero de 2019)

Estos fragmentos evidencian dos aspectos relevantes para pensar cómo es vivenciada la inflación en la vida cotidiana. Por un lado, muestran que mientras la información sobre los precios resulta relevante para los hogares, de modo tal que las personas encargadas de gestionar la economía doméstica logran tener cierta memoria al respecto, se trata de un tipo de información que responde a las demandas más inmediatas (recordar los precios de las últimas compras, identificar si un precio varió de una compra a la siguiente, o entre diferentes comercios). No obstante, responde a una memoria que permite dar cuenta de cómo los precios varían en un período de tiempo más prolongado. Por el otro, ponen de manifiesto las **diferencias temporales que se producen entre un tiempo que es personal, subjetivo, relacionado a los modos en los que las personas procesan los ritmos inflacionarios, y otro tiempo que es contextual, derivado de los ritmos objetivos asociados al fenómeno.** El IPC es la herramienta técnica legitimada que permite establecer la magnitud del aumento de los precios para lapsos temporales uniformes y determinados (sean estos meses, años, o un agregado de los mismos). Al mismo tiempo, en las economías domésticas y en el marco de las biografías personales y familiares, operan otros elementos que permiten el acercamiento entre dichos tiempos que corren a velocidades diferentes. Si respecto de los precios de los productos que se consumen a diario es difícil contar una memoria que vaya más allá del registro más inmediato (tal como resultó en el ejercicio de los folletos), en ciertas ocasiones determinados precios que resultan significativos para los hogares por estar conectados con eventos, bienes o consumos específicos, se transforman en parámetros para dar cuenta de la velocidad y/o la magnitud a la que evolucionan la inflación. En el caso particular de estos precios, los mismos son la base para construir un instrumento de medida respecto de este fenómeno.

¡Es viejo esto! se apuró a señalar a simple vista Zulema mientras observaba los precios presentes en los folletos de supermercado.

Z: Este arroz está baratísimo. Bueno el dulce de leche consumimos poco, chocolina. Bueno, harina yo consumo mucho porque hago para afuera [en referencia a la venta de comidas por encargo]

E: ¿Y a cuanto la compras a la harina hoy?

Z: Y está cerca de \$30, \$30, \$32 y ahí está a \$16, es viejísimo esto. Azúcar a \$18, ahora está a \$25. Fideos busco precios por todos lados, por los chinos, por Actual, por Día, por...porque se fue al carajo el fideo...

E: ¿Cuánto pagas por un paquete de fideos?

Z: Un paquete de fideos está arriba de \$30, \$35...\$40 y pico también. Yo hasta hace poco los compraba a \$15, \$16...Aceite sabemos comprar éste que está a \$62 ahora. Bueno, los duraznos al natural para el cumpleaños de Valeria, para los tragos, fui comprando también y estaba casi igual, a \$19, \$20. ¡¿\$40?! ¡No! Esa Andresito debe estar ahora a \$94 si no me quedo corta [en referencia a la yerba].

E: ¿De cuando te parece que son estos folletos?

Z: Y estos folletos deben ser del año pasado por lo menos de mayo...

E: ¿2018?

Z: Sí, del año pasado debe ser mayo.

E: Estos dos son de abril de 2018.

Z: ¡Mira! No le erré tanto y eso que no veo (risas)

E: No. A mucha gente le parece que son más viejos.

E: No, yo me acuerdo algunos de los precios del año pasado porque ya te digo, porque hago relación con el cumpleaños de Vale, entonces yo más o menos me acordaba los precios, los tenía mucho en mente al ir buscando por todos lados. (Zulema, 51 años, auxiliar de limpieza. Febrero de 2019)

A diferencia de otros entrevistados, Zulema logró establecer casi con precisión la fecha a la que pertenecían los folletos. Y ello, a partir de tomar como referencia los precios de determinados productos que asociaba al festejo del cumpleaños de 15 de su hija. **Eventos de estas características, que suponen gastos significativos y extraordinarios para las economías domésticas, juegan un rol central en la construcción de estas referencias específicas que permiten anclar temporalmente a la inflación y construir parámetros respecto de su evolución.**

En el hogar en cuestión, la concreción de este festejo implicó reordenar la economía y consignar grandes esfuerzos a reunir el dinero necesario; lo que incluyó

también el recurso al endeudamiento. Asimismo, parte de dichos esfuerzos estuvieron asociados al trabajo minucioso de búsqueda, comparación de precios y acopio de ciertos productos que Zulema realizó en los meses previos al festejo. De allí que ella no haya tenido problemas para asociar dichos precios a su momento de vigencia. Su relato expone también la relevancia de la “estrategia antiinflacionaria” por excelencia que emplean los hogares en la organización de sus itinerarios de compras; y también muestra que un recurso como el stockeo de productos de consumo, que puede resultar poco viable en relación al consumo cotidiano, se revela útil cuando se trata de responder a eventos puntuales o de características extraordinarias y que suponen también contabilidades y recursos que se gestionan de maneras específicas, muchas veces distintas de los dineros de uso corriente.

Un ejemplo similar encontramos en el hogar de Agustina (31) y Manuel (34), quiénes estaban retomando la construcción de la vivienda a la que se habían mudado recientemente. Al consultarle a Agustina si tenía algún registro o elemento que le permitiera advertir la variación de los precios, automáticamente refirió a los materiales de construcción. Ella recordaba con precisión el valor que tenía la bolsa de cal cuando iniciaron la primera etapa de construcción y lo comparaba con su precio actual:

Y por ejemplo, cuando nosotros empezamos a construir, un ejemplo, la bolsa de cal salía \$40. Ahora que estamos construyendo de vuelta sale \$140/\$130 ¡imagínate! En nada, en un año y medio, lo que tiene Genaro [*en referencia a la edad de su hijo*], dos años ponele, como mucho porque cuando nació Genaro nos fuimos. (...) en nada, más del triple aumentó y ahora nos estamos dando cuenta que empezamos a construir de vuelta, imagínate ahora construir la casa, ¡imposible! (Agustina, 31 años, docente de nivel inicial. Marzo de 2018).

Acá nuevamente es el vínculo directo con un precio específico, lo que le permite notar de manera mucho más tangible la dinámica de evolución de los precios y su desenvolvimiento en el tiempo. Dicho precio resulta significativo al estar asociado a un bien altamente valorado como lo es la vivienda propia. Para dar cuenta de la magnitud de su variación, Agustina toma como referencia la edad y el nacimiento de su primer hijo. Esta forma de cálculo es la que utiliza para advertir que, en el transcurso de dos años, el precio en cuestión se triplicó.

Los ejemplos anteriores sirven también para evidenciar un punto importante señalado por Guyer (1995) respecto de la experiencia de las personas con el dinero. De acuerdo con la autora, los recuerdos de la gente pueden ser borrosos en lo que se refiere

a las fluctuaciones de los precios y los tipos de cambio que conformarían una historia económica estándar. Pero lo son mucho menos en lo que se refiere a los dramas personales de intentar casarse o conseguir un título en condiciones de una circulación monetaria repentinamente mayor, o de hacer interminables colas en el banco bajo vencimientos estrictos. Así, como vimos en los casos citados, por el hecho de estar conectados a eventos de relevancia para la vida personal y económica (como el festejo de un cumpleaños de 15 o la construcción de la vivienda propia), ciertos precios permanecen en la memoria asociados a esos momentos específicos y, a partir de ello, pueden ser utilizados como un recurso para ilustrar el derrotero de la inflación.

Las temporalidades internas de los hogares como formas de medir

Los hogares son productores y portadores de sus propias temporalidades internas, de sus propios *ritmos*, utilizando la expresión de Douglas (1991). Como mencionamos en el capítulo sobre las compras, la propia definición de hogar que propone la autora pone el acento en esta cuestión, sosteniendo que estamos frente a una organización del espacio en el tiempo.

Los ritmos internos que son constitutivos de los hogares pueden derivarse de las más diversas dimensiones de la vida cotidiana. Como hemos mostrado a lo largo de la presente tesis, los modos en que se organizan las economías domésticas en relación a ciertas prácticas como el consumo, el gasto, el crédito, el ahorro y los ingresos, ofrecen un espectro muy amplio para evidenciar este punto. Es importante tener en cuenta que las mencionadas temporalidades no permanecen siempre idénticas a sí mismas, sino que pueden surgir y/o modificarse como respuesta a transformaciones internas de los propios hogares y también a aquellas que tienen en el contexto social, económico, político y cultural más amplio en el que estos se desenvuelven¹¹⁷.

Un fenómeno como la inflación afecta sin dudas dichos ritmos temporales, obligando a modificarlos o incluso a crear nuevos. Varios ejemplos de esto último pueden desprenderse directamente de la organización de las compras diarias. El hecho de que, para la mayoría de los hogares, dichas compras supongan un recorrido por

¹¹⁷ Para evidenciar cómo ciertos ritmos pueden encontrar su origen en presiones o condicionamientos externos, Douglas (1991), menciona, a modo de ejemplo, que la memoria de inviernos severos puede traducirse en la tendencia al stockeo de productos o el recuerdo de las sequías de verano en la acumulación de tanques de agua. Estos ejemplos son interesantes también porque ponen el acento en cómo ciertos aprendizajes acumulados se traducen luego en repertorios de prácticas que incluso pueden luego independizarse y/o reproducirse más allá del contexto que les dio origen.

diferentes comercios y el armado de un itinerario a fin de obtener precios más convenientes, implica una inversión de tiempo distinta de la necesaria para comprar todo en un único comercio. Lo mismo sucede al reemplazar compras de mayor tamaño por compras ajustadas a los consumos más inmediatos; lo que supone que semanalmente, a diario o cuando resulte necesario, deberá dedicarse una fracción de tiempo a esta tarea.

A la vez, como veremos en este apartado, las propias temporalidades internas que son constitutivas de los hogares se transforman también en herramientas ordinarias de cálculo, que permiten a sus miembros dar cuenta del avance y los efectos que genera la convivencia con la inflación. Quiénes desde la sociología y la antropología han analizado la influencia que ejerce la presencia de la inflación en la vida diaria han puesto el acento en la cuestión del tiempo. No solo prestando atención al efecto devaluatorio que supone respecto del dinero, sino también interesados en mostrar cómo se trastoca o modifica su gestión en la cotidianeidad. Refiriendo a los períodos y/o episodios mega e hiperinflacionarios, Neiburg (2008) sostenía “las personas invertían una enorme cantidad de tiempo y de energía escuchando hablar y hablando de dinero, lidiando con asuntos monetarios, cambiando unas monedas por otras, y cambiando compulsivamente dinero por otros objetos” (pp. 20-21). Se enfatizó también lo que mencionamos antes, es decir, cómo en tales contextos se prolongaban los esfuerzos temporales destinados a las compras cotidianas (Heredia, 2015; Sigal y Kessler, 1997, y O'Dougherty (2002) y se contraían los horizontes disponibles para la toma de decisiones (Sigal y Kessler, 1997; Neiburg, 2008). Se mencionó que “el incremento de los precios comenzó a apropiarse cada vez más del presente. La inflación fue colonizando las conversaciones, (...) complejizando los cálculos y los proyectos a mediano plazo” (Heredia, 2015: 131). Otros autores hicieron referencia a la “disolución de la temporalidad cotidiana producida por la hiperinflación” (Barbero, 2004: 295), en su capacidad para transforma[r] el presente, el futuro y la planificación” (Grimson, 2004: 189).

Como dijimos antes, la presencia de la inflación modifica sin dudas la percepción y la gestión del tiempo. En el apartado anterior hemos mostrado, por ejemplo, que los tiempos subjetivos, asociados a los ritmos en los que las personas procesan el avance del fenómeno inflacionario difieren muchas veces de los ritmos objetivos atribuidos al mismo a partir de los instrumentos de medición elaborados con este fin. En ese marco, aparecían ciertos precios que, por corresponder a bienes que resultaban significativos para los hogares, se constituían en marcas temporales que acercaban los ritmos objetivos y subjetivos y volvían a la evolución de los precios un fenómeno conmensurable. El

relato de Ema ofrece un nuevo ejemplo al respecto: “En lo que más lo noto es en la leche y los pañales” afirmaba. Con dos hijas de uno y tres años estos bienes ocupaban un lugar central en las prácticas de consumo del hogar. Y seguía:

Los pañales (...) el precio del super aumentó terrible como de \$200 y pico a \$400. Hay bolsas de \$600 ¡una locura!, y no duran nada las bolsas. Bueno ese es un cambio por ejemplo. Yo con Antonia usaba una marca de pañales mejores que los que uso con Ana, los que yo usaba con Antonia ahora salen \$600, no los podría comprar ni loca. (Ema, 34 años, nutricionista en consultorio privado y empleada municipal en un CAP de la salud. Segundo encuentro, febrero de 2019).

En su relato, la diferencia de edad de sus hijas, vinculada a un precio significativo en la etapa del ciclo vital en la que se encontraba el hogar, operaba como una referencia para anclar la evolución de los precios. Para ella, este ejemplo puntual era también un indicador de cómo se había modificado la situación económica doméstica, en tanto que para su segunda hija ya no le era posible utilizar un producto de igual “calidad” que el que había utilizado con la mayor.

Mientras que los mencionados “precios” operan como aproximaciones que permiten volver conmensurable la magnitud de los aumentos, en los discursos aparecen también los propios ritmos temporales internos de los hogares al servicio de otorgar ciertas dimensiones al avance de la inflación. En primer lugar, podemos hacer referencia a aquellos casos en que son los ritmos de consumo de determinados bienes o servicios los que operan esta dirección; ya sea cuando esos ritmos se mantienen y, por ende, es su regularidad es la que permite evidenciar la variabilidad de los precios; o en aquellos en que los mismos se modifican dejando en evidencia las dificultades que tienen las economías domésticas para afrontarlos. Cuando me reuní con Angélica por primera vez ella me decía:

¡En los servicios se nota muchísimo! La luz aumentó, vino más alta. El gas también, me vino casi igual que en invierno y estamos en verano. Yo en invierno gasté poco porque tengo una casa chica e igual estoy pagando, no sé, si pagaba \$1200 por cuota en invierno, ahora estoy pagando casi \$1000 y estamos en verano (Angélica, 60 años. Jubilada y propietaria rural. Primer encuentro, diciembre de 2017)

Ella tomaba como referencia la utilización que hacían en el hogar de los servicios básicos. Teniendo presente lo que había abonado por el gas durante el último invierno -temporada de mayor demanda- y comparándolo con el costo de la boleta que había recibido en verano, Angélica elaboraba un parámetro para exponer su encarecimiento. En gran parte de los relatos aparecían referencias al peso que tienen los mencionados

servicios en los presupuestos domésticos y al lugar central que ocupan en la gestión de los dineros disponibles. Como parte de los cálculos que los miembros de los hogares realizan al respecto, durante los meses de menor consumo se espera una reducción significativa de los montos de las boletas de gas que permitan -además- compensar un mayor gasto de energía eléctrica. No obstante, el acelerado encarecimiento que experimentaron dichos servicios durante el período analizado, echa por tierra esos cálculos. Me reuní con Mercedes en dos oportunidades y en ambas la cuestión del gas ocupó un lugar preponderante en el relato.

Hace dos años estábamos pagando cada dos meses \$500 o \$600. Entonces nos mandaron un aumento así de una que nos dejaron que no sabíamos ni para qué lado mirar. Y ahora yo tengo que pagar una factura de \$4000 y yo el gasto no lo tengo, osea yo gasto menos gas que el año pasado y pago tres veces más. (...) Antes decían cada dos meses, pero ahora la factura te la dividen. (...) Con esa historia de que te lo dividen en dos, lo pagas todos los meses (Mercedes, 61 años, docente jubilada. Primer encuentro, diciembre de 2017).

No estuve prácticamente y me vino \$3200 cada cuota, sin estar, con un calefactor en mínimo, el otro apagado, sin usar la cocina porque uso cocina eléctrica y lo único el termo que se sube cuando te vas a bañar y después está bajo. Escuchame \$3200 cada cuota ¡no! Y si me descuido pago casi más de gas que de alquiler, ¡es un disparate! (Mercedes, 61 años, docente jubilada. Segundo encuentro, septiembre de 2018)

En muchos casos, el encarecimiento que experimentó el gas implicó modificar los modos de abonar este servicio. Fue recurrente entre las personas entrevistadas la mención al hecho de que habían comenzado a pagar las boletas por cuotas y no de forma bimestral y a monto completo como solían hacerlo. Así lo señalaba también Mirta (58 años), cuando nos reunimos por segunda vez en septiembre de 2018:

Lo pagaba todo junto, las dos cuotas juntas pero ya el mes pasado nos pasó eso, vino \$1000 menos que esta vez [en referencia a la última boleta] y lo pagué en cuotas porque ya no puedo pagarlo al contado, porque me vino \$2500 de gas la cuota (...) Lo que pasa es que si yo no pago la primera cuota del gas ahora que se vence el 7 me parece, tengo que pagarla en el segundo vencimiento que es el mes que viene, pero tengo que pagarlo todo junto, osea, no puedo. (Mirta, 58 años, ama de casa. Septiembre de 2018).

Otra unidad de medida también asociada a las temporalidades de consumo surge de tomar como referencia el monto de lo que se gasta de manera diaria para comer en el hogar. Este ejemplo es interesante porque se vuelve una referencia común entre los

hogares de sectores populares y de sectores medios, exponiendo paralelos en las formas de calculabilidad que estos emplean:

Por día sacás la cuenta, gastás \$1000 por día. Y si tenés que ir a la farmacia, a la perfumería ni te digo. Almuerzo, la cena y la merienda y vos decís: se me fueron \$1000 y eso que soy re cuidadosa yo, que antes no y antes no gastaba tanto. (...) Yo antes hacía la compra general, llenaba un chango y ahora por día compro lo que necesito o voy y compro solamente las ofertas. (Eugenia, 43 años, docente. Enero de 2018).

El gasto diario en alimentos o el monto que se necesita para preparar una comida es utilizado como una unidad de medida que permite tener un parámetro de la evolución general de los precios. Al igual que en los ejemplos del carro de supermercado o la libreta de fiado que mencionamos en el primer apartado, estas sumas de dinero funcionan también como referencias que recogen de forma agregada información sobre un conjunto de precios específicos.

Como lo evidencia el relato de Eugenia, estas modalidades de cálculo son también expresión de las transformaciones que experimentan las prácticas de compra para aprovisionamiento y su tendencia a ajustarse al consumo más inmediato. Un ejemplo similar aparecía en el relato de Mónica. Cuando le consulté si había algún precio que recordase o que le hubiese llamado la atención, ella respondía: “Y, imaginate que tenés que contar fácil con \$300/\$400 por comida si son dos, ni hablar si son más ¡me parece un disparate! Obviamente si yo hago un tallarín, un tuco te queda para la noche. Y seguía:

También el tema del de los productos de...shampoo y esas cosas, de limpieza personal quise decir, que vos tengas que contar con \$500 para un shampoo y una crema, porque vos tratás en lo posible, a ver...todos hemos usado el Plusbelle de manzana como dicen en la propaganda (risas), pero vos decís trabajo todo el año, no me voy a poder dar el lujo de comprarme un shampoo como la gente, me parece una locura. Tener que contar con \$500 para eso, eso me ha parecido un disparate. Yo el otro día, por ejemplo, aproveché que estaba de oferta el Tresemmé, el tamaño de 400 creo que es, estaba en oferta a \$140, cuando normalmente está a \$225. Igual que el Elvive, está bien que es un envase grande que te dura bastante, pero igual, están \$225, \$250 un shampoo y vos tenés que traer las dos cosas...tenés que contar con \$500 para eso, eso me ha parecido un disparate. (Mónica, 52 años, empleada doméstica y ciudadana de adultos mayores a domicilio. Octubre de 2019)

Ambos ejemplos resultan interesantes en tanto los indicadores que se emplean para poner de manifiesto el avance de la inflación, son también expresión de las estrategias que utilizan los hogares frente al encarecimiento del costo de vida. En el hogar de Emilia, referir al monto de lo que se gasta por día para comer está vinculado a una modalidad de compra que, como ella menciona, supone comprar lo estrictamente necesario. Asimismo, en el caso de Mónica, el cálculo de la suma que necesita para elaborar una comida, se traduce en modos de hacer rendir ese dinero, por ejemplo, buscando opciones que le permitan cocinar una vez al día. En este último relato aparecen también otros aspectos a destacar. Por un lado, la referencia a un monto de dinero en contraste con aquello que permite comprar (\$500 un shampoo y un acondicionador para el cabello) es un ejemplo claro de lo “disparatados” que resultan los precios. Por otro lado, aparece nuevamente algo que mencionamos en el capítulo anterior sobre cómo ciertos calificativos como “lujo” aparecen acompañando bienes de consumo cotidiano.

Asociados a las temporalidades que rigen la percepción de los ingresos de los hogares encontramos también ejemplos en los que se emplean estos ritmos como formas de dar cuenta del avance de la inflación. Mercedes daba un ejemplo mientras conversábamos sobre lo que ella consideraba habían sido transformaciones en sus hábitos de consumo y en los modos de gastar el dinero de los ingresos. Allí ella señalaba que algo que habían dejado de hacer con su grupo de amigas era salir una vez por semana a cenar afuera. “No lo puedo hacer porque el bolsillo no me da. O sea que si antes nos juntábamos una vez por semana ahora nos tenemos que conformar con juntarnos una vez al mes o cada quince días”, sostenía. Este aspecto estaba conectado con el hecho de que, frente a los aumentos del costo de vida, la totalidad de sus ingresos iban destinados a pagar “la comida, los servicios y el alquiler”. Automáticamente su relato seguía:

Y antes yo te digo, la verdad, llegaba a fin de mes y yo decía: bueno, cobro, que se yo, ponele el 28...ah llego bien, capaz que vos cobrabas el 28 y decías: ¡no, que voy a ir al banco hoy que está lleno de gente! Espero tres o cuatro días. Hoy estoy contando los días a ver cuando llega [*en referencia al día de cobro*] y a las 10 de la mañana que abrió el banco ya estoy para cobrar porque no llego, no...y nada de lujo, es para comer. (Mercedes, 61 años, docente jubilada. Segundo encuentro, septiembre de 2018).

En su discurso, la diferencia entre la decisión de dilatar la fecha para ir en búsqueda del dinero de sus haberes y el hecho de estar “contando los días” para su acreditación, es un indicador claro de cómo la inflación avanza sobre el poder de compra

de los ingresos. Su relato entrelaza varios aspectos que suponen la transformación de ciertos hábitos y/o modos de emplear el dinero, junto a una temporalidad propia del hogar que se modifica y expone el encarecimiento del costo de vida y el rezago de los ingresos.

En el relato de Raquel encontramos otro ejemplo interesante al respecto. Una de las preguntas que formulé a las personas con las que conversé a lo largo del trabajo de campo apuntaba a que consideraran cuál había sido “el mejor y el peor” momento económico que sus hogares habían atravesado. Ante este interrogante sostenía: “Para mí el peor es hoy” y daba la siguiente explicación al respecto:

Y por ejemplo a mí el banco cuando voy a retirar me entrega \$5000 [en referencia al límite de extracción por medio de cajero automático]. Yo con \$5000 pagaba todos los gastos fijos, sacaba para las cuotas, todo. Al otro día iba y sacaba el resto y ya era mío. Y hoy, ayer saqué \$5000 y hoy tuve que sacar \$3000 más y me quedan \$300 [de sus haberes jubilatorios], hasta el 14 que cobro la pensión. Entonces me doy cuenta que la diferencia que hay en el precio de todo lo que compras. No sé, vas a comprar un Raid y son \$70. El otro día vi unas ciruelas y le digo: dame un kilo, ¿cuánto es? \$78 ¿qué? No, dame dos nomás (risas). Hoy tenía ganas de comer sandía y había media sandía, me dice: ¿te la llevas toda? No, dame una tajada así. (Raquel, 66 años, jubilada/pensionada y empleada a medio turno en una panadería. Febrero de 2018)

Ella tomaba varios elementos vinculados al modo de percepción de sus haberes como forma de dar cuenta de la carrera ascendente que seguían los precios. En su relato, la distancia temporal entre la fecha de cobro de sus dos ingresos principales (su jubilación y su pensión por viudez), contrastada con la suma de dinero que le había quedado disponible tras pagar los gastos fijos del hogar, era para ella la clave para dar cuenta de aumento generalizado del costo de vida. A esto se sumaba la referencia construida en base a una suma específica de dinero -aquella que el cajero automático establecía en ese momento como límite diario de extracción- puesta en relación a los gastos que permitía cubrir y/o los bienes que permitía comprar. Si “antes”, \$5000 eran suficientes para cubrir los diferentes compromisos y el dinero restante quedaba a disponibilidad hasta el próximo cobro, esto se había modificado sustancialmente.

En los fragmentos citados se evidencia con claridad uno de los rasgos sobresalientes del período bajo estudio que tiene que ver con el hecho, ya mencionado, de que los salarios y las percepciones de la seguridad social experimentaron pérdidas muy significativas frente al avance de la inflación. Recuperando los datos referidos en la

introducción, sobre la base de la información proporcionada por los informes técnicos del INDEC acerca del IPC y el Índice de Salarios (2018, 2019, 2020), la pérdida de poder adquisitivo acumulada por los salarios entre diciembre de 2017 y diciembre de 2019, fue de 31 puntos porcentuales¹¹⁸. Para el caso de las jubilaciones, de acuerdo con el ya mencionado informe del Observatorio de Políticas Públicas de la UNDAV (2020), entre septiembre de 2017 y diciembre de 2019, los haberes jubilatorios mínimos y las prestaciones de la seguridad social quedaron 19,5% debajo del aumento de la inflación. Si el impacto de la devaluación de los ingresos está muy presente en los discursos, los recursos que se utilizan para explicitarlo no implican poner la atención en el nivel de aumento de los precios en relación a la evolución de los salarios. Los números porcentuales que miden estos aspectos están prácticamente ausentes de los discursos de los miembros de los hogares entrevistados. En algunos casos aparecen referencias generales al atraso de los salarios, pero la forma de dotar de ciertas dimensiones a este fenómeno se nutre de la experiencia práctica en relación a la gestión de la economía doméstica. Victoria al enfatizar en el encarecimiento de ciertos productos básicos como el pan y la leche, sostenía que al no aumentar los sueldos en la misma proporción, el dinero cada vez alcanzaba para comprar menos (febrero de 2019). En un sentido similar se expresaba Soledad: “me preocupa que no aumenten los sueldos, porque yo voy al super y cada vez no sé qué menos comprar, cada vez menos y cada vez menos” Y seguía:

Yo te voy a ser sincera, él gana \$27.000 [*en relación al salario de su marido*], yo no puedo hacer magia con \$27.000. Descontale los dos créditos, descontale el seguro, descontá las cosas...si yo no hago algo acá, si me puede llegar a preocupar importante, no nos alcanza para vivir con ese sueldo, ¡olvídate! Me quedarán ponerle, ayer sacaba la cuenta, ponerle \$9000 para comida. Si te ponés a sacar números \$9000 para comida es un gasto...más o menos dividido 30, de \$300 por día. Si yo hoy fui al supermercado, gasté \$413, ya estoy por encima del límite, y ya hoy no comería, o como las galletitas esas que compré con leche. A ver yo siempre, me acuerdo que había épocas en que mi mamá venía a cuidar a los nenes a la mañana y yo le dejaba \$20 y ella con \$20 cocinaba. Después de un momento a otro pasé de \$20 a \$50, no había forma con \$20, no llegábamos a comprar nada. Después a \$100 y ahora directamente son \$600, \$700. (Soledad, 38 años, martillera pública por cuenta propia. Marzo de 2019)

¹¹⁸ Para el año 2018 el índice total de salarios presentó una variación del 29,7% (ponderando a los trabajadores registrados y a los del sector privado no registrado), frente al 47,6% que arrojó el IPC. Por su parte, en 2019 los salarios totales variaron un 40,9%, ante el 53,8% que arrojó el IPC.

En este fragmento, nuevamente se emplea el monto de dinero necesario para cubrir el aprovisionamiento diario como una unidad de medida para exponer el encarecimiento del costo de vida. Asimismo, Soledad utiliza dicho cálculo de lo que gastan día a día en comida para contrastarlo con el dinero que poseen mensualmente para destinar a esta categoría. Dicho registro es el que le permite, por un lado, ver como evoluciona el gasto cotidiano y, por el otro, evidenciar como los ingresos, cada vez más rezagados, se vuelven insuficientes para solventar esos consumos.

“La gente no tiene poder adquisitivo” decía Silvia, cuando la visité en su almacén en Octubre de 2019. “Las cosas han subido una locura, los impuestos ha subido una locura, los servicios ha subido una locura, pero no subieron una locura los sueldos, entonces a un empleado un sueldo le alcanza 15 días”. Como vemos en este fragmento, entre los pequeños comerciantes, dedicados a la venta de productos para aprovisionamiento, aparecen referencias similares a las que encontramos en los discursos de los entrevistados. Además de estar en contacto permanente con el aumento de los precios, estar detrás del mostrador observando la capacidad de compra de los salarios, es para Silvia un indicador claro del desenvolvimiento de la inflación. Esto se pone de manifiesto en el modo en que su clientela a la que ella define como “humilde toda del barrio, gente humilde (...) gente toda trabajadora que vive de un sueldo”, gestiona el pago de sus compras y la utilización que hacen del sistema de fiado que ofrece el comercio. “Como la gente cobra y hace de cuenta que llega hasta el 15, porque no le alcanza más la plata, entonces tengo el fiado”, señalaba. En ese sentido, el lapso temporal que el dinero de los ingresos alcanza para cubrir opera como una forma de medir el avance de la inflación. Una vez que dicho dinero se agota, el consumo cotidiano comienza a descansar en el endeudamiento. El mismo señalamiento realizaba Paula, dueña de otro almacén barrial (2) ubicado fuera de la planta urbana de la ciudad. “Vienen [*en referencia a “pedir” fiado*] por ahí a fin de mes, ya que se quedan sin plata, capaz que diez días. Vos te das cuenta que la gente el 20 se queda sin plata. Y todo sigue aumentando” (enero de 2019).

Las medidas que hemos recuperado aquí tienen en común el hecho de que recuperan información sobre gastos fijos (como las facturas de electricidad o gas natural) y/o flujos regulares de ingresos. A diferencia de los artículos de consumo diario, cuyos precios son más difíciles de recordar, en este caso las cantidades de dinero que sirven de referencia están respaldadas por registros escritos (por ejemplo, facturas de servicios públicos, talones de pago, recibos de cajeros automáticos). Así, combinando la

información sobre los precios con marcadores temporales claros, estos registros permiten establecer nuevos parámetros para expresar tanto la magnitud como la velocidad a la que evolucionan los precios. A su vez, este segundo tipo de medida también ayuda a identificar de manera concreta la pérdida de poder adquisitivo de los ingresos.

Otras medidas caseras: la estructura de los presupuestos domésticos

Como señaló Zelizer (2011), “la práctica común de hacer un presupuesto constituye un caso especial de marcado. *[El mismo consiste en]* la subdivisión en distintas categorías de los fondos disponibles, donde cada categoría tiene reglas propias para el gasto de los fondos” (p.47). A lo largo de la tesis hemos hecho referencia en reiteradas oportunidades a la producción de dineros que tiene lugar en las economías domésticas. También mostramos cómo el avance de la inflación sobre el poder adquisitivo de los ingresos obliga a desarmar y reordenar dichos procesos de mercado en torno de los cuales se estructuran los presupuestos. Tal era el caso, por ejemplo, cuando un dinero asignado a un destino específico no alcanzaba para cubrir el gasto adjudicado; o cuando aquellas sumas que solían etiquetarse como parte de los ahorros eran absorbidas por los gastos fijos y los consumos cotidianos. En estrecha relación con los ejemplos que reconstruimos antes, en este apartado el interés estará puesto en mostrar cómo las marcas que se imprimen a los dineros que circulan en los hogares se transforman también en modos concretos de dar cuenta del avance de la inflación.

“¿Hay algo de la situación económica actual que te preocupe?” le consulté a Micaela cuando nos reunimos en febrero de 2018. “Sí, lo que aumenta todo. La obra social que cada vez aumenta más”, dice. Y sigue:

Nosotros antes destinábamos, no sé, la mitad de los alquileres que cobrábamos, la usábamos para pagar la obra social y ahora ya la mitad no, pasamos a un 70%, el 70% se lo lleva la obra social y como que los alquileres por ahí si han aumentado, pero nuestros alquileres no, y la obra social nuestra avanza y avanza, es impresionante, ahora estamos pagando \$9000 (...) Todos los gastos fijos han ido aumentando pero muchísimo, antes vos decías te sobraba un poquito más de plata por ahí (...) Uno se acostumbra y los pagas pero ahí te das cuenta que la plata que te sobraba antes, ahora no te sobra, ya te digo Osde, todos los meses o cada dos meses, que no sé si se puede o no se puede, a nosotros nos aumentan y abajo siempre figura 7% de aumento, 5% de aumento. Es impresionante, pagábamos \$6.000 y pico y

ahora, en un año, ya llegamos a \$9.000 y pico, casi \$10.000 para los tres, que es un montón de plata que a veces yo lo pienso dos veces, porque yo le digo a Joaquín ¿cómo vamos a estar?

(...)

Nosotros, por ejemplo, cobrábamos los alquileres y decíamos: bueno, pago la obra social y me puedo guardar unos pesos ahora de eso nada, te lo llevan todo los gastos fijos, supermercado, todo. Yo antes iba al supermercado, compraba lo que precisaba para el mes y gastaba, no sé, \$3.000, ahora son no menos de \$4.000 y pico cada vez que voy (Micaela, 28 años, dueña de un comercio de ropa. Febrero de 2018).

En este hogar los ingresos se componen de las ganancias que obtiene Joaquín (38), quien es dueño de una empresa de transporte junto a su familia, del alquiler de una serie de locales que también son de su propiedad y del dinero que ingresa a través de la venta de ropa que realiza Micaela en el local que tiene emplazado en el living de su casa. Los gastos que se originan en el hogar se encuentran divididos y los dineros marcados en función de su origen y su destino. Micaela se encarga de pagar la luz, el gas y el supermercado; mientras que el resto de los gastos fijos los costea Joaquín. Entre ellos se encuentran la obra social, el salario de la persona que se encarga de la limpieza, los gastos asociados a los dos vehículos que poseen, etc. “Lo más caro le toca a él, y lo más barato lo pago yo”, decía ella entre risas cuando le consulté al respecto. El dinero proveniente de los alquileres se destina, en primer lugar, a pagar Osde, la cobertura médica de la familia. La evolución del costo de este servicio¹¹⁹ recibe una atención especial en el relato de Micaela y es utilizado como un dato concreto para ejemplificar el aumento de los precios en cierto período de tiempo. Asimismo, el hecho de que cuenten con un dinero específico, destinado a su pago, le permite construir a ella una medida concreta del avance de la inflación y sus efectos sobre la economía del hogar. “Ahí te das cuenta que la plata que te sobraba antes, no te sobra más” decía, al ver que costear este servicio insumía un porcentaje cada vez mayor de una determinada fuente de ingreso. En su relato también aparecían otras medidas caseras de inflación como las que mencionamos antes, donde la evolución de una determinada suma de dinero asociada a una práctica regular, con una frecuencia específica, como lo eran las compras del

¹¹⁹ De acuerdo con los datos proporcionados por el INDEC (2018, 2019), el incremento del IPC para la categoría de salud se ubicó por encima del IPC general durante el tiempo en que se desarrolló el trabajo de campo. Tomando como referencia el mes de diciembre, si para el año 2017 el IPC experimentó una variación interanual de 24,8%, el incremento en el rubro de salud fue de 27,8%. Por su parte, en el 2018 con un IPC general de 47,6%, la categoría salud arrojó un aumento del 50,2%.

supermercado, también era empleado como un indicador concreto del ascenso generalizado de los precios.

En el discurso de Ema, también el modo en que se encuentra estructurado el presupuesto doméstico y la distribución de las responsabilidades de pago, es empleado por ella como una evidencia clara del alza del costo de vida. Cuando nos reunimos por segunda vez en febrero de 2019, ella realizaba una descripción muy detallada respecto del impacto de los aumentos de los precios en la economía del hogar, puntualizando cómo estos avanzaban sobre las diferentes categorías de dinero que componían el presupuesto y afectaban su capacidad de ahorro:

El aumento de precios impactó en la economía y puntualmente en mi capacidad de ahorro. Como yo te contaba la otra vez que nosotros tenemos como los gastos repartidos, yo he podido seguir haciéndome cargo de los gastos míos que por ahí son dos gastos grandes que son la niñera y la obra social, en general puedo, pero se me disminuyó absolutamente la capacidad de ahorro. Yo me doy cuenta porque Pablo por lo general los viernes le paga al albañil, y a veces me dice: ¿tenés algo para darle al albañil? Y no tenía un peso.

(...)

El aumento de precios, me preocupa muchísimo y esto de que...de haber perdido la capacidad de ahorro que yo tenía. Yo ahorrraba el sueldo municipal, ahorrraba bastante, yo le lograba pagar el sueldo a...[la niñera] con lo que traía del consultorio privado y ahora no. Ahora llega el día de pagarle y en general voy al banco y saco, saco el 50% mínimo, y si no el 80%, porque en general como te contaba, yo traigo del consultorio traigo efectivo, después me entra algo por obras sociales a las distintas...a la otra cuenta del banco que es el banco Galicia, pero el efectivo ese se me termina directamente en la verdulería y la carnicería y deben ser...no sé, no los cuento ahora pero deben ser capaz \$30.000 por mes, entre \$20.000 y \$30.000 pero ahí se me termina, entre la verdulería, la carnicería, y el gasto diario. (...) Y yo antes pagaba el supermercado en efectivo...no sé si en febrero cuando te conté a vos, ahí capaz que lo pagaba ya con tarjeta, pero antes yo lo pagaba en efectivo con el consultorio, nunca usaba la tarjeta, si yo me acuerdo que no la sabía ni usar, ni la llevaba en la billetera, la tenía guardada en un cajón y bueno, nunca más pude pagar el supermercado en efectivo, pagar \$4000 cuando voy al supermercado en efectivo, no puedo. Eso sí, yo he reducido mucho, antes no tocaba las tarjetas y ahora sí el débito de las dos cuentas me lo gasto. Esa capacidad de ahorro la perdí. (Ema, 34 años, nutricionista en consultorio privado y empleada municipal en un CAP de la salud. Segundo encuentro, febrero de 2019).

Al igual que en el relato de Micaela, entre los cálculos de Ema aparecía la evolución de un determinado ingreso, que era absorbido por un gasto específico. El salario municipal, que antes ahorraba sistemáticamente, ahora era utilizado en un 50% o incluso un 80% para completar el sueldo de la niñera. Ello había implicado también reasignar los medios de pago empleados en los diferentes consumos. Ema señalaba como una transformación significativa, el hecho de comenzar a utilizar la tarjeta de débito para costear las compras de aprovisionamiento, que unos meses atrás aún abonaba con el dinero en efectivo que ingresaba de sus pacientes particulares en el consultorio privado. Asimismo, el costo de la obra social, también ocupaba un lugar muy preponderante en su relato. En parte, porque se trataba del gasto más grande que Ema afrontaba con sus ingresos personales y, también, por el valor simbólico le otorgaban a la misma en el hogar. En los dos encuentros que mantuvimos, hizo mención explícita a la suma de dinero que había destinado a costear este servicio y esa referencia fue señalada como uno de los principales motivos de preocupación cuando le consulté si había algo de la situación económica que le resultara apremiante:

Si, me preocupa, me preocupa que todo empeore y no poder mantener la posición económica, que se yo, no poder pagar OSDE, no sé cuánto tiempo más la voy a poder pagar, me preocupa. (...) Me preocupa como aumenta todo y que a mí el ingreso no me aumenta igual. Me preocupa el desfasaje que hay con lo que valen las cosas y también el aumento de los servicios básicos, como aumenta la obra social eso me preocupa muchísimo, que antes tenía un tope y ahora no lo tiene y aumenta, aumenta, aumenta y aumenta. (Ema, 34 años, nutricionista en consultorio privado y empleada municipal en un CAP de la salud. Segundo encuentro, febrero de 2019).

Como se desprende de su relato, para Ema las características de la obra social son un indicador de su pertenencia de clase. Al pedirle que comparara su posición socioeconómica actual con la de sus padres cuando tenían la misma edad que ella, volvía a subrayar esta idea. Los elementos elegidos para elaborar el paralelismo tenían que ver con “el tipo de vacaciones, de características de la casa, de obra social, de empleada doméstica, de vehículo” y ello le permitía afirmar: “más o menos estaríamos igual”. En este sentido, el hecho de que los aumentos del costo de Osde pudieran trepar por encima de la capacidad de pago con la que contaban, no suponía únicamente la posibilidad de tener que cambiar este servicio por otro más económico sino que, desde su perspectiva, los exponía a cierta amenaza de desclasamiento. Podríamos suponer que una preocupación similar expresaba Micaela en el fragmento que citamos antes. Allí el

encarecimiento de la obra social era uno de los puntos que la llevaba a cuestionarse cuál iba a ser la situación del hogar si los aumentos de este servicio seguían su ritmo de ascenso “¿Cómo vamos a estar?” era la pregunta que englobaba esa preocupación.

La inquietud por la pérdida de la propia posición social, que apareció de manera lateral en unos pocos relatos, parece ser uno de los aspectos que cobra relevancia en el modo en que se experimenta la convivencia con la inflación a medida que se acelera su ritmo. En la investigación realizada por Wilkis y Foulkes (2022) acerca de los impactos de este fenómeno en la cotidianidad y en las perspectivas económicas sobre el futuro, se señala que “el temor al desclasamiento gobierna de manera transversal la experiencia y el humor social frente a la inflación” (p.3). Allí, en el marco de un IPC interanual ubicado por el INDEC en torno del 71% para el mes de julio de 2022, de un total de 800 personas encuestadas en el AMBA, el 69% sostuvieron que ante un tiempo por venir imaginado como incierto, primaba la certeza de un descenso próximo respecto de la propia clase social.

Este aspecto no solo resulta interesante para reflexionar acerca de las aristas que tiene la inflación como fenómeno problemático para quienes se desenvuelven en un contexto marcado por su presencia persistente, sino también para indagar acerca del contenido de las imágenes sobre el futuro que se construyen en este marco. Un futuro que a priori se describe como incierto pero que, al mismo tiempo, parece estar marcado por la certidumbre de que la inflación seguirá estando presente. Como muestra la mencionada investigación, entre una mayoría que señala desconocer “lo que pasará”, no hay dudas respecto de que las propias condiciones empeorarán bajo los efectos del encarecimiento de la vida. De este aspecto -entre otros- nos ocuparemos en el próximo capítulo, interesado en reponer las particularidades que asume la cultura económica en el contexto en el que se inserta la propia investigación.

Conclusiones

El presente capítulo ha estado orientado a recuperar una dimensión que consideramos clave para comprender cómo es experimentada la presencia de la inflación en la cotidianidad. Hemos acordado llamar medidas caseras de inflación a un conjunto de “formas ordinarias de cálculo” en el sentido propuesto por Florence Weber (2002), que emergen en la vida diaria para volver a la inflación un fenómeno mensurable, dotado de dimensiones concretas para quienes conviven con ella. El interés por este aspecto resultó un emergente del desarrollo del trabajo de campo. Allí fue posible advertir que, así como

la categoría inflación no tenía una relevancia central al momento en que los hogares hacían referencia a este fenómeno y a su impacto en las propias economías, tampoco los porcentajes arrojados por el IPC eran el recurso utilizado aprehender la evolución del costo de vida y otros fenómenos derivados, como la pérdida de poder adquisitivo de los ingresos. En su lugar operan un conjunto de medidas caseras de gran utilidad práctica para los hogares. Las mismas, resultado de la gestión diaria de la economía doméstica, no sólo permiten aproximarse de manera concreta al desenvolvimiento de la inflación, sino que resultan útiles en la toma de decisiones económicas que buscan hacer frente a este fenómeno. Tal es así que se reflejan en los modos en que se organiza el consumo diario, en las formas en que se asignan los dineros domésticos, en las temporalidades de los gastos.

Entre las unidades de medida que hemos recuperado encontramos, en primer lugar, aquellas que se construyen sobre la base de objetos y/o dispositivos que forman parte de la experiencia práctica de los hogares. Allí donde los precios individuales de ciertos productos resultan difíciles de recordar, emergen sumas de dinero derivadas de la intermediación de dispositivos (el carro del supermercado, la libreta de fiado, el tanque de nafta) y asociadas a ciertas prácticas regulares en las economías domésticas que permiten anclar la evolución de la inflación en cifras significativas para los hogares en términos prácticos y por tanto plausibles de incorporar.

En segundo lugar, y por estar conectados con eventos, bienes o consumos específicos que resultaron significativos a las biografías de los hogares en cuestión, ciertos precios puntuales se transforman en parámetros para dar cuenta de la velocidad y/o la magnitud a la que evolucionan la inflación. En este caso, es el evento o el momento al que aparecen asociados, lo que permite individualizar ciertos precios, recordarlos y establecer una marca temporal para seguir a la inflación.

En tercer lugar, encontramos otras herramientas o unidades de medida en las que ciertos ritmos internos asociados a la domesticidad (como los ritmos de consumo, de gasto y/o de percepción de los ingresos), eran empleados como parámetros para exponer el avance de la inflación. Acá los que sirven de base para la construcción de las medidas es información sobre ciertos precios, gastos o flujos de ingresos que tienen una periodicidad fija (pago de las boletas de servicios, cobro de haberes). En ese sentido (y al igual que en el caso de las medidas sobre precios significativos), su énfasis está puesto no sólo en la magnitud, sino en la velocidad a la que aumentan los precios. Pero el aporte principal de este tercer tipo de medidas es que permiten la comparación a través

del tiempo de períodos regulares y homogéneos. Al mismo tiempo, sirven para poner de manifiesto como los ingresos van quedando rezagados en relación al encarecimiento del costo de vida.

Por último, la diferenciación de dineros domésticos sobre los que se organizan los presupuestos sirvieron para poner en relación el aumento de la inflación y el atraso de los ingresos. En reiteradas ocasiones, la combinación de estos factores fue la clave para explicar la necesidad de desarmar y reorganizar la asignación de roles específicos a las variadas sumas que circulaban en los hogares. Un ejemplo claro ocurría con los ahorros, cuando aquello que solía ser etiquetado como atesoramiento, pasaba ahora a utilizarse para costear los consumos corrientes.

Recuperar estas unidades de medida permitió mostrar la riqueza de las formas de pensamiento lego y de los marcos de referencia que las personas emplean para desenvolverse en su vida cotidiana, así como evidenciar la distancia que existe entre estos y los modos en que el conocimiento experto ofrece explicaciones acerca del fenómeno inflacionario. En este sentido, es posible afirmar que si el IPC es una medida ampliamente difundida en la esfera pública, la misma no es la única y la más relevante al momento en que las personas dan sentido, otorgan dimensiones y actúan frente a experiencia inflacionaria. Asimismo, la atención puesta en este aspecto puso de manifiesto que las características socioeconómicas de los hogares son una clave para comprender las particularidades de las formas ordinarias de cálculo que movilizan quiénes ocupan posiciones disímiles en la estructura social.

Capítulo 6: Reflexiones acerca de la “cultura de la inflación” en la Argentina contemporánea (2017-2020)

Presentación

A fines de los años 80’ había quienes señalaban la existencia de una “cultura de la inflación” y de una “mentalidad inflacionaria” en el país (Spitta, 1988) o quienes, cómo Hirschman (1980), en su análisis sobre la experiencia latinoamericana, sostenían que esta era un fenómeno normal y familiar para quienes habían convivido con ella durante largo tiempo. Neiburg (2006) también se interesó por lo que llamó “una cultura de la inestabilidad monetaria” en su análisis comparado acerca de los procesos inflacionarios que atravesaron Brasil y Argentina durante la segunda mitad del siglo XX.

Recuperando la iniciativa de estos enfoques y con el interés de puntualizar en la dimensión socio-cultural de la inflación, en este capítulo buscaremos responder a las siguientes preguntas: ¿Es posible hablar de la existencia de una cultura de la inflación en Argentina de las primeras décadas del siglo XXI? ¿Cuáles son los elementos que podríamos definir como constitutivos de la misma? Para poder responder a estas preguntas es central la atención puesta a lo largo de la tesis en el nexo entre la presencia de la inflación y la vida cotidiana de poblaciones como la argentina que, por largo tiempo, han aprendido a convivir con este fenómeno.

Introducción

En su libro sobre la popularización del dólar en la Argentina, Luzzi y Wilkis (2019) discuten con “el sentido común más arraigado a la hora de interpretar la economía: aquel que funda la acción económica en la capacidad humana de evaluar medios y fines para organizar la conducta y enderezarla a maximizar beneficios” (p. 21). De acuerdo con los autores, se trata de un tipo de comportamiento “que existe más en los manuales de economía que en la realidad”. (p.21).

Esta idea de una acción económica regida exclusivamente por la búsqueda de la ganancia, tiene su origen en lo que Karl Polanyi (2012) señaló como “la gran transformación de la modernidad”, es decir la utopía propuesta por el liberalismo acerca de la existencia de una economía capaz de funcionar de forma “desencastrada” de la

esfera política y de la sociedad en su conjunto y de actuar de acuerdo a sus propias leyes. Discutiendo esta idea, Polanyi sostiene que las motivaciones económicas se enlazan con innumerables cuestiones sociales y “la economía humana está sumergida por regla general en las relaciones sociales de los hombres” (p.94)

Por su parte, Pierre Bourdieu (1997, 2000) también discute el modo de pensar la acción económica propuesto por la economía, asociado a la figura del homo economicus y a la existencia de una racionalidad universal, unívoca e inherente a ella. Frente a esto, propone el postulado de la razonabilidad, que pone el foco en las condiciones históricas, económicas y sociales en las que se enmarca y construye la acción económica. De acuerdo con este postulado, los agentes sociales:

Pueden tener comportamientos razonables sin ser racionales; pueden tener comportamientos de los que se pueda dar razón (...) a partir de la hipótesis de la racionalidad, sin que estos comportamientos se hayan regido por el principio de la razón (...) Pueden comportarse de tal modo (...) sin que exista fundamento para afirmar que el cálculo racional de las posibilidades haya sido el principio de la elección por la que han optado (1997: 140)

Esta idea permite, por un lado, pensar en plural a las racionalidades que subyacen a las prácticas económicas ordinarias y a las representaciones que se originan a partir de las mismas (Figueiro, 2010; Luzzi, 2013). En tanto “las personas disponen de conocimientos y sentimientos limitados y actúan conforme a ellos (...) no hay un único modo razonable de comportarse en la vida social (incluida la economía)” (Luzzi y Wilkis, 2019: 21). Y, por el otro, es una herramienta útil para evidenciar la distancia que existe entre las prácticas económicas ordinarias y los modos en que los expertos interpretan la acción económica. Asimismo, este postulado habilita la posibilidad de abordar dichas prácticas en relación con la noción de “culturas económicas”, desestimando la utopía de una economía desanclada de las relaciones sociales.

La “ilusión poderosa y persistente” (Luzzi, 2013, p.14) que supone el funcionamiento de una economía desanclada de las relaciones sociales, Luzzi y Wilkis (2019) la encuentran en los debates acerca de la preferencia de los argentinos por el dólar norteamericano. Y la misma ha estado muy presente también en diferentes discursos públicos que han abordado el problema de Argentina con la permanencia y el incremento de la inflación. En 2012 una nota de *Ámbito financiero* se titulaba “El problema cultural de los argentinos es con la inflación”. La misma recogía las palabras de Juan José Llach, quien se había desempeñado como Secretario de Planificación

Económica durante el primer mandato de Carlos Menem y luego como Ministro de Educación durante el primer año de gobierno de Fernando De La Rúa. El artículo no ahondaba en explicaciones acerca de la “relación conflictiva” de la población local con este fenómeno, sino que se limitaba a señalar que la “avidez de los argentinos por el dólar” se derivaba de la presencia del fenómeno inflacionario.

En 2013, en su columna de *El economista*, Alberto O'Connor señalaba “Argentina es un país con una inflación de tipo cultural. Evidentemente, los argentinos -por lo menos una buena mayoría- tienen una propensión a la inflación”. Entre esa mayoría ubicaba a los diferentes niveles de gobierno, a las entidades financieras, a los distintos eslabones del proceso productivo y a la población en general. Para entonces, según las mediciones del IPC Congreso, la inflación se ubicaba en torno del 28%.

En febrero de 2022, con un IPC interanual de 52,3% -según datos del INDEC¹²⁰, el periodista y analista político Martín Rodríguez subrayaba en su columna de opinión publicada en un diario digital local: “La Argentina inflacionaria parece ser, a esta altura (y qué saturación también, a esta altura), una explicación de la propia naturaleza, una idiosincrasia y un vacío”. Y remataba: “La inflación es la Argentina”. Asimismo, distanciándose de la idea de la excepcionalidad local, utilizaba la palabra “encallecimiento” para describir la capacidad desarrollada por los argentinos para “aprender a convivir con ella”. No obstante el aprendizaje y el acostumbramiento, el autor de la columna la titulaba: “Lo que no se aguanta más es la inflación”.

Estos señalamientos, que no avanzan en explicaciones acerca de lo que consideran como el carácter cultural del fenómeno inflacionario, más allá de la idea de que se trata de una tendencia, una propensión, algo incorporado en la idiosincrasia y el accionar de los argentinos, reproducen, como señala Luzzi (2013), la disyuntiva economía o cultura; cuando de lo que se trata es de plantear una conjunción entre ambas dimensiones. De acuerdo con la autora, quién retoma la idea de que “las relaciones sociales –y las representaciones que ellas producen– son constitutivas de la acción económica [la pregunta a formular debería ser] ¿qué tipo de cultura de la economía produce determinadas prácticas y dónde tiene su origen histórico y social? (p.14)

Tal como ha puntualizado Neiburg (2006), las "culturas económicas" pueden ser entendidas como aquel conjunto de formas nativas de representar y actuar en la vida económica. El autor hace referencia a disposiciones sociales, difundidas en la esfera

¹²⁰Informes técnicos. Índice de precios al consumidor, Vol. 6, n° 43. ISSN 2545-6636.
https://www.indec.gob.ar/uploads/informesdeprensa/ipc_03_22442CA948AA.pdf

pública, que son incorporadas y movilizadas por los individuos como parte de la dimensión económica de la vida social.

Interesado en la cuestión de las *pedagogías monetarias* (2006), el autor sostiene que dichas culturas económicas son el resultado de la existencia de efectos circulares entre las producciones de los expertos, los economistas en este caso, y las prácticas de los actores legos. Asimismo, su efecto no es solamente el de prescribir la realidad social al producir representaciones sociales que orientan las prácticas futuras, sino que también, recogen, describen e incorporan las prácticas ordinarias pasadas. En un sentido análogo, Luzzi y Wilkis (2019), sostienen que “todo actuar económico se realiza a través de dispositivos socio-culturales que producen y proveen a los agentes de interpretaciones, codificaciones, anticipaciones y, también sentimientos, afectos y pasiones (p. 22).

Si la existencia de una “cultura de la inflación” en Argentina ha sido uno de los señalamientos de investigaciones que se interesaron por este fenómeno durante los períodos mega e hiperinflacionarios, en este capítulo nos interesa plantear la pregunta para un contexto como el que aquí abordamos en la investigación, donde la inflación tiene una presencia marcada, sostenida y en ascenso pero sin alcanzar niveles mega e hiperinflacionarios. En este sentido, nos preguntaremos cuáles son los elementos que podríamos definir como constitutivos de “una cultura de la inflación” en un contexto como el que analizamos. Para poder responder a esa pregunta es central la atención puesta a lo largo de la tesis en el nexo entre la presencia de la inflación y el desenvolvimiento de la vida cotidiana de quiénes, por largo tiempo, han aprendido a convivir con este fenómeno. En este sentido, este capítulo será resultado de la confluencia de los análisis que planteamos en capítulos anteriores.

Recapitulando la literatura existente sobre las experiencias inflacionarias y la vida cotidiana¹²¹

Este país se ha acostumbrado a convivir con la inflación como los caribeños
conviven con los tifones, los limeños con la sequía y los mexicanos con el smog.

¹²¹ Cabe mencionar aquí una serie de trabajos que no han estado interesados en problematizar las dimensiones de las experiencias inflacionarias que recopilamos en este apartado, pero que son material de referencia para la comprensión de las particularidades de los diferentes casos. Véase Orlean, A. (2007). “Crisis de soberanía y crisis monetaria: la hiperinflación alemana de los años 1920”; Sgard, J. (2007). “Hiperinflación y reconstrucción de la moneda nacional: una comparación entre Argentina y Brasil” (1990-2002); Damill, M. y Frenkel, R. (1991), “Argentina. Hiperinflación y estabilización: la experiencia reciente”.

Al fin y al cabo ese modo de vida, tan inexplicable para otros, no impide que aquí maúllen los gatos, ladren los perros y el sol se ponga a la hora que debe ponerse.

(Oswaldo Soriano, *Vivir con inflación*, 1989)

En Argentina, la inflación es algo con lo que se “vive” y se “convive” decía Oswaldo Soriano en 1989, en el momento más complejo que atravesó la economía en relación con el fenómeno inflacionario. La idea de aprender a convivir con este fenómeno, que parece haberse incorporado a la vida cotidiana, es la que se recoge detrás del concepto de cultura de la inflación, es decir, de aquel de conjunto de hábitos, racionalidades, prácticas y representaciones que se han forjado en relación con la presencia de la inflación y su largo derrotero histórico en la vida económica nacional. Como mencionamos antes, desde las ciencias sociales una serie de trabajos se interesaron por este cruce entre inflación, vida cotidiana y prácticas económicas ordinarias, pero enfocados casi exclusivamente en los períodos o episodios de incrementos exponenciales de los niveles inflacionarios, como las mega e hiperinflaciones que atravesó el país entre los años 70’ y 90’.

Tal fue el caso de Arnold Spitta, quién ya en la década de los 80’, hablaba concretamente de la existencia de una cultura de la inflación en Argentina, que él interpretaba como una *deformación de la cultura económica* local. El autor hacía referencia a una serie de comportamientos que se habían convertido en hábitos y costumbres y que tenían su origen en décadas de convivir con la presencia de un fenómeno que se había vuelto crónico. Dichos comportamientos eran el resultado de los intentos deliberados de las personas por defenderse o suavizar los efectos que la inflación generaba sobre los ingresos y el patrimonio. Spitta hablaba de la mentalidad inflacionaria de la población local, evidenciada en formas de comportamiento que describía como altamente especulativas. Como parte de esta mentalidad, hacía referencia a su “dolarización”, que incluía no sólo el “afán” por el ahorro en dólares derivado de los intentos de proteger el valor, sino también a la “transformación mental de los precios internos al dólar” (1988: 143) como un modo de contar con un parámetro estable.

Una década más tarde, Sigal y Kessler (1997) se interesaron también por los procesos mega inflacionarios que atravesó Argentina desde mediados de la década del 70’ y por su culminación en los sucesos de 1989 y 1990. Allí, se interrogaron por lo que ocurría en el plano de los comportamientos y las micro decisiones individuales, así

como en el de las representaciones sociales en contextos de tales características. Poniendo el foco en su excepcionalidad, los autores dedicaron sus esfuerzos a esbozar el funcionamiento y “los rasgos de una racionalidad inflacionista engendrada por más de un cuarto de siglo de inestabilidad monetaria” (p. 157). Dicha racionalidad fue definida como un conjunto “de estrategias dirigidas a proteger los ingresos de los efectos negativos de la inflación (y/o a obtener un beneficio), así como las representaciones que guían su elaboración y puesta en práctica” (p. 159). La premisa que operaba en la base de esta racionalidad específica era la necesidad de conservar el valor del dinero en el tiempo, de modo que este último resultaba un factor clave en todo proceso de toma de decisiones. Al igual que en el trabajo de Spitta, los autores recogen una serie de comportamientos prácticos que son el reflejo de dicha racionalidad y señalan que la misma, forjada durante tres décadas de inflación contenida dentro de parámetros “normales”¹²², habría comenzado a perder eficacia hacia mediados de los años 70’, con la inauguración de una década de inflación de tres dígitos, y se había tornado totalmente impracticable cuando se desató la hiperinflación.

Heredia (2015), en su libro sobre el ascenso público y político de los economistas, dedica un pequeño apartado a pensar este vínculo entre inflación y vida cotidiana a partir de las experiencias de los diferentes sectores sociales y las características que asumieron sus prácticas –incluidas las económicas-. Allí señala que, entre las décadas del cincuenta y el setenta “la inflación era un componente más de la cotidianidad, una costumbre argentina que no resultaba en particular disruptiva” (p. 129). Esto tenía que ver con el hecho de que, a medida que los precios se incrementaban, también lo hacían las remuneraciones; de modo que prácticas como la inversión, el consumo y el ahorro no se veían profundamente afectadas para las empresas y las familias. De acuerdo con la autora, la década del 70’ marcó un punto de inflexión en este sentido y, en un contexto de escalada del IPC por encima de los tres dígitos, el impacto de la inflación se hizo sentir sobre todos los grupos sociales. Es en este punto que Heredia señala la semejanza de muchos argentinos con la imagen del *homo economicus* propuesta por la economía, tras desarrollar la capacidad de realizar cálculos complejos, seguir ciertos números como, por ej., las variaciones del tipo de cambio, y llevar a cabo prácticas especulativas para hacer frente a la inestabilidad.

¹²² Los autores definen como inflación normal a aquella que se ubica en porcentajes anuales inferiores al 20-25%. Al mismo tiempo aclaran que esta es una forma arbitraria de definir la normalidad.

Los trabajos mencionados recuperan una serie de nociones que suelen aparecer vinculadas directamente a la presencia de la inflación. En primer lugar, aparece subrayada la cuestión de la incertidumbre, principalmente aquella asociada a la magnitud de la progresiva pérdida de valor de la moneda y los efectos que ello tiene sobre los procesos de toma de decisiones cotidianas y sobre las proyecciones futuras. Como señala Heredia, “los más mínimos proyectos quedan supeditados a grandes incertidumbres y a plazos muy breves” (p. 135). En segundo lugar, como anticipa la cita anterior, figura la aceleración del tiempo y la contracción de los horizontes sobre los que se proyectan las decisiones (Sigal y Kessler, 1997; Heredia, 2015, Neiburg, 2005, 2006). En tercer lugar, aparece la cuestión de la especulación como una dimensión que se integra a buena parte de las prácticas y decisiones económicas. “Individuos que se ven transformados en especuladores forzados” (Sigal y Kessler, 1997: 164) como consecuencia de las experiencias vividas durante los años mega e hiperinflacionarios; y, como señalamos al comienzo, de acuerdo con Spitta (1988), desarrollan hábitos de estas características que se vuelven comportamientos “profundamente arraigados” (p. 150).

Por su parte, Grimson (2004), refirió a los efectos culturales de la hiperinflación y a su capacidad para trascender la “imaginación económica”. En su ensayo “La experiencia argentina y sus fantasmas” dedicado a analizar el modo en que desde las ciencias sociales ha sido conceptualizada la idea de nación, adopta un enfoque que pone el acento en la sedimentación de experiencias históricas configurativas de dicha idea. Y, entre esas experiencias, le otorga un lugar central a la hiperinflación, exponente de la disgregación económica de la sociedad. De acuerdo con el autor, uno de sus mayores impactos culturales es la prevalencia del cortoplacismo:

La hiperinflación, como devaluación cotidiana, diaria, literalmente en horas, de la moneda nacional, transforma todas las nociones de tiempo, especialmente el presente, el futuro y la planificación. La escena, todos los días repetida, de consumidores que buscan en el supermercado ganarle de mano al empleado encargado a toda hora de remarcar los precios, produce que, con el dinero guardado en los bolsillos, cada minuto puedan comprarse menos productos. ¿Alguien va a ahorrar en esas circunstancias? Todos: hubo meses en que los empleados compraban dólares con su sueldo para revenderlos semana a semana y tratar así de llegar a fin de mes. Un ahorro ficticio como recurso de subsistencia ¿Alguien puede planificar? Las ideas de futuro y de plan se desarman. Al ser imposible saber cuánto van a valer las cosas, cuánto va a ser el salario, hasta cuándo podrán sostenerse ciertas rutinas, ninguna tarea social que trascienda la semana o el día es pensable y cumplible. (...)

Nadie piensa en inversiones de largo plazo: ni en empresas, ni en comercios, ni en su propia casa, ni en las instituciones en las que trabaja o estudia. (p. 189)

Sigal y Kessler (1997) prestaron atención también a las interpretaciones sociales acerca de la crisis hiperinflacionaria que circularon y se extendieron en el marco de esta coyuntura, así como por el impacto que ello tuvo sobre la representación política. Allí, se pusieron de manifiesto las imágenes que las y los argentinos construían sobre sí mismos como colectivo, atribuyéndose en dicho plano la responsabilidad por la decadencia del país. En palabras de los autores, a medida que la crisis económica se profundizaba, la inflación fue interpretada como “el síntoma de una sociedad enferma, de una decadencia argentina mucho más antigua, de la naturaleza egoísta de los argentinos, de la contradicción entre intereses individuales e intereses colectivos” (p. 157).

Interesado también en la inflación como fenómeno social y cultural y, desde una perspectiva comparativa, Neiburg (2005, 2006, 2008), se dedicó a analizar comparativamente los procesos inflacionarios que experimentaron Brasil y Argentina durante la segunda mitad del siglo XX. Uno de los tópicos que abordó el autor tenía que ver con la construcción de imágenes que vinculaban la presencia de la inflación con la idea de crisis nacional; las cuales estaban dotadas de contenidos específicos en cada uno de los países: “del lado argentino encontramos la actualización de un relato que gira en torno a dos motivos: la excepción y la decadencia; del lado brasilero, una narrativa que habla de desvíos respecto de un destino de grandeza” (2005: 115). Asimismo, el autor observó el desarrollo de culturas económicas vinculadas a la inestabilidad, y apuntó a la participación central de los economistas en su instauración a partir de la elaboración y difusión de lo que llamó *pedagogías monetarias*: “dispositivos y tecnologías que permitieron que las poblaciones (los “agentes económicos”) aprendieran a convivir con la inestabilidad monetaria, a defenderse de sus efectos nocivos y, también, a aprovechar las oportunidades abiertas por ella” (2005: 121). De acuerdo con el autor, estos dispositivos, presentados como mecanismos para resolver las crisis eran, al mismo tiempo, los encargados de difundir y reproducir la cultura de la inestabilidad monetaria; y ello tenía que ver con su capacidad para orientar las prácticas futuras. Entre dichos dispositivos, el autor prestó especial atención a los llamados *index numbers* y al rol central que estos desempeñaron en los procesos de toma de decisiones, no solo para el caso de los expertos sino también -y más importante aún- para las personas corrientes en su accionar cotidiano.

Cabe aclarar que no todos los trabajos interesados por los años de la hiperinflación en el país coincidieron en señalar la consolidación de pautas culturales derivados específicamente de la presencia de este fenómeno. Tal es el caso de González Bombal (1991) quién sostuvo que, al tratarse de eventos intensos pero acotados en el tiempo, no dieron lugar al surgimiento de una “cultura de la hiperinflación” a nivel de los comportamientos. Al mismo tiempo, reconoció la necesidad de estudiar la herencia que estos episodios tuvieron sobre las pautas de vida de la población argentina.

De más está decir que las experiencias inflacionarias no fueron exclusivas de la Argentina y las ciencias sociales se interesaron por las dinámicas que adquirieron estos procesos en otras latitudes. Además de los mencionados trabajos de Neiburg, la antropóloga norteamericana O’Dougherty (2002) también abordó el período de crisis que atravesó Brasil a partir de 1981, momento en que el país experimentó una inflación en torno del 100% anual, que culminó en 1993 con una hiperinflación de alrededor del 2700%. A partir de una etnografía llevada adelante con hogares de clase media en Sao Paulo, la autora se interesó por los procesos de construcción identitaria de este grupo social en particular y por los esfuerzos cotidianos destinados a preservar y reproducir esa identidad en un contexto de inestabilidad política y económica. Otorgando un lugar central al consumo como parte de la autoidentificación de esta clase, destinó el capítulo dos de *Consumption Intensified* a sumergirse en la cotidianidad de estos hogares a fin de analizar sus rutinas de consumo. Allí, retrata las tácticas desplegadas en la vida diaria para contrarrestar el deterioro de los ingresos; algunas de las cuales hemos recuperado en el capítulo uno. Asimismo, poniendo el foco en la dimensión temporal y en los modos en que se altera y modifica su percepción, se preocupó por mostrar cómo funcionó el proceso de intensificación de la vida cotidiana producido por el contexto de crisis hiperinflacionaria que analizó. En relación con ello, la autora sostuvo la circulación de discursos que sostenían la premisa de vivir el hoy, sin proyectar a futuro; y analizó cómo ello influyó sobre la perspectiva de la clase media sobre la nación, la sociedad, la identidad de clase y la cultura política.

Como se mencionó antes, el interés por el modo en que se altera y modifica la percepción del tiempo en contextos de crisis inflacionarias o hiperinflacionarias está presente en gran parte de los trabajos que hemos mencionado. El antropólogo e historiador Claudio Lomnitz (2003) se dedicó a analizar esta dimensión en profundidad para el caso mexicano durante la crisis de las décadas de 1970 y 1980, momento en que el país experimentó fuertes oscilaciones en el valor de su moneda e incrementos del

costo de vida, acompañados de la pérdida de poder adquisitivo de los salarios y el aumento de la inseguridad laboral. Interesado en la clase media, el autor se refirió a la “saturación del presente” como el rasgo característico de la experiencia de este grupo social. Dicho estado ha sido descrito como la generalización de un sentido de “suspensión del tiempo” derivado de la ansiedad, la inseguridad y el temor a socializar imágenes futuras deseables, ante la conciencia de la incapacidad de concretar dichos planes.

Widdig (2001) se dedicó a analizar la crisis hiperinflacionaria que atravesó Alemania entre los años 1921 y 1923. El autor empleó también la noción de *cultura de la inflación* a fin de analizar cómo la presencia de este fenómeno se tradujo en la experiencia de vida de los individuos y los grupos. Partiendo de la idea de que, junto al lenguaje, el dinero es el medio de comunicación más importante en las sociedades modernas, afirma que la inflación produjo una *modernidad fuera de los límites* en la que se combinaron la experiencia de un tiempo frenéticamente acelerado dada la creciente velocidad de la circulación del dinero; su depreciación, que obligó a la gente a comprar rápidamente y el derrumbe de la planificación económica a largo plazo, ocasionada por la intermitencia entre momentos de rápida pérdida de valor del dinero, seguidos por fases de estabilización. El capítulo cuatro de su libro “Culture and inflation in Weimar Germany” aborda el modo en que se vieron afectadas las funciones del dinero durante el período en cuestión y cómo ello trastocó la vida cotidiana de las personas. En un sentido análogo al de O'Dougherty, utilizó la palabra “frenesí” para describir el impacto de la depreciación del marco y el aumento permanente de los precios.

La inflación alemana durante la década de 1920 y su impacto en la vida cotidiana de quienes vivieron este período han sido retratadas también en las crónicas que elaboraron Haffner (2001) en *Historia de un Alemán. Memorias 1914-1933* y Ferguson (1984) en su libro *Cuando muere el dinero. La pesadilla de la hiperinflación en la República de Weimar*. 1923, el año en que la inflación alcanzó su pico máximo fue retratado por Haffner como el momento en que se produjo el colapso de todas las leyes de la vida. “El dólar se convirtió en el tema del día y, de repente, miramos a nuestro alrededor y nos dimos cuenta de que aquel acontecimiento había destruido nuestra vida diaria” (p.40). De acuerdo con el historiador alemán, los años inmediatamente anteriores, también marcados por fuertes depreciaciones del marco y por el encarecimiento del costo de vida, no habían trastocado por completo la experiencia:

La devaluación del marco no era nada nuevo en realidad. Ya en 1920, el primer cigarrillo que fumé a escondidas me costó cincuenta pfennige. Hasta finales de 1922, los precios habían ido aumentando poco a poco hasta alcanzar un valor entre diez y cien veces superior al nivel de los precios anteriores a la guerra y el dólar cotizaba a quinientos marcos aproximadamente. No obstante, todo esto fue produciéndose de forma paulatina; los salarios, los sueldos y los precios en general habían ido creciendo regularmente. Resultaba algo incómodo tener que calcular con cifras tan elevadas, pero por lo demás no era nada fuera de lo habitual. Muchos seguían hablando del aumento de precios, pero había cosas más emocionantes (Haffner, 2001: 40).

Su señalamiento era análogo al que realizó Heredia (2015) para el caso argentino durante los años previos a la década del 70'. Mientras precios y salarios evolucionaban acompasados, el impacto en la vida cotidiana resultaba menos disruptivo. En el relato que construye Ferguson (1984), aparecen también referencias en esta dirección. De acuerdo con el autor, “la gente no demandaba que se estabilizase el poder adquisitivo de los marcos que ya poseía, sino que pedía más marcos para poder comprar lo que necesitaba” (p. 25). Y ello encontraba su correlato directo en el accionar de los sindicatos quienes continuaron “reclamando revisiones salariales en lugar de exigir que se estabilizasen los precios y el valor de la moneda” (Ferguson: 94). Estos señalamientos resultan interesantes en tanto invitan a colocar la pregunta acerca de aquellas dimensiones que resultan problemáticas en relación a la experiencia cotidiana de vivir en un contexto de incremento de los índices inflacionarios.

Otro aspecto a destacar de la crónica fergusoniana acerca de los procesos inflacionarios que experimentaron de manera casi simultánea Alemania, Austria y Hungría¹²³, tiene que ver con el modo en que los habitantes de estos países se vincularon e interpretaron el descalabro que sufrían sus sistemas monetarios:

la reacción natural de la mayoría de los alemanes, austríacos y húngaros, como suele ocurrir a todos los que son víctimas de la inflación, fue la de aceptar no tanto que su

¹²³ De acuerdo con Solimano (1989), “Las hiperinflaciones europeas de los años veinte fueron en gran medida ‘consecuencias económicas de la paz’ que siguió a la primera Guerra Mundial. (...) las reparaciones de guerra sancionadas por el Tratado de Versalles para Alemania y el ex Imperio austro-húngaro, ya separados en países independientes, tuvieron al menos dos efectos económicos adversos. Por una parte impusieron un peso importante sobre la balanza de pagos de estas economías, (...) la insuficiencia de divisas a su vez llevó a depreciaciones cambiarias con el consecuente efecto inflacionario intenso. Por otro lado, las reparaciones de guerra y en el caso alemán la ocupación del Ruhr y la política de resistencia pasiva financiada por el gobierno —además de la misma aceleración inflacionaria— llevaron a un gran deterioro del presupuesto fiscal financiado ahora con préstamos del Banco Central al fisco” (pp. 767-767).

dinero había perdido poder adquisitivo sino que lo que se podía comprar con él era más caro en términos absolutos; no que su moneda se estaba depreciando sino que suponían, especialmente al principio, que las demás divisas se estaban revaluando injustamente, disparando el precio de los artículos de primera necesidad (p. 25)

(...)

Aunque el precio del dólar era un tema de debate general, la mayoría de los alemanes seguía creyendo que el dólar subía, no que el marco bajaba; que el precio de la alimentación y el vestido subía a la fuerza, y no porque el valor del dinero se hundiera debido a que la avalancha de marcos diluía el poder adquisitivo de los que ya estaban en circulación. (p. 94).

La agitación de la vida diaria, el frenesí de comportamientos especulativos y, con ello, el involucramiento de la gente de todos los sectores sociales en prácticas que hasta el momento les habían sido ajenas, son elementos transversales a la bibliografía producida acerca de este período. Haffner destacaba que “la población entera devoraba el informe bursátil a diario” (p. 41). Por su parte, Ferguson sostenía que “jugar en la bolsa era la última moda (p. 44) (...) La especulación en bolsa se ha[bía] extendido a todas las clases sociales (p.46). Parte de estos trabajos han señalado también la velocidad con la que tendían a naturalizarse las nuevas condiciones en relación a la depreciación de la moneda: “en agosto el dólar alcanzó el millón de marcos. Lo leímos con la respiración ligeramente entrecortada, como si se tratara de la publicación de un increíble récord” escribía Haffner. Y luego remataba “dos semanas más tarde ya tendíamos a tomárnoslo a broma” (p. 45). Relatos como este son inspiradores para pensar otro punto ya señalado y normalmente vinculado a los contextos de inflación elevada, que tiene que ver con los modos en que las personas se desenvuelven o navegan situaciones caracterizadas por la incertidumbre en relación al valor futuro de la propia moneda.

Guyer (1995) propuso el concepto de “interfaz monetaria” como herramienta analítica destinada a enmarcar y comprender los procesos crónicos de inestabilidad monetaria e inflación que experimentaron de manera recurrente los países de África occidental durante el siglo XIX y XX. Dicho concepto refiere a “un punto de encuentro”, a un espacio en el cual diferentes tipos de monedas, tanto las producidas localmente como aquellas importadas, conviven, interactúan y son mantenidas; y ha sido la base para dar cuenta de los modos en que las comunidades involucradas han

convivido, experimentado e incorporado la inestabilidad. La propuesta de la autora supone un enfoque que busca captar fenómenos “macro” desde el “punto de vista local”.

Esto último permite traer a colación una serie de trabajos que, sin estar directamente abocados a pensar las experiencias inflacionarias, abordaron tópicos estrechamente vinculados a las mismas y, por ende, ofrecen claves muy interesantes para pensar la dimensión social y cultural de este fenómeno. En primer lugar, podemos mencionar la ya citada investigación de Luzzi y Wilkis (2019) acerca de *la popularización del dólar en la Argentina*, proceso cuyo despegue ubican hacia fines de la década del 50'. De acuerdo con los autores, la historia local de la divisa estadounidense y la del derrotero inflacionario corren en paralelo, estrechamente conectadas. En este sentido señalan que,

la identificación de la inflación como un problema fue una de las palancas para que la moneda estadounidense se volviera popular (...) la historia de la popularización del dólar es también la historia de la metáfora que habla de una moneda como “refugio”, sin la cual no podría narrarse parte de la historia de la inflación en nuestro país.” (p.21).

Sin embargo, sostienen que la presencia de este fenómeno ha sido y es una “condición necesaria, pero no suficiente (...) para comprender “los usos argentinos del dólar” (p.19). En relación a esto último, abonan un modo de comprender las prácticas económicas que es el que adoptamos en la propia investigación y que considera que estas prácticas, producidas social, cultural e históricamente, no pueden ser pensadas como el resultado automático de los condicionamientos impuestos por la estructura económica. En ese sentido, a fin de desentrañar el proceso que llevó a la consolidación de repertorios financieros basados en la articulación entre el peso y el dólar, los autores reconstruyen los diferentes usos y significados que fue adoptando la divisa, así como las mediaciones culturales que desempeñaron un rol clave para instalarla tanto en la esfera pública como en la cotidianidad.

Otro ejemplo es el trabajo de Domínguez (1990), quién también se interesó por un caso de pluralidad monetaria en un contexto de inestabilidad económica y alta inflación. La autora analizó la situación de Israel desde mediados de la década del 70' hasta mediados de la década siguiente. Por entonces, luego de cinco años consecutivos (1979 a 1983) con tasas de inflación superiores a los tres dígitos, el país alcanzó una cifra que lo ubicó cerca del 500% anual en 1984. Con este telón de fondo, Domínguez, reconstruye la experiencia de desunificación monetaria que vivió el país, en un contexto

en que la lira -moneda de curso legal hasta 1980- fue reemplazada por el shekel, que no logró sobreponerse a los efectos de la inflación y en 1985 fue nuevamente sustituido por el nuevo shekel en el marco del Programa de Estabilización Económica que implementó el país. Como parte del análisis, la autora puntualiza en los significados atribuidos a los efectos del proceso inflacionario sobre el dinero y sus funciones, y su relación con las prácticas económicas. En ese sentido, destaca la dolarización de los procesos de cálculo y comparación de precios incluyendo salarios y alimentos; lo que implicó que la moneda de curso legal continuara siendo unidad de cambio en varios mercados, mientras que el dólar operaba como unidad de cuenta, en un contexto de fuerte devaluación.

Inflación, incertidumbre y la construcción de imágenes de futuro

Como se mencionó antes, plantear una pregunta en torno de la existencia de una cultura de la inflación supone interrogar al conjunto de hábitos, racionalidades, prácticas y representaciones que se despliegan en la cotidianidad y que están atravesados décadas de convivencia con el fenómeno. El análisis desarrollado a lo largo de la tesis ha estado dedicado a analizar aquellos elementos o dimensiones sobre los cuales descansa o se recorta esta idea, es decir, a los modos en que las personas se desenvuelven sus vidas económicas y las interpretaciones que realizan al respecto. Por un lado, se han analizado las formas concretas que adoptan las prácticas económicas, así como las racionalidades que guían su puesta en práctica. Por el otro, se ha considerado la producción de formas ordinarias de nombrar y medir la inflación, así como la producción de temporalidades específicas asociadas a esta experiencia.

Como hemos mostrado, el consumo, el ahorro y el crédito son depositarios de las estrategias que despliegan los hogares para hacer frente y/o amortiguar los efectos que genera la inflación sobre los presupuestos domésticos. Las variadas racionalidades que sirven de base a estas prácticas están atravesadas por y dialogan con la presencia de la inflación. Lo que no implica considerar a las mismas como reflejos automáticos de los condicionamientos macroeconómicos y, menos aún, como respuestas basadas en la puesta en práctica de una racionalidad económica universal y unívoca preocupada por proteger el valor del dinero.

Ahora bien, la evolución del poder de compra del dinero y la inestabilidad de los precios son los elementos principales en torno del cual se construye la idea de que los contextos inflacionarios están atravesados por la incertidumbre. Esta idea aparece

relacionada a los modos en que se toman decisiones económicas y también al momento de explicar las imágenes de futuro que construyen quienes conviven con la presencia de este fenómeno. En la ya mencionada investigación que realizan Wilkis y Foulkes (2022) sobre los impactos de la inflación en la vida cotidiana y en el tiempo por venir, los autores muestran que de acuerdo a la encuesta realizada en julio de 2022, un 62% de los 800 casos relevados, respondió afirmativamente a la expresión “no puedo pensar en el futuro”, evidenciando que la incertidumbre es compartida por la mayoría de las personas encuestadas. Para entonces, según datos del INDEC, el IPC interanual era de 71%.

De acuerdo con Visacovsky (2019), la incertidumbre puede ser entendida con un estado en el que

el futuro [se presenta como] algo (en principio) desconocido, donde no se sabe (o es imposible saber) desde el presente qué esperar, sin una pizca de certeza sobre qué sucederá, cómo o cuándo; y, en consecuencia, solo puede provocar duda e indecisión, tornando más difícil para los individuos y los conjuntos sociales actuar de un modo “correcto” o “apropiado”, con algún sentido de orientación. (p.8)

En estas condiciones, “la constitución de imágenes de futuro resulta imposible” (p.16). Ahora bien, el autor sostiene que en ciertos contextos, la incertidumbre bien puede normalizarse y “eventos o situaciones que bajo ciertas condiciones pueden ser vistas como excepcionales, bajo otras pueden asumir un carácter ‘normal’, integrándose al marco de expectativas de la vida cotidiana” (p. 16).

El caso de Argentina en relación con la inflación bien podría asemejarse a esta segunda situación. Como ya hemos mencionado en varios pasajes de esta tesis, su presencia no se trata de un fenómeno en absoluto novedoso. Si tomamos únicamente el período posterior a la crisis de 2001, vemos que mientras que entre 2003 y 2006, el IPC se ubicó en promedio por debajo del 10%, entre 2007 y 2020 lo hizo siempre por encima del 30% anual. En este sentido, podríamos suponer que el desorden en torno a los precios se asume como esperable. Por más de diez años consecutivos, los hogares han estado aprendiendo a convivir con dicho desorden; y, si resulta difícil estimar la magnitud a la efectivamente se producirán los incrementos de precios y/o se devaluarán los dineros, lo esperable es que el IPC siga su carrera de ascenso. Es por ello que bien podríamos considerar que se trata de una condición que “se ‘naturaliza’ al experimentarse como parte de la vida normal y no como un momento particular de ‘crisis’” (Benoît de L’Estoile, 2020: 55)

En este marco, podemos hacernos dos preguntas. Por un lado, una interesada en indagar cómo los hogares navegan en un contexto en el que la incertidumbre respecto del valor futuro del dinero se ha incorporado a las expectativas. Se trata de interrogar los modos en que, como señaló Visacovsky (2019), “se construye previsibilidad y normalidad en la vida cotidiana” (p.9) en torno de este fenómeno. Y, por el otro, una pregunta acerca de las imágenes de futuro que construyen los hogares consultados. Ambos aspectos están estrechamente vinculados con el interés por las culturas económicas. Como han señalado Narotzky y Besnier (2014), las prácticas económicas de las personas en sus vidas cotidianas están guiadas por una serie de expectativas futuras, dependientes de su situación social y, a la vez, por experiencias pasadas enmarcadas en grandes narrativas históricas (p.10).

Inflación un fenómeno “normal” ¿o cómo se construye dicha normalidad en la vida cotidiana?

“Te acostumbrás. Desde que nací ha habido inflación, incluso desde antes de que naciera mi padre”, decía la fotógrafa y economista Irina Werning. “Es una parte tan importante de nuestra vida diaria que está dentro de nosotros. Tengo 46 años y 36 años de mi vida he tenido una inflación de dos dígitos.” Su discurso formaba parte de una muestra fotográfica¹²⁴ publicada en 2022 que buscaba retratar, desde el punto de vista de la autora, los efectos de la inflación en la vida cotidiana de los argentinos. Las imágenes recogían desde estrategias para combatir el incremento de los precios, hasta alusiones a la desvalorización del dinero y a las tan debatidas causas de este fenómeno. Así, la última foto, en la que se retrataba una máquina de imprimir billetes de la Casa de la Moneda argentina, se denominaba “le dan a la maquinita”, aludiendo al modo en que el enfoque monetarista ha explicado la presencia de este fenómeno.

Independientemente del contenido de las fotos, la autora retoma su propia experiencia a partir de la idea del acostumbramiento a un fenómeno que por su persistencia en el tiempo se ha integrado a la vida cotidiana, dejando de ser novedoso. La inflación retratada como una costumbre estaba ya presente en varios de los trabajos recuperados en el apartado anterior (Spitta, 1988; Heredia, 2015); al igual que aquellos que destacaban la normalidad que su presencia suponía para poblaciones de países como

¹²⁴ La muestra fue financiada por el diario británico *The Guardian* junto a *The Pulitzer Center*. Las imágenes que la componen pueden observarse en el siguiente artículo publicado en el diario El País. <https://elpais.com/cultura/2022-10-16/que-puede-ensenar-argentina-al-mundo-sobre-la-inflacion.html>

Argentina (Hirschman, 1980). Ahora bien, si la inflación es un fenómeno que puede caracterizarse de ese modo, cabría analizar aquí qué aspectos de las prácticas económicas y de los discursos que elaboran los hogares sobre sus economías forman parte y/o son expresión de dicha construcción de normalidad.

Partiendo de la base de que la desvalorización del dinero y el incremento del costo de vida son fenómenos frente a los cuales los márgenes de acción son limitados, a diario los hogares ponen en práctica una variedad de recursos que contribuyen a sortear, en la medida de lo posible, la inestabilidad económica. Dichas estrategias, que hemos recuperado a lo largo de la tesis, podrían agruparse en primer lugar, en aquellas que buscan hacer rendir los ingresos corrientes a fin de sostener el consumo. Estas son las que se ponen en juego, principalmente, cuando los ingresos quedan rezagados respecto de la evolución del costo de vida. Aquí encontramos algunas vinculadas a transformaciones en los modos de comprar, principalmente en relación al aprovisionamiento diario y el ajuste/achicamiento de ciertos gastos con el objetivo de aliviar los presupuestos. En segundo lugar, aquellas estrategias orientadas a aminorar el efecto de la devaluación de los dineros que buscan ser conservados, como es el caso de los ahorros. Y, en tercer lugar, las que contribuyen a mitigar el impacto en los presupuestos domésticos del encarecimiento de ciertos bienes (durables o de consumo no recurrente) y servicios que no son de uso corriente.

Parte de las prácticas que incluimos aquí, no aparecen en los discursos siempre explicitadas como estrategias que buscan sortear los efectos de la inflación. No obstante, se vuelven útiles en esa dirección. Tal es el caso de la adquisición de determinados productos a partir de planes de financiación que ofrecen los instrumentos crediticios, ante la depreciación futura que se sabe experimentará el dinero comprometido.

Como mencionamos en el capítulo dedicado a las compras para aprovisionamiento, los hogares emplean una serie de estrategias que buscan mantener la capacidad de consumo en un contexto en que los ingresos quedan rezagados en relación al incremento del costo de vida. La dispersión de precios entre comercios se asume como un supuesto básico y las prácticas de compra adoptan formas específicas sobre la base de esta consideración. En este sentido, recorrer tiendas, definir lugares específicos para la compra de ciertos artículos, armar itinerarios tomando en cuenta la variabilidad de los costos de mercado, forma parte de las tareas que realizan a diario quienes se ocupan del aprovisionamiento de los hogares. A esto se suma el hecho de habituarse a consumir nuevas marcas y productos, cuando los usuales se vuelven demasiado

costosos, así como la tendencia a modificar la forma en que se organizan las compras en general, aumentando su frecuencia y achicando su tamaño, con la finalidad de comprometer de a poco el dinero disponible. Parte de estas estrategias son también un intento de generar previsibilidad, en el sentido ya mencionado de volver “aprehensible” o “manejable” el futuro más inmediato. Cuando los ingresos son comprometidos en proporciones cada vez mayores por los gastos corrientes, dejando poco margen disponible a los presupuestos, gastar de a poco es una manera de asegurar que dicho dinero estará disponible por más tiempo y, también, que rápidamente el consumo podrá ser ajustado en caso de ser necesario.

Entre los hogares consultados, los que destacaron la modificación de sus hábitos de compra para ajustarlos a un horizonte de más corto plazo pertenecen principalmente a los sectores medios, quienes, al mismo tiempo, comparan y/o valoran positivamente otros momentos en que ingresos “más holgados” les permitieron optar por otras formas de organización como el stockeo o las compras más abultadas. Por su parte, en varios de los discursos de los hogares de sectores populares estos sostuvieron que esos hábitos se mantienen, tanto para quienes están habituados a realizar compras basadas en las necesidades más próximas, como aquellos que, en mucha menor medida, optan por organizar dichas compras en función de un horizonte de consumo menos inmediato. Por un lado, no es un fenómeno novedoso para quienes se encuentran en los escalones inferiores de la pirámide de ingresos que el consumo se ajuste a la orden del día, tanto por los modos más irregulares e inestables en que perciben los ingresos (o parte de ellos); por los espacios en los que realizan las compras, entre los que tienen una presencia importante los comercios barriales de menor tamaño; así como por las modalidades de pago que utilizan, ya sea el efectivo disponible o el sistema de fiado que también tiene un rol central para estas economías. Por otro lado, el hecho de que los ingresos muchas veces queden rezagados en relación a los gastos tampoco pertenece al orden de lo excepcional. En ese sentido, si el dinero disponible para un determinado período se consume de forma inmediata, luego se echa mano a otros recursos también habituales para sortear el tiempo hasta que el dinero vuelve a ingresar. Tal es el caso de las múltiples formas de endeudamiento a las que recurren y/o los intentos por encontrar nuevas fuentes que permitan generar recursos monetarios rápidamente.

Todos estos recursos prácticos empleados para convivir con la inestabilidad económica, son relatados en un registro que deja entrever que los mismos no pertenecen al orden de lo excepcional, sino más bien de lo ordinario, lo habitual, lo conocido y lo

compartido. No hay extrañeza en el modo en que se narran estos repertorios de acción que suelen ser presentados como parte del sentido común, destacando que no es necesario ser un experto para saber cómo desenvolverse en un contexto como el que analizamos aquí.

Así, lo expresaba Esteban:

yo creo que el que sale a trabajar todos los días, el que va todos los días al supermercado y que vive el día a día prácticamente no necesita los consejos de un economista, todos cuando por la tele nos dicen que hay inflación o que hay recesión o que se puede hacer esto o aquello, el que va al supermercado y quiere comprar el producto A y ayer valía \$10 y hoy vale \$12 y tiene que ver si compra una más barato, eso no es necesario ser economista para darse cuenta, lo sabe mi mamá que es ama de casa y el Ministro de Economía (...) pero me parece que el que sabe es todo aquel que está en la vorágine diaria de vivir y de llegar a fin de mes, son consejos en realidad que tienen que ver con eso, con vivir el día a día. (Esteban, 36 años, abogado. Septiembre de 2018).

Lo que en modo alguno podría resultar evidente para un visitante foráneo que pasara por los supermercados locales, opera como un “saber hacer” que está ahí, disponible para integrarse a la arquitectura de las compras cuando se acelera el ritmo inflacionario. En ese sentido, en los discursos está presente la idea de que varios de los recursos mencionados se ponen en funcionamiento a medida que se vuelven necesarios. Así, cuando la dispersión de precios se vuelve más evidente, es mayor el énfasis en la necesidad de recorrer comercios, armar itinerarios de compras y compartir información sobre los precios; a medida que los ingresos quedan rezagados, adquiere más relevancia el recurso a achicar determinados gastos, optar por productos más económicos o incluso volver más fragmentarias las formas de comprar como estrategias para sostener el consumo. Se trata de aprendizajes incorporados que se forjan en la cotidianeidad y se materializan con fuerza cuando el aumento del costo de vida ejerce mayor presión.

Se trata además de recursos que lejos de emplearse siempre iguales a sí mismos, se adaptan a las circunstancias cambiantes. En los años inmediatamente previos al momento en que se llevó el trabajo de campo, también atravesados por niveles inflacionarios ubicados por encima de los dos dígitos, varias de las personas entrevistadas sostenían tener otros hábitos de consumo, como por ejemplo realizar compras de mayor tamaño y con menor frecuencia, stockear productos, adquirir lo necesario en un número reducido de comercios sin necesidad de recorrer, evaluar y/o

modificar los itinerarios habituales. No obstante, esto comienza a modificarse cuando los ingresos empiezan a quedar notablemente rezagados. Ante estas condiciones, se achica el horizonte temporal sobre el que se organizan los consumos más inmediatos y es en relación a este último que se dedican los mayores esfuerzos por buscar modos de hacer frente al contexto inflacionario. En ese sentido, cabe afirmar que lo que se intenta con énfasis es resolver el corto plazo.

En los discursos de las personas entrevistadas se destaca también el hecho de que se trata de formas de hacer que son compartidas y conocidas: “busco precios, como hace todo el mundo” decía Mónica; el mismo sentido se expresaba Victoria. “La gente hoy en día, vas al supermercado y todo el mundo está fijándose en la góndola lo que valen las cosas”. También Irma señalaba “eso lo hace mucha gente”, al explicarme que había decidido cambiar las marcas de varios productos de consumo habitual por otras menos costosas. Y son estos aspectos los que vuelven también relevante, como mencionamos en el primer capítulo, la información más inmediata que se difunde en redes informales de las que participan los miembros de los hogares. Cuando le consulté a Zulema si acostumbraba a leer sobre temas relacionados a la economía del hogar o de mirar programas de tv donde se hiciera referencia a dichos tópicos, me respondía: “Sí, pero viste que a veces...” y automáticamente interrumpió la explicación para mostrarme un mensaje de texto que le había entrado en ese momento: “mirá acá justo me está mandando mi compañera ¡papa limpia, siete kilos a \$100! Justo las preguntas que me estás haciendo.” Antes de ahondar en este aspecto, volví a mencionarle

E: Y viste que a veces salen periodistas económicos o economistas a hablar de estas cosas, de qué es lo que te conviene hacer cuando hay inflación...¿Sos de escucharlos? ¿Algo de eso te sirve, te interesa?

Z: Lo que pasa es que la realidad es otra, ellos dicen una cosa y nosotros tenemos otra. Porque es cierto, ellos hablan de una cosa pero es otra la realidad. Los sueldos nuestros son para ellos un vuelto, no, entonces como que uno está en otro mundo y trata de arreglarse con lo que puede, con lo que te mandan los conocidos, con lo que ves. (Zulema, 51 años, auxiliar de limpieza. Febrero de 2019)

Si los expertos parecen referir a una realidad que es percibida como ajena o lejana, se vuelve valiosa aquella información concreta, práctica que se comparte día a día con aquellos cuyas economías domésticas presentan características similares y circulan por espacios también similares. “No les doy bola”, decía Mónica al preguntarle si consumía información sobre temas que considerara “útiles” para gestionar su

economía. Ella también valoraba positivamente las novedades sobre los precios que compartía con amigas y la contrastaba con el tipo de información que circulaba en diferentes programas de televisión:

Los escucho a todos, miro mucho este programa Intratables que está lleno de economistas y el programa de Laje a la mañana también lo miro, y suele haber muchos economistas y ellos hablan del dólar, de la inflación y etc., etc. Y el común de la gente, nosotros vemos que cada que vamos al supermercado, ayer estaba a \$20 el azúcar y hoy está a \$40. Ayer estaban hablando que la gente está comprando dólares ¡¿quién compra dólares?! ¡El mínimo! A veces te indignas cuando escuchas que dicen: se quejan todo el año, pero a fin de año se van de vacaciones, ¿quiénes son los que se van de vacaciones? los que se han ido toda la vida y el que tiene un poder adquisitivo importante se va de vacaciones, el común de la gente no nos vamos a ningún lado. (Mónica, 52 años, empleada doméstica y cuidadora de adultos mayores a domicilio. Octubre de 2019).

En hogares como el de Mónica o el de Zulema, caracterizados por la estrechez de los presupuestos y por ingresos que muchas veces no alcanzan para cubrir los gastos corrientes, gran parte de la información que se difunde en espacios especializados refiere a una realidad que no las interpela. En ese sentido, una vez más, lo que se vuelve valioso es ese “saber hacer” que, como decía Esteban, lo posee “todo aquel que está en la vorágine diaria de vivir y de llegar a fin de mes”.

Hasta aquí hemos hecho referencia a aquellas estrategias que emplean los hogares para hacer rendir sus ingresos, sostener el consumo cotidiano y generar cierta previsibilidad sobre el futuro más próximo. Como hemos expuesto, para el caso de los dineros destinados a los gastos corrientes el hecho de que la pérdida de poder adquisitivo no sea perceptible de manera inmediata -como sí ha ocurrido en los períodos hiperinflacionarios-, permite comprender por qué los modos en que se utilizan dichos dineros no se rigen por el imperativo de evitar su desvalorización. El énfasis no está puesto, por ejemplo, en deshacerse rápidamente de los mismos, sino en lograr que alcancen a cubrir los gastos del período temporal al que han sido destinados a través de compartimentar su utilización.

Frente a estos dineros que se busca “hacer rendir”, en las economías domésticas se encuentran también aquellos que, en muchas ocasiones, involucran esfuerzos por mitigar su pérdida de valor en el tiempo. Tal es el caso del dinero ahorrado, principalmente entre los sectores medios. Como hemos visto en el tercer capítulo, parte de las prácticas de ahorro de estos hogares, parten de la premisa de que es necesario

“hacer algo” a fin de “proteger” aquellos dineros que buscan ser conservados en un futuro más o menos mediato. No se trata de “especular”, ni de “ganar” decía Mariela (51 años), buscando justificar por qué optaba por atesorar dólares como modalidad de ahorro. Y enfatizaba: “No era la idea ganar porque no ganás en definitiva”.

El objetivo es que “se deprecien lo menos posible”, señalaba Esteban (34 años) con la misma intención. En su discurso, al igual que en otros que hemos ya citado, la idea de la pérdida de valor del dinero ahorrado es abordada con naturalidad. Se asume que, por efecto del paso del tiempo y ante el avance de la inflación, el dinero pierde poder adquisitivo. El objetivo es entonces optar por lo que en su hogar consideran como la “mejor opción” a fin de que esa pérdida sea lo menos significativa posible.

Como mencionamos, las prácticas de ahorro de estos hogares suelen involucrar desde la compra de dólares hasta la constitución de plazos fijos en pesos. La finalidad atribuida al dinero ahorrado es una de las variables que entra en consideración a la hora de optar por una u otra modalidad. En ese sentido, para el caso de las inversiones en plazos fijos, una de las consideraciones que destaca en los discursos es la idea de, por un lado, no conservar el dinero en pesos “parado” -totalmente expuesto a la desvalorización-, y, por el otro, contar con recursos a disponibilidad o de fácil acceso, en caso de que resulte necesario hacer uso de los mismos. En varios de los hogares que optaban por esta modalidad, también aparecían menciones explícitas a los efectos devaluatorios producidos por la inflación. La idea que en el plazo fijo también se desvaloriza, pero es “mejor que tener el dinero y no hacer nada” estaba presente en discursos como, por ejemplo, el caso de Diana y de Ema a quienes citamos antes.

Si la cuestión de la progresiva pérdida de valor del dinero atesorado está presente al momento en que los hogares delinear sus prácticas de ahorro, esto no implica considerar que la lógica principal, y menos aún la única, que rige las elecciones en ese sentido es la de la mayor rentabilidad. Cómo reconstruimos en el capítulo número tres, gran parte de los hogares consultados mantuvieron sus modalidades de ahorro, aún en contextos en que las condiciones macroeconómicas indicaban que otras opciones eran más beneficiosas en esa dirección¹²⁵. Asimismo, tampoco cobró relevancia en los

¹²⁵ En el mencionado capítulo hemos señalado que, si entre los años 2018 y 2019, momento en que la evolución de la cotización del dólar creció muy por encima de la inflación, varios de los hogares entrevistados recurrieron al atesoramiento de dólares, estos también habían ahorrado en divisas norteamericanas los años previos, cuando la inflación se había colocado por encima de la evolución del tipo de cambio. Esos mismos hogares no habían considerado otras opciones como los plazos fijos en pesos, qué entre 2014 y 2017 habían ofrecido rendimientos porcentuales superiores al IPC. Y algo similar ocurría con quienes estaban habituados a recurrir al plazo fijo como forma de atesoramiento.

discursos el interés por la búsqueda de nuevas alternativas de ahorro o inversión capaces de cumplir de manera más efectiva con la premisa de proteger el valor o incluso de “ganarle a la inflación”. En ese sentido, la apelación a la primacía de la “racionalidad inflacionista” como criterio único para interrogar prácticas de estas características, se mostró rápidamente insuficiente. Tanto para quienes optaban por adquirir dólares, quienes depositaban sus dineros en plazos fijos, o quienes combinaban ambos recursos, la posible desvalorización de los dineros atesorados aparecía como una dimensión naturalizada. Sobre esta base y guiados por criterios múltiples, los hogares daban formas específicas a sus prácticas de ahorro.

Para el caso puntual del recurso al dólar, como muestran Luzzi y Wilkis (2019), y como hemos señalado antes, en el origen la idea de una moneda como “refugio” frente al avance de la inflación ha sido central en la incorporación de la divisa norteamericana a los repertorios financieros de los argentinos. Sin embargo, esta se ha transformado en “mucho más que un mero instrumento de intercambio o de reserva de valor” (p. 24).

Ha sido “a través de un proceso histórico de socialización económica (...) procesos de lenta maduración que han permitido la sedimentación de un repertorio financiero que tienen en la articulación (cotidiana, pero también institucional) de diferentes monedas (el dólar y el peso) una de sus características principales. (p. 21).

Como resultado de estos procesos, que los autores reconstruyen en *El dólar. Historia de una moneda Argentina (1930-2019)*, la divisa ha ingresado, se ha incorporado y persiste en las prácticas económicas de buena parte de la sociedad. En este sentido, es posible suponer que a diferencia de lo que sucede con las prácticas de consumo, respecto de las cuales los hogares sostenían introducir cambios y dedicar esfuerzos crecientes a medida que se aceleraba el encarecimiento del costo de vida, para el caso de las estrategias de ahorro, estas se muestran menos flexibles. Frente a la progresiva inestabilidad económica, quienes conservan su “capacidad” de ahorro o el dinero que han logrado atesorar en otras oportunidades, en su mayoría optan por mantener los repertorios de acción conocidos; los cuales resultan funcionales a las particularidades de cada hogar, al mismo tiempo que suponen tener un rol activo ante la persistencia de la inflación.

Por último, nos referiremos a aquellas prácticas que tienen por efecto mitigar el impacto en los presupuestos domésticos del encarecimiento de ciertos bienes (durables o de consumo no recurrente) y servicios que no son de consumo corriente. Aquí es posible mencionar la transformación anticipada del dinero en bienes, como parte de una

estrategia para acceder, no a consumos cotidianos, sino a aquellos que resultan más costosos para los presupuestos ordinarios de los hogares. En los capítulos dedicados a las prácticas de ahorro y a las prácticas de crédito, se han documentado ejemplos de estas características. Allí, encontramos hogares de sectores medios y de sectores populares que optaban por ir adquiriendo con antelación ciertos bienes que serían utilizados en un futuro más o menos mediato. Tal era el caso de la compra de materiales para un proyecto de construcción que aún no tenía fecha de inicio, la adquisición con años de antelación de electrodomésticos para equipar una vivienda que estaba en proceso de construcción, la compra de útiles escolares para el inicio del próximo ciclo lectivo apenas concluido el anterior, o la obtención de las bebidas y otros bienes de consumo para el festejo de un cumpleaños de quince que se llevaría a cabo un año después.

En estos ejemplos extraídos de las entrevistas, donde se busca alcanzar un objetivo específico y donde otras prácticas como el ahorro de dinero resultan infructuosas, adquiere sentido la modalidad de ir convirtiendo de manera anticipada el dinero en bienes. La misma cumple diferentes funciones para quienes la ponen en práctica como, por ejemplo, la posibilidad de adaptar dichas compras a las disponibilidades presupuestarias con las que cuentan, el hecho de evitar que el dinero se conservase líquido pueda desvalorizarse o bien ser absorbido por otros gastos, y también sortear los aumentos de precios que inevitablemente experimentarían los bienes en cuestión con el correr del tiempo.

Como señalamos antes, no en todos los casos citados la puesta en práctica de estos recursos responde a una lógica orientada exclusivamente a lidiar con el impacto de la inflación, pero sus resultados se vuelven útiles en dicha dirección. Tal es el caso también de ciertos modos de utilizar los instrumentos crediticios destinados al consumo que emplean los hogares. Los planes de financiación que ofrecen las tarjetas de crédito y ciertos comercios que otorgan líneas de créditos personales, son utilizados en la mayoría de los casos para la adquisición de bienes que resultan costosos para los presupuestos corrientes. La contemplación del interés que incluyen dichos planes de financiación era uno de los múltiples criterios al que daban relevancia los hogares, principalmente de sectores medios, a la hora de elegir el número de cuotas al que realizar una determinada compra. De ese modo, la extensión de los compromisos de deuda en ciertas ocasiones era dictada por las condiciones de financiación disponibles. Si comprar en cuotas sin o con un “bajo” interés en un contexto de inflacionario significa un beneficio para el

consumidor, solo pocos entrevistados señalan que esta sea una práctica para "ganarle" a la inflación o "lidiar" con ella. Se trata más bien de una elección basada en el hecho de que siempre se compran en cuotas determinados bienes.

En relación a la utilización del crédito, cabe señalar que en otros hogares, principalmente aquellos cuyos presupuestos son más ajustados y los ingresos se destinan mayormente a costear gastos corrientes, al momento de elegir planes de financiación, opera una lógica que considera, por un lado, el valor de la cuota en relación a las posibilidades de pago con las que cuentan en el hogar; y, por el otro, un intento por acotar en el tiempo la duración de los compromisos de deuda. Esta lógica no resulta, sin embargo, ajena al contexto inflacionario y de pérdida de poder adquisitivo de los ingresos en el que se desenvuelven dichas prácticas. Aquí, lo que buscan los hogares es evitar comprometer recursos por un período prolongado de tiempo en el que no es posible estimar si los mismos estarán disponibles; sea ello por la evolución ascendente del costo de vida que resta margen a los presupuestos y/o por la inestabilidad y/o irregularidad de las fuentes de las que provienen dichos ingresos. En ese sentido, realizar compras en el menor número de cuotas posible involucra un tiempo futuro más cercano que, en tanto tal, se vuelve "aprehensible", "manejeable".

Estas prácticas que hemos recuperado brevemente y que forman parte del accionar cotidiano de los hogares en un contexto con el que aquí analizamos, suponen formas de "vivir el día a día", de "llegar a fin de mes" o de utilizar los recursos disponibles en las economías domésticas en los modos que se piensan más convenientes, dependiendo de las particularidades de cada hogar. En el relato de nuestros entrevistados, no obstante, no implican movilizar lógicas explícitamente orientadas a eludir o incluso "ganarle" o "sacar provecho" de la presencia de la inflación. Como vimos, esto no se debe a que los efectos de la inflación en las economías domésticas no sean percibidos. Más bien, sus reflexiones parecen indicar que la naturalización de la presencia de la inflación supone asumir que a esta no se le "gana", en la medida en que siempre los ingresos correrán por detrás de los precios, que por lo tanto también los ahorros estarán expuestos a la pérdida de valor y que estos efectos serán en última instancia ineludibles. Lo que buscan muchas veces los hogares es echar mano a los recursos disponibles a fin de aminorar el impacto de los mismos o simplemente convivir con las dificultades que presenta el contexto.

Ante un futuro incierto, la inflación es la certeza: la construcción de imágenes sobre el porvenir

El 23 de enero de 2023, mientras escribía el último apartado que compone este capítulo, el entonces Presidente de la Nación Alberto Fernández, en una entrevista realizada por Band Jornalismo¹²⁶ en el marco de la VII Cumbre de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC)¹²⁷, sostenía lo siguiente: “La inflación es como que a uno le impide proyectar el futuro y, por lo tanto, es todo más difícil, y es cierto que lamentablemente los argentinos somos casi expertos en proyectar el futuro con la inflación.” Entonces, según datos del INDEC (2023), el IPC del país había alcanzado un nuevo récord para el período posterior a 1991, marcando en el mes de diciembre una variación interanual de 94,8%.

Las palabras del primer mandatario destacaban dos cuestiones. Por un lado, y una vez más, las dificultades o la imposibilidad de planificar el porvenir en un contexto de inestabilidad económica, aspecto que ha sido señalado por gran parte de los trabajos mencionados antes que han abordado diferentes experiencias inflacionarias. Y, por el otro, la idea de que la población local ha desarrollado una “expertise” que le permite realizar dichas proyecciones aún en un contexto en el que no es posible prever el valor futuro de la propia moneda. Esta segunda reflexión parece remitir a la idea de que la inflación, en tanto fenómeno conocido, opera como un “dato” que se ha incorporado a las expectativas y a los planes sobre el porvenir.

Claro está que la convivencia prolongada con la inflación tiene implicancias, no sólo en los modos en que es vivenciado el presente y el pasado, sino también en las imágenes y/o proyecciones que se construyen sobre el futuro. Si esta dimensión temporal es incierta por definición, la inflación es un fenómeno que, con variaciones de grado, puede estimarse que permanecerá ahí. Con el interés puesto en reconstruir este aspecto, el guión de entrevistas utilizado durante el trabajo de campo cerraba con la siguiente pregunta: “¿Cómo imaginas la situación económica de tu hogar de acá a los próximos 5 o 10 años? ¿pensás en algo que pueda cambiar? ¿Te imaginas igual?”

¹²⁶ El mismo pertenece a la emisora de televisión brasileña llamada Rede Bandeirantes.

¹²⁷ De acuerdo con la información oficial que proporciona su sitio web oficial, la CELAC es un mecanismo para el diálogo y la concertación política que incluye de forma permanente a treinta y dos países de América Latina y el Caribe. La misma fue creada en el año 2010 y puesta en funcionamiento en diciembre de 2011. La VII cumbre de la CELAC, tuvo lugar en Buenos Aires el día 24 de enero de 2023.

No me la imagino. Vivo el día, trato de no proyectar por una cuestión de salud mental. El futuro es incierto por más que pensás en la parte económica, en qué va a pasar, si esto sigue así ¡dios mío! ¡Es preocupante!

Esta era la respuesta que daba Eugenia a dicha pregunta en febrero de 2018. Su relato engloba dos puntos: uno relacionado con la inmediatez, con la toma de decisiones a corto plazo, frente a las dificultades para formular proyecciones en un contexto económico adverso; y el otro, vinculado a la idea de que este modo de proceder, en el que las expectativas están ancladas en el presente, es el resultado de un futuro cuyas condiciones, principalmente aquellas positivas o deseables, no pueden ser delineadas. En relación a esto último, aparece inmediatamente la preocupación ante la posibilidad de que dicho futuro sea la continuidad o incluso la profundización de los aspectos negativos del presente.

“No tengo idea. Te digo la verdad, no sé lo que va a pasar con la economía de este país...incertidumbre total, total” decía Vanesa y haciendo referencia a nuestro primer encuentro sostenía:

En enero te dije: yo tengo fe. Y mirá cómo estoy ahora, ¡peor que cuando viniste! O sea que ahora no tengo idea, no tengo idea que va a pasar. Ojalá que mejore, yo siempre tengo esperanza de que va a mejorar, pero la realidad es que está empeorando todo. (Vanesa, 41 años, empleada administrativa y luego desempleada. Segundo encuentro, septiembre de 2018)

En su caso particular, recientemente había perdido su trabajo como administrativa en una fábrica de calzados local, luego de que la empresa cerrara sus puertas. A ello se refería con la expresión “mirá cómo estoy ahora”. A esto se sumaba el contexto de inestabilidad cambiaria que atravesaba el país desde hacía varios meses. Como se especificó en el cuarto capítulo, hacia finales de abril y a partir de entonces el año 2018 fue escenario de movimientos turbulentos en el mercado de cambios que llevaron a que a fines de agosto llegara a cotizar 40 pesos. En ese marco, al mismo tiempo que Vanesa buscaba conservar la posibilidad de un futuro “más optimista”, los hechos parecían indicarle la agudización de las condiciones desfavorables del presente.

Las imágenes basadas en lo más inmediato y la incertidumbre en relación al porvenir aparecen destacadas en varios de los discursos. “Vamos más sobre el día a día porque en este país desde hace mucho tiempo que no se puede proyectar nada” sostenía también Diana y seguía:

Desde que nosotros empezamos a trabajar creo que no se puede proyectar nada. Mi marido trabaja desde el 2001 o 2002 y yo arranqué en el 2007. Y nada, porque desde el 2001 que estábamos en el 1 a 1, estamos 30 a 1¹²⁸, imagínate que es imposible. Ojalá, si uno lo ve objetivamente y en cuanto a su propio proyecto, ojalá en cinco años estemos genial y nos esté sobrando plata y podamos viajar todos los años, o sea podamos cubrir todas las necesidades básicas y además viajar, pero no sé, creería que en los próximos no, y no sé qué va a pasar cuando sea el cambio de gobierno. Además nunca lo sabés, supuestamente siempre todos arrastran el muerto del anterior y bueno, y todo es culpa del anterior, así vamos a estar siempre. Pero sí, que se agrave esto me preocupa, que se agrave la situación económica me preocupa. (Diana, 36 años, ingeniera agrónoma y empleada administrativa. Primer encuentro, junio de 2018)

Para Diana, la evolución del tipo de cambio en el período en que su marido y ella habían desarrollado sus trayectorias laborales, era un termómetro para evaluar la situación económica y un indicador de la imposibilidad de realizar proyecciones sobre el futuro. Es posible suponer que su discurso, al igual que el de Vanesa a quién citamos antes, estaba atravesado por los fuertes movimientos ascendentes que experimentó la cotización de la divisa estadounidense en dicho período. Nuestro encuentro tuvo lugar el día 15 de junio de 2018, un día después de que Federico Sturzenegger, el entonces presidente del Banco Central, anunciara la renuncia a su cargo en el marco de una corrida cambiaria que llevó al dólar a ubicarse en \$28,35 según datos del BCRA.

Si su lectura le indicaba a Diana que la inestabilidad era una constante en la economía nacional, difícilmente era posible imaginar que en un lapso temporal relativamente corto en comparación con el que ella traía a colación, las condiciones se modificarían. Asimismo, la imagen de un futuro personal deseable que ella describía chocaba con una preocupación por el empeoramiento de la situación económica, y con la certidumbre de que los aspectos negativos del presente se seguirían reproduciendo. En relación a esto último, sostenía que aún cambiando la conducción del gobierno, no era esperable una diferencia significativa en ese sentido.

Algo similar aparecía en el siguiente relato:

En los años que tengo, casi 50, económicamente siempre estamos viendo que va a pasar, como que no te permite relajarte o planificar, porque económicamente siempre estamos atados a la variabilidad del dólar, a lo que sucede en otras partes del mundo y me preocupa esto de no poder... Si bien uno tiene proyectos, creo que es lo que

¹²⁸ Referencia aproximada a la cotización máxima que alcanzó el dólar para el mes de junio de 2018.

nos mantiene y gracias a Dios seguir adelante, en nuestro país lo económico es un tema, ¡el tema! No se habla de otra cosa en grandes, en chicos. Es como que lo económico maneja nuestra vida. (Laura, 48 años, empleada de comercio. Mayo de 2018)

En su discurso, además de los puntos ya resaltados donde la situación económica aparece como motivo de preocupación y como un obstáculo a los intentos por construir proyectos y/o imágenes sobre el tiempo porvenir, aparece otra cuestión que tiene que ver el desgaste físico y mental que supone desenvolverse en un contexto atravesado de manera casi permanente por la falta de estabilidad. Aquí “lo económico” se presenta como una imagen sin matices, en el sentido de que las dificultades que trae aparejadas parecen haber estado siempre ahí, desde que se tiene “uso de razón”. Al mismo tiempo, para Laura se trata de una dimensión asociada a la falta de libertad, dada la primacía que parecen adquirir los esfuerzos por hacer frente a los asuntos económicos, por sobre el resto de las dimensiones de la vida. Como ya hemos mencionado, el hecho de que la convivencia con el encarecimiento del costo de vida y con la pérdida de poder adquisitivo de los ingresos no sea un fenómeno novedoso ni un momento específico de crisis, sino más bien una condición experimentada como cuasi permanente, no implica que su presencia no suponga innumerables desafíos y dificultades para quienes se desenvuelven en un contexto con tales características.

Es posible pensar, a modo de hipótesis, que si las condiciones en las que fueron formulados estos discursos y la referencia a experiencias pasadas son el obstáculo para delinear imágenes positivas respecto del futuro económico, el hecho de que se repita una y otra vez la idea de que el mismo es “inimaginable” opera como un modo de evitar asumir de antemano la sospecha [o la certidumbre] acerca de la continuidad e incluso la intensificación de unas condiciones poco favorables. Esto se deriva del hecho de que los relatos de los entrevistados no parecen referir a una situación que puede ser definida lisa y llanamente como incierta. Sino que más bien apelan a una idea de incertidumbre construida sobre la base de una certeza de que “lo económico” ha sido y es un fenómeno problemático y que la inflación como principal dimensión de preocupación seguirá estando presente. En este punto, lo que no es posible estimar y/o imaginar son las dimensiones que asumirá este fenómeno con el paso del tiempo.

Ya hemos mencionado en capítulos anteriores, por un lado, las dificultades que surgen para prever a muy corto plazo cómo evolucionarán, por ejemplo, los precios de determinados productos y/o servicios de consumo permanente en los hogares y/o para

realizar cálculos sobre el poder adquisitivo de los presupuestos domésticos. Y, por el otro, como en el período abordado el ascenso de la inflación acompañado por el atraso de los ingresos, ha obligado a revisar y/o desarmar ciertas proyecciones que realizaban los hogares. En este marco, es recurrente la apelación a temporalidades de las más inmediatas.

“La realidad es que yo voy el día a día, voy por el día a día, no me proyecto mucho para adelante” decía también Sara. Y seguía:

porque acá uno no logra estabilizarse nunca. No sé, una va adaptándose y viendo cómo llegás a fin de mes con tu ingreso. Siempre trabajando me imagino y después lo demás viene solo y uno va a adaptándose a lo que nos va tocando, por lo tanto me imagino a los 80 años todavía trabajando. (Sara, 53 años, profesora de yoga por cuenta propia. Junio de 2018)

En su relato aparecen juntos dos elementos. En primer lugar, y referenciada en la propia experiencia personal, una idea de estabilidad como algo que está fuera del alcance. Como mencionamos en el capítulo núm. 4, años atrás ella había planeado que una vez que lograra hacerse de la vivienda propia, el dinero que entonces destinaba a pagar el alquiler podría finalmente ser atesorado. Al analizar la situación económica de su hogar desde el presente, decía:

A mi me encantaría trasladar esto que tengo ahora, que estoy llena de trabajo a cuatro años atrás donde llegaba a fin de mes re cómoda con la mitad de la gente que tengo ahora. Esto mismo que hoy tengo, que ya estoy re afianzada, sin pagar alquiler y demás, cuatro años atrás me re sobraría, sería ahorro. A veces lo pienso así, pero bueno es lo que a uno le va tocando vivir ¿no? (Sara, 53 años, profesora de yoga por cuenta propia. Junio de 2018)

Si las propias vivencias parecían haberle demostrado las dificultades para concretar sus planes a futuro, lo que ponía en juego, en segundo lugar, era la “capacidad” para adaptarse a las condiciones impuestas por el contexto. En ese sentido, y frente a la inestabilidad considerada como una constante, lo que ella proyectaba era su propia capacidad de trabajo y la puesta en ejercicio del esfuerzo personal como herramienta para “surfear” tales dificultades.

Algo similar señalaba Susana. Tiene 58 años y se desempeña como empleada doméstica desde hace 18 años. Vive sola en una vivienda antigua que heredó, en parte de su familia materna y, en parte, de su primer matrimonio. Tiene un solo hijo de 23 años. Actualmente, trabaja a medio turno en una única casa particular, de donde proviene su principal fuente de ingreso. En paralelo, realiza una serie de “extras” que le permiten

contar con otras entradas de dinero. Mensualmente recauda la plata de las cuotas de los socios de un club de fútbol local y los fines de semana cobra las entradas a los partidos que organiza dicho club. Asimismo, prepara y vende comidas por encargo. Mientras enumeraba estas actividades, Susana decía “cuando menos tendríamos que trabajar a esta edad es cuando más tenemos que laburar para mantenernos”.

Al consultarle cómo imaginaba su situación económica en un lapso de 5 años, ella sostenía “No me imagino nada, no, no tengo la más mínima idea (risas), porque mientras yo tenga salud y pueda laburar voy a tratar de estar como ahora, mal o bien lo voy a sobrellevar”. Y seguía:

A mí lo que me preocupa es que yo pueda tener trabajo y que yo pueda seguir manteniéndome. Pero tampoco sabemos porque hoy por hoy mi patrona puede tener un problema en su trabajo, la sacan del trabajo y ella a mí me va a sacar supuestamente porque tampoco me puede pagar y cada uno en su lugar no ponemos, porque es así. Así que siempre digo, conforme uno que tiene trabajo y que puedo vivir el día a día, que esto no empeore. Vos fijate todos los días sube el combustible, todos los días te sube un impuesto, todos los meses te sube una cosa o la otra, no, no, no, es matador y yo te digo que a pesar de que uno va al super, vos notás diferencia en uno, dos o tres días que las cosas suben, suben, quieras o no quieras. (Susana, 58 años, empleada doméstica. Junio de 2018)

Para ella la diversificación de sus fuentes de ingreso a partir de sumar pequeños trabajos, ha sido la manera de hacer frente a una situación económica marcada por el encarecimiento del costo de vida. La aptitud física para trabajar es también su “recurso” ante el porvenir, cuyos rasgos, por un lado, no resultan para ella imaginables pero, por el otro, están sujetos a la advertencia de que las condiciones actuales se agudicen. Por ello, incluso cuando ella subraya las dificultades que la inestabilidad del sistema de precios suponen para desenvolverse en el presente, sus preocupaciones apuntan a poder preservar el estadio actual en el que conserva sus fuentes de empleo y logra vivir “al día”.

En relación a esto último, un aspecto interesante tiene que ver con el hecho de que mientras la inflación y la inestabilidad económica aparecen de manera transversal en los discursos como un motivo de preocupación y una dificultad a la que van destinados gran parte de los esfuerzos cotidianos, no hay referencias explícitas o concretas en esas imágenes de futuro a la posibilidad de que la problemática inflacionaria se resuelva; sino, más bien, surgen alarmas respecto de su complejización.

Esto podría ser un indicador más de que se trata de un fenómeno que está presente en aquello que se espera del tiempo por venir.

Por último, encontramos una serie más reducida de relatos en los que las imágenes sobre el futuro que refieren a las propias economías domésticas, se construyen sobre las propias capacidades que se atribuyen los miembros de los hogares de gestionar los recursos disponibles y/o de generar nuevos -como ocurría en relación al trabajo en los ejemplos mencionados antes-; y/o en cambios relacionadas con la etapa del ciclo vital de los mismos, que supondrían transformaciones en relación a la disponibilidad de recursos. Pero que, al mismo tiempo, aparecen deslindadas de las condiciones contextuales más amplias. Es entre estas imágenes de futuro que aparecen algunas menciones a la posibilidad de que las propias condiciones mejoren y/o se mantengan similares a las vigentes en el presente.

“Yo calculo que va a ir mejor, yo quiero creer que sí. Yo ya voy a poder trabajar también entonces me parece que vamos a estar mejor” decía Antonella en febrero de 2018. Como hemos mencionado antes, en el hogar hacía tiempo que contaban únicamente con el dinero de las asignaciones que percibía por sus hijos de 14, 7 y 2 años y con el ingreso estacional que aportaba el trabajo de su marido como fumigador. Desde el nacimiento de su hijo más pequeño, Antonella había dejado su trabajo como empleada doméstica, pero esperaba volver a incorporarse pronto al mercado laboral. Así, la mejora que estimaba no estaba asociada a un mejoramiento de la situación económica general, sino que apuntaba a la posibilidad de incorporar una nueva fuente de ingresos que les permitiría aliviar el muy ajustado presupuesto doméstico.

Carla daba una respuesta similar. Haciendo referencia a la profesión y al empleo de su marido, quién trabaja como médico en el hospital local, al mismo tiempo que atiende pacientes en su consultorio privado, ella sostenía que imaginaba la situación económica del hogar a futuro de manera estable y en condiciones similares a las del presente.

Yo me imagino igual, no me varía ni más ni menos, osea me parece que mientras él sostenga lo que pueda sostener en el trabajo, que la entrada principal de la casa es él, lo mío es nada, un extra [*en referencia a su salario como docente de nivel inicial*]. La ventaja que tiene él es que con la profesión que tiene, si no es en un lado, en otro siempre va a tener laburo, gracias a dios no va a ser una persona desocupada. Y no sé si está bien o mal pago el médico pero, que se yo, de última se las rebusca, hace más guardias y si no entra por un lado o por el otro el dinero. Mi pensamiento es muy

estable, yo me veo igual, no sé si mejor, pero igual. (Carla, 42 años, docente de nivel inicial. Mayo de 2018).

De acuerdo con los relatos que hemos analizado hasta aquí, en la mayoría de los casos es posible afirmar que la inflación aparece “naturalizada” en la forma que adoptan ciertas prácticas y su presencia incorporada en las expectativas respecto del porvenir. En ese sentido, no nos encontramos frente a un contexto que puede definirse simplemente como incierto. No obstante, cuando se interroga a las personas acerca de cómo imaginan a futuro la propia economía y la situación económica del país, muchos discursos ponen el acento en la incertidumbre, en la imposibilidad de delinear planes al respecto y en un modo de proceder atento a resolver las demandas y los desafíos más inmediatos que impone el corto plazo. Teniendo en cuenta esto, es posible sostener que convive la idea de un futuro “incierto”, que se construye sobre la certeza de que la inflación estará allí y sobre la amenaza de que sus condiciones empeoren, junto a la “normalidad” de la que se ha dotado a la convivencia con la inflación en la vida cotidiana.

Conclusiones

El presente capítulo ha buscado funcionar como un punto de llegada para las reflexiones que hemos volcado a lo largo de la tesis. Su desarrollo estuvo centrado en dar respuesta a una pregunta por las particularidades que asumen las culturas económicas de los hogares al desenvolverse en un contexto marcado por la presencia persistente, sostenida y en ascenso de los niveles inflacionarios. Al hacer referencia a las culturas económicas nos hemos concentrado en aquellos hábitos, racionalidades, prácticas y representaciones que se han desarrollado en torno a la convivencia con este fenómeno.

Como hemos ya señalado, la inflación ha tenido una larga presencia en la economía argentina, alcanzando diferentes niveles e intensidades. Los episodios hiperinflacionarios así como los períodos mega inflacionarios que marcaron esta historia, despertaron el interés de la sociología en particular y de las ciencias sociales por los efectos de su presencia en los hábitos, los comportamientos, los intereses y la idiosincrasia de la población local. Gran parte de los trabajos que recuperamos, producidos en dichos contextos, coincidieron en señalar la existencia de una cultura de la inflación en el país e identificaron sus rasgos sobresalientes. Así, destacaron los efectos sobre las percepciones temporales y sobre los procesos de toma de decisiones presentes y futuras; aspecto estrechamente vinculado con la presencia de la incertidumbre como fenómeno transversal a la experiencia inflacionaria. Y, por último,

la puesta en ejercicio de comportamientos especulativos orientados no sólo a aminorar los efectos de la pérdida de poder adquisitivo del dinero, sino también a sacar ventaja de la inestabilidad económica. Parte de estos trabajos sostuvieron que los hábitos desarrollados en tales condiciones se transformaron en modos de actuar afianzados, naturalizados y en el despliegue de formas de racionalidad derivadas de la presencia de la inflación.

El trabajo de campo del que se nutre la propia investigación ha sido producido en un contexto en el que la evolución de este fenómeno está lejos de alcanzar niveles mega e hiperinflacionarios. También el momento de la escritura de la propia tesis, durante el año 2022, presenta condiciones diferentes al respecto, con un IPC que en diciembre alcanzó un incremento interanual del 94,8% según datos del INDEC (2023). Teniendo esto en cuenta, nos hemos preguntado qué señalamientos es posible realizar acerca de las culturas económicas de los hogares estudiados bajo las circunstancias mencionadas.

En relación a ello, dos aspectos sobresalieron en el análisis. En primer lugar, repasar las prácticas económicas y los discursos nos permitió advertir que la presencia de la inflación aparece como un fenómeno naturalizado en torno del cual se despliegan recursos y estrategias para convivir con su presencia y, en ciertos casos, aminorar sus efectos. Entre ellas, las que apuntan a hacer rendir los ingresos disponibles con el fin de sostener y garantizar los consumos ordinarios, las que buscan proteger los dineros atesorados de la pérdida de valor y aquellas que intentan hacer frente al encarecimiento de bienes y servicios que resultan más costosos o de consumo menos frecuente para los hogares. Estas estrategias fueron relatadas sin extrañeza por quienes las ponen en ejercicio a diario o incluso señaladas como parte de un sentido común arraigado y compartido. Y, lo más importante, las mismas no parten de lógicas que buscan explícitamente ganar y/ o incluso tomar ventaja de la presencia de la inflación. No hay en los relatos referencias que permitan pensar en el despliegue de razonamientos propios de una racionalidad inflacionista o especulativa, tal como la que retratan las investigaciones que mencionamos al comienzo. En este sentido cabría preguntarse si es posible pensar la existencia de un vínculo entre niveles más elevados de inflación y el desarrollo de comportamientos orientados específicamente a sacar provecho del desequilibrio económico asociado a este fenómeno. Aspecto que resultaría interesante rastrear en las condiciones que expone el período posterior a la realización de la propia tesis, con un índice de precios al consumidor que ronda el 100% anual.

En segundo lugar, prestar atención a los modos en que las personas efectivamente navegan la inestabilidad nos permitió reflexionar acerca de las particularidades que asume la incertidumbre asociada a la presencia de la inflación, así como las limitaciones a las que está sujeto este concepto si es aplicado sin matices. Sin dudas ciertos factores permiten pensar en los contextos inflacionarios como “incierto”. Dicho aspecto se presenta en los discursos bajo diferentes formas, ya sea asociado a la evolución del valor y la capacidad de compra del dinero, o en relación a las imágenes sobre el tiempo por venir que construyen las personas -lo que aparece reflejado también en los modos en que se toman decisiones económicas. No obstante, y al mismo tiempo, la noción de incertidumbre que hemos recuperado aquí presenta ciertas particularidades: por un lado, posee un componente de normalidad derivado de la naturalidad con que la inflación ha sido incorporada en la vida cotidiana; y, por el otro, se apoya en una certeza de que el encarecimiento del costo de vida no es un fenómeno pasajero, asociado a un momento específico, sino que -por el contrario- seguirá ejerciendo influencia en el futuro. Teniendo en cuenta esto último, resultaría también válida una pregunta acerca de la posibilidad de que el contenido de este fenómeno -considerado transversal a la experiencia inflacionaria- se modifique en la medida que la inflación adquiere nuevas dimensiones.

Reflexiones finales

El retorno de la inflación (Block, 2022), ha sido un tema resonante a nivel mundial en el último tiempo. Muchos países, incluidas las economías más desarrolladas de Europa y Estados Unidos han experimentado el resurgimiento de esta problemática largamente olvidada. Como consecuencia de los efectos combinados, primero, de la pandemia producida por el Covid-19 y, luego, del conflicto bélico desatado tras la invasión de Rusia a Ucrania, han surgido dificultades en las cadenas de suministro de recursos esenciales como la energía y los alimentos, dando lugar a una inflación mundial que ha alcanzado sus niveles más elevados luego de varias décadas. En este marco, WEO (2022) ha subrayado la existencia de una crisis mundial en relación al aumento del coste de vida. Por su parte, los informes *What worries the world* producidos por Ipsos, muestran que durante gran parte del año 2022 y el 2023 la inflación ha sido señalada como la problemática “más apremiante” a nivel mundial.

Como señaló Neiburg (2023), la inflación como un fenómeno crónico y endémico dista de aquellos casos en que esta se presenta como el resultado de situaciones repentinas y/o específicas de crisis y/o emergencia (p.10). Si prestamos atención a la larga experiencia inflacionaria argentina, es posible ubicarla de manera próxima al primer caso. La pandemia y el conflicto bélico han profundizado una problemática que ha estado presente en la escena pública al menos durante los últimos quince años. A partir del año 2007, los valores del IPC han mostrado una tendencia general ascendente, ubicándose en promedio siempre por encima del 20% anual. Si nos enfocamos en el período en el que se desarrollo el propio trabajo de campo y los años que le siguieron, mientras que 2017 cerró con una inflación del 24,8% anual, en el año 2022 dicha cifra llegó a alcanzar un valor de 94,8% según los datos del INDEC.

Estas condiciones transforman al caso argentino en un terreno fértil para ofrecer una perspectiva sobre los efectos que produce la convivencia con este fenómeno y a ello a dedicado sus esfuerzos la presente investigación. El foco del análisis han sido los modos en que la inflación se intersecta con múltiples dimensiones de la vida cotidiana de las economías domésticas. El principal objetivo fue reconstruir las particularidades que asumen las prácticas económicas de un conjunto de hogares de sectores medios y populares, así como los discursos que acompañan tales prácticas. Por un lado, se

abordaron las modalidades específicas que adopta el consumo, el ahorro y el uso de instrumentos financieros en los hogares en cuestión. Por el otro, se prestó atención a las formas de nombrar o hacer referencia a la inflación en la conversación cotidiana. Al mismo tiempo se reconstruyeron otras dimensiones asociadas a la experiencia inflacionaria, como la proliferación de un conjunto de formas ordinarias de cálculo que evidencian los modos en que la información sobre los precios se incorpora en la vida cotidiana. Ambos aspectos resultaron claves para comprender las estrategias que llevan adelante los hogares para hacer frente a este fenómeno en un marco en que a la aceleración inflacionaria traccionada en parte por el shock tarifario que afectó a los servicios públicos entre 2017 y 2018, se sumó la acentuada pérdida de poder adquisitivo de los ingresos.

Finalmente se buscó reconstruir los rasgos específicos de lo que consideramos como “una cultura de la inflación” propia del período en el que se llevó a cabo la investigación. El recorrido que realizamos en la tesis finaliza abordando este último punto. A modo de embudo o punto de llegada, las prácticas económicas, los discursos, las formas ordinarias de cálculo, y también las temporalidades y racionalidades asociadas a ellas, han sido el material para definir los contornos y el contenido específico de la experiencia inflacionaria propia del período que hemos analizado.

Distintas dimensiones asociadas a lo que podemos englobar en la categoría de cultura de la inflación estuvieron presentes en las interpretaciones de los científicos sociales que se interesaron por el cruce entre inflación, vida cotidiana y prácticas económicas ordinarias en el pasado. Los períodos mega e hiperinflacionarios que atravesaron diferentes países en las últimas décadas del siglo XX recibieron especial atención principalmente de la sociología y la antropología. Desde ambas disciplinas se buscó dar cuenta de los efectos de las crisis en las economías domésticas. Se analizaron transformaciones en los modos de utilizar, gestionar, conservar y concebir al dinero. También subrayaron la puesta en marcha de múltiples estrategias ordinarias traccionadas por la preocupación y el interés de proteger el valor y obtener ganancias del desorden monetario (Dominguez; 1990; O’Dougherty, 2002; Sigal y Kessler, 1997; Spitta, 1988). En la misma dirección se sumaron una serie de crónicas históricas producidas al calor de las hiperinflaciones europeas de comienzos de siglo XX. (Fergusson, 2010; Haffner, 2001).

Los aportes de estas investigaciones resultaron sumamente valiosos e iluminadores para el análisis que llevamos a cabo. No obstante, como ha señalado Serafin (2023), cuando se trata de la inflación, el contexto importa. Es así que diferentes tipos de inflación tienen diferentes consecuencias para diferentes personas en diferentes puntos a través del tiempo (p.5). Como mostramos a lo largo de la tesis, la situación registrada en Argentina durante el período analizado poco tiene que ver con los momentos de crisis aguda, debacle monetaria y desarticulación política y social que abordaron las investigaciones previas. En ese sentido, advertimos la relevancia de analizar las particularidades que asumen las prácticas ordinarias, los discursos y las culturas económicas que los engloban en aquellos casos en que la presencia de la inflación no supone una situación excepcional, como ocurrió durante los períodos hiperinflacionarios, sino -por el contrario- una característica que se ha incorporado como parte de la vida económica normal. Haber centrado el análisis en un período donde la aceleración de la inflación se produce de forma sostenida, pero contenida dentro de niveles que no se acercan a las coyunturas más álgidas de aumento generalizado de los precios, habilita una de las principales contribuciones de esta investigación.

A fin de analizar las prácticas económicas que han sido objeto del propio trabajo, hemos adherido al planteo de Luzzi y Wilkis (2019). De acuerdo con los autores, prácticas de tales características no pueden ser pensadas únicamente como resultado automático de los condicionamientos impuestos por la estructura económica. Ello nos permitió, por un lado, elaborar una mirada detallada sobre dichas prácticas atenta a los efectos condicionantes ejercidos por la inflación. Y, al mismo tiempo, nos habilitó a pensar en plural las racionalidades que las rigen, tanto en los casos en que surgían modos diversos de dialogar con la presencia de este fenómeno, como en aquellos donde el accionar de las personas no tomaba directamente a la inflación como parámetro de las decisiones. La propuesta de pensar las racionalidades económicas en plural (Figuero, 2010; Luzzi, 2013) nos permitió así un distanciamiento del postulado de la economía que establece la existencia de una racionalidad ahistórica y universal encarnada en la figura del homo economicus y reflejada en el accionar de los agentes. Para el caso de los contextos inflacionarios dicha racionalidad estaría orientada por el interés unívoco de obtener una ganancia o beneficio; lo que lleva a presuponer que en situaciones de tales características se generan determinados efectos como la preferencia por el consumo frente al ahorro -asociada a la premisa de desprenderse rápidamente del

dinero líquido-, o la búsqueda incesante de alternativas de inversión para proteger el valor del signo monetario.

Siguiendo la dirección señalada hemos logrado iluminar una serie de aspectos centrales para comprender las características que asume y los modos en que es vivenciada la experiencia inflacionaria reciente. Los capítulos 1, 2 y 3 dedicados a analizar las prácticas ordinarias de consumo, ahorro y crédito revelaron la puesta en práctica por parte de los hogares de un conjunto de estrategias orientadas a navegar el contexto inflacionario y, en algunos casos, a matizar sus impactos sobre los presupuestos domésticos, los ingresos y/o los dineros atesorados.

Dichas estrategias fueron agrupadas en tres categorías en función del rol que desempeñaban en las economías de los hogares. En primer lugar recuperamos las que se abocan a hacer rendir los ingresos corrientes a fin de sostener el consumo, en un marco en que se alteran las condiciones en que habitualmente se realizan las transacciones, tanto en términos de precios como de temporalidades y donde los ingresos quedan rezagados. Gran parte de estas estrategias, , discurren en la órbita del aprovisionamiento diario. Es allí donde se despliega el quehacer fundamental de los hogares en relación a la inflación. Las mismas abarcan el armado de itinerarios de compras que enlazan múltiples comercios a partir de considerar la dispersión de los precios existente; también la modificación de las formas de organizar dichas compras, lo que incluye el hecho de achicar su tamaño y aumentar su frecuencia, a fin de fraccionar el uso de los dineros disponibles.

La práctica de ajustar la compra de alimentos a plazos de consumo más inmediatos suele aparecer vinculada en los discursos a un intento de generar previsibilidad en un marco en que los presupuestos domésticos se vuelven más ajustados. Los fuertes aumentos que experimentaron, por ejemplo, las tarifas de servicios públicos (para el caso de Bolívar, la luz y el gas) en los años analizados, las transformaron en muchos casos en orquestadoras de los presupuestos. Así, considerando que el consumo operó como variable de ajuste en la mayoría de los hogares consultados, el hecho de achicar el tamaño de las compras era presentado como un modo de anticiparse a la posibilidad de que en el corto plazo se presentasen gastos difíciles de costear. En ese sentido, una de las premisas que repetían las personas entrevistadas era la de contar con dinero a disponibilidad, en lugar de optar por transformar rápidamente las sumas líquidas en bienes.

Como parte de estas estrategias “de ajuste” se encontraban también el cambio de marcas y el reemplazo de ciertos productos por otros que resultasen más económicos y que, al mismo tiempo, cumplieren con otros parámetros, no sólo monetarios, que los hogares consideraban importantes. El ahorro a través del gasto (Miller, 1998), sirvió como categoría para englobar gran parte de estos recursos prácticos orientados no a ahorrar en el sentido clásico de atesorar, sino a hacer rendir los presupuestos a fin de cubrir las necesidades de consumo.

Siendo el aprovisionamiento diario la esfera donde discurren gran parte de las estrategias que ponen despliegan los hogares para hacer frente a la inflación, es importante recordar aquí que quiénes contemplan, organizan y ponen en práctica estas estrategias son principalmente las mujeres, tanto para el caso de los hogares de sectores medios como de sectores populares. Ello se debe a que, en la enorme mayoría de los casos estudiados, son las encargadas de gestionar el funcionamiento cotidiano de las economías domésticas. Este aspecto deja en evidencia también que el aumento generalizado del costo de vida no solo se vuelve más dispendioso en términos de dinero -y de los porcentajes cada vez mayores de los ingresos que se destinan a costear los consumos más básicos- sino también en términos del tiempo y los esfuerzos dedicados a esta tarea; los cuales se hayan desigualmente distribuidos entre los miembros de los hogares.

Otro grupo de estrategias que hemos recuperado son aquellas que contribuyen a mitigar el impacto del encarecimiento de bienes durables o de consumo no recurrente y servicios que no son de uso cotidiano. Las mismas atraviesan y, en algunos casos, involucran de manera conjunta a las prácticas de consumo ahorro y crédito. Incluso las racionalidades que les dan forma no necesariamente se orientan a paliar los efectos del encarecimiento de la vida, pero resultan funcionales en este sentido. Un caso específico es el caso de la transformación anticipada del dinero en bienes a fin de materializar ciertas compras o proyectos que resultan onerosos para los presupuestos corrientes. La mayoría de estas prácticas, de las que participaban hogares de sectores medios y populares, han sido incluidas dentro de la categoría de ahorros no monetarios; y, en algunos casos, involucran también el recurso a instrumentos crediticios y planes de financiación a fin de acceder a los consumos en cuestión. Las funciones que cumplen para las economías domésticas son variadas e incluyen la adecuación de los volúmenes de gasto a la disponibilidad presupuestaria, la búsqueda por evitar la desvalorización de

los dineros o el riesgo de que los mismos deban ser destinados a cubrir otros consumos, así como la posibilidad de adelantarse al inevitable encarecimiento de los precios.

Dentro de este segundo grupo se incluye también el uso de instrumentos crediticios como las tarjetas de crédito y las líneas de créditos personales que ofrecen los comercios. Ambos han sido señalados como los recursos más utilizados por los hogares en cuestión¹²⁹. Los planes de financiación que acompañan a estos instrumentos permiten el acceso a bienes que suponen cargas presupuestarias más elevadas. El valor de las cuotas en relación a las posibilidades de pago y/o el límite (para el caso de las tarjetas) suelen ser los elementos centrales al momento de decidir cómo comprar. Entre los hogares de sectores medios, principalmente, es recurrente el uso de planes de cuotas más prolongados y el énfasis en las tasas de interés como criterios para la elección; lo que, en contextos inflacionarios posibilita que con el paso del tiempo se licue el valor de los montos de dinero comprometidos. Sin embargo, cuando los hogares hacen referencia a sus prácticas, son muy puntuales los casos en que esta “dimensión estratégica” de la financiación en relación con la inflación, aparece señalada como el criterio decisivo a la hora de tomar decisiones en torno al uso del crédito. Si la racionalidad económica sostiene que este aspecto debe ser el criterio fundamental, para el caso de los hogares se trata de un principio que no está ausente en el discurso ni en la práctica, pero no es la lógica unívoca que predomina al momento de decidir cómo comprar y en cuántas cuotas hacerlo.

Un tercer grupo de estrategias que dialogan con la presencia de la inflación son aquellas que se orientan a aminorar los efectos de la devaluación de los dineros que buscan ser conservados. En el capítulo dedicado a las prácticas de ahorro, hemos recuperado una serie de discursos -presentes principalmente entre los hogares de sectores medios- que ponen el acento en la necesidad de “hacer algo para proteger el valor” de aquellos dineros que buscan ser conservados. Con este propósito, los hogares echan mano a los recursos que encuentran disponibles y/o mejor se adaptan a sus requerimientos; teniendo en cuenta aspectos como las finalidades que se les atribuyen a los mencionados dineros, las temporalidades sobre las que esos dineros se proyectan, la disponibilidad o no de otros recursos económicos, etc. En ese sentido, no será igual la forma de conservación del dinero elegida si se espera gastarlo en los próximos meses o

¹²⁹ Como señalamos en el capítulo 2, para el caso de las tarjetas, el 49% de los hogares poseían plásticos expedidos por una institución bancaria y el 31, 4% por otras instituciones financieras. En cuanto a los créditos personales de casas comerciales, el 49% sostuvieron tener acceso a este recurso y haberlo utilizado, mientras que el 31% hacía uso efectivo del mismo al momento de ser entrevistados.

si no hay un tiempo especificado para ello; lo mismo si se se considera necesario que esos dineros estén disponibles en caso de que surja un gasto inmediato, o si simplemente no existe esa preocupación.

Las modalidades más comunes entre las que discurren las prácticas de ahorro de estos hogares son la colocación del dinero en plazos fijos y/o el atesoramiento de dólares por fuera del sistema bancario. Al respecto es importante señalar dos puntos que sobresalen en los discursos. Por un lado, enfatizan que la cuestión de la progresiva pérdida de valor del dinero atesorado se asume como un fenómeno ineludible. Frente a ello, la intención es optar por lo que en cada hogar considera como la “mejor opción” a fin de que esa pérdida sea lo menos significativa posible. Por el otro, si esta consideración está presente en los modos en que parte de los hogares delinean sus prácticas de ahorro, no se trata ni de la única lógica que entra en consideración, ni de la principal. Aspecto que quedó de manifiesto en el hecho de que la mayoría de los hogares mantuvieron sus opciones de atesoramiento, más allá de que se modificaran las condiciones macroeconómicas y, por ende, la “rentabilidad” de las diferentes opciones. Conectado a ello, en la mayoría de los discursos estuvo ausente la preocupación por perseguir alternativas de ahorro que resultasen “más convenientes” en relación a la premisa aislada de proteger el valor.

Parte de las estrategias que hemos reconstruido han estado presentes también entre los hallazgos de las investigaciones que se interesaron por los períodos mega e hiperinflacionarios. Atenta a las prácticas de consumo de los hogares paulistas durante la hiperinflación de Brasil entre los años 80’ y principios del 90’, O’Dougherty (2002) refirió al “efecto hormiga” para describir las minuciosas investigaciones de mercado que realizaban las personas antes de decidir donde comprar y a qué precios hacerlo. En el mismo sentido, Sigal y Kessler (1997), señalaron como los recorridos involucrados en las compras cotidianas se volvían cada vez más costosos en términos de tiempo y esfuerzo producto de la dispersión imprevisible de los precios. También apuntaron los efectos de la inflación sobre las pautas de consumo de los hogares y la complejización de las microdecisiones cotidianas. Así, por ejemplo, “el menú habitual debía ser revisado en función de la oferta y de los precios” (p. 169).

Al mismo tiempo, otros rasgos sobresalieron en las investigaciones sobre las mega e hiperinflaciones. En dichos casos, la preocupación por proteger el valor del dinero fue señalada como el eje transversal a los procesos de toma de decisiones ordinarias sobre el consumo y el ahorro. A ello se añadió la proliferación de

comportamientos especulativos orientados exclusivamente a obtener pequeñas ganancias del juego monetario. Se puntualizó la primacía de una “mentalidad inflacionaria” (Spitta, 1988) o una “racionalidad inflacionista” guiando el accionar de individuos devenidos [de manera forzosa] en “especuladores hormiga” (Sigal y Kessler, 1997). Se destacó también la atención cotidiana puesta sobre ciertos números como las tasas de interés, los índices de precios, el tipo de cambio (Fergusson, 2010; Heredia, 2015; Sigal y Kessler, 1997; Spitta, 1988). Se mencionó la complejización y/o la “pérdida de eficacia” de las opciones de ahorro e inversión tradicionales y la búsqueda de nuevas alternativas capaces de hacer frente a la depreciación (Sigal y Kessler, 1997). También se describió a las personas buscando desprenderse del efectivo tan rápido como fuese posible, a partir de transformarlo en bienes de consumo básicos (Heredia, 2015; Haffner, 2001). En resumen, se habló de “individuos que, utilizando todos los medios a su alcance, parecían librar un combate personal contra la inflación” (Sigal y Kessler, 1997: 166).

Al abordar el período inflacionario reciente los principales hallazgos han sido otros. En primer lugar, las modalidades que adoptan las prácticas económicas son presentadas como recursos prácticos, como formas de vivir y de sortear el día a día que descansan en las particularidades (y las posibilidades) de cada uno de los hogares. Se hace referencia a formas de hacer que pertenecen al orden del sentido común, que son conocidas y compartidas, que están ahí disponibles para integrarse a los repertorios de prácticas económicas cuando se considera necesario. En ese sentido, lejos de su carácter excepcional, la inflación aparece como un fenómeno naturalizado en los discursos y en las prácticas económicas de los hogares.

En segundo lugar, y estrechamente vinculado al anterior, aparece otro aspecto transversal a la experiencia inflacionaria del período analizado. Quiénes conviven con este fenómeno parten de la idea de que frente a la desvalorización del dinero y el incremento del costo de vida los márgenes de acción son limitados. En ese sentido, asumen como algo dado el hecho de que los salarios pierden capacidad de compra, que el dinero alcanza para menos, que los ahorros se desvalorizan. Así, las prácticas no implican movilizar permanentemente lógicas o estrategias orientadas a “protegerse” o “sacar provecho” de la inflación, o a generar ganancias marginales (Guyer, 1995), como las que integraban lo que en el pasado se llamó “racionalidad inflacionista”. Más bien, se encuentran atravesadas por lógicas adaptativas que buscan convivir con un fenómeno progresivamente incorporado a la normalidad económica.

Como hemos apuntado en el capítulo dedicado a pensar la cultura de la inflación, cabría preguntarse luego sí, a medida que los niveles de inflación se aceleran alejándose de aquellos que hemos contemplado en esta investigación, tienden a cobrar mayor preponderancia en el accionar y los discursos de los hogares aquellos criterios basados en lógicas especulativas y/o ligados al interés preponderante de “sacar provecho” y/o “ganarle a la inflación”. En ese sentido, la fuerte aceleración inflacionaria que ha experimentado Argentina en los años posteriores a los aquí estudiados proveen un escenario oportuno para próximas investigaciones interesadas en analizar en qué medida la persistencia en el aumento de los precios y la convivencia prolongada con niveles de inflación cada vez más elevados propician respuestas novedosas y/o diferentes a nivel de las prácticas económicas y los calculos ordinarios que les sirven de base.

En tercer lugar, hemos identificado como transversal a la experiencia de los hogares consultados el lugar marginal que ocupan las categorías y las formas eruditas de medir el fenómeno inflacionario en la conversación cotidiana y en las decisiones en torno de las prácticas que integran a las economías domésticas. El primer caso en el que esto se hizo evidente fue el de la categoría inflación, que permaneció prácticamente ausente de los discursos aún cuando las personas consultadas reflexionaban sobre las consecuencias de este fenómeno. Esto nos condujo a interrogarnos acerca de los modos en que se hablaba de la inflación en la cotidianeidad y a la búsqueda por identificar las perspectivas o los posicionamientos desde los cuales se hacía referencia a la misma. A ello dedicamos el capítulo número 4 de la tesis.

Allí se advirtió que la conversación cotidiana giraba en torno a una preocupación general por la evolución de los precios de ciertos productos que funcionaron como parámetros o indicadores de lo que sucedía los demás. Los llamados “precios de referencia” aparecieron en cumpliendo diferentes roles en los discursos y en la organización de las prácticas económicas ordinarias. Pudimos identificar, en primera instancia, un conjunto de precios distintos, pero siempre correspondientes a productos considerados básicos o esenciales para el consumo familiar. Estos adquirían protagonismo en las estrategias puestas en marcha para navegar el contexto inflacionario, funcionando como ordenadores de los presupuestos y/o orquestadores de las prácticas y las decisiones económicas (el ritmo y las cantidades de las compras, los lugares de adquisición, las formas de pago eran algunas de las dimensiones que aparecían asociadas a tales precios). Los mismos se empleaban también para exponer

las dificultades asociadas a la reproducción cotidiana de los hogares frente al encarecimiento del costo de vida; entre ellas, la pérdida del poder adquisitivo que afectaba a los salarios.

En segunda instancia, aparecieron otros precios como el del dólar o el de los combustibles que fueron utilizados por las personas entrevistadas como recursos para decodificar, interpretar, producir y/o reproducir explicaciones respecto de la marcha de la economía y el desenvolvimiento de la inflación. Dichos precios funcionaron como testigos e incluso como predictores de la evolución del conjunto de los precios.

No obstante, los discursos sobre la inflación no estuvieron centrados únicamente en lo que sucedía con los precios. El dinero en general al igual que los diferentes dineros que circulan en las economías domésticas también tuvieron un lugar central en la conversación cotidiana. Los discursos discurren entre, por un lado, referencias a los diferentes tipos de ingresos destinados fundamentalmente a costear gastos corrientes, enfatizando la idea de dineros que no alcanzan y/o plata que “rinde cada vez menos”. Allí, las personas entrevistadas pusieron el foco en la que es la contracara del encarecimiento de los bienes, es decir, en la caída del poder de compra de los ingresos. Estrechamente conectado a ello aparecieron las estrategias que acompañan el uso de estos dineros orientadas a adaptar y/o “estirar” dicha capacidad de compra a fin de sostener el consumo. Por otro lado, emergieron discursos que, subrayando también la progresiva desvalorización de los dineros como efecto del paso del tiempo, pusieron el foco en la necesidad de “hacer algo”, “proteger”, “no dejar quietos” los dineros que se apunta a conservar. Así, en torno a los ahorros, principalmente aquellos proyectados sobre temporalidades de mediano o largo plazo, muchas de las estrategias aplicadas apuntaban a mitigar su inevitable pérdida de valor.

Al igual que ocurría con la categoría inflación, las referencias al IPC tampoco adquirieron relevancia en los relatos de las personas entrevistadas al momento de hablar de la inflación y de su evolución. Este indicador, ampliamente difundido y legitimado a nivel nacional como instrumento para medir la inflación (Heredia y Daniel, 2019), conocido y utilizado por fuera del mundo de los expertos, estuvo prácticamente ausente en los discursos. Aspecto que expuso también una diferencia significativa con los hallazgos de aquellos trabajos que se ocuparon de los períodos altamente inflacionarios en las últimas décadas del siglo XX. Como mostró Neiburg (2006) en su análisis comparado sobre las políticas de control de la inflación implementadas en Argentina y en Brasil durante los años 1980, por entonces y al funcionar como mecanismo de

indexación, el índice de precios al consumidor se había vuelto una herramienta fundamental a nivel de los cálculos y las prácticas económicas cotidianas para la población local.

La ausencia de las referencias al IPC no supuso, sin embargo, que las evaluaciones respecto de la evolución de los precios y sus impactos quedaran por fuera de los razonamientos, las prácticas y los discursos de los legos. Por el contrario evidenció que en las economías domésticas surgen otras formas de aprehender el comportamiento del fenómeno en cuestión. Las llamadas medidas caseras de inflación, que hemos analizado en el capítulo número 5, son utilizadas por los agentes a fin de dar cuenta de manera tangible de la magnitud y la velocidad a la que evoluciona la inflación.

Algunas de estas medidas recuperan prácticas, objetos y/o dispositivos que forman parte de la vida cotidiana de los hogares. Otras se desprenden de sus temporalidades internas, principalmente asociadas a los ritmos del consumo y de los ingresos. En otros casos, lo que funciona como herramienta para medir la evolución de la inflación son ciertos precios que, por estar conectados a eventos o momentos significativos, se transforman en marcas temporales para las biografías económicas de los hogares. Por último, los presupuestos domésticos y los procesos de mercado del dinero que los integran son también utilizados para evidenciar el encarecimiento del costo de vida y el rezago de los ingresos.

Estas unidades de medida son resultado del funcionamiento de las propias economías domésticas y funcionan como parámetros significativos para quienes las elaboran y ponen en práctica. Las mismas permiten ir más allá de la información puntual sobre los precios, los números o las cantidades abstractas de dinero que ante el avance de la inflación tienden a quedar desactualizadas y se vuelven aún más difíciles de recordar. A la vez, se traducen en prácticas concretas, en formas específicas de hacer y pensar la vida económica que bien pueden ser consideradas como parte de una cultura económica formateada por la inflación, propia de un marco en el que el aumento sostenido y generalizado de los precios no supone una situación excepcional, sino más bien una característica estabilizada de la economía.

En estrecha relación a esto último, surge en cuarto y último lugar, otro aspecto transversal a la experiencia inflacionaria que hemos analizado: la inflación es un fenómeno que se halla incorporado a las expectativas en la vida cotidiana. Y ello está presente en los relatos de las personas tanto cuando se hace referencia a las

temporalidades más inmediatas, como cuando se trata de proyecciones que involucran plazos más prolongados. Así, al mismo tiempo que se espera que en los próximos meses, semanas o días, el precio de los productos que se consumen a diario continúe incrementándose, cuando se construyen imágenes sobre el futuro que abarcan plazos más extendidos se asume como dado el hecho de que la inflación seguirá estando presente. Este aspecto se relaciona con la idea desarrollada antes acerca de que se trata de un fenómeno naturalizado en el accionar y el discurso de los hogares. Tras largos años en los que estos han estado aprendiendo a desenvolverse en el desorden en torno a los precios, el mismo se asume como esperable. Lo que se busca entonces es hacer uso de aquellos recursos a la mano que permitan matizar y convivir con los inevitables efectos que la inflación supone para las economías domésticas.

En ese sentido surgió el interrogante respecto a la forma que tomaba la idea de incertidumbre -estrechamente asociada a los contextos inflacionarios- para el caso aquí analizado, donde la inflación dista de ser un fenómeno pasajero, novedoso y/o excepcional, sino que se ha transformado en una condición arraigada de la economía. Si, como dijimos en un pasaje anterior de esta tesis, la evolución futura del poder de compra del dinero y el derrotero seguido por los precios suelen ser magnitudes que las personas rara vez logran estimar con precisión, lo que exponen la mayoría de los discursos es la certeza de que el IPC continuará su curso de ascenso. Así, aunque pueda resultar paradójico, la noción de incertidumbre que se repitió una y otra vez en la construcción de imágenes sobre el porvenir que practicaron los hogares, remite en realidad a una certeza: que la inflación continuará siendo un fenómeno problemático.

Una y otra vez, la inflación ha sido asociada a un fenómeno arraigado en la cultura económica local, en la mentalidad de la población, en su idiosincrasia, en sus costumbres. Es un “modo de vida tan inexplicable” decía Osvaldo Soriano en 1989. Y claro está que nadie negaría hoy la centralidad que adquiere este para comprender los modos de hacer la vida económica que encarna la sociedad argentina. Sin embargo, las culturas económicas son contextuales, históricamente situadas y el resurgimiento que ha experimentado la inflación en los últimos quince años abre nuevos capítulos que merecen ser atendidos. En esta dirección ha estado orientada nuestra tesis. La búsqueda ha sido retratar cómo los hogares navegan por un período sostenido de inflación en ascenso que no son los años de la hiper, ni sus años previos marcados por la consolidación de un régimen de alta inflación, ni los de su [primera] estabilización como fenómeno público y político prioritario; tampoco los últimos dos años en los que

el IPC al consumidor llegó a duplicar los valores máximos registrados durante el propio trabajo de campo, arrojando niveles ubicados por encima de las tres cifras.

Mientras en algunas latitudes la inflación no da tregua y en otras su reaparición reciente hace sonar las alarmas, la sociología económica subraya la importancia de construir una perspectiva atenta a este fenómeno, capaz de prestar atención no únicamente a sus causas, sino también a sus consecuencias. Se enfatiza la necesidad de indagar cómo la inflación afecta a diferentes actores sociales generando situaciones problemáticas, desafiando sus hábitos, sus normas, sus valores, sus relaciones, sus expectativas y sus planes (Serafín, 2023: 3). Al mismo tiempo, se pone el foco en los diferentes tipos de inflación, subrayando que los modos de experimentar este fenómeno y sus efectos no serán iguales para todos los actores en diferentes momentos (íbid: 5). Como propone Neiburg (2023), la invitación es a adoptar una perspectiva pragmática que permita abrir la caja negra que este concepto evoca y pluralizar la inflación.

Es a esta propuesta a la que contribuye este trabajo. El interés ha sido el de construir una mirada interesada en las múltiples formas en que se intersectan dos dimensiones: inflación y vida cotidiana. Y el foco del análisis han sido los modos en que las personas hacen, calculan y significan la economía. A partir de una experiencia concreta reciente como han sido los años inmediatamente previos al desarrollo de la pandemia COVID-19, hemos abonado a la comprensión de las particularidades que asume la convivencia con la inflación y cuales son sus efectos para las personas y los hogares. Tarea respecto de la cual aún queda mucho por hacer.

La nueva etapa que se abre en Argentina durante el desarrollo de la pandemia y en los años que transitamos supone un escenario en principio cuantitativamente diferente en relación a los números que el IPC ha arrojado. Apenas transcurridos los primeros seis meses del 2023, según datos del INDEC publicados en el mes de junio, se ha registrado una inflación acumulada de 50,7%; es decir, cercana a los valores máximos que marcaron los años de la propia investigación. Asimismo, el promedio interanual ha alcanzado el 115,6%. En este marco, las entrevistas que realizamos durante 2017, 2018 y 2019 exponen una colección de precios, números, sumas de dinero que a los ojos de hoy resultan absurdos. El litro de leche, que supera ahora cómodamente los \$300, quedó allí inmortalizado en \$20 o \$30. Y lo mismo sucede con la yerba retratada en \$100, el kilo de azúcar en \$25, las cotizaciones del dólar que iban de los \$27 a los \$60, los carritos de supermercado que se llenaban con \$2000 o \$3000 y

tantos otros ejemplos que surgieron de los relatos. Lo mismo que le había sucedido a las personas entrevistadas mientras conversábamos y mirábamos imágenes de precios con un año de antigüedad y se sorprendían al ver que la harina que habían comprado durante esos días a \$30 o \$40, figuraba a \$16 y se referían a ciertos montos de dinero como “irrisorios”, “increíbles”, “inexistentes”, me sucedía a mí cuando con una mayor distancia temporal y con una inflación mucho más elevada me encontraba de nuevo con esos relatos. Y, probablemente, esa sea también la impresión de quiénes en los próximos meses o años lean este trabajo.

No obstante, como hemos recordado ya a partir de la palabra de autores como Sigal y Kessler (1997), y también como nos ha permitido corroborar la propia investigación, las experiencias inflacionarias no pueden ser distinguidas sólo por los niveles alcanzados por el IPC, sino también por los efectos concretos que estas experiencias de diferente trayectoria e intensidad tienen sobre la vida de las personas. Llegados a este punto y al compás del nuevo capítulo que parece abrirse lugar en la historia de los argentinos con la inflación, cabría preguntarse si frente a un fenómeno que se acelera, es posible identificar cambios en torno de las respuestas dadas por quiénes conviven cotidianamente con su presencia. En ese sentido, resultaría interesante indagar que ocurre con algunas de las prácticas, las estrategias y las lógicas que guían la gestión cotidiana de las economías domésticas. En relación a ello, valdría la pena prestar atención, por ejemplo, a si se produce o no el arraigo de racionalidades más exclusivamente orientadas por la premisa de proteger el valor del dinero o incluso por principios especulativos preocupados por obtener ventajas del desorden monetario. Aspectos que atravesaron los cálculos cotidianos en los momentos de inflación más elevada y que estuvieron prácticamente ausentes en los discursos y los recursos adaptativos de los hogares estudiados. El análisis de estas cuestiones bien merece ser abordado puntualizando también en las diferencias que surgen en el accionar de quiénes se desenvuelven en espacios geográficos de distinta escala, dotados de diferentes estructuras comerciales y financieras (como es el caso de las ciudades chicas o intermedias en relación a las grandes aglomeraciones urbanas)

Finalmente, otro aspecto valioso a atender son los modos en que se relacionan y a los intercambios que se producen entre las formas conocimiento lego y experto en un nuevo escenario de aceleración inflacionaria. Todos estos lineamientos señalan un terreno fértil para futuras indagaciones.

Referencias bibliográficas

Adamini, M. (2014). *Formaciones identitarias en lugares de trabajo precario. Un estudio sobre pasantes de la administración pública de la provincia de Buenos Aires (2008-2012)* (Tesis de doctorado). Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata.

Aronskind, R. (2003). El país del desarrollo posible. En James, D. (Ed.), *Nueva Historia Argentina. Tomo IX: Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Sudamericana.

Assusa, G., Freyre, M.L y Merino, F. (2019). Estrategias económicas y desigualdad social. Dinámicas de consumo, ahorro y finanzas de familias cordobesas en el final de la postconvertibilidad. *Población & Sociedad*, vol. 26, núm. 2, pp. 1-33.

DOI: <https://doi.org/10.19137/pys-2019-260201>

Avanza, M., Laferté, G., y Penissat, E. (2006). O crédito entre as classes populares francesas: o exemplo de uma loja em Lens. *Mana*, núm. 12 (1), pp. 7-38.

DOI: <https://doi.org/10.1590/S0104-93132006000100001>

Barbero, J. (2004). Metáforas de la experiencia social. En Grimson, A. (Comp.), *La cultura en las crisis latinoamericanas* (pp. 293-309). Clacso.

Barros, P. (2008). ¿Tres cuotas, precio contado? Observaciones sobre el endeudamiento de los chilenos. Percepciones y actitudes sociales. Informe de Encuesta Nacional UDP. Universidad Diego Portales, pp. 81-90.

Barros, M. (2011). Prácticas financieras en torno al uso del crédito en la industria del retail de Santiago. En: José Ossandón (Comp.) *Destapando la caja negra. Sociologías de los créditos de consumo en Chile*. Instituto de Investigación en Ciencias Sociales. Universidad Diego Portales, (pp. 113-132).

Becker, J. (2011). Where do prices come from? Sociological approaches to price formation. *Socio-Economic Review*, núm. 9, pp. 757-786. DOI: [10.1093/ser/mwr012](https://doi.org/10.1093/ser/mwr012)

Behrend, H. (1966). Price Images: Inflation and National Incomes Policy. *Scottish Journal of Political Economy*, vol.13, núm. 3, pp. 273–96.

Behrend, H. (1978). Research into Attitudes to Inflation and Incomes Policy. *International Journal of Social Economics*, vol. 5, núm. 3, pp. 136–47.

- Belini, C. (2014).** Inflación, recesión y desequilibrio externo. La crisis de 1952, el plan de estabilización de Gómez Morales y los dilemas de la economía peronista. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, Tercera serie, núm. 40, pp. 105-148 .
- Benjamín, W. (1928).** *Dirección Única*. Del Solar, J. y Allendesalazar, M. (Trads.) Alfaguara.
- Benoît de L’Estoile (2020).** “El dinero es bueno, pero un amigo es mejor”. Incertidumbre, orientación al futuro y “la Economía”. *Cuadernos de Antropología Social*, n° 51, pp. 49- 69. DOI: [10.34096/cas.i51.8237](https://doi.org/10.34096/cas.i51.8237)
- Berrotarán P., Gilbert, J., Rougier, M. y Tenewicki, M. (2006).** La construcción de un problema: los debates en torno a la inflación. Argentina (1940-1952). *E-I@tina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos*, vol. 4, núm.14, pp.43-70. Instituto de Investigaciones Gino Germani.
- Blefari, R. (2020).** *Diario del dinero*. Mansalva.
- Block, F. (2022).** The return of inflation. *Economic Sociology. Perspectives and conversations*, vol. 24, núm.1, pp. 3-4.
- Bourdieu, P. (1997).** *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Editorial Anagrama.
- Bourdieu, P. (2000).** *Las estructuras sociales de la economía*. Ediciones Manantial.
- Cáceres, L. y Jimenez, F. (1983).** Estructuralismo, monetarismo e inflación en Latinoamérica. *El Trimestre Económico*, vol. 50, núm. 197, pp. 151-168.
- Cavallero, L. y Gago, V. (2020).** Una lectura feminista de la deuda ¡Vivas, libres y desendeudadas nos queremos! Tinta Limón. ISBN 978-987-3687-73-0.
- Cerrutti, M. (2000).** Determinantes de la participación intermitente de las mujeres en el mercado de trabajo del Área Metropolitana de Buenos Aires. *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 39, núm. 156, pp. 619-638.
- Cosacov, N. (2022).** Deudas, cuidados y vulnerabilidad. El caso de las mujeres de hogares de clase media en Argentina. *Documentos de Proyectos*, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- Corso, E. (2021).** Dolarización financiera en Argentina. Un análisis histórico de una restricción vigente. *Investigaciones Económicas. Documentos de trabajo*, núm. 95, Banco Central de la República Argentina.
- Dalle, P. (2016).** *Movilidad social desde las clases populares Un estudio sociológico en el Área Metropolitana de Buenos Aires (1960-2013)*. Instituto de Investigaciones Gino

Germani. Centro Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). ISBN 978-950-29-1542-5.

Daniel, C. (2013). *Números públicos. Las estadísticas en Argentina (1990-2010)*. Fondo de Cultura Económica.

Daniel, C. y Lanata Briones, C. (2019). Battles over numbers: the case of the Argentine consumer price index (2007–2015). *Economy and Society*, vol. 48, núm. 1, pp. 127–151. DOI:[10.1080/03085147.2019.1579438](https://doi.org/10.1080/03085147.2019.1579438)

Damill, M. y Frenkel, R. (1991). Argentina Hiperinflación y estabilización: la experiencia reciente. En Rozenwurcel, G. (Comp.), *Elecciones y política en América Latina*. Norma.

D'Avella, N. (2012). Pesos, dólares, y ladrillos: la espacialidad del ahorro en la Argentina. *Boletín de Antropología*, vol. 27, núm. 44, pp. 127-143.

De Abrantes, L. y Felice, M. (2015). ¿Ciudad sin jóvenes o jóvenes sin ciudad? Reflexiones sobre el derecho a la ciudad en jóvenes que habitan en ciudades intermedias. *Cuaderno Urbano. Espacio, Cultura, Sociedad*, vol. 19, núm. 19, pp. 115-136. ISSN: 1666-6186.

Del Cueto, C. y Luzzi, M. (2016). Salir a comprar: el consumo y la estructura social en la Argentina reciente. En Kessler, G. (Comp.), *La sociedad argentina hoy: radiografía de una nueva estructura* (pp. 209-231). Siglo XXI Editores.

Diamand, M. (1972). La estructura productiva desequilibrada argentina y el tipo de cambio. *Desarrollo Económico*, vol.12, núm. 45. pp 25-47.

Di Nucci, J. y Linares, S. (2016). Urbanización y red urbana argentina: un análisis del período 1991 - 2010. *Journal de Ciencias Sociales*, vol. 4, núm. 7, pp. 4-17.

Dominguez, V. (1990). Representing value and the value of representation: A different look at money. *Cultural Anthropology*, vol. 5, núm 1, pp. 16-44.

<https://doi.org/10.1525/can.1990.5.1.02a00020>

Douglas, M. (1991). The idea of home: a kind of space. *Social Research*, vol. 58, núm. 1, pp. 287-307.

Elena, E. (2012). Guerra al agio: El problema de la domesticación del comercio en la Argentina del primer peronismo, 1943-1945. En Goldentul, A. y Moreno, L. (trads.) *Apuntes de Investigación del CECYP*, núm. 21. Original publicado en *Hispanic American Historical Review*, núm. 87(1), pp. 111-149.

DOI:[10.1215/00182168-2006-089](https://doi.org/10.1215/00182168-2006-089)

Esquivel, V., Faur, E. y Jelin, E. (2012). *Las lógicas del cuidado infantil entre familias, el Estado y el mercado.* IDES, UNFPA y UNICEF.

Faur, E. (2006). Género, masculinidades y políticas de conciliación familia-trabajo. *Nómadas*, núm. 24, pp. 130-141.

Faur, E. (2014). *El cuidado infantil en el siglo XXI: mujeres malabaristas en una sociedad desigual.* Siglo XXI Editores.

Faur, E. y Tizziani, A. (2017). Mujeres y varones entre el mercado laboral y el cuidado familiar. En Faur, E. (Comp.), *Mujeres y varones en la Argentina de hoy. Géneros en movimiento* (pp. 75-97). Siglo XXI Editores.

Faur, E. y Pereyra, F. (2018). Gramáticas del cuidado. En Piovani, J.I. y Salvia A. (Comps.), *La Argentina en el siglo XXI. Cómo somos, vivimos y convivimos en una sociedad desigual. Encuesta Nacional sobre la Estructura Social*, pp. 389-417. Siglo XXI Editores.

Ferguson, A. (1984). *Cuando muere el dinero. La pesadilla de la hiperinflación en la República de Weimar.* Hernández, Díaz, M. (Trad.). Alianza Editorial.

Figueiro, P. (2010). Disponer las prácticas. Consumo, crédito y ahorro en un asentamiento del Gran Buenos Aires. *Civitas-Revista de Ciências Sociais*, vol. 10, núm 3, pp. 410-429.

DOI: [10.15448/1984-7289.2010.3.8339](https://doi.org/10.15448/1984-7289.2010.3.8339)

Figueiro, P. (2013). *Lógicas sociales del consumo. El gasto improductivo en un asentamiento bonaerense.* Unsam Edita.

Figueiro, P. (2018). No vendo pan: pago diferido y evaluaciones morales en una agencia de lotería de la provincia de Buenos Aires. *Revista de la Escuela de Antropología*, núm. 24, pp. 1-23. ISSN 2618-2998.

Fligstein, N. y Goldstein, A. (2015). The emergence of a Finance Culture in the American Household, 1989-2007. *Socio Economic Review*, núm. 13, pp. 1-27

DOI: [10.1093/ser/mwu035](https://doi.org/10.1093/ser/mwu035)

Fumero, R. y Hadad, (2017). Una aproximación al estudio de los consumos financiarizados de los sectores populares de Buenos Aires, Argentina. *Economía y Sociedad*, vol. 22, núm. 52, pp. 1-21. DOI: [10.15359/eyes.22-52.3](https://doi.org/10.15359/eyes.22-52.3)

Gallardo Kishi, S. (2021). “¿A qué le tiras cuando ahorras, mexicano?” Los futuros del ahorro bajo un régimen pensionario neoliberal de capitalización individual. *Encartes*, vol. 4, núm. 7, pp. 8-28.

- Gallo, M. (2017).** La economía argentina durante el período 2004-2017: Ciclo expansivo, restricción externa y retorno de la valorización financiera. Ponencia presentada en el Segundo Congreso de Economía Política para la Argentina: “El impacto de las políticas neoliberales”, realizado en la Universidad Nacional de Avellaneda los días 3, 4 y 5 de octubre de 2017.
- Gerchunoff, P. y Lach, L. (1998).** *El ciclo de la ilusión y el desencanto: un siglo de políticas económicas argentinas*. Ariel.
- Grimson, A. (2004).** La experiencia argentina y sus fantasmas. En Grimson, A. (Comp.), *La cultura en las crisis latinoamericanas*. Clacso.
- Goldthorpe, J. (1978).** The Current Inflation: Towards a Sociological Account. En Hirsch, F. and Goldthorpe, J., (Eds.) *The Political Economy of Inflation* (pp.186-214). Harvard University Press.
- González Bombal, I. (1991).** *Cuando muere el dinero. Lo que la hiper se llevó*. Ediciones Mimeo.
- Gutiérrez, A., Mansilla, H. y Assusa, G. (2022).** Estrategias económicas familiares durante la pandemia. Clases sociales, ingresos monetarios, finanzas y consumos. En Pablo Dalle (Comp.), *Estructura social de Argentina en tiempos de pandemia, vol. 1: Efectos de la doble crisis y recomposición social en disputa* (pp. 127-155). Ediciones Imago Mundi.
- Guyer, J. (1981).** Household and Community in African Studies. *African Studies Review*, vol. 24, núm.2, pp.87-127. Cambridge University Press. DOI: [10.2307/523903](https://doi.org/10.2307/523903)
- Guyer, J. (1995).** (Ed.) *Money matters. Instability, Values and Social Payments in the modern history of Western African communities*. Heinemann.
- Guerín, I. (2008).** Las mujeres pobres y su dinero: entre la supervivencia cotidiana, la vida privada, las obligaciones familiares y las normas sociales. *Revista de estudios de género. La Ventana*. vol. 4, núm. 32, pp.7-51.
- Guerín, I., Morvant Roux, S. y Villarreal, M. (2014).** (Eds.) *Microfinance, Debt and Over-Indebtedness Juggling with money*. Routledge. Taylor & Francis Group.
- Guerin, I., Nordman, C. y Reboul, E. (2020).** The Gender of Debt and Credit: Insights from Rural Tamil Nadu. Discussion Papers series. Institute of Labor Economics. Initiated by Deutsche Post Foundation, núm.13891, pp.1-73. ISSN: 2365-9793.
- Hadad, I. (2019).** La construcción social y técnica de la deuda morosa. *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 81, núm. 1, pp. 89-115.

- Haffner, S. (2001).** *Historia de un alemán. Memorias 1914-1933*. Santana, B. (Trad.). Ediciones Destino.
- Halawa, M. (2015).** In New Warsaw. Mortgage credit and the unfolding of space and time. *Cultural Studies*, núm. 29, pp. 707-732. DOI: [10.1080/09502386.2015.1017141](https://doi.org/10.1080/09502386.2015.1017141)
- Heredia, M. (2015).** *Cuando los economistas alcanzaron el poder (o cómo se gestó la confianza en los expertos)*. Siglo XXI Editores.
- Heredia, M. (2018).** La inflación como problema en la Argentina de fines del siglo XX o cómo se construyó el laboratorio neoliberal. En Guerrero, J.C., Márquez Murrieta, A., Nardacchione, G. y Pereyra, S. (Coords.), *Problemas públicos. Controversias y Aportes contemporáneos* (pp. 239-302.) Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Heredia, M. y Daniel, C. (2019).** The taming of prices: Framing and fighting inflation in the second half of the twentieth century in Argentina. *Economic Sociology: the European electronic newsletter*. Max Planck Institute for the Study of Societies, vol. 20, pp. 6-14.
- Heymann, D. (1986).** Tres ensayos sobre inflación y políticas de estabilización. Documento de Trabajo. CEPAL, núm. 18.
- Hirschman, A. (1980).** La matriz social y política de la inflación: Elaboración sobre la experiencia latinoamericana. *El Trimestre Económico*, vol.47, núm 187(3), pp. 679-709.
- Hochschild, A. (2008).** *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*. Katz Editores.
- Hornes, M. (2020).** *Las Tramas del dinero estatal. Saberes, prácticas y significados del dinero en las políticas sociales argentinas (2008-2015)*. Teseo Press.
- Hornes, M., Eraso, P. y Schmidt, A. (2020).** ¿Políticas de bienestar?: El caso de los créditos ANSES (2015-2019). *Cuestión Urbana*, año 4, núm. 8/9, pp. 73 -82.
- Jelin, E. (1984).** Las relaciones sociales del consumo: el caso de las unidades domésticas de sectores populares. En *La mujer en el sector popular urbano. América Latina y el Caribe*. Naciones Unidas.
- Jelín, E. (2010).** Pan y afectos. La transformación de las familias. Fondo de Cultura Económica.
- Kessler, G. (2015).** *Cuando entran los miedos. Incertidumbre, delito, marginalidad y política en la Argentina contemporánea*. Entrevista con Gabriel Kessler realizada por Pablo F. Semán y Cecilia Ferraudi Curto. Edición a cargo de Cecilia Ferraudi Curto. *Apuntes de investigación del CECYP*, núm. 16, pp. 102-119.

Kreutzer, S. (2004). Una mujer con dinero es peligrosa. Cuestiones de género en el manejo del dinero y la deuda a nivel familiar. En Villarreal, M. (Coord.) *Antropología de la deuda. Crédito, ahorro, fiado y prestado en las finanzas cotidianas* (pp. 143-178). Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social Miguel Ángel Porrúa (CIESAS).

Langley, P. (2008). *The everyday life of global finance: saving and borrowing in anglo-america*. Oxford University Press.

DOI: <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199236596.001.0001>

Lapavitsas, C. (2012). *El capitalismo financiarizado. Expansión y crisis*. Maia.

Lave, J. (1984). The values of quantification. *The sociological review*, núm. 32 (s1), pp. 88-111.

Lazarus, J. (2017). About the universality of a concept. Is there a financialization of daily life in France? *Civitas-Revista de Ciências Sociais*, vol 17, núm 1, pp. 26-42.

DOI: <https://doi.org/10.15448/1984-7289.2017.1.25942>

Leyshon, A., Burton, D., Knights, D., Alferoff, C., Signoretta, P. (2004). Towards an ecology of retail financial services: understanding the persistence of door-to-door credit and insurance providers. *Environment and Planning*, vol. 36, pp. 625-645. DOI:

<https://doi.org/10.1068/a3677>

Lins Ribeiro, G. (1989). Descotidianizar. Extrañamiento y conciencia práctica, un ensayo sobre la perspectiva antropológica *Cuadernos de Antropología Social*, vol. 2, núm. 1, pp. 65-69.

Lomnitz, C. (2003). Times of Crisis: Historicity, Sacrifice, and the Spectacle of Debacle in Mexico City. *Public Culture*, vol. 15, núm. 1, pp. 127-147.

DOI: <https://doi.org/10.1215/08992363-15-1-127>

Luzzi, M. (2010). ¿Qué significa ahorrar? Transformaciones de las prácticas monetarias durante la última crisis argentina. En: Hernández, V. (Comp.), *Trabajo, conflictos y dinero en un mundo globalizado* (pp. 109-123). Buenos Aires, Biblos.

Luzzi, M. (2012). La monnaie en question. pratiques et conflits à propos de l'Argent lors de la crise de 2001 en Argentine. Thèse de sociologie, EHESS.

Luzzi, M. (2013). Economía y cultura en las interpretaciones sobre los usos del dólar en la Argentina. *Sociales en debate*, núm 5, pp. 11-20.

Luzzi, M. (2017). La financiarización de los hogares bajo el prisma de otras crisis. *Civitas-Revista de Ciências Sociais*, vol. 17, núm 1, pp. 43-60.

DOI: <https://doi.org/10.15448/1984-7289.2017.1.25140>

Luzzi, M. (2021). Consumo, deuda y desigualdad. La expansión de los servicios financieros para los hogares en la Argentina, 2003-2015. En Feldman, S., Luzzi, M. y Wyczykier, G. (Coord.), *Desigualdades en la Argentina Actores, territorios y conflicto* (pp. 133-158). Ediciones UNGS.

Luzzi, M. (2022). Deudas, cuidados y vulnerabilidad. Interacciones de las mujeres con organizaciones financieras y no financieras en la Argentina. *Documentos de Proyectos*, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

Luzzi M. y Wikis, A. (2018). Bancarización y acceso al crédito. En: Piovani, J.I. y Salvia A. (Comps.), *La Argentina en el siglo XXI. Cómo somos, vivimos y convivimos en una sociedad desigual. Encuesta Nacional sobre la Estructura Social* (pp. 389-417). Siglo XXI Editores.

Luzzi, M. y Wilkis, A. (2019). *El dólar. Historia de una moneda argentina (1930-2019)*. Crítica.

Luzzi M, y Sanchez, M. S. (2020). Cobrar, pagar, transferir en un contexto de aislamiento. Estrategias públicas y privadas sobre el dinero frente a la crisis. En Gutiérrez Cham, G.; Herrera Lima, S. y Kemner, J. (Eds.), *Pandemia y crisis: El Covid-19 en América Latina* (pp. 272-295). Editorial Universidad de Guadalajara.

Luzzi, M. (2021). Consumo, deuda y desigualdad. La expansión de los servicios financieros para los hogares en la Argentina, 2003-2015. En Feldman, S. Luzzi, M. y Wyczykier, G. (Comps.), *Desigualdades en la Argentina, Actores, territorios y conflictos* (pp. 133-158). Los Polvorines, Ediciones UNGS, Universidad Nacional de General Sarmiento.

Luzzi, M. y Sanchez, S. (2020). El dinero desde las ciencias sociales: prácticas, instituciones, representaciones. *Revista Sudamérica*, núm. 12, pp.9-18. ISSN 2314-1174.

Manzano, F. y Velazquez, G. (2015). La evolución de las ciudades intermedias en Argentina. *Revista Geo UERJ*, núm. 27, pp. 258-282.

DOI: [10.12957/geouerj.2015.18859](https://doi.org/10.12957/geouerj.2015.18859)

Marambio Tapia, A. (2018). Crédito y endeudamiento en hogares: Sobre la economía moral del proletariado postindustrial en Chile. En: González, F. y Madariaga, A. (Eds.), *La constitución social, política y moral de la economía chilena* (pp. 249- 276). RIL Editores.

Miller, D. (1998). *Ir de compras. Una teoría*. Siglo XXI Editores.

- Mónaco, C. y Benítez D. (2019).** La argentina del proceso. Un texto introductorio a la etapa 1975-1983. En Luzzi, M. (Coord.), *Problemas socioeconómicos de la Argentina contemporánea. Desde 1976 hasta la actualidad* (pp. 87-120). Ediciones UNGS.
- Moreno, G. (2020).** *Working Fictions of Money: The Making of Currency (Dis)Trust in Argentina (1880–2020)*. PhD dissertation. University of Cologne.
- Motta, E. (2014).** Houses and economies in the favela. *Vibrant, Virtual Brazilian Anthropology*, vol.11, núm. 1, pp.118-158.
DOI: <https://doi.org/10.1590/S1809-43412014000100005>
- Muller, L. (2015).** Las finanzas en lo cotidiano: las políticas de inclusión y educación financiera en el Brasil contemporáneo. En Roig, A. y Wilkis, A. (Comps.), *El laberinto de la moneda y las finanzas. La vida social de la economía* (pp. 211-226). Biblos.
- Narotzky S. y Besnier, N. (2014).** Crisis, Value, and Hope. Rethinking the Economy: An Introduction to Supplement 9. *Current Anthropology*, vol. 55, núm 9, pp. 4-16.
- Nayme Novelli, J. (2005).** As teorias sociológicas da inflação e o Plano Real: conflito e coalizão. *Política y Sociedade*, núm. 6, pp. 101-131.
- Neiburg, F. (2005).** Inflación y crisis nacional. Culturas económicas y espacios públicos en la Argentina y Brasil. En *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 62, núm 1, pp. 113-138.
- Neiburg, F. (2006).** Inflation: Economists and Economic Cultures in Brazil and Argentina. *Comparative Studies in Society and History*, vol. 48, núm 3, pp. 604-633.
DOI: <https://doi.org/10.1017/S0010417506000247>
- Neiburg, F. (2008).** Inflación, monedas enfermas y números públicos. *Revista Crítica en Desarrollo*, núm. 2, pp. 93-128.
- Neiburg, F. (2023).** Inflation –Pragmatics of money and inflationary sensoria. *Economic sociology. perspectives and conversations*, vol. 24, núm. 3, pp. 9-17.
- Noyola Vazquez, J. (1998).** Inflación y desarrollo económico de Chile y México. *Cincuenta años del pensamiento de la CEPAL: textos seleccionados*, vol.1, pp. 273-286, Fondo de Cultura Económica.
- Noel, G. (2020).** *A la sombra de los bárbaros. Transformaciones sociales y procesos de delimitación moral en una ciudad de la Costa Atlántica bonaerense (Villa Gesell, 2007-2014)*. Teseo.
- O’Dougherty, M. (2002).** *Consumption Intensified: The Politics of Middle-Class Daily Life in Brazil*. Duke University Press.

- Olivera, J. (1960).** La teoría no monetaria de la inflación. *El Trimestre Económico*, vol. 27, núm. 108(4), pp. 616-628.
- Olivera, J. (1967).** Aspectos dinámicos de la inflación estructural. *Desarrollo económico*, vol. 7, núm. 27, pp. 261-266.
DOI: [10.2307/3465586](https://doi.org/10.2307/3465586)
- Olcón Kubicka, M y Halawa, M. (2015).** Making a living. How young couples in Warsaw start and practice household. Ponencia presentada en SASE Annual Meeting. London, UK.
- Olcón Kubicka, M y Halawa, M. (2018).** Making a Living: How Middle-Class Couples in Warsaw Start and Practice a Household. *Kultura i Społeczeństwo*, vol. 62, núm. 4, pp. 91-111.
- Orlean, A. (2007).** Crisis de Soberanía y Crisis monetaria: la hiperinflación alemana de los años 1920. En Théret, B. (Coord.), *La moneda develada por sus crisis*. Rodríguez Salazar, O y Arévalo, D. (Eds.) versión en Español. Universidad Nacional de Colombia.
- Ossandon, J. (2012).** La Economía del Cupo: ecologías financieras y circuitos comerciales de las tarjetas de crédito del retail en Santiago de Chile. Estudios de la Economía.
<https://estudiosdelaeconomia.com/2012/11/05/la-economia-del-cupo-ecologias-financieras-y-circuitos-comerciales-de-las-tarjetas-de-credito-del-retail-en-santiago-de-chile/>
- Ossandon, J. (2012).** (Comp.) *Destapando la caja negra. Sociología de los créditos al consumo en Chile*. Instituto de Investigación en Ciencias Sociales. Universidad Pedro Portales.
- Ossandon, J., Deville, J., Lazarus, J. y Luzzi, M. (2021).** Financial oikonomization: the financial government and administration of the household. State of the Art. *Socio-Economic Review*, vol. 00, núm.0.
- Partenio, F. (2022).** Deudas, cuidados y vulnerabilidad. El caso de las mujeres de hogares de clases populares en la Argentina. *Documentos de Proyectos*, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- Partenio F. y Wilkis, A. (2010).** Dinero y obligaciones generizadas: las mujeres de sectores populares frente a las circulaciones monetarias de redes políticas y familiares. *Revista de estudios de género. La ventana*, vol. 4, núm. 32, pp. 177-213.
- Parseris, D. (2017).** Finanzas, bancos y circuitos de la economía urbana en Olavarría, provincia de Buenos Aires. *Cuaderno Urbano*, núm. 23, pp. 1-10.

Peebles, G. (2010). The Anthropology of Credit and Debt. *Annual Review of Anthropology*, vol. 39, núm. 2, pp. 225-240.

DOI: [10.1146/annurev-anthro-090109-133856](https://doi.org/10.1146/annurev-anthro-090109-133856)

Pérez Roa, L. (2019). Consumo, endeudamiento y economía doméstica: una historia en tres tiempos para entender el estallido social. En Kathya Araujo (Ed.), *Hilos tensados. Para leer el octubre chileno* (pp. 83-106). Editorial USACH.

Pérez Roa, L. y Gómez Contreras, M. (2020). Endeudamiento desigual en Chile: cuánto debemos, en qué lo gastamos y cómo está parado cada uno para la crisis.

<https://www.ciperchile.cl/2020/07/02/endeudamiento-desigual-en-chile-cuanto-debemos-en-que-lo-gastamos-y-como-esta-parado-cada-uno-para-la-crisis/>

Pinto Santa Cruz, A. (1962). El análisis de la inflación: 'estructuralistas' y 'monetaristas'; un recuento. *Revista de la Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República*, vol. 21, pp.5-20.

Piovani, J. (2007). La entrevista en profundidad. En: Marradi, A., Archenti, N. y Piovani, J. (Coords.). *Metodología de las Ciencias Sociales* (pp. 215-226). Emecé.

Polanyi, K. (2012). *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Fondo de Cultura Económica.

Rapoport, M. (2010). Una revisión histórica de la inflación argentina y sus causas. *Aportes de Economía Política en el Bicentenario de la Revolución de Mayo*.

Restivo, N. y Dellatorre, R. (2016). El Rodrigazo. El lado oscuro del ajuste que cambió la Argentina, Capital Intelectual.

http://www.mariorapoport.com.ar/uploadsarchivos/la_inflacio_n_en_pdf.pdf

Roig, A. (2015). Separar de sí, separar para sí: las prácticas de ahorro y domésticas en sectores populares urbanos argentinos. En Roig, A. y Wilkis, A. (Comps.), *El laberinto de la moneda y las finanzas. La vida social de la economía* (pp. 195-210), Biblos.

Roig, A. (2016). *La moneda imposible la convertibilidad argentina de 1991*. Fondo de Cultura Económica.

Rona Tas, A. y Guseva A. (2014). *Plastic Money: Constructing Markets for credit Cards in Eight Post Communist Countries*. Stanford University Press.

Sánchez, S. (2013). Interacciones económicas, interacciones simbólicas. Una aproximación etnográfica al significado social del dólar blue en Argentina. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, núm 17, pp. 133-152.

Sautu, R., Dalle, P., Otero, M. P. y Rodríguez, S. (2007). La construcción de un esquema de clases a partir de datos secundarios (Documento de Cátedra II. 4).

Metodología de la Investigación Social II, Cátedra Sautu, Facultad de Ciencias Sociales-UBA.

Sautu, R., Boniolo P., Dalle, P. y Elbert, R. (2020). (Eds.) *El análisis de clases sociales. Pensando la movilidad social, la residencia, los lazos sociales, la identidad y la agencia*. Instituto de Investigaciones Gino Germani. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). ISBN 978-950-29-1822-8.

Segura, R. y Cosacov, N. (2019). Políticas públicas de vivienda: impactos y limitaciones

del Programa ProCreAr. *Ciencia, Tecnología y Política*, núm. 2, pp. 1-12.

Schuld, J. (1973). Inflación, devaluación y lucha de grupos sociales en América Latina. *Apuntes. Revista De Ciencias Sociales*, núm. 1, pp. 3-20.

DOI: [10.21678/apuntes.1.1](https://doi.org/10.21678/apuntes.1.1)

Schuster, C. (2019). The Indebted Wage: Putting Financial Products to Work in Paraguay 's Tri-Border Area. *Anthropological Quarterly*, vol. 92, núm. 3, pp. 729-756.

DOI:[10.1353/anq.2019.0054](https://doi.org/10.1353/anq.2019.0054)

Serafín, M. (2022). The economic sociology of price instability and inflation. *Economic Sociology. Perspectives and conversations*, vol. 24, núm.1, pp. 1-2.

Sgard, J. (2003). Hyperinflation and the Reconstruction of a National Money: Argentina and Brazil, 1990-2002. *Working Paper* núm. 2003-01. Le Centre d'études prospectives et d'informations internationales.

Sgard, J. (2007). Hiperinflación y la reconstrucción de la moneda nacional. una comparación entre Argentina y Brasil (1990-2002). En Théret, B. (Coord.), *La moneda develada por sus crisis*. Rodríguez Salazar, O y Arévalo, D. (Eds.) versión en Español. Universidad Nacional de Colombia.

Sigal, S. y Kessler, G. (1997). La hiperinflación en Argentina: comportamientos y representaciones sociales. En Cantón, D. y Jorrot, R. (Comps.), *La investigación social hoy* (pp. 155-185). Oficina de Publicaciones del CBC.

Simmel, G. (2014). *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*. Pérez Bances, J. (Trad.). Fondo de Cultura Económica.

Solimano, A. (1989). La inflación y los costos de estabilizar: aspectos conceptuales, casos históricos y experiencias recientes. *El Trimestre Económico*, vol. 56, núm. 224, pp. 765- 797.

Soriano, O. (1989). Vivir con la inflación. *Nueva Sociedad*, núm. 100, pp. 38-43.

- Spitta, A. (1988).** La cultura de la inflación en la Argentina. Observaciones cotidianas de un extranjero”. En Botana, N.; Waldmann, P. (Comp.), *El impacto de la inflación en la sociedad y la política* (pp. 124-150). Editorial Tesis- Instituto Torcuato di Tella.
- Sunkel, O. (1996).** La inflación chilena: un enfoque heterodoxo. *El Trimestre Económico*, vol. 63, núm. 249, pp. 319-351.
- Tombolini, M. (2018). *113 secretos para ganarle a la crisis. Ideas prácticas para sobrevivir a la economía argentina*. Paidós.
- Tupac Panigo, D; García Díaz, F; Rosanovich S; y Monteagudo, P. (2016).** El impacto asimétrico de la aceleración inflacionaria en Argentina (2015-2016). *Realidad Económica*, núm. 306, pp. 47-76. ISSN 0325-1926.
- Van der Zwan, N. (2014).** Making sense of financialization. *Socio-Economic Review*, vol. 12, núm 1, pp. 99-129. DOI: [10.1093/ser/mwt020](https://doi.org/10.1093/ser/mwt020)
- Vasilachis de Gialdino, I. (1992),** *Métodos cualitativos I. Los problemas teórico-epistemológicos*. Centro Editor de América Latina.
- Vasilachis de Gialdino, I. (2006).** La investigación cualitativa. En Vasilachis de Gialdino, I. (Coord.), *Estrategias de investigación cualitativa* (pp. 23-64). Gedisa.
- Vignatti Montenegro, L. (2021).** Igual me voy a endeudar. Un estudio sobre carreras morales de endeudamiento. En Wilkis, A. (Ed.), *Las formas elementales del endeudamiento Consumo y crédito en las clases populares y medias de Buenos Aires y Santa Fe* (2010–2019) (pp. 103-130). Ediciones UNL.
- Villarreal, M. (2004).** (Coord.) *Antropología de la deuda. Crédito, ahorro, fiado y prestado en las finanzas cotidianas*. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social Miguel Ángel Porrúa (CIESAS).
- Villarreal, M. (2010).** Cálculos financieros y fronteras sociales en una economía de deuda y morralla. *Civitas-Revista de Ciencias Sociais*, vol. 10, núm 3, pp. 392-409. DOI:[10.15448/1984-7289.2010.3.8338](https://doi.org/10.15448/1984-7289.2010.3.8338)
- Villarreal, M. (2021).** Promesas del mañana. Los cálculos del futuro en las prácticas financieras de hoy. *Encartes*, vol. 4, núm. 7, pp. 1-7.
- Visacovsky, S. (2019).** Futuros en el presente. Los estudios antropológicos de las situaciones de incertidumbre y esperanza. *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, núm. 26, pp. 6-25.
- Weber, F. (2002).** Práticas econômicas e formas ordinárias de cálculo. *Mana*, vol.8 núm 2, pp.151-182. DOI: [10.1590/S0104-93132002000200006](https://doi.org/10.1590/S0104-93132002000200006)

- Widdig, B. (2001).** *Culture and inflation in Weimar Germany*. University of California Press.
- Wilkis, A. (2013).** *Las sospechas del dinero. Moral y economía en la vida popular*. Paidós.
- Wilkis, A. (2014).** Sociología del crédito y economía de las clases populares. *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 76, núm 2, pp. 225-252. ISSN: 0188-2503/14/07602-03.
- Wilkis, A (2015).** Sociología moral del dinero en el mundo popular. *Estudios Sociológicos del Colegio de México*, vol. 33, núm. 99, pp. 553–578.
DOI: [10.24201/es.2015v33n99.1388](https://doi.org/10.24201/es.2015v33n99.1388)
- Wilkis, A. (2021).** Introducción. En Wilkis, A. (Ed.), *Las formas elementales del endeudamiento Consumo y crédito en las clases populares y medias de Buenos Aires y Santa Fe (2010–2019)* (pp. 9-23). Ediciones UNL.
- Wilkis, A. (2022).** Vulnerabilidad financiera de los hogares en contexto de la segunda ola de la pandemia COVID-19 en Argentina: un enfoque cuantitativo. Documento N°4/2022. Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales (UNSAM). ISSN 18518788.
- Wilkis, A. y Foulkes E. (2022).** El impacto de la inflación en la vida cotidiana. *Ciencias Sociales en tiempo real*. Escuela IDAES, Pascal LM, UNSAM
<https://noticias.unsam.edu.ar/wp-content/uploads/2022/08/CsSocTiempoReal-Inflacion-1.pdf>
- Zaloom, C. (2017).** Finance. *Society for Cultural Anthropology*. August 7.
<https://culanth.org/fieldsights/the-household-finance>
- Zaloom, C. (2019).** *Indebted. How families make college work at any cost*. Princeton University Press.
- Zelizer, V. (2008).** Pasados y futuros de la sociología económica. *Apuntes de Investigación del CECYP*, núm. 14, pp. 95 a 112.
- Zelizer, V. (2009).** *La negociación de la intimidad*. Fondo de Cultura Económica.
- Zelizer, V. (2011).** *El significado social del dinero*. Fondo de Cultura Económica.
- Zelizer, V. (2015).** *Vidas económicas. Cómo la cultura da forma a la economía*. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Zenobi, D. (2005).** Ahorristas de vacaciones: de Villa Gesell al HSBC: Moralidades, familia y nación. *Anuario del Centro de Antropología Social*. Instituto de Desarrollo Económico y Social (pp. 217-234). Centro de Antropología Social, Antropofagia.

Fuentes

Artículos periodísticos

Centenera, M. (16 de octubre de 2022). ¿Qué puede enseñar Argentina al mundo sobre la inflación? *El país*.

<https://elpais.com/cultura/2022-10-16/que-puede-ensenar-argentina-al-mundo-sobre-la-inflacion.html>

Lach, J. (14 de junio de 2012). El problema cultural de los argentinos es con la inflación. *Ámbito*.

<https://www.ambito.com/economia/el-problema-cultural-los-argentinos-es-la-inflacion-n3741427>

O' Connor, A. (29 de noviembre de 2013). ¿Una inflación cultural? Dilemas del “path dependance”. *El economista*.

<https://eleconomista.com.ar/debates/una-inflacion-cultural-n3844>

Rodriguez, M. (20 de febrero de 2022). Lo que no se aguanta más es la inflación. *El diario ar*.

https://www.eldiarioar.com/politica/no-aguanta-inflacion_129_8764179.html

Zaiat, A. (31 de mayo de 2015). Argenta vs. Bancos.

<https://www.pagina12.com.ar/diario/economia/2-273891-2015-05-31.html>

Informes

Banco Central de la República Argentina (2019). Informe de Inclusión Financiera.

<https://www.bcra.gob.ar/PublicacionesEstadisticas/informe-inclusion-financiera-0219.aspx>

Bolsa de comercio de Santa Fe (2018). Inflación en Argentina: período 2007-2017. *Informes especiales*. Centro de Estudios y Servicios.

<https://www.infocampo.com.ar/wp-content/uploads/2018/03/Informe-Lautaro-1.pdf>

CEPA (2020). La evolución de las jubilaciones en el primer semestre de 2020: análisis del poder adquisitivo de la jubilación mínima y de la recaudación del sistema previsional.

<https://centrocepa.com.ar/informes/257-la-evolucion-de-las-jubilaciones-en-el-primer-semestre-de-2020-analisis-del-poder-adquisitivo-de-la-jubilacion-minima-y-de-la-recaudacion-del-sistema-previsional.html>

CEPAL (2019). Estudio Económico de América Latina y el Caribe. El nuevo contexto financiero mundial: efectos y mecanismos de transmisión en la región. ISBN 9789211220193.

<https://www.cepal.org/es/publicaciones/44674-estudio-economico-america-latina-caribe-2019-nuevo-contexto-financiero-mundial>

CEPAL (2020). Cuidados y mujeres en tiempos de COVID-19: la experiencia en la Argentina.

<https://www.cepal.org/es/publicaciones/46453-cuidados-mujeres-tiempos-covid-19-la-experienciala-argentina>.

CEPAL (2021). Estudio Económico de América Latina y el Caribe. Dinámica laboral y políticas de empleo para una recuperación sostenible e inclusiva más allá de la crisis del COVID-19. ISBN: 9789211220742.

<https://repositorio.cepal.org/server/api/core/bitstreams/dae0d47c-e8bc-4bf6-b6a4-fd9ab98ba8d6/content>

CEPED (2022). Salario real en dólares de paridad de poder adquisitivo de 2017. Desde 2007 Hasta 2018. In Ceped.data. Portal de difusión de datos del Centro de Estudios sobre Población, Empleo y Desarrollo (CEPED-UBA), Universidad de Buenos Aires.

<https://ceped-data.shinyapps.io/ceped-data/>

D'Alessio Irol y Berenztein (2019). Humor social y político, julio de 2019.

<https://www.dalessio.com.ar/xpublico/por-tercer-mes-consecutivo-avanza-la-imagen-del-gobierno-y-su-gesti%C3%B3n-Julio-2019.pdf>

Grupo de Opinión Pública (2019). Medición de humor social, enero de 2019.

<http://consultoracs.com/cs/wp-content/uploads/InformeGOPENERO19.pdf>

INDEC (2017). Valorización mensual de la canasta básica alimentaria y de la canasta básica total. Informes técnicos, vol. 2, núm. 12. ISSN 2545-6636.

https://www.indec.gob.ar/uploads/informesdeprensa/canasta_01_18.pdf

INDEC (2018). Informes técnicos, vol.2, núm. 3. Índice de precios, vol. 2 núm.1, diciembre de 2017. ISSN 2545-6636.

https://www.indec.gob.ar/uploads/informesdeprensa/ipc_01_18.pdf

INDEC (2018). Informes técnicos, vol. 2, núm. 24. Salarios vol. 2 núm.2, diciembre de 2017. ISSN 2545-6636

https://www.indec.gob.ar/uploads/informesdeprensa/salarios_02_18.pdf

INDEC (2019). Informes técnicos, vol. 3, núm. 7. Índice de Precios, vol. 3 núm.1, diciembre de 2018. ISSN 2545-6636.

https://www.indec.gob.ar/uploads/informesdeprensa/ipc_01_19.pdf

INDEC (2019). Informes técnicos, vol. 3, núm. 35. Salarios vol. 3, núm.3, diciembre de 2018. ISSN 2545- 6636.

https://www.indec.gob.ar/uploads/informesdeprensa/salarios_02_19.pdf

INDEC (2019). Informes técnicos, vol. 4 núm. 12. Valorización mensual de la canasta básica alimentaria y de la canasta básica total. Condiciones de vida, vol. 4, núm. 1. Diciembre de 2019. ISSN 2545-6636

https://www.indec.gob.ar/uploads/informesdeprensa/canasta_01_205D513BB102.pdf

INDEC (2019). Informes técnicos, vol. 3, núm. 30. Valorización mensual de la canasta básica alimentaria y de la canasta básica total. Condiciones de vida, vol. 3, núm. 2. Febrero de 2019. ISSN 2545-6636.

https://www.indec.gob.ar/uploads/informesdeprensa/canasta_02_19.pdf

INDEC (2019). Informe de gastos. Encuesta Nacional de gasto de los Hogares 2017-2018. ISBN 978-950-896-563-9.

https://www.indec.gob.ar/ftp/cuadros/sociedad/engho_2017_2018_informe_gastos.pdf

INDEC (2020). Informe de ingresos. Encuesta Nacional de gasto de los Hogares 2017-2018. ISBN 978-950-896-582-0.

https://www.indec.gob.ar/ftp/cuadros/sociedad/engho_2017_2018_informe_ingresos.pdf

INDEC (2020). Informes técnicos, vol. 4, núm. 35. Salarios vol. 4, núm.3, diciembre de 2019. ISSN 2545-6636.

https://www.indec.gob.ar/uploads/informesdeprensa/salarios_02_2021CEEE312E.pdf

INDEC (2020). Informes técnicos, vol. 4, núm. 7. Índice de Precios. vol. 34, núm.1, diciembre de 2019. ISSN 2545-6636.

https://www.indec.gob.ar/uploads/informesdeprensa/ipc_01_21CD878A2A5B.pdf

INDEC (2020). Estudio sobre el impacto de la COVID 2019 en los hogares del Gran Buenos Aires. Primer informe de resultados, agosto-octubre.

https://www.indec.gob.ar/ftp/cuadros/sociedad/EICOVID_primer_informe.pdf

INDEC (2023). Informes técnicos, vol.7, núm. 6. Índice de precios, vol. 7, núm.1, diciembre de 2022. ISSN 2545-6636.

https://www.indec.gob.ar/uploads/informesdeprensa/ipc_02_232C00A3DADD.pdf

INDEC (2022). Informes técnicos, vol. 6, núm. 148. Índices de precios, vol. 6, núm.25, julio de 2022. ISSN 2545-6636.

https://www.indec.gob.ar/uploads/informesdeprensa/ipc_08_222F36DA2F1A.pdf

INTA (2022). Evolución de la cadena láctea en Argentina. Período 2000-2021. Informe Técnico núm. 4. ISSN: 2718-6210 INTA EEA.

https://inta.gob.ar/sites/default/files/inta_pergamino_la_cadena_lactea_argentina_2000-2021.pdf

Ipsos (2018). What worries the world. Julio de 2018.

https://www.ipsos.com/sites/default/files/ct/publication/documents/2018-08/what_worries_the_world_julio18.pdf

Ipsos (2019). What worries the world. Marzo de 2019.

https://www.ipsos.com/sites/default/files/ct/news/documents/2019-04/what_worries_the_world_argentina_marzo_2019.pdf

Ministerio del Interior, Obras Públicas y Vivienda, Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible, e INDEC (2016). Informe Nacional de la República Argentina. Presentado en la *Conferencia de las Naciones Unidas sobre la Vivienda y el Desarrollo Urbano Sostenible (Hábitat III)*.

<https://habitat3.org/wp-content/uploads/Informe-Nacional-Republica-Argentina-FINAL-spanish.pdf>

Ministerio de Economía. Dirección Provincial de Estudios y Proyecciones Económicas (2012). Hacia una clasificación de los municipios bonaerenses. Documento de trabajo, núm. 4.

Ministerio de Hacienda (2019). Estrategia Nacional de Inclusión financiera.

<https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/estrategia-nacional-inclusion-financiera.pdf>

Módulo de Políticas Económicas del Observatorio de Políticas Públicas de la UNDAV (2018). Infografía precio de los combustibles.

<https://www.undav.edu.ar/general/recursos/adjuntos/21600.pdf>

Módulo de Políticas Económicas del Observatorio de Políticas Públicas de la UNDAV (2018). Costo tarifario.

<https://www.undav.edu.ar/general/recursos/adjuntos/22096.pdf>

Módulo de Políticas Económicas del Observatorio de Políticas Públicas de la UNDAV(2019). Informe precios y salarios.

<https://www.undav.edu.ar/general/recursos/adjuntos/23151.pdf>

Módulo de Políticas Económicas del Observatorio de Políticas Públicas de la UNDAV (2020). Infografía Aumentos de prestaciones.

<https://www.undav.edu.ar/general/recursos/adjuntos/27358.pdf>

Observatorio de la Deuda Social Argentina (2018). Barómetro de la deuda social Argentina. Informe de avance. Evolución de las capacidades de subsistencia de los hogares.

<https://wadmin.uca.edu.ar/public/ckeditor/Observatorio%20Deuda%20Social/Presentaciones%202018/2018/2018-Observatorio-Informe-Capacidad-de-subsistencia-de-los-hogares.pdf>

Páginas web consultadas

Banco mundial. *Tasa de interés activa % Argentina.*

<https://datos.bancomundial.org/indicador/FR.INR.LEND?locations=AR>

BCRA. *Diccionario Financiero*

https://www.bcra.gob.ar/bcrayvos/diccionario_financiero_tabla_I.asp

BCRA. *Evolución de una moneda.*

https://www.bcra.gob.ar/PublicacionesEstadisticas/Evolucion_moneda.asp

Boletín Oficial de la República Argentina (2017). Reforma previsional. Ley 27426. Índice de Movilidad Jubilatoria. Haberes. Facultades.

<https://www.boletinoficial.gob.ar/detalleAviso/primera/176774/20171228>

Honorable Congreso de La Nación Argentina. Asignaciones familiares. Ley 24714.

<https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/ley-24714-1996-39880>

Honorable Congreso de La Nación Argentina. Sistema integrado de Jubilaciones y pensiones. Trabajadores autónomos. Regularización de deudas. Ley 24476.

<https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/ley-24476-30341>

Honorable Congreso de La Nación Argentina. Régimen especial de regularización de deudas por aportes de trabajadores autónomos y cotizaciones previsionales fijas de sujetos adheridos al régimen simplificado para pequeños contribuyentes. Ley 26.970.

<https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/ley-26970-234847/normas-modifican>

INDEC. *Glosario.*

[www.indec.gob.ar/indec/web/Institucional-Indec-Glosario#:~:text=Hogar%20censal%20particular-,HOGAR%20CENSAL%20PARTICULAR,Nº4\)%3B%20INDEC.](http://www.indec.gob.ar/indec/web/Institucional-Indec-Glosario#:~:text=Hogar%20censal%20particular-,HOGAR%20CENSAL%20PARTICULAR,Nº4)%3B%20INDEC.)

Infoleg. Información Legislativa (2002). Ley 25.561. Ministerio de Justicia y Derechos Humanos. Presidencia de la Nación.

<https://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/70000-74999/71477/norma.htm>

Infoleg. Información Legislativa (2017). Resolución General 3997-E. Ministerio de Justicia y Derechos Humanos. Presidencia de la Nación.

<http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/270000-274999/272086/norma.htm>

Infoleg. Información Legislativa (2018). Decreto 499/2018. Ministerio de Justicia y Derechos Humanos. Presidencia de la Nación.

<http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/310000-314999/311007/norma.htm>

Anexo

Cuadro resumen de hogares entrevistados

	Nombre de la/el entrevistada/o	Edad/es	Fecha 1° encuentro	Fecha 2° encuentro	Ocupación/es	Vivienda
1.	Marga	80	dic. 2017		Jubilada como ama de casa	Propia
2.	Mercedes	61	dic. 2017	sep.2018	Jubilada docente	Alquilada
3.	Angélica	60	dic. 2017	dic. 2018	Jubilada y propietaria rural/Hijo administrador de empresas	Alquilada
4.	Mirta	58	ene. 2018	ago.2018	Ama de casa/ Esposo cuentapropista (realiza trabajos de herrería)	Propia
5.	Adrián	51	ene. 2018		Docente en escuela técnica	Alquilada
6.	Noelia	40	ene. 2018	dic.2018	Comerciante	Alquilada
7.	Lucrecia y Juan Carlos	60 y 72	ene. 2018	ago. 2018	Empleada doméstica/ Esposo Jubilado de una empresa de telefonía	Propia
8.	Araceli y Estefania	53 y 29	ene. 2018	ene. 2019	Empleadas domésticas/ Esposo de Araceli jubilado de la Policía Bonaerense-Novio de Estefanía empleado de un taller de reparación de freno para autos	Propia

	Nombre de la/el entrevistada/o	Edad/es	Fecha 1° encuentro	Fecha 2° encuentro	Ocupación/es	Vivienda
9.	Pilar	47	ene. 2018	feb. 2019	Docente en actividad/Esposo cuentapropista (realiza trámites y tralada paquetes y pasajeros entre bolívar y Buenos Aires)	Alquilada
10.	Vanesa	41	ene. 2018	sep. 2018	Empleada administrativa en fábrica de calzados. Luego desempleada/ Esposo cuentapropista (Se dedica a la colocación de durloq)	Propia
11.	Lorena	37	ene. 2018		Empleada doméstica/ Esposo albañil	Alquilada
12.	Sonia	40	ene.2018	dic. 2019	Ama de casa/ Esposo camionero	Propia
13.	Héctor	73	ene.2018		Jubilado y pensionado	Propia
14.	Marcela	57	ene. 2018		Empleada de Pami/ Esposo cuentapropista (remisero) y jubilado con la categoría mínima	Alquilada
15.	Eugenia	43	feb. 2018	ene. 2019	Docente en actividad/Esposo comerciante	Propia
16.	Raquel	65	feb. 2018	ene. 2019	Jubilada y pensionada/trabaja en un comercio los fines de semana	Propia
17.	Marcos	53	feb. 2018		Peluquero (dueño de su propio comercio)	Propia

	Nombre de la/el entrevistada/o	Edad/es	Fecha 1° encuentro	Fecha 2° encuentro	Ocupación/es	Vivienda
18.	Antonella	33	feb. 2018	sep. 2018	Ama de casa/esposo trabaja como fumigador	Propia
19.	Nadia	25	feb. 2018		Desempleada/marido albañil	Alquilada
20.	Celeste	42	feb. 2018		Desempleada/separada	Alquilada
21.	Cecilia	51	feb. 2018		Jubilada como secretaria de secundaria/Esposo cuentapropista (productor agropecuario)	Propia
22.	Ema	34	feb. 2018	feb. 2019	Nutricionista en consultorio privado y en el municipio local/Esposo arquitecto	Prestada
23.	Micaela	26	feb. 2018		Gestora de autos-vendedora de ropa/Pareja dueño de una empresa de transporte	Propia
24.	Natalia	34	feb. 2018		Odontóloga en consultorio privado/ Pareja mecánico dental	Prestada
25.	Agustina	31	mar. 2018		Maestra jardinera/Pareja empleado de comercio	Propia
26.	Laura	48	may. 2018		Empleada de comerio/Esposo productor agropecuario	Propia

	Nombre de la/el entrevistada/o	Edad/es	Fecha 1° encuentro	Fecha 2° encuentro	Ocupación/es	Vivienda
27.	Estela	52	may. 2018		Docente jubilada	Alquilada
28.	Carla	42	may. 2018		Docente de nivel inicial/Esposo médico	Propia
29.	Lujan	55	jun. 2018	dic. 2019	Auxiliar de limpieza en institución educativa	Propia
30.	Irma	52	jun. 2018		Ama de casa/Esposo Ingeniero agrónomo, propietarios rural y productor agropecuario	Propia
31.	Diana	36	jun. 2018	ene. 2019	Ingeniera Agrónoma. Empleada /Marido Administrador agropecuario. Empleado en una planta de silos	Propia
32.	Felisa	80	jun. 2018		Jubilada de la mínima. Ex empleada doméstica	Propia
33.	Sara	53	jun. 2018		Profesora de Pilates por cuenta propia	Propia
34.	Perla	59	jun. 2018		Docente Jubilada/pareja jubilado y gestor	Propia
35.	Susana	58	jun. 2018		Empleada doméstica	Propia

	Nombre de la/el entrevistada/o	Edad/es	Fecha 1° encuentro	Fecha 2° encuentro	Ocupación/es	Vivienda
36.	Jorgelina	42	sep. 2018		Trabajadora social, empleada de Pami/ Esposo remisero (cuentapropista)	Alquilada
37.	Esteban	36	sep. 2018		Abogado / Pareja psicóloga	Propia
38.	Gabriela	45	sep. 2018		Peluquera/Marido policía	Propia
39.	Mariela	51	sep. 2018		Empleada de comercio/ marido docente jubilado y profesor del Instituto de Formación docente	Propia
40.	Aldana	30	ene. 2019		Empleada municipal y empleada doméstica/pareja realiza trabajos de herrería	Propia
41.	Cinthia	31	ene. 2019		Empleada doméstica y cuidadora domiciliaria de adultos mayores/ marido alambrador	Propia
42.	Griselda	59	ene. 2019		Cuidadora domiciliaria de adultos mayores/marido chapista jubilado	Prestada
43.	Victoria	31	ene. 2019		Empleada municipal/pareja productor agropecuario	Propia
44.	Edith	57	feb. 2019		Pensionada/desempleada	Prestada por el municipio

	Nombre de la/el entrevistada/o	Edad/es	Fecha 1° encuentro	Fecha 2° encuentro	Ocupación/es	Vivienda
45.	Dora Gómez	62	feb. 2019		Jubilada/ Esposo recicla y vende cosas viejas y chatarra	Propia
46.	Soledad	38	feb. 2019		Martillera pública/ Esposo empleado administrativo	Propia
47.	Zulema	51	feb. 2019		Auxiliar de limpieza en una institución educativa	Propia
48.	María del Carmen	45	oct. 2019		Empleada administrativa en una Escribanía	Alquilada
49.	Mónica	52	oct. 2019		Empleada doméstica y cuidadora domiciliaria de adultos mayores/Pareja empleado de una remisería	Alquilada
50.	Fiorella	28	oct. 2019		Empleada de comercio en una panadería	Propia (Construyó una habitación en el terreno de sus padres)

Cuadro resumen de comercios entrevistados

	Comercios	Fecha	Entrevistado/a
1.	Almacén 1	ene. 2018	Dueña
2.	Librería y regalería	feb. 2018	Dueño
3.	Minimercado A1	feb. 2018	Dueña
4.	Farmacia C	may. 2018	Dueña y empleada
5.	Zapatería e indumentaria	may. 2018	Dueño
6.	Tarjeta Elebar	may. 2018	Encargada
7.	Panadería	jun. 2018	Dueña
8.	Casa de electrodomésticos SP	jun.2018	Empleado
9.	Tarjeta Favacard	sep. 2018	Encargada
10.	Ofrecer	sep. 2018	Empleada
11.	Supermercado Día	sep. 2018	Empleada-cajera
12.	Minimercado La	sep. 2018	Dueña
13.	Supermercado Cooperativa Obrera	ene. 2019	Cajero
14.	Fiambrería	ene. 2019	Dueña
15.	Verdulería	ene. 2019	Dueño
16.	Almacén 2	ene. 2019	Dueña
17.	Almacén 3	feb. 2019	Dueña
18.	Almacén 4	oct. 2019	Dueña
19.	Carnicería	oct. 20/19	Dueño

Localización del partido de Bolívar en la provincia de Buenos Aires

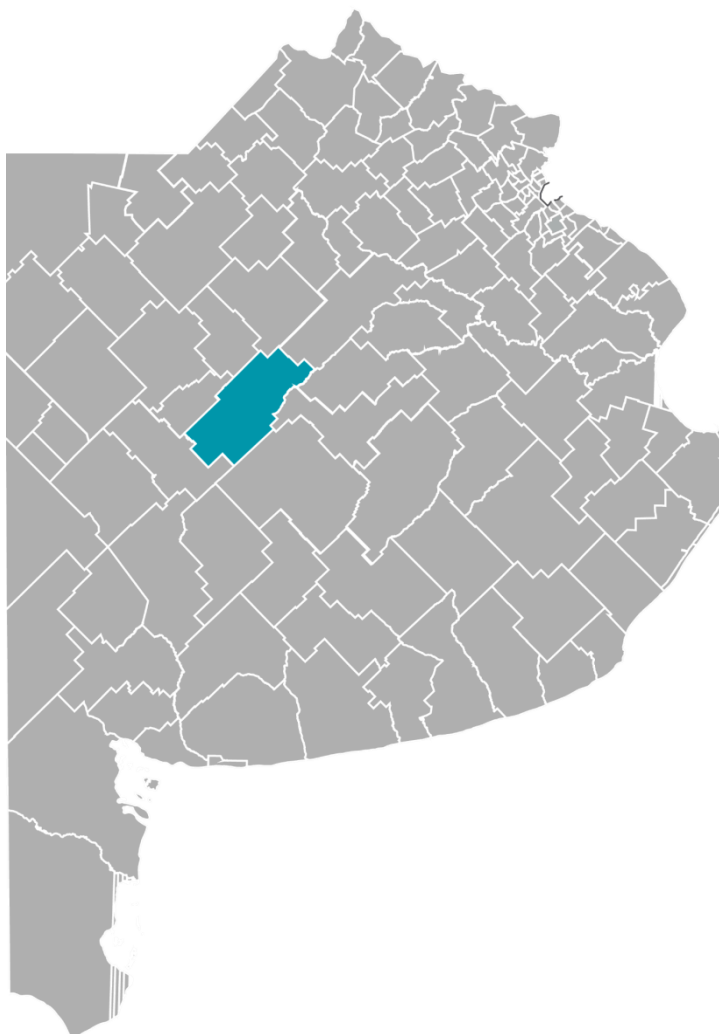
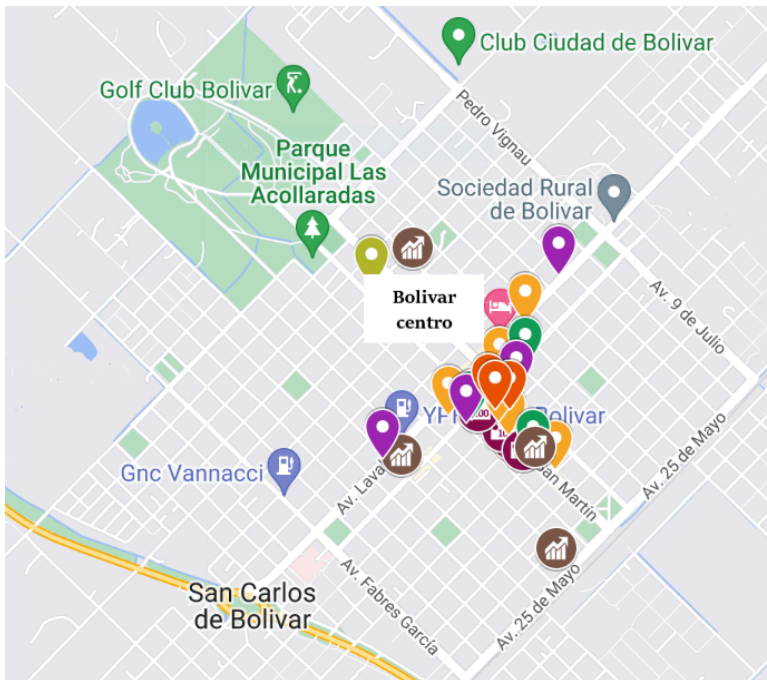








Imagen recuperada de <https://www.gba.gob.ar/municipios/bolivar>

Mapa de principales comercios, instituciones y servicios financieros



<https://www.google.com/maps/d/u/0/edit?mid=1HZeaE08QDkYnfZGqyABMRpZVpIhCm10&usp=sharing>

Referencias

-  Principales instituciones
-  Entidades Bancarias
-  Entidades financieras proveedoras de créditos personales
-  Entidades no bancarias emisoras de tarjetas de crédito
-  Comercios que ofrecen créditos personales para consumo
-  Principales supermercados

Ejemplos de folletos publicitarios utilizados durante las entrevistas

¡Ahorrón!
CON EL Ahorrón ganamos todos!

PRECIOS EXCLUSIVOS PARA ASOCIADOS. VIGENCIA DEL 17 al 30/09/2018 INCLUSIVE.
 NO ACUMULABLES CON OTROS DESCUENTOS Y/O PROMOCIONES.
 PARA MÁS INFORMACIÓN, CONSULTAR EN WWW.COOPERATIVAOBRAERA.COOP

Fideos LUCCHETTI, spaghetti, salsas o bucatini, 500 g \$ 25⁹⁰ c/u Disponible (a): \$ 56.500 el kg \$ 113,00	Verba mate TAKAGI Iruya, 1 kg \$ 69⁹⁰ Disponible (a): 16.000	Traviata Galletitas TRAVIATA sandwich, 300 g \$ 29⁹⁰ Disponible (a): 25.500 el kg \$ 85,00
Queso cremoso CASACREMA 100 g \$ 13⁸⁰ Disponible (a): 1.000 el kg \$ 138,00	Queso Crema CASACREMA clásico, 300 g \$ 45 Disponible (a): 8.500 el kg \$ 150,00	
Combinado COMO QUIERAS Cerveza STELLA ARTOIS, rubia o Negra, 165 cl/ml \$ 61 c/u Disponible (a): 38.500 el l \$ 61,029 Si llevas una a \$ 61,50	2x1 Combinado Levadura Johnson's original o avena y azúcar de añejamiento, 125 g Origen: Brasil \$ 10⁴⁵ c/u Disponible (a): 24.500 el kg \$ 85,600 Si llevas una a \$ 20,90	Cocina Harina de cocina COOPERATIVA 1 o de 20 paquetes (a) \$ 34⁹⁰ Disponible (a): 54.000 la a \$ 11,85

97 años **COOPERATIVA OBRAERA**
 La empresa social de los propios consumidores

Imagen 1. Supermercado Cooperativa Obrera, junio de 2018. Recuperada de:

www.facebook.com/LaCoopeAr/photos/hasta-el-13-de-junio-no-te-pierdas-los-precios-del-ahorróncon-el-ahorrón-ganamos/462069184227013/?pai_pv=0&eav=AfZhWLKKSgVSk8ZKIkFnVj7c2HqdANz3D-q&kGl3BkFC LudsuTJ53mSEqtkawNKvh4U&_rdr

Día 20 AÑOS JUNTOS MARKET

DEL JUEVES 9 AL SÁBADO 11 DE NOVIEMBRE

LA SOLUCIÓN PARA TUS COMIDAS

DESAYUNO

Yogur Entero Bebible Vanilla/
Frutilla SANCOR x 1000 g.^{ml}
Stock: 7.500 uds. **\$24.99**

Copos de Maíz
Día x 400 g.^{ml}
Precio x kg. \$ 37.48 / Stock: 11.000 uds. **\$14.99**

ALMUERZO

Papas Fritas Congeladas
Día x 700 g.^{ml}
Precio x kg. \$ 35.70 / Stock: 8.500 uds. **\$24.99**

Medallón de Carne
OP1 x 4 uds. (276 g.)
Precio x kg. \$ 72.43 / Stock: 700 uds. **\$19.99**

Pan para Hamburguesas
Día x 210 g.^{ml}
Precio x kg. \$ 77.38 / Stock: 22.000 uds. **\$14.99**

CENA

Tapo para Pascualina
CUGUETS x 370 g.^{ml}
Precio x kg. \$ 35.10 / Stock: 91.500 uds. **\$12.99**

Relleno para Tartas
Día x 360 g.^{ml}
Precio x kg. \$ 63.50 / Stock: 1.000 uds. **\$24.99**

Agua con Gas Saborizado Varios
Sabores Día x 2 lit.^{ml}
Precio x lit. \$ 7.50 / Stock: 10.000 uds. **\$14.99**

VIERNES 10

Papas x 1 kg.
Stock: 1.000 kg. **\$9.99**

Pollo Pescado x 1 kg.
Stock: 1.000 kg. **\$26.99**

SÁBADO 11

3x2 EN GASEOSAS

EN PASTAS FRESCAS Y
QUESOS BALLADOS
DE TODAS LAS MARCAS

DOMINGO 12

3x2

EN MUYOSAS, NETCUP,
MUSTAZA Y SALSA GOLF
MILKMAN Y
BILLY (Y SORVIDO)

OFERTAS VÁLIDAS DURANTE LAS FECHAS INDICADAS EN ESTE FOLLETO Y HASTA AGOTAR STOCK. OFERTAS PARA CONSUMO FAMILIAR, MENOR O UNIDADES POR COMPRA.

Imagen 2. Supermercado Día, noviembre de 2017.

Recuperada de <https://archive.org/details/catalogodianovienber09112017>